Winston E. King




ROTHSCHILD

WINSTON E. KING

ROTHSCHILD

Traducción directa del inglés
por E. C. C.

Prólogo de
LUIS PONCE DE LEON



MADRID

LOS REYES DE LA NADA

Casi todos los objetos que el hombre considera valiosos poseen un valor sustantivo y un valor adjetivo. Este añoso castaño vale sustancialmente porque da sabrosa fruta, sombra fresca, madera útil. Vale adjetivamente para mí porque lo plantó mi abuelo. En último análisis, podemos pensar que el valor sustantivo de las cosas es el de lo que las cosas tienen de Dios, que las creó, y su valor adjetivo procede de lo que pone en ellas el hombre.

¿Posee el dinero algún valor sustantivo? No. El dinero no ha sido creado por Dios. Se dirá que los cheques, letras, títulos, billetes de Banco, acciones, papeles que representan el dinero, son, como las cartas, los cuadros o los libros, productos del hombre que llevan algo del alma de éste, y por eso indirectas creaciones de Dios. Pero se advertirá rápidamente que no es así. Carta, cuadro o libro sirven para comunicar un espíritu humano con otro espíritu humano, y en ello vibra una partícula de humanidad. Pero el dinero no es un eslabón tendido entre hombre y hombre, sino entre cosa y cosa, entre el caballo que voy a vender y el caballo que voy a comprar con su importe, verbigracia. Este billete que tengo en las manos, ¿quién lo hizo? ¿Y cómo? ¿Y para qué o para quién? Si en él voy a buscar algo que tenga condición humana, no hallaré sino lo que pueda hallar en el aire;

este billete ha sido tocado, mirado, transportado por seres de mi especie, igual que este aire que respiro ha bañado epidermis y ha transitado por pulmones de otros hombres. El dinero es una pura nada tendida, como el aire, entre las cosas. Todos nos valemos de él, y él no pertenece sustancialmente a ninguno.

Sin embargo, el dinero depara goces y sufrimientos, poderes y servidumbres. Y, lo que es más, se multiplica como si fuese un ser vivo, El dinero, funcionando como padre, se llama capital; funcionando como hijo, interés. Los hijos crecen hasta dejar chiquitos a sus padres; y así los intereses. Mas si encerráis en una jaula dinero, no se reproducirá. Lo hará solamente si sus nupcias tienen lugar en las manos de uno que sepa "hacerle producir". Y ¿quiénes son éstos que "hacen producir" al dinero? No pregunto, claro está, por aquellos que obtienen rendimiento de una fábrica, cuyos caudales crecen al crecer la fábrica y elaborarse las manufacturas. Me pregunto por los cultivadores del dinero químicamente puro.

Hay una estirpe de hombres especializados en este cultivo. Los Rothschild son buenos ejemplares. En el estupendo proceso del crecimiento de su riqueza, apenas si los valores puramente dinerarios han tomado contacto con los valores industriales, con el trabajo, con la construcción, con la colonización de tierras extrañas. Su dinero procede de dinero, se alimenta de dinero y produce dinero. Podría decirse que el tiempo es su único colaborador, como en las gestaciones naturales. El dinero que prestan en 1820 habrá crecido en un 10 ó 15 por 100 en 1821, por el hecho simplicísimo de que "ha transcurrido el plazo", y no porque se hayan puesto en función máquinas de mayor rendimiento, ni porque el cielo haya sido más benigno con las cosechas. ¡Inconcebible matrimonio, la Nada se multiplica fecundada por el Tiempo! ¡Y a la sombra del tiempo, hombres y familias—como

ésta de los Rothschild—viven poderosamente, amamantados a las ubres de la Nada!

* * *

No se puede ocultar a ningún hombre de los que han saludado la Historia que la casi totalidad de los profesionales del dinero, en todos los tiempos y en todas las latitudes fueron judíos. Dice una leyenda de Don Pedro el Cruel, que este monarca, al final de cada "ejercicio económico", solía asesinar a su administrador — judío, naturalmente — para quedarse con las riquezas acumuladas por él en aquel período. Sin embargo, nunca le faltó un hábil e inteligente judío que se prestase a desempeñar el cargo durante el ejercicio siguiente.

Se dice que los hebreos poseen una grande e innata disposición para los negocios. Cierto es que poseen agudeza, perseverancia y cuanto se pueda pedir para toda clase de negocios; cierto que son una raza distinguida biológica y psicológicamente; un linaje de hombres aptos, de manera excepcional, para el dominio. Pero, ¿no hay más que esto? Las apetencias y estilos de dominación de los judíos insignes ostentan características muy peculiares. En primer lugar, esa condición de "homines oeconomici", de llamados por el dinero, y no por las armas, por el amor o por las artes. Jamás en biología, y menos en biología humana, se registran normas inquebrantables; pero es evidente que, si no "son", los grandes judíos "suelen ser" grandes financieros, y los grandes financieros "suelen ser" grandes judíos. En esta especificidad de vocación, ¿no intervendrá de alguna manera eso que subrayamos al principio de que el dinero es una pura nada, un valor convenido, un objeto de especulación, un accidente sin sustancia, un ente teórico, no creado por Dios, sino "inventado" o

"representativo"? Si no aquí, al menos cerca de aquí se husmea un alto y profundo misterio.

Dios nos creó a su imagen y semejanza. El hombre quiere saber, amar, poder; atisba y procura con emoción la unidad de las cosas, tiembla al percibir su ordenada armonía, encuentra en ellas misterio y novedad, se hastía con frecuencia, anhela morir y no soporta el pensamiento de la muerte total. Ansía ser como Dios, porque se parece a Dios desde que fué creado.

Pero también ansía ser como Dios porque le exhortó a ello, en los mismos primeros días el demonio. Al hombre le encabrita la fiebre del poder; le exaspera la limitación de sus potencias; le irrita el existir de los otros seres; quisiera destruir cuanto no se le humilla, y la comezón de ser amado, obedecido, dueño y señor único, le roe todos sus tuétanos. ¡Quiere ser "él solo"!

Estos dos órdenes de pasiones tan semejantes son, sin embargo, opuestos por su origen, como ya he dicho, y opuestos, si bien se mira, por fin. El hambre de ejercitar nuestra imagen y semejanza divina, concilia con lo creado. El hambre luciferina de ser como dioses, enemista con la creación y enciende una destructiva furia, un ferocísimo deseo de la nada. Si Dios crea por el hecho de ser, Satanás, por el hecho de serlo, maquina y roe perpetuamente la aniquilación, la "nihilización", el anonadamiento de todo lo que existe.

Los nietos de los que asesinaron al Hijo de Dios, ¿no manifiestan, en su familiaridad con la nada, una cierta afiliación a las banderas del demonio?

* * *

Apéndice de este libro son algunas de las más interesantes páginas que haya escrito el inmenso judío Benjamín Disraeli. Se refieren al hebreo Sidonia, trasunto novelesco, según la "Enci-

clopedia Judía", de Lionel Rothschild. Describiéndolo, dice Disraeli: "Creyérase que un hombre en su posición poseía una inagotable fuente de felicidad y alegría: independencia de fe, independencia de patria, hasta independencia de carácter. Podría haber descubierto la perpetua primavera de la dicha en la sensibilidad del corazón. Pero la felicidad estuvo vedada para él". "Es el suyo un temperamento que va bien a conquistadores y legisladores; pero, en épocas normales y situaciones corrientes, sólo aberraciones o profunda melancolía infunde a quienes lo tienen. No existía ningún aventurero en Europa que no le fuera conocido. Ningún ministro de Estado había tenido tanto trato con los agentes secretos y espías políticos como Sidonia. Tenía relaciones con los más listos "fuera de la ley" del mundo. La lista de sus conocimientos entre griegos, armenios, moros, judíos secretos, tártaros, gitanos, nómadas, polacos y carbonarios, hubiera podido arrojar una luz curiosa sobre aquellas entidades ocultas de las que el mundo sabe en general muy poco, pero que influyen tan grandemente sobre los acontecimientos públicos."

Decidme: ¿No hay en todo esto un fuerte tufo de satanismo? Esa felicidad vedada, esas aberraciones y profunda melancolía, ¿no se parecen a la mortal tristeza de la carne? Ese trato con aventureros y espías, ¿no se parece a la reunión tabernaria de los amigos del demonio que pintan las leyendas piadosas? Y el poderío de Sidonia, ¿no parece un eco del "mi reino sí es de este mundo", que el Príncipe de los demonios habría opuesto a Jesús? Vuestro reino es el reino del dinero, de las pasiones, de los engaños, de las deudas, de las debilidades, de las desesperaciones, de los suicidios, de las quiebras, de los fraudes, de las traiciones. ¡El pavoroso Reino de la Nada!

LUIS PONCE DE LEÓN.

PRIMERA PARTE

ANTES DE LA RIQUEZ

I

SEMBLANZA DE LA FAMILIA Y DE LA CASA ROTHSCHILD

Si hay en el mundo una historia asombrosa, esa historia es la de la Casa Rothschild. Parece casi un cuento, aunque se trata de acontecimientos tan próximos y seguros que no ofrecen la menor duda. Los cinco hermanos Rothschild, estratégicamente situados en cinco capitales europeas, fueron no sólo los creadores de una fabulosa riqueza, sino los árbitros de la economía de los Estados. Cuando empezaron su carrera tenían un modesto capital; cualquier banquero fuerte de Londres, de París, de Viena o de Nápoles, les hubiera mirado por encima del hombro. Ni siquiera como clientes les hubieran concedido la menor importancia. La verdad es que, financieramente hablando, eran unos pobretones. No podía figurarse nadie que a los pocos años serían los árbitros del oro, acreedores de los Estados y de los hombres más poderosos; más ricos que los príncipes y que las naciones. Cuando aún vivían los cinco hermanos, ya su fama era la misma que se ha mantenido a través del tiempo durante más de un siglo; ya eran todo lo poderosos que se puede ser; ya

se decía proverbialmente: "¡Es un Rothschild!", cuando se aludía a una persona rica. Los Rothschild, que durante casi todo el siglo XIX han tenido en sus manos los resortes principales de la vida financiera del viejo mundo, fueron llamados por Heine "los primeros banqueros de Europa". Ninguna de las nuevas dinastías del dinero ha sido capaz de competir en riqueza con aquélla. Basta pronunciar el nombre — ¡Rothschild! — para sentir, aun hoy, una sensación de resonancia de millones. "De tal manera —escribe Ignacio Balla—, que cuando los poco habituados con las riquezas echan a volar su imaginación pensando en un ser prepotente, piensan en seguida en los descendientes del pequeño comerciante del antiguo *ghetto* de Francfort como la personificación de la mayor riqueza del mundo."

La legendaria fama de los Rothschild es tanto más maravillosa si se piensa que el fundador de la dinastía, el viejo Meyer Amschel, tenía sólo en sueños los millones que sus hijos poseyeron en realidad. Meyer empezó su carrera en calidad de modesto intermediario; sus hijos tuvieron millones, y sus nietos fueron multimillonarios.

Se trata no sólo de la historia de una familia; la formación de la Casa de Rotschild tiene la importancia de un acontecimiento mundial, pues ejerció una influencia profunda en la suerte de Europa. Por eso se la ha estudiado tanto. Han tenido los Rothschild biógrafos apasionados, y muchos economistas estudiaron concienzudamente sus especulaciones financieras. Finalmente, el cinematógrafo, con su enorme poder difusor, ha popularizado en el mundo la historia apasionante de esta familia, y de un modo especial la de los grandes creadores de la riqueza, los cinco hermanos de Francfort, los cinco judíos que forjaron la colosal fortuna. Mas estas historias, estos estudios, ¿responden a la realidad? Justo es reconocer que se trata, en

general, de textos interesados. En Europa y en el mundo existe un problema judío en cuya entraña no se penetra fácilmente, pues los profanos no tienen la menor idea, generalmente, del papel que el judaísmo desempeña en la sociedad. Enrique Heine ha dicho, con razón: "La vida y los hechos de los judíos, así como de sus costumbres, son desconocidos en el mundo. Se cree conocerlos porque se les ve la barba; pero no se sabe de ellos nada más y, como en la Edad Media, siguen siendo un misterio ambulante". Los Rothschild son vivos ejemplos de la raza hebrea, y en el hermetismo de sus designios jugaron a veces, con su oro, un gran papel en el porvenir de los Estados.

Mommen ha dicho: "Sería más interesante escribir la historia de la familia Rothschild que la de muchas dinastías reales" y los Archivos israelitas se pasman al citar esta frase, que encuentran muy justa. Sin embargo, hay que advertir que no podía escribirse esta historia sin conocer su desenlace. Ya veremos, en el capítulo correspondiente, cuál es la posición actual de la poderosa Casa Rothschild. Lo que se ha escrito e investigado acerca de tal familia judía constituye una especie de voluminoso proceso, con acusador y defensa, formado por enormes montones de folios, sin que el sumario pueda darse aún por concluso, ni mucho menos. Hay secretos, tramas sutiles que escapan a la más sagaz y aguda investigación, y, no obstante, presentidos. Mientras tanto, han ido apareciendo a la vista muchas de las piezas ignoradas hasta hoy, piezas del proceso escamoteadas por la misma Casa Rothschild cuando escribió y publicó—plumas mercenarias—su propia historia. Una historia parcial, puesto que en ella se decían verdades a medias, que son las peores de las verdades. Ya lo veremos más adelante. Pero, a fuer de sinceros y objetivos, hemos de reconocer también que algunos de sus apasionados detractores han caído asimismo del lado

opuesto y han enjuiciado hechos sin esa serena visión y pureza de intenciones que debe presidir toda investigación histórica. Así, al emprender hoy nosotros esta tarea biográfica, lo hacemos con el ánimo frío, absolutamente indiferentes a unos como a otros intereses. Ni tenemos por qué buscar cargos contra los Rothschild, ni tenemos por qué defenderles de los que les alcancen.

¿De dónde proceden los Rothschild? El padre de los cinco famosos hermanos banqueros empezó la vida pobremente y logró ganar una apreciable fortuna, base que a sus descendientes sirvió para realizar la asombrosa faena financiera. A su vez, el viejo Meyer era hijo de un comerciante modesto, también del *ghetto*, donde nació y murió. De los anteriores miembros de la familia se sabe lo mismo. Todos vivieron en el *ghetto;* unos con más fortuna; otros con menos; pero reducidos a la modesta condición de comerciantes encerrados en aquella zona señalada a la raza judía, barrio que a la puesta del sol se cerraba con cadenas que no volvían a descorrerse hasta que de nuevo el sol salía. Ha habido interesados en buscar antecedentes más o menos vistosos a la familia multimillonaria. Inútil empeño. En los polvorientos archivos del Estado, husmeando entre viejos pergaminos, no se encontró el nombre de Rothschild. Ni tampoco puede encontrarse en los registros de aquella época en que todas las familias enviaban algún vástago para la defensa de la Cristiandad, un cruzado para librar la Tierra Santa de los paganos. Los Rothschild se dedicaron al comercio encerrados en el *ghetto* de Francfort, ajenos a todos los problemas palpitantes y sin más norte y guía que su propio negocio. El más antiguo progenitor de esta Casa, que es hoy mundial, proviene sin duda de Francfort del Main; en las entrañas del *ghetto* comenzó la batalla que para su familia había de culminar en la más grande

victoria financiera de la historia. Los títulos nobiliarios de los Rothschild, el nombramiento de Baronía, representan un pasado de apenas un siglo.

Pero la historia de estos cien años no es la historia de una simple Casa bancaria, es un poco de la de toda Europa; más concretamente, la historia de las deudas y de los préstamos públicos del siglo pasado. Por sumas grandes o pequeñas, más o menos importantes, participan en ella casi todos. ¿Qué Estado del siglo XIX no se acercó a la Casa Rothschild para cubrir sus deudas? Y cuando no acudieron directamente a la Casa, puso ésta su firma o su poderosa intervención. Refiriéndose a los Rothschild, Börne escribía en su cáustico estilo: "El equilibrio europeo es mantenido por los judíos. Dieron dinero hoy a una potencia, mañana a otra, a todas en turno, y así mantuvieron la paz universal". Börne también era judío; su frase hubiera sido más exacta si la terminase diciendo: "así mantuvieron la ***guerra*** universal".

Para asombro del lector, y aunque este no es un libro financiero, ni mucho menos, vamos a recoger la lista de los préstamos hechos por los Rothschild en la primera época en que se basa su principal fortuna. Estos datos no pueden ofrecer duda a nadie. Están tomados de la Enciclopedia Judía *(The Jewish Encyclopedia,* vol. X, pág. 495), o sea del testimonio que los mismos judíos dejan al mundo de sus actividades. He aquí el asombroso cuadro:

AÑO	PAIS	IMPORTE
1817	Prusia	1.500.000 florines.
1818	Prusia	5.000.000 libras.
1819	Gran Bretaña	12.000.000 ídem.
1820	Austria (préstamo de lotería)	48.000.000 florines.
1820	Austria (préstamo de lotería)	20.800.000 ídem.

AÑO	PAIS	IMPORTE
1821	Austria (préstamo de lotería)	37.500.000 florines.
1821	Nápoles	16.000.000 ducados.
1821	Sicilia	4 500.000 ídem.
1822	Prusia	3.500.000 libras.
1822	Rusia	3.500.000 ídem.
1822	Rusia	6.500.000 ídem.
1822	Nápoles	20.000.000 ducados.
1823	Austria	2.500.000 ídem.
1823	Austria	25.000.000 florines.
1823	Francia	23.000.000 francos.
1824	Brasil	3 200.000 libras.
1824	Nápoles	2.500.000 ídem.
1825	Gran Ducado de Hesse	6.500.000 florines.
1825	Brasil	2.000.000 libras.
1829	Brasil	800.000 ídem.
1829	Brasil	25 000.000 florines.
1829	Hesse-Homburg	1.750.000 ídem.
1829	Hohenzollern-Hechingen	260.000 ídem.
1830	Prusia	4.500.000 libras.
1831	Bélgica	50.000.000 francos.
1831	Estados del Papa	16 000.000 ídem.
1832	Bélgica	2.000.000 libras.
1834	Austria	25.000.000 florines.
1834	Grecia	66.000.000 francos.
1834	Gran Ducado de Hesse	2.500.000 florines.
1835	Gran Bretaña	15.000.000 libras.
1837	Ducado de Nassau	2.600.000 florines.
1839	Austria	30.000.000 ídem.
1840	Ducado de Lucca	1 050.000 ídem.
1840	Baden	5.000.000 ídem.
1842	Austria	40.000.000 ídem.
1843	Ducado de Lucca	1.120.000 ídem.
1845	Estados del Papa	2.160.000 ídem.
1845	Baden	14.000.000 francos.
1847	Irish Famine Loan	10.000.000 libras.
1847	Francia	250.000.000 francos.
1847	Hannóver	3 600.000 táleros.
1848	Baden	2.500.000 florines.
1848	Baviera	22.000.000 ídem.
1848-51	Hesse (cuatro préstamos)	6.500.000 ídem.

"La anterior—dice la *Enciclopedia Judía*—, es una lista de préstamos llevados a cabo por los Rothschild durante los años 1817 a 1848; suman un total de 654.847.200 dólares (130.969 440 libras)."

Por si fuera poco esta dependencia de las naciones, también la alta nobleza de Alemania y Austria-Hungría estuvo en íntima relación con los Rothschild de Viena y de Francfort. En el libro de deudores de su Banco de la calle de los Judíos de Francfort figuran los nombres de muchos príncipes de la tierra y grandes señores. Una relación hecha en 1850 pone en claro los préstamos que la alta aristocracia tomó de la caja fuerte de los Rothschild:

	IMPORTE
Príncipe Isenburg-Birnstein	1.100.000 florines.
Príncipe Sayn-Wyttgenstein-Berleburg	300.000 ídem.
Príncipe Waldburg-Zeil	172.000 ídem.
Conde Alejandro Szlaonicza	670.000 ídem.
Caballero Di Riese	250 000 ídem.
Príncipe Isenburg-Wächtersbach	294.000 ídem.
Príncipe Solm-Lich	300.000 ídem.
Príncipe Löwenstein-Westheim	1.250.000 ídem.
Príncipe Löwenstein-Rosenberg	350.000 ídem.
Príncipe Vittorio de Isenburg	140.000 ídem.
Conde Viczay	700.000 ídem.
Conde Szapáry	300.000 ídem.
Conde Leiningen-Westerberg	80 000 ídem.
Conde Nitczky	340.000 ídem.
Conde Hunyady	500.000 ídem.
Conde Széchenyi	1.800.000 ídem.
Conde Henkel v. Donnersmarck	1.250.000 ídem.
Conde Froberg	100.000 ídem.
Noble De Greinfenklau	130.000 ídem.
Príncipe Galantha Esterházy	6.400.000 ídem.
Príncipe Schwarzenberg	5 000.000 ídem.
Príncipe Waldeburg-Wolfegg	500.000 ídem.
Príncipe Waldsee	350.000 ídem.
Conde Würtemberg	2.070.000 ídem.
Príncipe Wied	700.000 táleros.

Sin embargo, nunca los Rothschild hicieron voluntaria o gustosamente un préstamo a personas particulares. Su "leitmotiv" era éste: "Si se trata de prestar, el deudor debe ser un Estado". Y eso que los nobles que figuran en la lista precedente tenían posesiones inmensas que garantizaban muchas veces la suma recibida y aunque los intereses eran elevados. A pesar de todo, los Rothschild accedieron a regañadientes a todas estas peticiones sólo porque no les convenía indisponerse con los poderosos señores de gran influencia sobre los Estados y los príncipes reinantes.

La ganancia que consiguieron con los préstamos a los Gobiernos no es fácil de precisar en cada caso. No se contentaban con los puros intereses del empréstito concedido, sino que ejercitaban entonces una activa especulación en Bolsa con las Obligaciones del Estado emisor como base de sus operaciones financieras. Así se forjó la potencia de la Casa, cuando los cinco hijos del viejo Meyer se establecieron en las cinco capitales. El tercero, Nathan, en Londres, conquistó toda Inglaterra, mientras en París dominaba el más joven, James. El cuarto, Carlos, llegó a ser una potencia en Italia. El mayor de los hermanos, Anselmo, que se quedó en Francfort, dominó la situación financiera de toda Alemania, mientras el segundo, Salomón, era considerado en Viena como el Creso de la Monarquía austríaca. Este, en el curso de cincuenta años, acumuló 500 millones de florines. A descubrir el secreto de este prodigioso hecho se afanaron muchos investigadores contemporáneos. Acaso el que penetró más hondo fué Federico von Gentez, ilustre diplomático y colaborador íntimo del príncipe Metternich. Según él, en todos los grandes negocios, el éxito depende de que se observen ciertas normas calculadas sagazmente, de un modo inflexible. En el caso de los Rothschild se señalan dos condiciones fundamentales. La pri-

mera es aquella que determinó que los cinco hermanos hicieran sus negocios en perfecta relación común. Era la comunidad que el padre había aconsejado antes de morir. Y aunque les protegió la buena estrella, la persistencia del éxito se debió a que no quebrantaron nunca esta regla. Después de la muerte del padre, cualquier asunto, de cualquier parte que viniese, era objeto de deliberación entre todos; cualquier operación, aunque sólo fuera relativamente importante, era estudiada en común, examinando los antecedentes con el esfuerzo reunido, y todos participaban a partes iguales en el resultado. Aunque sus residencias habituales—Francfort, Viena, Londres, París, Nápoles—les tuvieran tan alejados, esta circunstancia no llegó a turbar o impedir su íntima inteligencia. Antes bien, representaba una ventaja: que, informados del estado de todas las cuestiones en cada lugar, al dar cada uno su punto de vista, se sumaba un todo que era la visión general europea. El otro secreto del éxito de la Casa Rothschild fué el de no aspirar en ninguna empresa a una ganancia superior a la que consideraran bastante, o sea el difícil arte de conocer el límite de cada operación; y esto no por generosidad, sentimiento que resulta ridículo en la mentalidad de unos especuladores, sino por instinto de conservación y continuidad. Inspirar confianza, hacer que los demás califiquen de generosidad lo que sólo es cálculo, abre un horizonte ilimitado de posibilidades en una sociedad entregada a la vida fácil y donde es difícil encontrar mentalidades tan firmes y calculadoras.

Así reinó, sin reinar, durante la mayor parte del siglo XIX la Casa Rothschild en Europa. No hay ninguna otra familia—afirma Lewinsohn—, desde hace quinientos años, que haya dominado la Banca y la Bolsa de un modo tan completo. No hoy un solo financiero, desde los Fúcar hasta John Pierpont

Morgan—el gran Morgan—, que haya sido jamás el acreedor de tantos príncipes y Estados como lo fueron los descendientes de Meyer Amschel Rothschild. No es, por consiguiente, de extrañar que los Rothschild simbolicen a los ojos de todo el mundo el poder del capital. Por haber sido los banqueros de todos los países de Europa, eran también los dueños de la política europea. Nadie duda que la política dependía en gran parte, en el siglo XIX, de las circunstancias económicas. Hubo situaciones políticas en que la decisión tomada por los Rothschild era concluyente. La viuda del viejo Meyer decía: "Si mis hijos no quieren, no habrá guerra".

Y algunos casos, harto conocidos, lo demuestran plenamente. Cuando en 1831, por ejemplo, Metternich quiere combatir la revolución belga por la fuerza de las armas, y llama a la puerta de Salomón Rothschild para realizar el empréstito necesario para una guerra, el Rothschild de Viena, como es ya la tónica familiar, consulta antes a sus hermanos, y recibe la siguiente respuesta: "No hay que dar dinero para una empresa tan disparatada. Si Austria ataca a Bélgica, Francia e Inglaterra acudirán en socorro de ésta".

La tónica de los Rothschild en política es: "Fidelidad al Gobierno constituído, mientras lo es y hasta el día en que cae". En la *Gaceta Universal de Augsburgo*, a propósito de la rama francesa, se dice que "no pertenecen a ningún partido político; los Rothschild son amigos de la realeza y de las leyes, y así es como han podido conservar su preponderancia financiera bajo los ministerios heterogéneos de un Decazes, de un Villéle, de un Martinag, de un Polignac y también bajo el gobierno del Rey Luis Felipe". Afirmar, como hace la *Gaceta*, que los Rothschild no pertenecían a ningún partido político es rigurosamente cierto. No podían pertenecer los Rothschild a ningún parti-

do, porque los partidos pertenecían a ellos. Esta nota enciclopédica peca, sin duda, de ligera. Cuando nos adentremos en las páginas de este libro, cuando sigamos—sin quitar ni poner—los pasos de los hermanos Rothschild, veremos que su idea de la ley y el orden y la realeza era muy particular. No hicieron pública política contra los Gobiernos constituídos, esto es cierto; prefirieron sobornar y hacer sus negocios con quien mandara. Naturalmente, para ello debía ser sobornable quien mandase; sin duda, debieron dedicarse a sobornar tanto a quien gobernase como al que pudiera sucederle. Pero cuando en alguna ocasión quisieron imponerse, lo hicieron, como veremos también con nombres y datos concretos.

Los Rothschild no apetecieron jamás para sí mismos los cargos políticos, los puestos directos de mando en la gobernación de los Estados. Su política era de alto vuelo. En todos los negocios que hicieron con los Estados, sus fundamentales clientes, repartieron comisiones entre los altos funcionarios para obtener los empréstitos. Para cada negocio consignaban un tanto por ciento que se dedicaba, llamémoslo por su nombre, a la corrupción.

Los Rothschidl operaron en los tiempos en que el dinero era oro, cosa firme y segura, la más concreta de las riquezas. Y sólo operaron con dinero. Su único interés público fué acumular dinero y más dinero. No dejaron detrás de sí, pese a la enorme fortuna amasada, nada que represente progreso colectivo, empresas, grandes industrias, como han hecho los Rockefeller y Ford, creadores, al propio tiempo que de su capital, de bienestar humano. No aportaron los Rothschild dinero para ninguna empresa colonial, entonces tan en boga; no hicieron posible ningún descubrimiento. Su riqueza se ha conservado y aumentado

a través de las generaciones, hasta llegar a un poder que en pesetas hemos de calcular en miles de millones.

Con esta exposición preliminar tiene el lector una idea de conjunto de las características de la Casa Rothschild, de las ideas principales de sus creadores, de su manera de operar, de la trascendencia de su paso por Europa del siglo XIX. Vamos ahora a trasponer las puertas de esta Casa y a conocer uno tras otro a los protagonistas, desde el viejo Meyer Amschel, padre de los cinco hermanos, taumaturgos del dinero, más que banqueros, y vamos a seguir los pasos de éstos, y finalmente sus herederos y sucesivos descendientes, hasta la llamada decadencia de la Casa Rothschild, que posiblemente no sea tal decadencia, sino un cambio de apariencias, conservando íntegra y aun acrecida toda la fortuna. Los negocios bancarios de sus antecesores no son posibles en la Europa y en el mundo de la mitad del siglo XX. Los Rothschild, que se cuentan hoy entre los seres más ricos del mundo, actúan en él con arreglo a los modernos sistemas económicos, mucho más anónimos: sentándose en los Consejos de Administración, poseyendo inmensas propiedades, influyendo, en fin, con su voto decisivo en la marcha de las más varias e importantes empresas...

II

EL PADRE DE LA DINASTIA

MEYER Amschel Rothschild, padre de los banqueros famosos, nació en 1743—o "por" 1743, como dice vagamente la *Enciclopedia Judía*—, en la calle de los Judíos, de Francfort, calle comercial, densamente poblada, donde los descendientes de Israel compran y venden de la mañana a la noche y viven, unidos por el vínculo de la raza, pero separados y a veces a distancia astronómica, por razón de la economía. En el *ghetto* hay judíos pobres, los más, y hay judíos que han atesorado importantes fortunas. El padre de Meyer Amschel se encuentra en un término medio, y por eso, en vez de aprovecharle y educarle para su servicio y ayuda, le envía a uno de los mejores colegios de su raza, a la sabia Escuela de Rabinos de Furth, donde transcurren los primeros años de su infancia, sometido a una severa disciplina y a un estudio metódico y tenaz. Acaso el pequeño Meyer hubiera sido un día Rabino, pero graves acontecimientos familiares trastornan por completo la dirección de su vida. En el lejano Francfort mueren, con poca diferencia de tiempo, sus padres, y ha de abandonar el Colegio para empezar, trabajan-

do, su aprendizaje de comerciante. Tiene doce años. Se traslada a Hannóver, y allí, por recomendaciones de amigos de su padre, entra en el Banco Oppenheimer. ¡Quién pudiera imaginar que en este establecimiento va a adquirir los conocimientos que le permitirán hacer la primera fortuna, que luego ampliarán enormemente sus hijos hasta ser los banqueros de Europa! El Banco Oppenheimer era una Sociedad que realizaba conjuntamente negocios bancarios y negocios de exportación en gran escala. Estaba lujosamente instalado, y la dependencia vestía con corrección desde el director al último empleado. El puesto de Meyer es muy modesto, como corresponde a su edad, infantil casi. Está en la sección de cambio; pero no se interesa por el intríngulis de las operaciones; no le llama ia atención lo puramente bancario, sino que se dedica a estudiar los dibujos y relieves, a examinar las monedas como piezas curiosas, acaso influído por el atavismo familiar de varias generaciones de comerciantes. Compra algunos libros de numismática, y como por sus manos pasan en el Banco Oppenheimer toda clase de monedas y medallas de todas las épocas, muy pronto pone de manifiesto sus conocimientos en la materia.

Ocho años de la vida de Meyer transcurren en Hannóver. Cuando tiene veinte, se siente inquieto en su puesto burocrático. Recuerda el Francfort de su infancia, aquella calle de los Judíos, y la casa de su padre, con un escudo rojo en la puerta—de donde viene el nombre de Rothschild—, comercio de cierto rumbo, en el que se respiraba bienestar. La nostalgia y el deseo de emanciparse le animan a volver al *ghetto,* donde naciera. Y volvió y se reunió con sus dos hermanos, Moisés y Kalmann, que, mientras él estuvo primero en la escuela de Furth y luego en el Banco de Hannóver, permanecieron en el rincón de sus mayores, luchando con la pobreza. Acostumbrado a la vida de re-

lación fuera del mundo judío, a Meyer le produce la vieja calle donde naciera una gran desilusión. Tenía una idea deformada de ella, una idea que era más sueño que recuerdo. Veía a sus hermanos, menores que él, a los que había idealizado desde lejos, en la triste realidad de unos mozos sucios, desgreñados, toscos, dedicados al más bajo comercio de compraventa, casi basureros, revolviendo harapos y hierros y vociferando en la jerga del *ghetto*. Entre sus hermanos y él mediaba un abismo de educación, de espíritu, de cultura. Por su edad y por su evidente superioridad se impuso a sus hermanos, y les habló de trabajar juntos para, entre los tres, rehacer la casa que fué próspera en tiempo de los padres.

Mientras Moisés y Kalmann compran y venden hierros y muebles, y cuanto se presente, pues tienen un gran instinto comercial, Meyer se dedica a la venta de monedas raras, joyas y medallas de oro y plata. En un fino estuche forrado de terciopelo guarda su rica mercancía y sale de Francfort en los coches de línea para ofrecer el muestrario a las personas acomodadas de las ciudades próximas. Empieza sus tratos con la simple burguesía, pero poco a poco lo eleva hasta la pequeña aristocracia. La táctica de Meyer consistía en ofrecer sus alhajas en buenas condiciones, con un pequeño margen de ganancia, para así lograr la estimación y trato de los pudientes, y que éstos le sirvieran más tarde para llegar a más altos personajes. Aquel jovenzuelo soñaba ya con alcanzar los palacios de los príncipes. A unas cincuenta millas de Francfort había media docena de Cortes, y los soberanos eran muy aficionados a coleccionar bellos objetos de valor. Tenía muy cerca, tentadoras, las Cortes de Hanau, de Cassel, de Darmstadt, de Weimar... Había mandado catálogos a esos príncipes; había entrado en relación con algu-

nos cortesanos. Esperaba que se le abrieran pronto las puertas reales.

Y no es que soñara hacerse rico con su estuche monetario. Al revés, incluso pensaba vender a los príncipes más barato que a sus súbditos. El caso era entrar en relación con ellos, ser habitual en la Corte. Su plan era ambicioso y estaba meditado hasta en los menores detalles. En 1765 cayó en sus manos, en muy buenas condiciones, una valiosa y rara colección de monedas. Hizo imprimir un catálogo especial, seguro de que incitaría la ilusión de los príncipes de buen gusto, y le envió, además de a los soberanos, a una escogidísima selección de grandes nobles y personajes cortesanos. Entre las cartas que recibe interesándose por ver la extraordinaria colección de monedas, hay una suscrita por el conde de Estorff, consejero en la Corte de Hanau. El conde conoció a Meyer en sus años de Hannóver, como cliente del Banco donde el pequeño judío estaba empleado; y sagazmente comprende éste que no le escribe por su cuenta, sino por indicación del conde Guillermo, joven príncipe reinante en el pequeño dominio de Hanau y—no lo ignora Meyer—heredero de Hesse-Cassel. Por eso, menospreciando las invitaciones que recibe del duque de Weimar—el famoso protector de Goethe—, del poderoso príncipe de Turno y de otros, toma la diligencia camino de Hanau. En efecto, vende al príncipe algunas de sus más valiosas monedas; pero la negociación se realiza por intermedio del conde Estorff. Llamado otras varias veces a la Corte, realiza nuevas ventas, siempre lotes de pequeña monta. El príncipe sabe comprar y el negocio carece de interés. El judío sabe que el príncipe, riquísimo, tiene una gran cantidad de valores de la Deuda inglesa y pide se le encargue de la negociación de las letras del dividendo. Se le concede la tramitación de algunas. Total, también otros pequeños negocios. Y a todo esto, al cabo

de cuatro años, sigue sin relacionarse personalmente con el príncipe. Sólo ha logrado ser conocido y bien recibido por algunos importantes personajes de la Corte.

Cuando ha trabajado tanto al servicio del conde Guillermo con tan minúsculo interés, da el primer paso positivo. El tener en aquella época oficialmente el título de proveedor de la Corte reportaba notorios beneficios. Estamparlo en la muestra de la tienda, en los papeles de cartas, en las tarjetas, traía inmediatas ventajas comerciales, aparte la dignificación social que significaba para un judío.

Meyer, según exigía la etiqueta, dirigió una instancia humildísima en solicitud de la prebenda. Decía así:

"He tenido la alta honra de servir a su Serenísima Ilustrísima en varias ocasiones y siempre a su satisfacción más completa. Estoy dispuesto a emplear todas mis energías y mi fortuna entera en servir a su Serenísima Ilustrísima en lo futuro, siempre que se me requiera. Un estímulo de gran valor para este fin me sería concedido si su Serenísima Ilustrísima se dignase distinguirme con un nombramiento de servidor de su excelsa Corte. Me atrevo a hacer esta petición confiado del todo en que al obrar de este modo no he de proporcionar ninguna molestia; mientras que para mí una distinción semejante habría de realzar mi posición comercial y ser una ayuda en tantos otros aspectos que estoy seguro que así me abriría camino y haría fortuna en la ciudad de Francfort."

Al príncipe no le costaba nada conceder el título que le pedía humildemente aquel servidor, que era, efectivamente, proveedor de la Corte. Y se lo concedió. ¡Gran día! Inmediatamente en la puerta de la tienda Rothschild de la calle de los Judíos colocó la insignia con las armas de Hesse-Hanau, y debajo, en letras doradas, la frase: "Por decreto". Meyer, proveedor ofi-

cial de la Corte, se dispuso a caracterizarse como merecía su nueva condición social: se colocó una peluca y una coleta, se encasquetó un sombrero de tres picos y ostentó una pechera de encaje bajo su casaca.

Aunque no se trataba de un título de nobleza, ni mucho menos, la vulgar condición de mercader de la Corte, tan ostentosamente manifestada en rótulos e impresos, tuvo una gran resonancia en el mundillo comercial del *ghetto*, como Meyer, con excelente olfato, presentía. Acudieron los otros comerciantes a dar la enhorabuena a los afortunados hermanos, que hasta poco antes eran mirados con la indiferencia de pobres mercaderes. Llovieron, ya de un modo discreto, ya ostensiblemente, las ofertas matrimoniales. Pronto se casaron los tres hermanos. Desde hacía mucho tiempo, Meyer cortejaba sin éxito, por la oposición del padre, a la joven Gütele Schnapper; pero ante la nueva situación, el padre de Gütele, que era el rico mercader Wolf, hijo de Salomón, accedió inmediatamente al matrimonio. Convenía aceptar este yerno de evidente porvenir antes de que fuera demasiado poderoso y aspirase a más rica heredera. Al contraer matrimonio, el 29 de agosto de 1770, tenía Meyer veinticinco años; Gütle, sólo diecisiete.

En este hogar habían de nacer los cinco vástagos que dominarían económicamente a Europa. Pronto quedó Meyer solo con su esposa e hijos, pues uno de sus dos hermanos, Kalmann, murió; y el otro, Moisés, se estableció por su cuenta. Fueron largos años de trabajo monótono y vida apacible. El matrimonio era feliz, pero vivía modestamente. La familia fué aumentando — seis hijos en diez años — y no cabían casi en la trastienda. Tres piezas para todo. Tenían que guisar, recibir a los amigos y dormir en la misma habitación. Cuando les iba a nacer el séptimo hijo tuvieron la fortuna de que una familia se ausentara de

la calle de los Judíos y compraron la casa, que les costó 12.000 florines. En esta vivienda—cuatro pisos, tienda y espaciosa bodega—nacieron luego otros cuatro retoños. Y en ella vivió el matrimonio Meyer hasta la muerte. El apenas vió los comienzos de la carrera triunfal de sus hijos. Ella los vió en pleno triunfo, pero no salió de esta casa en la que había pasado con su esposo los mejores años de la vida, reuniendo moneda sobre moneda la pequeña fortuna que luego había de hacerse gigantesca, y por la que había canturreado con el Talmud en la mano cada noche.

Durante estos años, Meyer apenas salía de su tienda y su casa. Ya no iba a ver a los príncipes con su estuche de monedas, medallas y joyas raras, aunque, eso sí, en el establecimiento siguiera realizando en pequeña escala el comercio con ellas. Hacía cerca de veinte años desde su última visita a la Corte de Hanau, donde el conde Guillermo le concediera el honroso título que ostentaba orgullosamente en la puerta de la tienda. Ya le tenía olvidado, cuando surgió un acontecimiento que de nuevo le espoleó y que había de ser la base de su fortuna. El conde Guillermo acababa de heredar el rico territorio de su padre, y pasó a ser el Landgrave de Hesse-Cassel. Hombre poderoso, al instalarse en Cassel con su Corte, abandonando la pequeña de Hanau, se convirtió en uno de los más ricos príncipes de Europa, si no el más opulento de todos.

Este príncipe, que por el prestigio de su árbol genealógico y por su dinero, casi se atrevía a enfrentarse con la poderosa Casa de Habsburgo, tiene una historia personal muy poco edificante. Casado con la princesa Carolina, tuvo de ella tres hijos. Pero un día puso sus ojos en la esposa de su caballerizo mayor y aquel devaneo fué el escándalo de la Corte; al fin, se arrepintió, pidió perdón a su esposa, se reconciliaron y parecía que ya hubiera sentado definitivamente la cabeza, cuando se enredó en

una nueva pasión con una muchacha desconocida, bella hija del del pueblo, de la que el príncipe había de reconocer más tarde que era "común, ignorante, vulgar", y que sus relaciones fueron "sin amor y puramente carnales". Con ella tuvo cuatro hijos, hasta que, por último, acabó el idilio y la desconocida volvió al anonimato. Un año de formalidad y ya le tenemos prendido en una nueva pasión, esta vez con la señorita Rosa Guillermina Dorotea Ritter, de noble familia, bella y graciosa, y muy cultivada. El versátil Guillermo le confirió un título de nobleza, le compró una finca y le consagró su vida íntima, abandonando cruelmente a su esposa; en este falso hogar nacieron ocho hijos. Finalmente, la Ritter entabló relaciones amorosas con un joven oficial, lo supo Guillermo, y le quitó los hijos, la casa y el título, y la expulsó. A los pocos meses entra un nuevo amorío en su vida; esta vez el más firme de todos, que le dura hasta la muerte. Tiene el príncipe cuarenta y cuatro años y la nueva heroína diecinueve. Es Juliana Albertina von Schlotteim, no sólo fiel a su amante, sino de una suprema discreción. La princesa se compadece de ella, y cuando le nace el primer hijo, la regala un palacio para que se instale en él. Allí habían de venir al mundo hasta nueve hijos de este prolífico y calavera Elector.

Si sus pecados no tienen fácil perdón, en cambio, al menos, se comportó bien con su vasta prole, que dicen muchos era desconocida de sus contemporáneos, pues Guillermo ocultó otros rápidos devaneos. Los hijos que se le conocen históricamente, aparte de los tres legítimos habidos con su esposa, son los cuatro de la primera amante, los ocho de la segunda y los nueve de la tercera. Les educó a todos en los mejores colegios, concedió títulos de nobleza, y las niñas se casaron con nobles y poderosos señores, mientras los varones fueron, en los distintos Estados alemanes, generales y ministros, diplomáticos y magnates.

Tal es el personaje a quien el judío Meyer hiciera algunas ventas en su pequeña Corte de Hanau hasta obtener el tít lo de "Proveedor oficial", y al que ahora había que cultivar de nuevo en su poderosa situación de Landgrave de Hesse-Cassel. Para romper la marcha se le presentó muy pronto una bonita ocasión. El judío se hizo con una partida de joyas valiosísimas en condiciones excepcionalmente baratas, lo que le permitía, aun ganando su parte, ofrecérselas al príncipe a precio ventajosísimo. Conocía muy bien a Guillermo, aunque nunca le hubiera tratado en persona, y sabía que aquel poderoso señor gustaba de emplear bien su riqueza; lo que le iba a ofrecer era un buen negocio.

Salió, pues, Meyer, otra vez al cabo de los veinte años, con su estuche forrado de terciopelo—el mismo de antaño, impecable por los cuidados del hebreo—camino de Cassel. El príncipe advirtió en seguida la baratura y compró el lote. Entonces Meyer, tímidamente, se permitió rogar en la Corte que, puesto que tenía negocio de moneda y cambio, el poderoso príncipe le favoreciera confiándole la negociación de algunos de los valores ingleses que, ordinariamente, entregaba a las grandes casas de Banca de Francfort. El príncipe comprendió la razón del precio bajo de las alhajas, pero accedió a que se le prometiera al judío la concesión de lo que pedía.

Estos valores, una verdadera fortuna, procedían de uno de los más sucios negocios, frecuente sin embargo en aquella época, a que un príncipe puede entregarse: la venta de sus súbditos. No los vendía, claro está, individualmente y a particulares, tal como la trata de negros esclavos. Los vendía en masa y como soldados a los Estados que necesitaban tropas para sus empresas guerreras. El mejor cliente era Inglaterra, que había de hacer frente a las guerras coloniales, y de un modo especial

a los americanos rebeldes. Así, poco a poco, fué vendiendo Guillermo hasta 24.000 súbditos. El inglés pagaba en libras o en letras de cambio que el Landgrave ponía en circulación para ganar todavía algunos intereses, y a ellas se refería Meyer.

A pesar de la promesa, Guillermo sigue enviando las letras a los grandes Bancos, y el judío, siempre con igual humildad —no hay ejemplo de humildad consciente, fría y calculada como la de este hombre—, recuerda de vez en cuando a la Corte de Cassel lo que se le prometió. Finalmente se atreve a concretar la petición: ruega que se le confíe siquiera una letra de mil libras esterlinas cantidad para él interesante, pero irrisoria para los Bancos que operan con el grueso del negocio. De la Corte se piden informes acerca del judío, su capital, los impuestos que paga, y con estos datos a la vista se le abre un crédito de 800 libras esterlinas.

Con esta operación hace Meyer lo que con los negocios de joyas y monedas: ganar menos para conquistar la confianza del príncipe. Realiza en seguida la negociación y reembolsa su deuda al Landgrave, dándole a ganar más intereses que los que le abonan los Bancos. Esto, como había previsto, aumenta su crédito y se le otorgan nuevas y sucesivas negociaciones, que él va liquidando muy pronto y conformándose con ganar menos que los Bancos para que el príncipe gane más. Las letras que se le confían son cada vez de mayor cuantía y las pequeñas comisiones van engrosando el capital del judío, hasta que su fortuna, que era de 200.000 florines al comenzar esta operación, sube a 300.000.

En 1801, en premio a sus primeras gestiones financieras, Meyer pasa a ser agente general de la Corte de Hesse. En realidad, no ha conquistado el puesto sólo por los negocios. Por primera vez emplea un Rothschild el sistema de la corrupción:

el príncipe no se le hubiera entregado de otra manera; el hombre de confianza en la Caja fuerte principesca, el que maneja los fondos, el que indica a quién han de entregarse las negociaciones, siempre pensando en la garantía y buena administración, es un funcionario llamado Carlos Federico Buderus. Está al servicio del príncipe desde niño, y su probidad le ha granjeado la confianza de Guillermo. Es el único que dispone del tesoro. Y es, sin embargo, un hombre modesto, que vive humildemente, pues, aunque por su mano pasen millones y millones, él se atiene a su sueldo, nada exagerado. La habilidad de Meyer está en la conquista de este probo funcionario. En un principio, ni se atreve a abordar el tema, porque Buderus se muestra tan celoso de su honorable pobreza, que cambia la conversación cuando toma un giro peligroso; pero Meyer prosigue el trato cotidiano, con paciencia inagotable, hasta que gana su confianza, y entonces le hace ver que es injusto que no acepte una pequeña participación, cuando legítimamente le corresponde, puesto que él es quien le facilita las letras que negocia. Al fin, Buderus cede a la tentación, y ya el judío le convierte fácilmente en el instrumento de su ambicioso plan. Lo que Meyer pretende es nada menos que quedarse con la totalidad del suculento negocio, que pase a sus manos el total de las operaciones que se confiaban a los grandes Bancos. Al contacto con las primeras sumas, se despierta en Buderus la ambición de hacerse también rico, y se alía con Rothschild, acepta su participación en las operaciones y empieza cautelosamente el traspaso.

De estas relaciones entre Rothschild y Buderus ha quedado un documento que refleja en toda su magnitud la naturaleza de tal alianza. Dice así: "El siguiente contrato se ha efectuado en el día de hoy entre el Canciller privado de Guerra, Buderus von Carlshausen y la sociedad mercantil de Meyer Amschel

Rothschild, en Francfort. Primero: Buderus ha impuesto en la casa de Banca de Meyer Amschel Rothschild la cantidad de veinte mil florines, y ha prometido *ayudar* a la mencionada sociedad *con sus consejos y otros medios a su alcance*. Segundo: la Casa de Meyer Amschel Rothschil promete, por su parte, entregar al mencionado Buderus una cuenta fiel de sus ganancias con el arriba citado capital de veinte mil florines, y le concede el derecho de inspección en cualquier momento de los libros de la sociedad, con el fin de asegurarse de que será tratado con la mayor equidad".

La manipulación de dinero a que llega Meyer es enorme. Bastc decir que la fortuna heredada por Guillermo a la muerte de su padre, con el Landgravato de Hessel-Cassel, asciende en metálico a veintidós millones de táleros, sin contar los castillos y otros diversos valores. A esto hay que añadir los millones ganados por la venta de soldados y por los negocios a que tan aficionado es el príncipe, amigo de que el dinero esté siempre colocado y produciendo. Como Meyer sabe hacerle producir bien y la única razón que podía detener a Guillermo, la falta de confianza por insolvencia del judío, es frenada mansa y cautelosamente por Buderus—que se ha asimilado el estilo judaico de su consorte—, todo marcha sobre ruedas. Después de muchas operaciones con letras inglesas, y cuando tiene en sus manos, transitoriamente, cantidades grandes, Meyer quiere hacer otro género de operaciones. Ha decidido hacerse millonario, ser todo un banquero. El ideal es hacer un empréstito y propone realizar uno con Dinarmarca, garantizado con los caudales del Landgrave. Es una operación estupenda, que sólo exige capital. El judío opera con el de su señor, con el concurso de Buderus, y cuando termina, el dinero vuelve a las arcas principescas, con buenos intereses y gran contento de Guillermo; pero con ello Roths-

child ha ganado más y ha entrado de lleno en el gran mundo de las finanzas. Y realiza, en efecto, grandes operaciones.

Primero — dice Lewinsohn — un empréstito por cuenta propia. El Landgrave le ha asegurado antes cubrir su importe, de modo que el riesgo no es muy grande. Recibe mediante el depósito de garantía 160.000 táleros al 4 por 100 de interés. Algunos meses más tarde coloca por segunda vez una suma de 200.000 florines, que el Landgrave pone a su disposición. En los años siguientes las transacciones se hacen más numerosas. De 1801 a 1806, Meyer Amschel Rothschild coloca once empréstitos importantes, que forman un total de cinco millones de florines. Siete de ellos son para Dinamarca, pero procura también dinero al Landgrave de Hesse-Darmstadt y al príncipe elector de Baden, al príncipe de Prusia y al emperador de Rusia. A todos sirve bien—sirviéndose primeramente a sí mismo—, y el nombre de Rotchschil se va prestigiando. Su fortuna ha aumentado de tal manera, que ya puede realizar una parte de los negocios que emprende con su propio dinero.

Incluso se permite competir con los poderosos. En un empréstito danés que va a realizar el Banco Bethmann, Rothschild encarga la operación en su nombre a un agente, hace un ofrecimiento más ventajoso, y así pone fuera de combate a la casa de Banca más antigua y mejor considerada de Francfort. Igual pasada les juega a otras entidades. Los Bancos se dan cuenta de que desciende el volumen de negocio del Landgrave. ¿Quién lo hace? Se lanzan a la investigación y al fin llegan a saber que quien les ha sustituído es el pequeño cambista de la calle de los Judíos, que antes solicitaba de esos Bancos modestas operaciones para ganar unas monedas. El caso es grave y están seguros de que el Landgrave lo desconoce. Hay que denunciar a la Corte lo que ocurre. ¿A quién? El propio Landgrave está dema-

siado alto, y pudiera considerar ofensivo el atrevimiento. Lo mejor es dirigir el escrito al funcionario de más confianza, al custodio del tesoro, Buderus. Y Buderus—precisamente el autor de sus males—recibe el alegato y se lo comunica a Rothschild. Este se alarma y el consocio pierde el sueño. Aunque los negocios han sido prósperos no pueden compararse como capitalistas con los grandes Establecimientos que se disponen a darles la batalla; no podrían enfrentarse con las más importantes y afamadas firmas bancarias de Alemania. ¿Qué ocurriría si el Landgrave llegara a enterarse de la queja? No hay que olvidar que Guillermo—bien lo sabían Rothschild y Buderus—era terriblemente egoísta y celoso de su fortuna, y por muy bien que fueran las cosas con el judío, no hubiera consentido caer en el enojo de la gran Banca, que era en definitiva donde descansaba su tranquilidad de capitalista.

Se aproximaba un momento difícil, cuando un gran acontecimiento vino a salvar a Rothschild del peligro y a abrirle definitivamente las puertas de la fortuna. Se desataba la guerra por Napoleón. A este hombre, al que tanto daño habían de hacer reiteradamente los Rothschild, como veremos, le debieron quizá lo que fueron. El príncipe había hecho colocar en las tierras limítrofes del Landgravato unos carteles que decían: "País neutral" y otros con la inscripción "No rebasad la frontera", creyendo que los húsares del Emperador, en su marcha adelante, respetarían la ingenua advertencia. No sólo no la respetaron sino que allanaron deliberadamente y con órdenes superiores los territorios de Hesse-Cassel. Las tropas entraban el 31 de octubre de 1806, y en la noche del 1.° de noviembre el príncipe salía a toda prisa en su coche, lleno de pánico al advertir el cariz que tomaban las cosas. Le esperaba un largo destierro: siete años. En Cassel quedaba con la administración total de los bienes del

fugitivo, Buderus, el copartícipe secreto de los negocios de Rothschild. Se abría a la ambición de éste un horizonte maravilloso de posibilidades. No lo desaprovecharía.

Las veinticuatro horas que el Landgrave permaneció en su Corte, estando ya las tropas napoleónicas, fueron empleadas afanosamente en poner a salvo las riquezas. Todos los títulos, valores, monedas, objetos de oro, tesoros de arte; todo lo que podía transportarse fué embalado en centenares de cajas y maletas y se encerró en los sótanos del castillo de Wilhelmshoche y en los de los castillos de los alrededores de Cassel. De todo ello se hizo, además, un minucioso inventario. Y ante tal acumulación de riquezas se puso por temor un pelotón de cazadores para la custodia del castillo principal. Esto llamó la atención de los franceses. No era lógico que ese lujo de precauciones en una mansión aislada se tomase sin más ni más. Se pusieron a hacer pesquisas y registros. El ministerio de Hesse, que quedó en Cassel al marchar el príncipe, lleno de miedo, decidió entregar voluntariamente una parte de los tesoros para salvar así los principales. El general Lagrange llenó un carretón de Obligaciones y cupones, y, dándose cuenta exacta de la situación, anunció al Emperador que se había apoderado de once millones de táleros del príncipe Elector, que ponía a disposición del Tesoro Imperial. Un botín sobrado para que Bonaparte agradezca el celo de Lagrange. Pero éste anuncia en secreto a los mismos hessianos que está dispuesto a seguir sus pesquisas hasta encontrar todas las riquezas escondidas y castigar a los culpables de la ocultación si no le dan a él, particularmente y también en secreto, 700.000 libras. Así lo hace el Gobierno para evitar mayores males, y el general simula que en Hesse-Cassel no queda más botín.

Desde este momento, y contando con la impunidad, los ser-

vidores más próximos del príncipe se dedican a sacar lenta y disimuladamente los tesoros y a poner en seguridad los valores que no fueron confiscados. Acaso un día el general Lagrange sea sustituído por otro gobernador, y hay que evitar otro asalto, aparte que en todo caso mejor está la fortuna si se pone fuera del alcance de todos. Algunas de las cajas que contenían la mayor parte de los archivos fueron enviadas a Francfort, y se guardaron en el gran sótano de la casa de Rothschild. De este hecho arranca una de las leyendas que más han circulado al hablar de los Rothschild y que se conoce con el nombre de "el asunto de los toneles". Esa falsa versión de lo ocurrido cuenta que el príncipe, antes de huir de Cassel, había confiado sus riquezas a Meyer, quien las llevó a su casa con grave riesgo y las tuvo escondidas durante toda la ocupación francesa en sus cubas de vino y enterradas en el jardín. Luego, el príncipe, en reconocimiento de su fidelidad, le había recomendado a todos los príncipes alemanes, y así nació la fortuna de los Rothschild. Nada de eso es verdad. La fortuna se alzó tal y como venimos refiriendo a la luz de los testimonios.

Lo cierto es que el príncipe se instaló en Itzehoe, desde donde se puso en contacto con los suyos. En el estrecho círculo de confidentes que van y vienen y llevan los asuntos económicos, figura Meyer Amschel Rothschild, quien, para que sus constantes viajes no llamen la atención abre una oficina de cambio en Hamburgo.

A los dos años de la ocupación francesa, en 1808, las cosas se agravan. El *Boletín Imperial* pone fin al poder del príncipe Elector, con un decreto tajante, que dice:

"La Casa de Hesse-Cassel, durante muchos años ha vendido sus súbditos a Inglaterra. Gracias a esto, el príncipe Elector ha

reunido tesoros. Este es un proceder indigno que provoca la caída de su Casa. Ha cesado de reinar."

Por muchos decretos que publicara Napoleón, el príncipe tenía a salvo una gran fortuna, con la que operaba Meyer. Y con ella siguió operando después del decreto que le quitaba el reinado. De esta época se ha contado otra leyenda tan absurda como la de los toneles. Se ha dicho que Meyer envió a Inglaterra a uno de sus hijos con 600.000 libras esterlinas del príncipe, para que las pusiera a salvo. Aunque especuló con dinero de Guillermo, es seguro que jamás tuvo en sus manos Meyer una suma tan enorme. Al contrario, la historia menuda de los años de destierro demuestra hasta la saciedad que el príncipe, estimándole y admirándole, nunca se le entregó, nunca puso en él una confianza absoluta como en los grandes Bancos solventes. Por eso la fortuna de Meyer es producto del trabajo de una larga vida y se acumuló lentamente. Por eso, aunque rico, no lo fué en la medida que pudo serlo de haber manejado con más amplitud el dinero. Tal empresa correspondió a sus cinco vástagos banqueros. Si éstos se hubieran limitado a recibir y repartir con los demás hermanos los bienes del padre, y a gastárselos buenamente, no hubieran sido más que unos modestos burgueses de su época, lo que hoy una familia de la clase media acomodada. No se hubiera pronunciado en el mundo la palabra Rothschild. Todo lo ocurrido hasta aquí es antecedente para la historia, la gran historia, que empieza precisamente al morir el viejo Meyer Amschel el 19 de septiembre de 1812, sin llegar a ver la vuelta del príncipe a su residencia. Cuatro años antes tuvo que someterse a una operación, por padecer una enfermedad interna. Cuando de nuevo reanudó sus actividades, no estaba realmente curado, ni lo estuvo ya nunca, pues la lesión le producía continuos dolores. A fines de 1811 tuvo una recaída y

permaneció en cama varios meses. Otra vez volvió a la lid. El 16 de septiembre de 1812 (día de la Expiación) se empeñó, contraviniendo las órdenes del médico y los ruegos de la familia, en ayunar las veinticuatro horas completas y en pasar todo el día dedicado a la oración, arrodillado en la sinagoga. Al día siguiente se le abría de nuevo la herida de la antigua operación y se agravó de tal modo que todos, y él mismo, se dieron cuenta de que se aproximaba la hora final. Fué llamado rápidamente un notario, que llegó en compañía de un testigo, y el viejo Meyer dictó un testamento que sustituía al que hizo cuatro años antes. Tan agotado estaba, que apenas tuvo arrestos para firmar el documento. En la noche del 19 fallecía. Se le enterró en el cementerio judío, donde reposan sus antecesores, pero ni uno solo de sus descendientes.

Aunque los hijos de Meyer habían heredado del padre el espíritu de la raza, el testamento dictado les unía y obligaba al trabajo en común. El anciano hebreo presentía el nacimiento de una gran empresa y quiso asegurar sus cimientos, dejándoles, no el dinero, sino el negocio, como una unidad común e indivisible. Eliminó a las hembras y a los advenedizos de la familia: los maridos de aquéllas. "Yo dispongo y deseo—era una cláusula—que mis hijas, mis yernos y sus herederos no tengan parte en la sociedad de M. A. Rothschild e Hijos, y que menos aun puedan, bajo cualquier pretexto, reclamar el derecho a examinar dicho negocio, sus libros, papeles, documentos, inventario, etcétera. Y nunca perdonaré a ninguno de ellos si, en contra de este mi deseo paternal, se atreviesen a molestar a mis hijos varones en la posesión pacífica de sus negocios."

Del aspecto físico exacto del fundador de la dinastía financiera más importante de Europa no quedó rastro auténtico. No se dejó retratar nunca, pues decía que su físico inspiraba des-

precio. Los retratos o dibujos que luego se han recogido y se publican, están hechos con el recuerdo. Aunque negoció con las Cortes, elaboró una fortuna y trató con príncipes y magnates, fué siempre un judío puro, un hombre de *ghetto*. Cuando salía a la ciudad se pasaba la vida haciendo reverencias y lisonjas, doblando la espalda ante los poderosos, a cuyo servicio se estaba haciendo rico. Hasta el último instante—y pese a sus negocios financieros—conservó su tienda abierta y vendió mercancías. Una hija soltera llevaba la Caja, pues aun no tenía cajero la Banca Rothschild.

Así se extinguió, a los setenta años de una vida harto ajetreada, el tronco de donde salieron las cinco ramas más sagaces de la especulación financiera. Vamos a ver ahora cómo con la base de ese testamento que hace el padre en una vulgar tienda del *ghetto* de Francfort los cinco hermanos levantan la más colosal fortuna y el poderío económico de una Era del mundo.

SEGUNDA PARTE

LA RIQUEZA

I

NATHAN, EL DE LONDRES

Los cinco hijos, que ya trabajaban activamente en vida de su padre, al morir éste comienzan su vasto plan de expansión. El mayor, Anselmo, asume la dirección de la Casa matriz de Francfort; Nathan, el tercero de los hermanos, hace años que se encuentra en Londres; el menor, Jacob, se establece en París; luego irán a Viena y Nápoles los otros dos, Salomón y Carlos. Sigamos la vida de cada uno, íntimamente ligada a la de los demás.

Nathan (nacido el 16 de septiembre de 1777), es el genio de la familia, el impulso y motor de sus hermanos. Fué el primero en romper amarras de Francfort. Un incidente le llevó a correr la aventura que le conduciría a ser el primer banquero de Londres y del mundo. Llegaban al Continente los agentes ingleses con paños de Mánchester, y los Rothschild, que en vida del viejo Meyer, como hemos dicho, nunca cerraron su tienda, a pesar de los lucrativos negocios bancarios, les hacían compras de su mercancía. Son los tiempos en que Napoleón domina en el Continente, las importaciones procedentes de Inglaterra están

muy perseguidas y son difíciles, y los agentes elevan los precios y ponen trabas de todas clases para cobrar en dinero los riesgos de la travesía. Un agente inglés, en su negociación con el viejo Meyer, se mostró exigente y altanero, y Nathan, poniéndose nervioso, mandó a paseo al comerciante y propuso a su padre acabar con aquel abuso. Iría él mismo a Inglaterra y haría directamente las compras. "Lo que hace ese agente, que es comprar en las fábricas y traerlo, lo puedo hacer yo, y ganamos todo lo que él se queda de ganancia." Tal fué la razón. Y, en efecto, a los pocos días cruzó el Canal, trasladóse a Mánchester, visitó las fábricas, se enteró de los precios, hizo la primera compra y la envió a su casa de Francfort. La ventaja económica fué considerable.

Pero Nathan, apenas se vió solo en Inglaterra, reveló sus excepcionales condiciones de comerciante. Al trazar la silueta del más listo de los Rothschild, Richard Lewinsohn dice que Nathan "heredó de su padre el arte de combinar los negocios y la entereza necesaria para llevar las negociaciones, pero posee también el atrevimiento del especulador, el golpe de vista acertado y el valor de emprender grandes combinaciones, cosas que en el fondo le faltaban al viejo. No es solamente un diplomático táctico, sino que utiliza también en la estrategia financiera todos los trucos y artimañas que forman parte del oficio. El viejo Meyer ha realizado una buena fortuna por medio de los empréstitos, ha aumentado florines sobre florines hasta constituir un número de siete cifras. La fortuna de Nathan aumenta por saltos".

Claro es que el joven de veintiún años desembarcado en Inglaterra no puede compararse con el joven de igual edad que se estableció un día en la calle de los Judíos de Francfort. Para Nathan la cosa es más sencilla que para su padre; pero es in-

dudable también que su ingenio fué prodigioso para elevar una pirámide de oro. Cierto que sin escrúpulos; claro es que con trampas y trucos; reconozcamos que burlando a la Policía francesa; aceptemos que utilizando procedimientos francamente delictivos muchas veces, como vamos a ver; pero se hizo multimillonario sin que le ocurriera nada, sin que cayera en manos de la Justicia; antes al contrario, recibiendo el homenaje de los Gobiernos, honores y títulos, amistades y cortesías y saboreando plenamente, con la riqueza, el homenaje general.

Una vez que hizo su primera compra en Mánchester, se quedó en la ciudad estudiando el negocio de los paños. En aquella época Mánchester era el emporio mundial de esta industria. Nathan observó todo el manipuleo, desde la llegada de la materia prima hasta la salida de los paños para el mercado, y dedujo que lo mejor sería comprar él mismo la lana, encargar su transformación en tejido a una fábrica y enviarlo luego a Francfort; así se ahorraba también los intermediarios industriales. Sus compras eran siempre excelentes. Pedía precio, lo discutía, y como iba con el dinero contante y sonante, dispuesto a liquidar en el acto, sacaba de la operación todas las ventajas. En siete años, las 20.000 libras que le proporcionó su padre—con dinero del Elector Guillermo—al llegar a Inglaterra, se habían triplicado. Decidió entonces su traslado a Londres, con una fortuna aproximada de dos millones y medio de pesetas oro, para dedicarse a los negocios de Banca, sin abandonar el comercio de mercancías. Le atraía Londres como un imán. Era la gran urbe de la economía, la primera Bolsa, el centro del comercio mundial, donde el dinero circulaba a torrentes.

Un año antes, y como medida preparatoria, Nathan adquirió la nacionalidad inglesa, que le fué otorgada el 12 de junio de 1804. Al llegar a Londres en 1805, se estableció, primero en

la plaza de St. Helen; luego se trasladó a New Court, St. Swithin's Lane, hasta que, finalmente, construyó el edificio de la Casa Rothschild. Ya le tenemos en Londres y ya es inglés. Para las primeras operaciones bancarias encontró Nathan el apoyo de su padre. El viejo Meyer logró convencer al príncipe Elector para que las letras de cambio que el Gobierno británico ponía en circulación por medio de la Banca Van Notten, de Londres, en pago a la entrega de soldados, lo hiciera por la intervención de la Casa Rothschild. De este modo Nathan tuvo en sus manos una fortuna inmensa, propiedad de Guillermo, con la que se dispuso a manipular antes de que llegase a las manos de su dueño en el destierro. Precisamente aprovechó la circunstancia de encontrarse el príncipe en esa situación para retrasar el envío cuanto le vino en gana. La excusa era fácil. Decirle que el dinero estaba seguro y también sus pingües intereses, pero que la vigilancia que tenía establecida Napoleón en el Continente hacía difícil y peligroso el transporte de los resguardos. El príncipe se impacientó, reclamó, exigió; pero Buderus, fiel consocio de los Rothschild, encontró reiteradas veces la fórmula para aplacar la ira de su señor, dándole toda clase de seguridades y haciéndole ver que sólo en su beneficio se aplazaba el envío.

Es éste uno de los puntos "negros" de la historia de Nathan. Porque ¿no era a todas luces ilegal la retención continuada de un dinero ajeno que reclamaba su dueño legítimo? Téngase en cuenta que fué este el primer paso de su gran fortuna. ¿Lo dió dentro o fuera de la Ley? Han quedado como prueba irrecusable las cartas cruzadas con este motivo, cartas que revelan la desesperación de un hombre despojado y la argucia de quien le retiene sus caudales, apoyado en un cómplice traidor al jefe a cuyo servicio se encuentra. De una parte, Nathan, en alianza

con Buderus, tesorero del príncipe; de la otra, éste, en el destierro, reclamando en vano.

Habían pasado casi dos años desde la primera adquisición de títulos y no llegaba el certificado del Banco de Inglaterra. Y el príncipe, sospechando con lógica, le escribía a Buderus: "No desconozco los graves riesgos corridos. Tengo la mayor confianza en la sabiduría y lealtad de los Rothschild. Ya hace más de un año y medio desde que se firmó el primer contrato. ¿No cree usted que en todo ese tiempo podía haberse encontrado el medio de enviarme ese documento? Me resulta extraño que haya tanta indecisión y retraso cuando los envíos hechos desde aquí llegan a Inglaterra mes tras mes sin pérdidas. ¿No podrían servir las mismas precauciones, cualquiera que sean, en dirección contraria?"

La misiva, que en un tono aparentemente normal revela bien clara la sospecha, puso en guardia a Buderus, que fué en seguida a enseñársela a los Rothschild. A éstos se les ocurrió como solución, ya que no podía remitírsele el certificado—puesto que los títulos estaban sin comprar—, consolarle enviándole noticias optimistas. De este modo podrían seguir utilizando el dinero más tiempo. Y Buderus le escribió a su príncipe: "Después de muchos esfuerzos y persuasión he conseguido rebajar en un cuatro por ciento el precio de los Rothschild en la tercera inversión en fondos públicos, ahorrando así a Su Alteza 4.521 libras". Y después de *dorarle la píldora* con este preámbulo, le decía: "El certificado correspondiente a la primera inversión será llevado por el menor de los Rothschild tan pronto como haya la menor probabilidad de seguridad".

En su carta de contestación, después de otros párrafos sobre la inversión de los fondos, Guillermo *volvía a la carga*: "Le ordeno al mismo tiempo que procure que el documento de la

primera inversión me llegue sin dilación, y que los otros le sigan lo más pronto posible".

A poco de recibir esta carta se produjo en Francfort una incursión de las tropas napoleónicas, que Buderus aprovechó para engañar una vez más a su señor con un relato alarmista del suceso: "El agente de Corte, Carlos Rothschild, se disponía a partir para Praga, cuando varios regimientos franceses se presentaron con artillería y un gran número de empleados de Aduanas, se apoderaron de todas las puertas de la ciudad y ordenaron que nadie saliese... He tenido todo el cuidado concebible, y sólo puedo prodigar las mayores alabanzas a los hijos del agente superior de Corte, Rothschild, por el infatigable interés y celo con que han mostrado su devoción a Su Alteza".

Tras éste, otro parrafito de terror: "Nuevos incentivos se han preparado a informadores y prestatarios para efectuar la liquidación de los empréstitos de Su Alteza, prometiéndoles un premio del quince por ciento, y el número de espías y traidores, bajo todos los disfraces posibles, es tan grande, que no puede confiarse nunca más en nadie". Y, finalmente, Buderus escribe lo fundamental, pues todo lo anterior no tiene más fin que justificarlo: "Tan pronto como sea posible procuraré que el agente de Corte, Carlos Rothschild, salga de Franckfort con los paquetes".

¿Qué era eso de "los paquetes"? Buderus empleaba un lenguaje convencional, dando a entender que el certificado del Banco de Inglaterra estaría en uno de tales paquetes; de este modo lograba también darle al príncipe la sensación de que las persecuciones policíacas eran tan intensas que no podía hablarle con más claridad.

Pasaron cinco meses más y Guillermo preguntó de nuevo. Y ya, esta vez, Buderus fué concreto: "El joven Rothschild

—contestó—marcha de verdad a Londres para hacerse cargo de los recibos correspondientes a las inversiones. Su padre ha conseguido, sin que yo le diga nada, reunir 160.000 florines procedentes de Copenhague. Permítame expresarle la satisfacción de Su Alteza por sus múltiples esfuerzos en este asunto. Me he enterado por Rothschild que la Policía de Praga ha descubierto los cajones secretos de su carruaje. Por eso he juzgado prudente no enviar mis cuentas del último mes. Estas no pueden ser ocultadas en los vestidos como las cartas".

La misiva, como se ve, era de un incomparable cinismo. Decir que "el joven Rothschild marcha *de verdad* a Londres" equivale a confesar que todo lo anterior era mentira. Y, como siempre, la truculencia alarmista: los cajones secretos, la Policía de Praga... ¡El caso era no enviar las cuentas!

Pero, por lo visto, tampoco esta vez fué el joven a Londres; al menos no llegó el recibo al príncipe, que lo esperaba con verdadera ansiedad. Al cabo de seis semanas, Guillermo volvió a reclamar: "No tenía noticia de que la Policía de aquí haya encontrado los compartimientos secretos. No hay nada que temer por ese lado... Sigo pensando con genuino deseo y ansiedad justificada en los documentos relativos a los títulos del Banco de Inglaterra".

Otra vez transcurrieron tres meses, y no llegó nada. Se convenció Guillermo de que aquello no era normal y que debía buscar la pista de su dinero por otro camino. Envió una misiva con instrucciones a su antiguo representante en Londres, Lorentz, y éste en seguida le contestó que aquella era la primera noticia que tenía del asunto, que Buderus no le había dicho nada acerca de tal operación. Y, en fin, una mala noticia: que los fondos estaban ya a 62 y continuaban bajando.

Era una revelación total de lo que el desterrado sospechaba

hacía tiempo. En el acto escribió a Buderus contundentemente:

"Estoy muy molesto y deseo con ansiedad su explicación. Hasta entonces detenga todos los nuevos pagos a cuenta de los títulos ingleses. Ni tampoco se ha de volver a invertir en ellos ninguno de los intereses procedentes de los mismos. Lorentz deberá estar informado de todos mis asuntos financieros ingleses. Especialmente deberá estar enterado de todo lo relativo al capital mío invertido por Rothschild, para que en su calidad de encargado de negocios mío *mantenga vigilancia sobre él.* Le ruego atienda a esto sin dilación alguna".

Esta carta, o mejor esta orden, cayó en Francfort como una bomba. ¡Adiós negocio! Jugando con la fortuna principesca estaban enriqueciéndose. Era preciso prolongar aquella retención, aquel verdadero *embargo* que Buderus y los Rothschild, compinchados, venían realizando. Y no valía intentar procedimientos expeditivos, porque el príncipe lo había descubierto todo. Ahora, más que nunca, necesitábase el empleo de la astucia, ir ganando tiempo como fuera. Buderus, para calmar su impaciencia, le escribió constantemente. Le hablaba de su pesadumbre ante el peligro que encerraba el cruce del Canal con documentos valiosos. ¡Oh, Su Alteza no podía imaginarse, en el destierro, la vigilancia que había puesto Napoleón! Le contaba con vivos colores los esfuerzos incansables de todos los Rothschild para satisfacer el deseo legítimo de Su Alteza. No dejó de insinuar Buderus en sus cartas la inconveniencia de confiar el secreto de aquellos asuntos a encargados de negocios, a pesar de estar acreditados como tales.

Al mismo tiempo, Carlos fué a Praga y expuso en persona al príncipe todos los argumentos. Le rogó paciencia, se describió a sí mismo como un héroe que corría los mayores riesgos para mejor servir a su señor. Guillermo se mantenía firme. Re-

clamaba, exigía. Pasó de este modo un año más de forcejeo. Baste decir que la cuenta de las comisiones que los Rothschild reservaban a Buderus por su colaboración era en septiembre —al producirse la última exigencia del príncipe—de 30.000 florines, y en la primavera siguiente alcanzaba ya a 360.000. En fin, en el mes de mayo, aunque el bloqueo que Buderus había pintado tantas veces imposible de burlar era el mismo, los certificados cruzaron el Canal y llegaron a manos de su dueño. ¡Después de tres años y medio!

Es que en este momento nacía otro negocio mucho mayor. Podían prescindir del tesoro del príncipe, pues ya poseían una fortuna considerable para emprender el nuevo, que vamos a relatar seguidamente.

Entretanto, Nathan había hecho la primera gran operación, con la ayuda de sus tres hermanos más jóvenes; una operación arriesgada, que más tiene de contrabandistas que de bancaria. Otra vez Napoleón era el instrumento inconsciente de la fortuna de los Rothschild, que estuvieron al servicio siempre de los enemigos del Emperador. Al estudiar este negocio el historiador Ravage, caracterizado por su simpatía a la familia judía de Francfort, tiene que reconocer que los "papeles falsos, disfraces, nombres fingidos, escondrijos secretos, sobornos de gentes, todas las artes y trampas del espía, eran familiares para ellos". Es esta primera operación la que les dió a los Rothschild los millones con que habían de operar cómodamente el resto de la vida. Una verdadera aventura digna de la mejor novela. Después de ella, los Rothschild no tuvieron que preocuparse más de implorar al príncipe de Hesse-Cassel. Eran millonarios absolutos, tan poderosos como el primer banquero, y además con una fama que nadie tenía, y la estimación oficial, poco menos que si fueran los héroes de la guerra al servicio de la Gran Bre-

taña y las naciones invadidas y los verdaderos vencedores de Napoleón.

Eran los tiempos en que Wellington, en España y Portugal, luchaba con la intención de atacar a Francia, en la gran empresa cuyo fin último constituiría la derrota de Napoleón. La expedición estaba inmovilizada desde hacía mucho tiempo por la incapacidad del Gobierno para aprovisionar a las tropas. Tenía establecido Napoleón un bloqueo tan riguroso, que era muy difícil evitarle. La ruta marítima Londres-Lisboa, que el Gobierno inglés utilizó repetidas veces, trajo como consecuencia la captura y hundimiento de barcos. Wellington, aislado de su patria y sin posibilidad de recibir recursos—que en Inglaterra no faltaban—, veía a sus tropas maltrechas, casi hambrientas y desde luego incapacitadas para acometer la lucha. Decidió entonces establecer por su cuenta un pequeño Banco en Portugal. Los títulos expedidos por él estaban respaldados con las reservas de oro de Inglaterra. A cambio de tales títulos pedía oro corriente para atender a los gastos del Ejército de operaciones. Si bien el "papel Wellington" podía convertirse en dinero por su valor nominal en Londres, ¿quién iba allí a hacer el cambio? ¿Y quién lo retenía en su poder? Napoleón, con sus millares de celosos funcionarios, no sólo confiscaría esos valores, sino que sus poseedores pagarían con la vida el delito de haber prestado auxilio al enemigo. Wellington puso en circulación sus títulos a un precio bajísimo; el caso era coger dinero y salir adelante, y aunque en Londres el Gobierno se escandalizó, no tuvo más remedio que aceptarlo. No había más solución que pagar ese crecido interés o sucumbir ante el corso. Los comerciantes cedían su mercancía por los billetes y luego los llevaban a los cambistas para transformarlos en moneda corriente, lo que hacían con un descuento. A su vez, los cambistas los cedían a los traficantes con

otro descuento. Estos a otros, y así sucesivamente, desde Lisboa hasta Calais, de donde los pasaban a Londres, cuya Tesorería los cotizaba en el acto por todo su valor. La ganancia, enorme, se dividía entre infinitas manos a lo largo de tan dilatado viaje. Así y todo, era poco el papel que llegaba a Inglaterra. Se iba quedando escondido, por miedo a la Policía, en espera de mejores tiempos o de una oportunidad.

Nathan que, como sus hermanos, era un técnico que llevaba cinco años burlando el bloqueo de Napoleón, vió en seguida el negocio fabuloso que podía hacer si anulaba toda aquella serie de intermediarios y cogía a bajo precio los títulos Wellington en los Pirineos y los vendía a la par en Londres. Lo que nadie se atrevía a hacer en Europa, lo haría él con sus hermanos. Los millones de diferencia entre el valor nominal de los títulos y su baja cesión por Wellington, serían para ellos. Y montó la arriesgada operación.

El mayor de los hermanos, Anselmo, hombre tranquilo, quedó en Francfort, al lado del padre, la madre y las hermanas. Nathan, en Londres. Y los otros tres se situaron estratégicamente, comenzaron sus andanzas a través de fronteras, por tierras hostiles, cruzando avanzadas armadas, pagando cuando convenía, evadiéndose cuando podían, confiando en sus bolsas repletas y rondando por el borde occidental del Continente para mantener el contacto con Nathan. Los dos hombres más jóvenes se instalaron en los extremos de la línea. Carlos, en los Pirineos; Jacobo, en la costa del Canal; Salomón, el persuasivo y diplomático, se estacionó entre ambos, en París.

Carlos se puso rápidamente en relaciones con los comerciantes a lo largo de la frontera francoespañola, ofreciendo comprarles cuantos billetes del general Wellington tuvieran. Ante esta seguridad, los comerciantes se pusieron a vender sin miedo

sus mercancías al Ejército inglés, y Carlos les abonaba con gran descuento sus billetes. Una sola recomendación hizo, individualmente, a cada comerciante: que guardara el mayor secreto. Y así lo hicieron todos, inocentes, sin caer en la cuenta de que la noticia de la aceptación de aquellos billetes hubiera elevado su cotización. En cuanto Carlos había reunido una cantidad grande de títulos Wellington, marchaba con ellos hacia el Norte; al mismo tiempo, salía Salomón de París a su encuentro, se encontraban los hermanos en algún lugar del camino, hacíase la entrega del contrabando monetario y partían otra vez en dirección contraria. Entonces, Salomón, sin pasar en este viaje por París, seguía hacia el Canal, hasta que encontraba a Jacobo en un punto covenido y le hacía a su vez entrega de los valores. Unas veces desde Dunquerke, el mismo Jacobo se lo llevaba a Nathan a Londres; otras, venía de Londres Nathan a Dunquerke a recoger el envío de manos de Jacobo. Al cabo del tiempo, para simplificar y acelerar la operación, se encargaron de la travesía del Canal algunos capitanes de barco ingleses, de confianza y bien retribuídos. ¡El negocio daba para todo!

La operación que acabamos de describir era arrisgadísima. Toda cautela resultaba poca. Los Rothschild, por añadidura, sólo hablaban su idioma, que ni siquiera era el alemán correcto, sino la jerga judaica. El porqué otros no pudieron hacerlo y ellos sí, tiene su explicación. Para sortear los peligros que acechaban a lo largo de la cadena Pirineos-Dunquerke, en que el menor descuido podía colocar el cuello del protagonista en la guillotina, hacía falta repartir mucho dinero. Un contrabandista que sólo llevase una partida de billetes, no tenía medios para atender a una red tan densa de sobornos; pero los hermanos Rothschild, que puede decirse que se habían quedado con la emisión completa de Wellington, podían repartir sin reparo.

Todo lo que dieran no era sino migajas de su grandiso botín. De este modo, los que hubieran podido detenerles, eran sus cómplices, y cuando alguien que no estaba metido en la combinación se cruzaba en su camino, eran los funcionarios complicados quienes se encargaban de solventar el asunto con sus compañeros. Por todo el camino, desde las montañas al mar, había servidores de Napoleón que servían al enemigo a cuenta de las dádivas. El prefecto de Policía de Calais vivía tan prósperamente con las comisiones de los Rothschild, que atrajo la atención de sus superiores de París. Tal fué la gran operación que levantó a la naciente Casa Rothschild. Pero aun no ha quedado enteramente explicada. Aún falta un detalle fundamental. Carlos, en la frontera pirenaica tenía que reunir todo el papel posible, pero para pagarlo necesitaba oro. En tiempos de guerra, llenos de inseguridad y suspicacia, la gente no se fía más que del oro. Tarea difícil. Cada hermano, en su distrito, entre viaje y viaje, dedicaba todas las horas a comprar monedas de oro; especialmente Nathan que, al canjear los títulos en Londres, procuraba recoger una gran parte en guineas. Llegó un momento de dificultad. En todos los países europeos circulaba el billete de Banco como moneda corriente, y el oro iba escaseando; el que lo poseía procuraba ocultarlo en espera de tiempos mejores, por si acaso. Y los Rothschild habían contribuído no poco a la escasez, llevándolo a la frontera española para su negocio de canje. Los hermanos establecidos en la costa continental se dieron casi por vencidos. Entonces Nathan recurrió al último procedimiento: se dedicó a recorrer las tiendas de antigüedades de Londres,. las de metal viejo y el mercado de barras de oro y plata. Se hizo famoso entre los comerciantes. Y, al fin, un día encontró la salida definitiva que le libraría de aquella penosa búsqueda. Llegó un buque de la Compañía de Indias Orientales con

un cargamento de barras de oro. El lote se vendía en pública subasta en las oficinas de la Compañía. Acudió Nathan y pujó más que nadie. Para él fué el lote. ¡Un millón de libras! ¿Y qué le importaba si en pocas semanas se convertirían en diez? Al día siguiente llegaba el primer oro al otro lado del Canal, en seguida recorría la cadena y llegaba a los Pirineos, y los comerciantes vendían y vendían, Wellington pagaba y pagaba con largueza y ellos recogían los títulos despreciados hasta la exageración a cambio de unos gramos del metal codiciado.

La compra del cargamento de oro produjo un incidente que, lo mismo que pudo ser la ruina y la cárcel, significó el encubrimiento oficial. Recibió Nathan una carta de la Tesorería, firmada por el comisario Herries, para que compareciese el desconocido comprador de tanta riqueza. El señor Herries, según contó después, quedó estupefacto al ver entrar en su despacho a aquel hombre joven panzudo, de cara insondable, mal ataviado y sin la menor prestancia personal.

—¿Es cierto—inquirió el comisario de la Tesorería—que ha adquirido usted por un millón de libras el oro de la Compañía de Indias Orientales?

—Sí.

—Pues el Gobierno de su Majestad desearía entrar en negociaciones para adquirirlo. Tenemos una expedición militar en la Península Ibérica y tengo la obligación de abastecer al ejército empeñado en aquella empresa; el bloqueo decretado por Napoleón nos impide enviar los abastecimientos, pero el general en jefe puede vivir sobre el país siempre que cuente con los fondos para ello. El Gobierno necesita comprar esas barras de oro. Como ciudadano inglés le requiero para que atienda a esta solicitud oficial.

Y el ciudadano inglés de última hornada llamado Nathan

Rothschild hizo uso de la palabra. Sí, era inglés y un buen patriota y deseaba atender al requerimiento de la Tesorería; pero deseaba saber de qué medio se valdrían las autoridades para hacer llegar el oro a su destino. No quería entrometerse en los secretos del Estado, pero lo cierto es que Wellington se había visto inmovilizado muchas veces y sus tropas llegaron a conocer el hambre porque el Gobierno, acosado por Napoleón, no pudo proveerle de fondos. Pues bien. Ese oro lo había adquirido precisamente con ese fin. Para que llegase a Wellington, a donde no supo llegar el Gobierno inglés con sus agentes. Y le contó entonces al comisario Herries cómo con sus modestos medios había contribuído a mantener las fuerzas expedicionarias. Describió las líneas generales de su organización, sus métodos y las dificultades que últimamente encontraba por la escasez creciente de oro amonedado en el Continente.

Herries quedó impresionado y admiró a aquel hombre, en quien veía un aventurero capaz de sacar a Inglaterra de uno de los peores atolladeros en que la había metido Napoleón. Viéndole tan propicio, Nathan le pidió que dejara en sus manos el asunto, y, al verse aceptado, llegó más lejos. El no podía hacer más que el contrabando y tráfico para que los auxilios llegaran a Wellington; pero, en cambio, un Estado en peligro podía llegar a mucho más, puesto que todo es lícito cuando se trata de la vida misma de la nación. El Gobierno inglés podía acuñar en su Casa de la Moneda napoleones franceses y onzas portuguesas sin pedir permiso a los Gobiernos interesados.

Con el agua al cuello, Inglaterra necesitaba a toda costa proveer a un Ejército destinado a vencer a Napoleón, y Herries aceptó la propuesta de Nathan. De este modo, el joven judío que llegó a Mánchester a comprar más baratos unos paños para la tienda de la calle de los Judíos, de Francfort, entraba en re-

laciones con la Tesorería británica y adquiría títulos de patriota. Con la fuga del Elector de Hesse, Napoleón había puesto inconscientemente el primer pilar de la fortuna de los Rothschild. Con el bloqueo, se la redondeaba, hasta convertirla en uno de los instrumentos que habían de contribuir más poderosamente en su caída.

Nathan llegó a tener una mesa de despacho en la oficina del comisario de la Tesorería, en Londres, y viajó a sus órdenes por el Continente con el título oficial de funcionario del Gobierno inglés. Cientos de miles de libras en oro—guineas inglesas, ducados alemanes y napoleones franceses, unas veces adquiridos y otras fabricados clandestinamente—pasaban a España para alimentar y vestir al Ejército de Wellington. De este modo, cuando Napoleón regresó un día de su castastrófica expedición a Rusia, se encontró con que el general inglés—el hombre que había de vencerle para siempre en Waterlóo — se había desenvuelto por sí mismo de los obstáculos del bloqueo que tanto tiempo le retuvieron al otro lado de los Pirineos, y penetraba, con sus fuerzas bien alimentadas y equipadas, en las provincias meridionales de Francia.

El tiempo que transcurrió entre la primera derrota napoleónica y su confinamiento en la isla de Elba y la vuelta del Emperador a Francia para alzarse de nuevo al frente de sus mariscales, fué bien empleado por Nathan. Los países europeos habían quedado en el mayor agotamiento económico después de los años de ocupación y guerra. Necesitaban dinero para rehacerse y carecían de fondos para hacer frente a los más apremiantes deberes, tales como el pago de los sueldos a los funcionarios civiles y militares. Sólo con empréstitos y recibiendo préstamos era posible salvar el apuro, mientras ponían en orden la Administración y comenzaba la recaudación de impues-

tos. Recomendado por Tesorería inglesa, Nathan fué el factótum de esas operaciones. En los años 1813 a 1815, el Parlamento británico concedió quince millones de libras esterlinas para ayudar a los aliados continentales, y Nathan llevó a cabo la mayor parte de las operaciones. En un principio encontró resistencia; pero la fórmula de los Rothschild era tan beneficiosa, que tuvieron que aceptar: consistía en que cuando un Gobierno recibía un crédito o préstamo de Inglaterra no tenía necesidad de vender las letras o títulos, sino que un Rothschild continental le entregaba el dinero y el Rothschild de Londres se quedaba con el cheque. Cuando los Gobiernos, al principio, como decimos, se negaron a aceptar la intervención, vieron que al ofrecer en el mercado tantas letras inglesas, el cambio descendió, y además apenas encontraban bastantes compradores para cubrir la suma; en cambio, Rothschild les ofrecía el total con un simple descuento en el acto. Así empleaba la fortuna amasada en el contrabando, y así la dió un nuevo impulso, pues cualquier descuento, por moderado que fuere, significa una suma enorme cuando se trataba de millones de libras. Claro es que los Rothschild no los tenían; pero el truco era sencillo: cogían un crédito, lo pagaban con el descuento al destinatario, lo cobraban sin descuento en Londres, y así, uno tras otro, la cifra iba redondeándose como la bola de nieve que se echa a rodar y en cada vuelta gana volumen con las adherencias. El mundo financiero, tan aparatoso y complicado, es, sin embargo, elemental cuando se llega a estas alturas de la especulación, y aunque el paso de los años ha sutilizado hasta el infinito el engranaje de las operaciones económicas, aun hoy, en el fondo, en términos generales, siguen teniendo la misma increíble simplicidad.

Como ejemplo de estas operaciones se conoce con todo detalle la primera de ellas, el empréstito realizado para Prusia.

por valor de cinco millones de libras esterlinas. Para negociarlo, Prusia envió a Londres al talento financiero más renombrado del país, a un hombre llamado Rother, que, habiendo comenzado como escribiente de un regimiento, se había elevado por sus méritos y capacidad hasta la dirección de la Tesorería.

Desde el primer instante comprendió Nathan que se iba a enfrentar con un personaje de talla, tan sagaz y agudo como él, que representaría los intereses prusianos con tanto interés como si fueran propios. Era un caso nuevo, pues los funcionarios con quienes estaba acostumbrado a tratar apenas podían sostener su controversia. Ahora iba a jugar una partida de ajedrez, en la que la victoria no estaba asegurada de antemano, como otras veces, ni mucho menos. Tendría que aguzar el ingenio frente al de un igual. Del mismo modo pensaba Rother, sólo que conocía bien la talla y procedimientos de competidor, mientras él era técnicamente desconocido por Nathan. Antes de marchar a Inglaterra había preparado con esmero su retirada por si se llegase a este caso. En el fondo prefería que el empréstito se suscribiera en Inglaterra, siempre que el importe y las condiciones fueran, por lo menos, iguales a las que se podían obtener en otros lados. Para asegurarse de esto había entrado en negociaciones con banqueros, tanto de Berlín como de Amsterdam. Además había esbozado un plan para una emisión directa por el Gobierno, sin la ayuda de banqueros. Resultaba que en Holanda sus autoridades estaban pensando asimismo en un empréstito y no podían permitir que en tal ocasión se negociase en Bolsas otro extranjero, pero privadamente un cierto número de capitalistas aseguraron a Rother que se alegrarían de colocar dinero en títulos prusianos si se emitían en el exterior. En el mismo Berlín, a pesar de la depresión general, se pudo improvisar un Consorcio que aceptaba voluntariamente quedarse

con quince millones, y quizá con veinte, en condiciones provechosas. Era indudable que los Rothschil no tenían el campo libre. Tenían que contar con una dura competencia. Advirtiendo todas estas circunstancias, Nathan llamó en su ayuda a su hermano Solomón. Este era el primer empréstito de un Gobierno del que la familia tenía que hacerse cargo y debían proceder con cautela. Salomón estaba bien enterado de los asuntos financieros de Berlín; había tratado alguna vez con Rother y podía ilustrarle sobre las condiciones de su rival. Además, Nathan, aunque confiaba en su propia habilidad para los negocios, no se fiaba cuando se trataba de maniobras delicadas con diplomáticos, especialmente del Continente.

Las conversaciones duraron, en el primer tirón, una semana, dieciséis horas del día, y con frecuencia hasta las primeras horas del amanecer. Rother comenzó declarando inaceptables las condiciones estampadas en el plan impreso. A esto replicó Nathan que estaba dispuesto a escuchar cualquier propuesta aceptable, aunque había que tener en cuenta que el plan ya era de dominio público y que parecía una falta de formalidad con los suscriptores en perspectiva y resultaba comprometido, lo mismo para Prusia que para su Casa el desecharlo por completo. Señaló que Prusia iba a hacer su primera entrada en el mercado financiero de Londres y semejante comienzo podría perjudicar su prestigio. Por estas razones, y viendo con simpatía la propuesta de elevar en algo el precio, se atrevía a sugerir que por lo menos una parte del empréstito fuese ofrecido al tipo citado inicialmente. En todo caso deseba puntualizar que sería inútil tratar de lanzar el empréstito por encima de 65. Como el señor Rother sabía, ni aun los fondos públicos franceses eran capaces de rebasar ese nivel, y los fondos prusianos constituían una inversión nueva en Inglaterra.

Replicó Rother que ya conocía ese razonamiento. También sabía que podía mejorar las condiciones del empréstito negociándolo en otros países más cercanos y con toda seguridad el señor Rothschild no permitiría que esto llegase a suceder. Luego hizo Rother la observación de que, sin desear hacer comparaciones odiosas, consideraba el crédito de su propio país como mucho más sólido que el de Francia, y que éste, tenía razones para creerlo, era el sentir general. Si el público tuviese una confianza positiva en la monarquía francesa recientemente restaurada, sus valores públicos obtendrían un precio mucho más elevado; pero Francia, en los últimos veinticinco años, había demostrado ser un país turbulento. Además, su deuda nacional era tremenda, y al presente tenía que aguantar la carga de una indemnización aun sin pagar. Prusia, por el contrario, era un Estado joven y vigoroso, con una población tranquila, afecta a la Casa reinante y completamente a prueba contra la infección revolucionaria. Su deuda interior era insignificante y la exterior casi no existía. Todo el mundo admiraba y tenía confianza en su Gobierno honrado y competente y en sus habitantes trabajadores, religiosos e inteligentes. En una palabra, el nivel bajo del papel francés no tenía nada que ver con Prusia.

A este razonamiento respondieron los Rothschild que era muy discutible y rogaron una contraproposición. Rother expuso que Prusia necesitaba cinco millones de libras—al cambio, treinta millones de thalers—, y estaba dispuesta a ofrecer los títulos a una escala gradual de 75, 78 y 80, o sea, sin ningún descuento de comisión de banquero. Aunque sólo se trataba de una aspiración, Nathan la encontró fantástica, y después de declarar que no tendría finalidad aceptar un empréstito en tales condiciones, dijo categóricamente que las conferencias podían darse por concluídas, a no ser que su adversario estuviese dispuesto a mayo-

res concesiones. Con ello la situación adquirió la extrema tirantez. Rother, bien porque comprendiese que dominaba la situación o acaso como un movimiento táctico calculado para forzar al banquero a citar las cifras finales, contestó que temía haber dicho la última palabra. Si Nathan se hubiese encontrado solo es casi seguro que allí hubiera terminado todo; pero estaba presente Salomón, que tenía interés en que este negocio no se viniera abajo. Pensaba en el prestigio que representaría para él y sus hermanos establecidos en el Continente, sin una posición definitivamente firme aún. Así es que aconsejó un poco de paciencia, y ambas partes se separaron para volver a pensar en la cuestión, concluyendo con saludos correctos y hasta cordiales en la despedida.

Al día siguiente se propusieron y discutieron varios compromisos. Por último, Nathan se declaró dispuesto a lanzar los títulos a 70, desde luego; pero dadas las condiciones del mercado y los posibles riesgos consiguientes, se veía obligado a pedir una comisión no inferior al 4 por 100. De nuevo las negociaciones estuvieron en peligro de terminar bruscamente. Rother insistía en el tipo 80 y no quería oír hablar de 4 por 100. La discusión continuó hasta pasada la media noche. Aún se discutía, no sólo el precio, sino también el volumen del empréstito. Los Rothschild argumentaban que emplear cinco millones de libras esterlinas en un papel desconocido era arriesgar a la vez y sin necesidad su propia fortuna y el crédito de Alemania; era mucho más prudente comenzar con tres millones y, en caso de éxito, lanzar otros dos, que entonces alcanzarían, a no dudar, un precio más elevado. Como las horas pasaban sin vislumbrar una solución, los adversarios, fatigados, acabaron por sentir el espíritu de transigencia. Rother accedió a la comisión del 4 por 100; Nathan concedió la cifra de cinco millones. También llegaron a un

acuerdo en el precio. La primera mitad se lanzaría a 70, una cuarta parte a 72 y medio, y la siguiente cuarta parte a 75. Este acuerdo fué verbal, y los papeles habían de firmarse al día siguiente.

Durante la noche, Rother hizo cuentas y vió que a estos tipos de emisión las condiciones no mejoraban las que los banqueros alemanes estaban dispuestos a conceder y se vería apurado a su regreso porque había operado con extranjeros cuando, además, la opinión pública estaba mal dispuesta a dejar salir los títulos del país. El firmar en estas condiciones excedía de su autoridad. A la mañana siguiente envió una carta a Salomón. Comenzaba con mucha amabilidad, rindiendo tributo de admiración a Nathan. Su viaje a Londres—decía—le había proporcionado la oportunidad de tratar al hermano de Salomón, "por cuya inteligencia y carácter siento la mayor admiración". Añadía que no podía aceptar el acuerdo provisional de la noche anterior sin consultar antes a su Gobierno, y que escribía aquel mismo día a Berlín. Para que viese la alta opinión en que tenía a Nathan, le transcribía el párrafo en que hablaba de él en su carta a las autoridades alemanas: "El Rothschild de Londres es un hombre muy apreciable y tiene una influencia increíble en todos los negocios de dinero de la capital, hasta el punto de llegar casi a intervenir los precios en esta Bolsa. Su posición como banquero es muy sólida".

Como Salomón estaba decidido a lograr el acuerdo posible, le contestó con otra carta, no menos efusiva, invitándole a nuevo diálogo. Siguieron cuatro días más de lucha, regateo y amenazas de ruptura. Por último, a las tres de la madrugada, se llegó a un acuerdo. Esta vez no se podía hablar de compromiso; todas las concesiones fueron hechas por los banqueros y Rother salió triunfante de la empresa. Los tipos de la emisión no fue-

ron cambiados—70, 72 y medio y 75—, pero la comisión del 4 por 100 se había eliminado del todo. En cuanto se firmaron los contratos, Nathan despachó un barco para Hamburgo con un millón de thalers en plata, que debía esperar allí la llegada de Rother, y un segundo millón en letras sobre la misma ciudad le fué entregado a su partida. Era un gran triunfo, pues no sólo era bueno el empréstito, sino que Prusia necesitaba un mercado mundial para su crédito y lo acababa de lograr. La demanda de los títulos fué grande desde el primer momento. A los seis meses se cotizaban a 83.

Como especulador en la Bolsa, hizo Nathan tales negocios que todos los ojos estaban pendientes de él. Este hombre conocía todos los acontecimientos antes que nadie, antes que el mismo Gobierno, y operaba con una seguridad aplastante. Jugaba al alza y a la baja, y en cada jugada le quedaban considerables diferencias. Y eso un novato, cuando la Bolsa de Londres albergaba en su seno a grandes técnicos que habían pasado en ella medio siglo. Todo eran rumores y cábalas sobre los medios de información que poseía el especulador. Lewinsohn recoge algunos. "Sus estrechas relaciones con los Gobiernos aliados—dice—le permiten apreciar la marcha de los acontecimientos políticos y le ponen en condiciones de sacar provecho en la Bolsa de las noticias que recoge. Pero no se fía de todo lo que oye por casualidad; él sostiene una verdadera oficina de informes, a fin de estar al corriente de los acontecimientos más importantes del mundo entero, y tomar sus disposiciones en consecuencia. Es así como hace un convenio con numerosos capitanes de navío, que le entregan, por el camino más corto, las noticias que pueden recoger durante sus travesías. Por lo demás, paga muy bien las informaciones que le aprovechan. Mantiene para esto un palomar de palomas mensajeras—el telégrafo eléctrico no se había

inventado aún en aquella época—que le permiten estar en relaciones continuas con París y Francfort. Nathan Rothschild es el primero en la historia que ha reconocido la importancia que presenta un servicio de noticias que funcione rápido y bien, para un financiero diestro o para un negociante atrevido". Tal es la versión que da Lewinsohn sobre el ambiente que rodeaba a Nathan. Por su parte, Ravage dice: "Parecía saber lo que otros solamente adivinaban. ¿Estaba, en realidad, enterado? Una serie de leyendas comenzó a circular. La gente hablaba del instinto de Rothschild, una especie de luz interna infalible. Otros, cuchicheaban de un puesto de palomas. Otros, de sus hermanos de Alemania, de los que se decía que eran monstruos de sabiduría. Y también se habló de adivinaciones ocultas judías". Cuenta Ravage algunas anécdotas de Nathan en relación con sus dotes de superinformado. "Nathan — dice — estaba asombrado de la estupidez del género humano. La Bolsa era frecuentada por individuos que se decían a sí mismo especuladores. Esto significaba que su misión era leer en el futuro, y se limitaban a leer los periódicos y los decretos del Gobierno, o sea que intentaban hacer capital especulando con hechos ya divulgados. El caso era tener noticias exclusivas; saber las cosas de antemano; no antes de que ocurrieran—¡claro está!—, sino antes de hacerse públicas. Una y otra vez el Gobierno se enteró de batallas y de su resultado por mediación de Rothschild, horas antes de la llegada de los despachos oficiales y *horas después de haber cotizado aquél la información en la Bolsa.* Después de la batalla de Belle-Alliance, por ejemplo, el Gobierno se enteró del resultado antes que él; sólo que lo que oyó no era la verdad. Tuvo Nathan noticias de una victoria de las tropas inglesas, y cuando llevó la nueva a la Tesorería, los empleados sonrieron irónicamente. Le agradecían, dijeron, su atención; pero el Gobierno había reci-

bido un despacho del propio terreno y, desgraciadamente, había sido una derrota. La verdad llegó más tarde, y entonces se inventaron y corrieron las noticias más fantásticas sobre los orígenes de los informes de Rothschild". Todos los historiadores recogen esta aureola del misterioso banquero que todo lo sabía antes que nadie. Sin duda habrá algo de fantasía en los relatos; pero, en cambio, faltarán muchas verdades. En conjunto puede decirse que todos estos hechos y rumores son los que circularon por Londres en aquella época. La propia biografía que pudiéramos llamar "oficial", la que se registra en la *Enciclopedia Judía,* acepta que "tenía instalado un puesto de palomas mensajeras entre Inglaterra y el Continente, que le proporcionaba los primeros informes de todos los acontecimientos importantes". Esta es la simple versión que lega para la Historia la Casa Rothschild.

El más grande de los éxitos de estas informaciones es el de la batalla de Waterlóo, del que se han ocupado centenares o millares de economistas, historiadores, escritores y periodistas, y que constituye el más interesante de los episodios recogidos en la película mundialmente conocida sobre la historia de los cinco Rothschild. Hubo un tiempo en que nadie dudó del episodio. Vinieron después los discrepantes. Todos los síntomas, a la luz clara que da el tiempo, demuestran que es una verdad, que efectivamente Nathan hizo aquella fabulosa jugada. Lo único discutible es cómo ocurrió. Varían profundamente las versiones, lo cual nada tiene de particular, pues si bien el hecho no pudo ocultarse, la forma de su realización no quiso revelarla el protagonista.

La más extendida de las versiones, la que podríamos calificar de "vox populi", es la que recoge Lewinsohn: "Pronto se presenta una ocasión que le da prácticamente la prueba de que

se puede ganar una fortuna gigantesca gracias a noticias inmediatas. Cuando la situación militar en Bélgica se convierte en crítica, no puede permanecer tranquilo en Londres, y es preciso que él mismo vaya al Continente, pues quiere seguir de cerca la marcha de los acontecimientos, lo más cerca que sea posible. Nathan Rothschild no es, como su padre, un hombre prudente, circunspecto y de sangre fría: es un nervioso; la precipitación de los negocios y los cuidados por el crecimiento de su fortuna le azuzan sin cesar y le llevan, a veces, hasta la locura de la persecución. Se cree víctima de toda suerte de atentados, tiene horror a *las guerras sanguinarias que él favorece financieramente;* pero que le horripilan. Ahora es preciso sobreponerse a todos esos sentimientos, pues se trata de jugar el todo por el todo. Va a Bélgica, se junta con los ejércitos ingleses, y cuando las tropas se enfrentan en Waterloo, sigue todos los pormenores del combate hasta el momento en que puede estar cierto de que Wellington ha ganado la batalla.

"Pero no hay que perder momento. Parte precipitadamente para Bruselas y de allí a Ostende con el coche más rápido que encuentra. Compra un barco, por el que paga diez veces su valor, y atraviesa el mar a pesar de la tempestad. Lo principal es que llegue a Londres antes de que se sepa allí lo que ha ocurrido en Waterloo.

"El golpe tiene éxito. Al día siguiente, nadie en la plaza conoce todavía el resultado de la batalla. Pero Rothschild está de vuelta; debe saber algo. Le asaltan a preguntas. Pálido aún por la noche que ha pasado en vela, se contenta con encogerse de hombros.

"¿Entonces Blücher y Wellington se han batido? ¿Napoleón es el vencedor?

"Rothschild no contesta.

"Esto basta; ya están enterados. Inglaterra acaba de perder aquella batalla decisiva. Una espantosa baja se inicia en seguida; las cotizaciones caen con rapidez vertiginosa. Todos los bolsistas arrojan sus valores a cualquier precio. Durante este tiempo, Rothschild hace comprar por bajo mano, como siempre, y con los más refinados procedimientos técnicos. Al día siguiente se esparce la noticia de que los aliados han vencido en Waterloo, y en el delirio de la victoria la Bolsa salta de un extremo a otro. Los títulos y acciones que ayer no valían ni un bocado de pan, ahora son pagados como oro en barras. Rothschild hace pagar cara su mala travesía. En un solo día ha ganado más de un millón de libras esterlinas; es decir, más de veinticinco millones de pesetas oro".

Es cierto, pues, que él tuvo la primera noticia. ¿Cómo? ¿Haciendo el viaje de una u otra manera, como dicen todos los comentaristas? ¿Encargando de esa comisión a su agente Rowerth, como consigna la *Enciclopedia Judía*? Es igual. El caso es que el hecho insólito de que un particular montara su máquina de información para saber el resultado de la batalla decisiva antes que el mismo Gobierno está comprobado. Y parece pueril que ponga en juego tales medios sin ninguna finalidad práctica. ¿Especuló o no? Ahí están los hechos inconmovibles. Los registros de la Bolsa de Londres recogen el testimonio de la trágica caída de valores y el alza del día siguiente. Como siempre, Rothschild comunicó su información al Gobierno, pero después de obtener también, como siempre, el provecho de ella; en este caso a las veinticuatro horas, tiempo necesario para la gran operación.

Definitivamente vencido Napoleón y confinado en Santa Elena, donde había de morir, comenzó la reorganización de los Estados europeos. Lo primero que necesitaban todos era poner en orden su hacienda. No bastaba con haber ganado mili-

tarmente. Y no había más salida que el crédito y los empréstitos. Las grandes sumas que Francia y los países europeos necesitaron fueron suministradas casi en su totalidad con la intervención de los Rothschild. En el cuadro de préstamos que publicamos en la primera parte de este libro (Capítulo I) puede el lector advertir el volumen gigantesco de ese movimiento de fondos. Todo el dinero pasaba por las manos de Rothschild, que lo tomaba a 60, a 70, a 80, y lo vendía a 100. Esto en operaciones que sumaban miles de millones de todas las divisas.

Mas no merece la pena que relatemos una por una todas estas actividades que la historia de la Economía ha recogido en sus menores detalles. La fortuna bancaria se consolidó incesantemente y llegó el momento en que la Casa Rothschild era dueña absoluta de los destinos europeos. En esa cumbre suprema del esplendor, Nathan abandonó este mundo,

Fué en 1836, cuando aun no había cumplido los sesenta años, muerte precoz en la familia, pues su padre llegó a los setenta, y de sus cuatro hermanos, tres pasaron de los setenta y cinco. Sin duda Nathan luchó más que ninguno, tuvo un desgaste mayor, y su carácter contribuyó mucho a su agotamiento. La ocasión en que aconteció el tránsito era solemne. Se reunía en Francfort toda la familia, llegada de las cinco capitales de Europa donde estaba establecida la Banca. Los cinco hermanos, sus mujeres, sus hijos, las familias de sus mujeres; una verdadera asamblea judía: Rothschild, Cohen, Montefiore..., apellidos todos de abolengo en la secta hebrea. Iba a celebrarse, en el apogeo del esplendor de la Casa Rothschild, un acontecimiento trascendental: la boda del primogénito de Nathan con su prima hermana Carlota, hija de Carlos, el banquero de Nápoles. Una vez más, todo quedaba en la familia. Los cronistas dicen que esta boda fué "el más brillante acontecimiento que la ciudad había pre-

senciado desde la coronación del emperador del Sacro Imperio".

Cuando salió de Londres, Nathan se encontraba enfermo. Padecía carbunco, pero él no le concedió mucha importancia nunca, y, según parece, los médicos tampoco. El día de la boda se agravó; pero ordenó que no se alterara en lo más mínimo el programa nupcial, y la boda se celebró con todo el boato previsto. Aquella noche, Nathan deliraba. Fué avisado con urgencia a Londres su médico de cabecera. En pocos días se extendió el envenenamiento y fallecía el 28 de julio.

El cadáver fué llevado a Londres en un magnífico ataúd, "tan ricamente labrado y decorado con grandes asas de plata en los dos costados y extremos, que más aparentaba ser una vitrina que un receptáculo para un cadáver". Fué, en este sentido, un caso extraño, pues los funerales judíos se distinguen por su austeridad: están absolutamente prohibidas las flores, la música y los cortejos; se envuelven los cadáveres en simples lienzos cosidos ligeramente y se colocan en toscas cajas de pino, para ser llevados en silencio a su última morada. Sin embargo, a Nathan se le trasladó con pompa ostensible. Iba en el entierro una fila de coches de cerca de dos kilómetros; entre los concurrentes se contaban los embajadores de Austria, Prusia, Nápoles y Portugal, el Lord Mayor o alcalde de Londres, y muchos otros dignatarios, además de subalternos uniformados.

No se sabe si fué el propio Nathan quien dispuso tal entierro, o lo decidió la familia, pues nadie conoce el texto completo del testamento. Tampoco se sabe, por eso, la fortuna que dejó. Lo único que se hizo público de él fué un resumen por el que consta que la dirección de la Casa de Banca Rothschild la entregaba a sus cuatro hijos varones, que debían trabajar de común acuerdo con sus tíos del Continente. A las hijas las dejaba dotes de 100.000 libras esterlinas. Y, lo mismo que hiciera su

padre, también prohibía a éstas intervenir en el negocio. Nada dejó para instituciones de caridad, nada para empleados o dependientes. Era como un traspaso del tesoro intacto para que siguiera operando sobre la Humanidad.

La muerte de Nathan fué un acontecimiento de resonancia universal. Aquel hombre que treinta y pico años atrás llegara a Mánchester procedente de un caserón de la calle de los Judíos de Francfort, para comprar unas telas y ahorrarse el corretaje, era uno de los seres más famosos del planeta. La noticia de su muerte se comunicó a Londres utilizando las palomas mensajeras del propio difunto. Tanto era el poder de Nathan Rothschild, que en la Bolsa, en los Gobiernos, en las altas esferas de las finanzas y la política se produjo un momento de estupor. Y durante mucho tiempo los periódicos se ocuparon con preferencia del personaje.

Se contaron infinidad de anécdotas de su vida, de las que se deduce que, aun respetándole y admirándole, sus contemporáneos tenían un mal concepto de él. Desde luego, esta copiosa necrología, aunque correcta y respetuosa, puso de relieve a los ojos del público a un ser poco apreciable.

Citábase la visita que le hizo el violinista y compositor alemán Spohr, que fué a saludarle con una carta de presentación de su hermano. Nathan alargó la mano al músico de mala gana en el momento del saludo y la retiró en seguida a su bolsillo. "¿Músico? —comentó, displicente—. No entiendo una palabra de música. ¡Esta es mi música!"—dijo haciendo sonar las monedas de oro en su bolsillo.

Quienes le trataron en vida publicaban sus frases o hacían una semblanza del hombre que conocieron. He aquí algunos testimonios de aquellos días, hechos en definitiva por quienes nada tenían contra él:

"Una de las causas de su triunfo era el secreto con que llevaba a cabo todas sus transacciones y la política tortuosa con que engañaba aún a los que vigilaban con más atención. Si se enteraba que los fondos públicos iban a subir, comisionaba a uno de sus agentes para vender medio millón. La pléyade de hombres que seguían sus andanzas vendían con él. Pronto corría en la Bolsa la noticia de que Rothschild jugaba a la baja y los fondos se hundían. Los jugadores se miraban entre sí con recelo, se propagaba el pánico, corrían malas noticias, y las agencias solidarizadas hacían bajar la cotización dos o tres por ciento. Este era el resultado que se aguardaba, y entonces otros agentes, no utilizados ordinariamente por él, compraban todo lo que podían a precio reducido. Realizada la compra, llegaban las buenas noticias, la tensión había cesado y Mr. Rothschild cosechaba las ganancias.

"Esta es la clave para llegar a comprender el carácter de Rothschild. Su ambición le llevaba a la consecución de operaciones financieras complicadas, de hacer dinero, si se quiere. Pero en esta frase, el énfasis debe recaer sobre la palabra *hacer*, pues no apreciaba el dinero por las cosas que con él pueden conseguirse. No sentía deseos ni gusto por lo que todo inglés busca tan pronto como ha logrado el suficiente dinero para comprarlo: el confort en todos sus aspectos. Su ambición se cifraba en llegar a su fin con más rapidez y más eficacia que otros y en tender a conseguirlo con toda su energía. Cuando ese fin era alcanzado, dirigía su incansable afán a otro objeto."

De entre los muchos retratos, sobresale el que publicó uno de sus compañeros de especulaciones en la Bolsa londinense, que lo había tratado años enteros:

"Hay una rigidez y tensión en sus facciones que le caracterizan a primera vista. Aunque se tiene a los ojos por el espejo

del alma, al mirarle se saca la conclusión de que el espejo es falso o no tiene alma que reflejar. Ningún destello de luz viene de su interior, ni centellean en ellos reflejados los rayos que vienen del exterior. Más que una persona con alma, parece un ser muerto que se sostiene por un milagro. Poco a poco otra persona se acerca. Se aparta entonces un poco a un lado, y la mirada más inquisitiva que soñarse puede es lanzada por aquellos ojos, hasta hace un momento apagados y sin expresión, como una espada sacada de su vaina. Después los ojos recobran su expresión indiferente y la cara su aspecto de piedra. Pares y príncipes se sientan a su mesa. Vajillas lujosas, muebles de estilo, una casa que sería la envidia de cualquier noble, servían de marco a las fiestas. Reunía a su alrededor a los miembros más exigentes de la aristocracia más descontentadiza del mundo. Vió a los representantes de todos los Estados de Europa enorgullecerse de su amistad. El lenguaje que Mr. Rothschild solía emplear cuando su cólera vencía a su discreción era tolerado sólo por su riqueza".

Se recogían frases del financiero. Por ejemplo: "He visto a muchos hombres de talento que no saben medrar. Nunca hago negocios con ellos. Su consejo es muy de agradecer, pero la suerte está en contra suya. No consiguen desenvolverse por sí mismos, y, siendo así, ¿qué bien me podrían reportar?"

Como se ve, la necrología describe a un hombre extraño, generalmente poco querido. Y es que Nathan, elevado a la cima del poder económico, vivió en una época en que triunfaban socialmente la aristocracia y los buenos modos, que no pudo asimilarse el advenedizo, pese al título de Barón que, como sus hermanos, recibió del Emperador de Austria. Su falta de refinamiento y modales civilizados le acompañaron hasta el final. Quiso ocultar su origen humilde y pretendió haber llegado a Ingla-

terra con una fortuna que le entregara su padre, "un rico banquero", pero entonces el repudio de la sociedad fué aún mayor, pues los ingleses aceptaban a un hombre encumbrado desde la pobreza con la esperanza de que sus asperezas se fueran puliendo poco a poco. Ante la repulsa, Nathan acentuó en venganza su natural modo de ser hosco y ordinario. En Inglaterra, donde los tenderos y chamarileros pretenden comportarse como "gentlemen", esta actitud tuvo aún menos éxito. Nathan se burlaba de la cortesía, se reía del afán de sus hermanos por figurar en la *élite*, rehusaba el empleo del título de Barón, aparecía en la Bolsa con un traje descuidado, se vanagloriaba de su acento judío. La animadversión aumentó. Entonces, ya avanzada su vida, intentó una nueva vuelta atrás, acuciado por su mujer y sus hijos, que querían la riqueza para disfrutar el acceso a las altas esferas. En esta intentona sobrepasó a la mayoría en ostentación. Encargó a los sastres la confección de un extenso guardarropa, compró una casa en Picadilly y una magnífica propiedad en el campo. Montaba a caballo y observaba todas las costumbres de los caballeros. La aristocracia inglesa no olvidó nunca que procedía del callejón de los Judíos, de Francfort, y su superelegancia y *snobismo* le dejaron en ridículo.

¡Tremendo drama! ¡Creerse todopoderoso y tener que soportar una situación de inferioridad! Según pasaban los años y era más poderoso, más profunda era su cólera y se hacía más arisco, a veces un poco salvaje; y el calificativo no es nuestro, sino de sus contemporáneos. Se transformó en un viejo misántropo, violento, de mal humor. El complejo de inferioridad fué su cruz: pagaba mal y trataba con grosería a sus empleados, porque le molestaba su manera correcta de hablar, su bien vestir, sus modales corteses. ¡Sus empleados serían pobres, pero eran más *señores* que él! En la exasperación gozaba demostran-

do su grosería con las personas de la nobleza que se veían en trance de dialogar con él, porque le necesitaban. Un día le dijo al duque de Montmorency en un salón lleno de nobles y señoras: "Valgo tanto como usted. Se jacta usted de ser el primer varón cristiano; pues bien, yo soy el primer varón judío". Los príncipes que solicitaban empréstitos esperaban durante horas enteras en los antedespachos, por orden expresa suya. Uno de esos personajes fué, después de larga espera, admitido, por fin, en su presencia. Nathan no se dignó levantar la cabeza; estaba examinando un montón de documentos sobre su mesa de despacho, pero rogó al visitante que tomase asiento. Pasó un buen rato y el personaje se impacientó. "¿Se enteró usted de quién soy? —preguntó—. Soy..." y citó su título. "Muy bien—repuso Nathan entre sus papeles—; siéntese en dos sillas".

Gran lección la vida triunfal de Nathan, que nos descubre en esta época de feroz materialismo que el dinero sólo es algo, pero no todo ni siquiera lo fundamental. Nathan fué, a la vista está, un multimillonario que no conoció la felicidad, a pesar de haberla pretendido. Pasó la vida sin verdaderas amistades y sin alegría. El gran drama de su existencia se condensa en este hecho: nadie le vió reír jamás.

II

JAMES, EL DE PARIS

El fundador de la dinastía francesa, James Rothschild, no es otro que aquel Jacobo, el hermano menor de los cinco, que decidió, al establecerse en París en 1812, cambiar su nombre esencialmente hebreo por éste, que sonaba muy bien en los bulevares. En un instante desapareció del mundo un Jacobo y nació un James.

Ya conocemos los primeros pasos de este vástago de Meyer por tierra francesa. Era un eslabón de la cadena montada por los hermanos para hacer el contrabando entre Londres y el Ejército de Wellington en la frontera pirenaica. Cuando aquellos tiempos azarosos terminaron, James pudo establecerse en París con gran pompa. No tenía que luchar. Su hermano Nathan—que le llevaba quince años de edad—era ya una potencia financiera y política en Londres. Con este apoyo le bastaba para empezar, y con una ambición desmedida, mucho mayor que sus otros hermanos, había de llegar muy lejos.

Al producirse en la primavera de 1814 la primera abdicación de Napoleón, el conde de Provenza, refugiado en Inglate-

rra, fué proclamado Rey de Francia por los aliados victoriosos. Con ello se restablecía el principio sagrado de la legitimidad, que fué siempre bandera en las luchas contra Bonaparte. Sin embargo, los aliados imponían al nuevo Rey una indemnización aplastante, para resarcirse de los gastos enormes que habían tenido en las campañas de guerra. Después de veinticinco años de destierro, el que iba a ser Luis XVIII no tenía un céntimo, como quien dice. No sólo para pagar la indemnización, sino para preparar el viaje y presentarse ante sus súbditos con el decoro que correspondía a la realeza. Se dirigió a los miembros del Gobierno británico, con los que había estrechado su amistad en aquellos años tristes, y suplicó que se le concediera un empréstito de cinco millones de francos, o sea 200.000 libras esterlinas. Accedió la Tesorería, y Herries llamó a Nathan para que negociara la transferencia. Era una excelente operación bancaria, pero una más, entre tantas, sin especial trascendencia. Sin embargo, Nathan, con su habitual sagacidad, vió en ella algo más que un negocio inmediato. La Casa Rothschild, tan poderosa y acreditada en Inglaterra, no había conseguido arraigar con igual fuerza en el Continente. Especialmente en Francia, sus manejos se observaban con escrúpulo; se la tenía por sospechosa, y las operaciones que realizaba James habían de hacerse incluso ocultando el nombre de Rothschild. Concibió la idea de entregar al nuevo Rey francés la cantidad que necesitaba en cheques pagaderos en la oficina de París de los Rothschild Hermanos. Con ello elevaba enormemente el prestigio de la firma. En una ocasión tan solemne para Luis XVIII era aquella Casa de Banca sin arraigo la que le abría la caja para poner en sus manos el primer oro. De ahí en adelante, a través de tantos cambios de régimen y de política, la Casa Rothschild de

París navegó con firmeza y capeó bien los temporales de un período crítico en la historia del país.

El duque de Aumale, al regresar a Francia, debió cumplimentar al joven James. El hecho causó sensación. La rancia aristocracia francesa, tantos años en el exilio y reducida en él a dispensar muchas faltas en su estrecha etiqueta, volvía por sus fueros con la restauración. Cierta vieja marquesa, que salvó su cuello de la guillotina por milagro, expresó su asombro preguntando si algún Borbón, Lorena u Orleáns no se hubiera levantado de su tumba para castigar a este Aumale que manchaba su mano estrechando la del usurero judío.

Muy pronto llovieron sobre él los negocios prósperos y los honores. El título de Barón, que recibió al mismo tiempo que los demás Rothschild — cuando apenas había cumplido treinta años—, y del que Nathan no hizo caso, James, en cambio, lo blandió desde el primer instante como un arma poderosa para alternar en la aristocracia francesa, mucho más asequible en el siglo XIX que la británica.

Ravage pinta así al James de los primeros tiempos: "El conde José de Villele (primer ministro fracés), como Metternich, era un caballero cristiano ultramonárquico, y por eso tenía una aversión natural por los judíos; pero, lo mismo que el canciller austríaco, fué atraído por los Rothschild y, al parecer, según se rumoreaba e insinuaba, por el mismo espejuelo mágico: el soborno. James adquirió un palacio antiguo en la calle de Laffitte, y lo llenó con obras maestras de pintura, escultura y demás objetos artísticos; alquiló un palco en la Opera y se hizo un Mecenas de las artes. Estaba aún soltero; pero su posición en sociedad, la multitud de amistades y partidarios con que contaba y los convites que se veía obligado a hacer, le planteaban la necesidad de una esposa. Pensó, pues, en casarse en seguida.

La dificultad de la elección había subido de punto desde la última boda de un Rothschild. Con su Baronía y demás honores, apenas había familia en la raza que pudiera aspirar a alianzas familiares con ellos. Eran, como la realeza, una especie aparte. Sólo una Rothschild era apta para procrear otros Rothschild, y seguramente nadie más que un Rothschild podía proporcionar una joven con la dote adecuada a otro Rothschild. La consecuencia de todo fué que en el verano de 1824 Jaime estaba casado con Betty, la hija de su propio hermano Salomón".

Un poco superficial se antoja el motivo del matrimonio aducido por Ravage. James se casa con una sobrina suya; cierto, pero no porque faltasen dotes en Europa; se trataba de que el "clan" Rothschild fuera lo más compacto posible. Esa es la razón principal, acaso única. La necesidad de una esposa para hacer los honores de la mansión, es fútil. "Los Rothschild —como diría un escritor de la época—, a pesar de sus millones, tienen aire de prenderos. Sus mujeres, con todos sus diamantes de Golconda, recuerdan siempre a las tenderas vistiendo "toilette"; no endomingadas, sino "ensabadadas"... Y esta feroz ironía se la inspiraba la contemplación de Betty, ya entrada en años.

La vida de James en París era de un gasto enorme. Se dió el curioso fenómeno de que fué el más dispendioso de los hermanos, siendo el más ambicioso de todos, porque no tiene nada que ver el hecho de que Nathan ganase más.

La ambición de James era mucho mayor. Luchaba por el dinero como una verdadera fiera insaciable ante la presa. En su palacio, de estilo Renacimiento, reunía a todas las celebridades de la época, que iban allí gozosas de tratarse con un hombre tan poderoso, y sólo por ello. El sabía, y no le importaba, que Enrique Heine y los demás literatos se mofaran particularmen-

te de su anfitrión, porque en aquella sociedad francesa lo importante era que sus salones estuvieran concurridos por las personas influyentes. Viviendo en ese "clima" podría operar con soltura en las esferas oficiales. Le encantaba que una ilustre personalidad le dijera "Señor Barón" y que estrechasen su mano los príncipes, los duques y los marqueses.

No fué fácil del todo a James, con toda su baronía, el asalto de la barricada aristocrática. Intentó en el primer momento el golpe decisivo haciendo llegar a la duquesa de Angulema el deseo de que le fuera presentada Mme. Rothschild. Fracasó rotundamente. La hija de María Antonieta, "el único hombre de la familia Borbón", como la llamó Napoleón, se limitó a exclamar: "*¡Fi donc!*" Era un desahucio sin atenuantes.

El "¡Fi donc!" de la princesa real se repite de boca en boca en todos los salones de París. Cualquiera se hubiera sentido fracasado para siempre. No un Rothschild, habituado a vencer en más grandes empresas. No fué recibida por la princesa real, pero la diplomacia europea se conmueve. Los grandes protectores de la Restauración, los enemigos de aquel que consume sus días en Santa Elena, deben velar por su paz y su existencia. El ¡fi donc! puede ser un "casus belli", puede ser guerra con aquella nueva "Potencia" internacional...

No nos resistimos a copiar esta página de la época, en la cual se satirizaba sobre tal acontecimiento.

"Una de las modernas antorchas de la antigua Sión, mujer, hija y hermana de honrados israelitas devotos al culto del Becerro de oro, creyó, así como su marido, poder tratar a los reyes de igual a igual. Hizo enganchar sus caballos al coche y ordenó que la condujeran a las Tullerías. Pero una vez allí, ¡cruel desilusión!, se negaron a recibirla.

"Herida en lo vivo, volvió a su casa; las lágrimas corrían por sus ojos.

"—¡Jerusalén!—exclamaba—. ¡Jerusalén! ¡Qué ofensa para tu pueblo!

"Se enviaron correos extraordinarios a todas las Cortes de Alemania para instruirles de este gran acontecimiento. Los reyes se agitan, los Consejos se reúnen, los diplomáticos discuten. Metternich toma la pluma, el embajador de Austria corre a las Tullerías; se abre la puerta a tambores batientes, y nuestra baronesa ha franqueado la sala de los Mariscales. Entonces, todo es alegría en Israel; las montañas brincan como cabritas; las colinas como corderillos. Las arpas que dormían suspendidas de los sauces de la ribera tiemblan de nuevo bajo los dedos de las hijas de Sión, y el pueblo elegido celebra una vez más el maravilloso paso del mar Rojo.

"A propósito del mar Rojo, ¿sabéis que este color es el que nuestro Creso prefiere, y que es con uniforme rojo, con dos hombreras de coronel, como tiene costumbre de asistir a todos nuestros actos nacionales? La fiel Rebeca, la elegida de su corazón, el ángel de su cariño, le acompaña en el último baile de la ciudad. Esta perla de Israel, que puede tener veintiocho años, estaba incrustada en el alféizar de una ventana, entre dos diamantes cristianos de tan bellas aguas que absorbían toda su atención."

La gran tormenta se disipó cuando Mme. Rothschild fué recibida en las Tullerías, si no en audiencia privada, al menos en las grandes fiestas.

Los últimos baluartes de la resistencia fueron vencidos.

Los salones más herméticos abrieron sus puertas a los Rothschild. La sátira tomaba su revancha y las historietas se deslizaban tras los abanicos, biombos alados de la maledicencia. La

pronunciación alemana de James daba pie a mil "calambour" como éste:

La vizcondesa de Noailles redactó la primera lista de invitación de los Rothschild. Llegó a ser célebre una frase pronunciada en esta velada por el Barón James. Daba el brazo a la vizcondesa, que le preguntó para qué era un hoyo que se percibía en el jardín y que se habían olvidado cegar:

—*Montâme*—respondió el Barón—, c'est un *drou* pour y mettre les *bedites ficomtesses* quand elles ne sont pas sages...

Esta otra historia tiene como protagonista a Dumas:

"Un día, un amigo vino a pedir 500 francos a Dumas padre. El gran escritor estaba sin un céntimo; sin embargo, el caso era urgente; toma la pluma y escribe al Barón una brillante carta pidiéndole 25 luises. El millonario no se dignó siquiera responder.

"Algún tiempo después se hablaba de autógrafos en la calle Laffitte.

"—¿Tienen valor esos papeles?—preguntó el Barón.

"—Eso depende...

"—Yo tengo uno, que voy a buscar.

"Muestra la carta de Dumas y le ofrecen inmediatamente diez luises, que acepta, naturalmente.

"Dumas se vengó con una frase ingeniosa. Un día que estaban en una fiesta de caridad, una de las damas tendió su limosnera al Barón.

"—Ya he dado—dijo el financiero.

"—No lo he visto—respondió la dama—; pero lo creo.

"—Y yo—dijo Dumas—lo he visto, pero no lo creo."

Se cuenta también esta lección dada a James por el famoso d'Orsay:

"Un día, jugando al *whist* en un salón, el financiero dejó

caer un luis al suelo. Inmediatamente interrumpió a todo el mundo y tomó una luz de encima de la mesa para buscar sus veinticinco francos.

"—Permítame, querido—dijo d'Orsay—, voy a alumbraros —y prendió en la bujía un billete de mil francos para ayudar al barón a buscar su luis..."

Sobre la baronesa no se cuentan historias de tal tipo. Ella ya pudo recibir mejor educación que su tío y esposo. Además, parece tenía talento natural y grandes dotes de observación e imitación. A los pocos años de su casamiento era un auxiliar valiosísimo del gran banquero, pues tenía suficiente ingenio para obtener confidencias interesantes de aquellas cabecitas locas y aristocráticas que llenaban sus salones. Su conversación era discreta; sabía escuchar y fingir interés por los temas de arte y literatura a que tan aficionadas eran las viejas marquesas de la época, aunque no entendía lo más mínimo de todo aquello. Sólo se recuerda una pequeña "pifia" de la baronesa. Cierto día, la duquesa de Galliera, famosa por su erudición, llevaba la voz cantante en un círculo de *élite* formado en torno suyo. Se hacían alardes de elevación, en un cruce múltiple de frases, a cual más refinada y literaria. En alguna metáfora se aludió a los diamantes. La Rothschild creyó llegado su momento. "¡Ustedes no entienden nada...!", exclama; se hallaba radiante por encontrar un motivo para mostrar su saber ante tan selecto auditorio, y se lanza a pasar revista a todos los diamantes de París; ella indica su peso, su brillo, sus quilates, su valor... El sepulcral silencio que se ha hecho en torno suyo la vuelve en sí, quedando toda avergonzada por su retorno inconsciente a su primitivo oficio.

La principal tarea de Rothschild en la primera etapa fué lanzar empréstitos para el Gobierno francés. Después de las gue-

rras napoleónicas la Hacienda francesa estaba tan raquítica como la de las demás naciones europeas. Mientras sus hermanos hacían los empréstitos para que se repusieran los vencedores, James los realizó para la reposición del país vencido.

Hizo muchos negocios, tales como el de los emigrados. Regresaban en cada época a Francia muchos nobles, y la Casa de Borbón reinante quería a toda costa resolver la situación de estos fieles arruinados por su fidelidad. El problema era agudo, pues no se atrevía el Gobierno a devolverles sus grandes propiedades, que habían sido vendidas durante la revolución. Sólo se encontró un medio: indemnizarles en dinero. Se les repartirían treinta millones de francos de renta, lo cual al 3 por 100 representaba mil millones de capital, que había que desembolsar. Rothschild, a cambio de una comisión, se encargó de hacer el pago, y, en vista del éxito, recibió otro encargo oficial: la conversión de un empréstito de 5 por 100 en otro al 3 por 100. También se le encomendó poco después la negociación del empréstito de ochenta millones, emitido en París para subvencionar la guerra de los griegos contra los turcos.

Cuando en la primavera de 1830 se celebraron elecciones que dieron por resultado una Cámara adversa a la Monarquía, James estaba metido de lleno en los negocios bursátiles y contaba con sólidos apoyos en el Gobierno. Era el banquero favorito del Estado. Aquella reacción popular, pues, le pareció peligrosa. El 25 de julio, el Rey Carlos X firmaba un decreto declarando disuelta la Cámara recién elegida, se convocaban elecciones por un procedimiento más estrecho y se establecía la censura de Prensa. Durante la noche, se desató en París la revolución. Levantáronse barricadas en todos los barrios, y los revolucionarios se batieron a tiros con las fuerzas armadas. Entonces, el Rey y sus ministros abandonaron la capital. En este instante

crítico que nadie sabe cómo hubiera podido terminar—lógicamente en una República extremista—, surgió inopinadamente la solución conservadora, para alegría de James, preocupado porque los valores habían descendido en la Bolsa 30 puntos en un solo día. Aun era muy fuerte el arraigo monárquico en Francia, aun pesaban las tradiciones, y aquel día surgió como salvador inesperado Luis Felipe, duque de Orleáns y primo de Carlos X, conocido por sus tendencias liberales, que había heredado de su padre, el famoso Felipe "Igualdad" de la primera revolución. Cuando apareció Luis Felipe a caballo por entre las turbas enardecidas fué aclamado con entusiasmo. Con un nuevo Rey se salvaba Francia de la revolución en un abrir y cerrar de ojos.

Queda reflejada en el párrafo la historia pública de los sucesos. Una historia cuyas fuentes son las columnas de los diarios de la época. Esa "solución conservadora", que, para alegría de James, parece surgir como por ensalmo, ha de tener su misterio.

Una gran afinidad existe entre los Rothschild y aquellos Orleáns. La pasional afición al oro les es común. No en vano, por instintivo gesto, un Orleáns, Aumale, ofrecía su brazo al levantarse de la mesa, a la baronesa Rothschild, prefiriéndola a toda una serie de duquesas con sangre real en sus venas.

El reinado del "seudorrey ciudadano", significaría, ante todo, el reinado de la Bolsa, de la que Rothschild era rey. Así James fué rey rey. No es un panfleto esta biografía; por eso no recoge la copiosa literatura de la época, aunque haya en ella obras tan destacadas como la de Toussenel, aquél que rectificando a Montesquieu, decía que era una lástima en un talento como el suyo haber olvidado la feudalidad de la finanza, pues de aquel pensador tan espiritual nos era lícito esperar sabrosas revelaciones respecto al asunto, ya que él ya dijo: "Los financieros sostienen al Estado, como la cuerda al ahorcado".

El "secreto" de la intervención rothschiliana en los acontecimientos, podría hallarse en algún archivo masónico, si es que en tales archivos se guardasen documentos revolucionarios; pero, por desgracia, no es así.

A falta de ellos, sólo resta recurrir para dar con el autor de la exaltación de Luis Felipe al antiguo adagio: "¿cui bono fuerit...?"

Sin disputa, fueron los Rothschild quienes más se beneficiaron. Aquellos dieciocho años de Luis Felipe, iban a ser espléndidos. Como dijo un historiador, la consigna al tomar las riendas del Estado el Rey-ciudadano fué un alucinante, "¡Enriqueceos!", para los capitalistas y especuladores. Democráticamente se hicieron en Francia los más atrevidos negocios. El pueblo que obligó a huir a Carlos X y su Gobierno y derramó su sangre, aceptaba en cambio la nueva situación que le permitía llamar rey-ciudadano al monarca, votar, elegir Parlamento... y dejar que el capitalismo se lanzara a fondo en sus especulaciones, gracias a ese Parlamento soberano, como vamos a ver. A Rothschild le era mucho más difícil obtener el apoyo de los grandes señores en la etapa anterior, que el de los parlamentarios, políticos profesionales, hombres de partido, que en, definitiva, vivían de este oficio. También le era mucho más fácil desenvolverse con una prensa llamada libre y, por tanto, asequible al dinero. El cuadro moral de aquella época ha quedado registrado en la Historia en términos contundentes: "Se gobernaba con una desatención cínica del interés público y del bienestar nacional, que hubiese avergonzado a Luis XV. El Rey-ciudadano, preocupado con las clases a las que debía el trono, entregó el país abiertamente a la alta burguesía. Sabedor de la condición precaria de los tronos en general, y del suyo en particular, había determinado que cualquiera que fuese su porvenir, él y su familia no debían nunca pasar apuros.

Y conforme con esta idea, siguió una era de especulación, de agiotaje, de corrupción, de la que el Rey, la Corte, el Parlamento, todos y cada uno de los que tenían participación en el Poder, disfrutaron con toda libertad y abundancia".

El ambiente, como se ve, era ideal para que operase a su antojo un superespeculador profesional de la talla de Rothschild. Además, antes de que Luis Felipe subiera al trono, el banquero judío le había ayudado con sus préstamos, como a tantos otros príncipes y nobles. En los primeros tiempos inciertos del reinado, James hizo algo más por el nuevo monarca, deseoso de sentar sólidas bases. Escribió a sus hermanos y logró inclinar el ánimo de Metternich, receloso contra una Monarquía que se alzaba sobre un pedestal populachero. Luis Felipe se lo premió cumplidamente.

Al notarse de un modo ostensible la influencia de James, muchos franceses empezaron a murmurar que se trataba de un Barón extranjero, pero el rey acalló las críticas otorgándole el título de Caballero Gran Cruz de la Legión de Honor. Tras los honores, llegaron los beneficios. Se le dió el monopolio de los empréstitos del Gobierno, se le hicieron concesiones y contratas. Entretanto era la persona de confianza para asegurar un gran caudal a la real familia por si un día—que, naturalmente, llegó—se veía fuera del trono. Observando el bochornoso espectáculo que daba la real democracia francesa, el príncipe de Metternich, escribía: "La Casa de Rothschild desempeña en Francia un cometido de más importancia que cualquier Gobierno extranjero. Hay razones para ello, de cuya moralidad me permito dudar. El dinero es el gran propulsor en Francia, y la corrupción—que es en la práctica el factor más importante en el moderno sistema de Gobierno representativo—juega un papel decisivo. Entre nosotros, semejante tráfico tiene pocos partidarios".

Rothschild fué el eje de aquella etapa de corrupción y ansia de riquezas. Heine solía ir a sentarse en un rincón tranquilo de la casa y observaba el inaudito espectáculo: "Lo que más me agrada—escribió—es ir a su despacho de la casa de Banca, desde donde, como un filósofo, puedo estudiar a las personas de todas las razas, arrodillándose y rebajándose delante de él. ¡Qué manera de doblar el espinazo, cual si se tratase de acróbatas! He visto a algunos que al sentirse en presencia del gran barón, son invadidos por un temblor nervioso, como si hubieran pisado inadvertidamente un cable eléctrico. Otros sólo necesitan aproximarse a la puerta para sobrecogerse de temor, comparable al que Moisés debió experimentar cuando comprobó de pronto en el Monte Horeb que pisaba tierra santa... Esta oficina es, en verdad, un sitio singular... Le hace a uno comprender la insignificancia del hombre y la grandeza del Señor, pues el dinero es el dios de nuestra edad, y Rothschild es su profeta". Otro escritor judío, que había conocido a los cinco hermanos cuando eran niños y jugaban en la calle de los Judíos, de Francfort, en una crónica que envió a su periódico, decía: "Si Luis Felipe es aún Rey al año que viene se coronará a sí mismo, no en la iglesia de Saint-Remy, en Reims, sino en París, en Nuestra Señora de la Bolsa, y Rothschild actuará de arzobispo".

Entre los grandes negocios que el banquero llevó a cabo durante el reinado de Luis Felipe, es proverbial el de los ferrocarriles del Norte. En aquella época—últimos tiempos de la monarquía—era más productivo hacer ferrocarriles que empréstitos, pero había decidido Francia que las líneas férreas fuesen construídas por el Estado. Era una actitud política. Y a Rothschild se le iba de las manos una gran posibilidad. No estaba dispuesto a dejarla escapar. El Rey no podía hacer nada, bien a su pesar, pues su deseo hubiera sido complacer en todo al banquero. Se

:rataba de un asunto en que la unanimidad era absoluta. La red 'erroviaria, en opinión de todos, debía pertenecer a Francia. Pero Francia era una democracia que James Rothschild conocía a 'ondo. Ministros, parlamentarios, políticos de todas las agrupaciones habían pasado por su Casa en momentos de apuro. La corrupción: he aquí el arma que puede hacer que cambie el rumbo de un Estado. El negocio en perspectiva era de tal envergadura que lo permitía todo. La sociedad ferroviaria de Rothschild, que debía emitir 400.000 acciones de 500 francos, dió por adelantado 15.000 acciones liberadas, es decir, un valor nominal de siete millones y medio de francos, a las dos Cámaras. Ganadas —y pagadas— las Cámaras, quedaba otro elemento al que había que cerrarle la boca: la Prensa. También se le dió su parte. Todos los redactores de diarios de París recibieron a título amistoso, unos 50, otros 100 ó 150 acciones, según su importancia. La parte era proporcional a su mérito y a la eficacia de su ayuda. El efecto de este benéfico reparto fué maravilloso. En un santiamén cambió todo. Los más ardientes partidarios de la propiedad pública de los ferrocarríles, se convencieron de su error. Ministros, diputados y periodistas convinieron con rara unanimidad que en interés de la economía, de la eficiencia y del bien público, el camino de hierro del Norte debía ser construído y administrado por la Casa de Banca de Rothschild. Un solo periódico, *Le National,* al redactor del cual Rothschild había enviado 100 acciones, rechazó el obsequio y denunció el gran "affaire" con todos sus detalles. Ni que decir tiene que la concesión fué aprobada clamorosamente, y cuando se procedió a la inauguración de la línea el 15 de junio de 1846, el barón James Rothschild fué aclamado por los representantes de la Corona y de las Cámaras como un bienhechor público.

Pero se aproximaban tiempos difíciles. Tanta francachela no

podía subsistir. Se publicaron panfletos insultantes para los Rothschild, una lluvia de folletos en los que se sacaban a relucir los trapos sucios, desde los tiempos remotos del callejón de Francfort. El magnate de las finanzas se veía confundido en la impopularidad con el rey. Y la tempestad surgió el 24 de febrero de 1848, tras dieciocho años opulentos. Huía el rey, después de abdicar, y se proclamaba la segunda República francesa. Momento turbio de manifestaciones y desórdenes. La muchedumbre asaltó el castillo de Rothschild en Suresnes y lo saqueó. El hijo mayor del banquero, Meyer Alfonso, fué detenido por la Guardia Republicana, obligado a ponerse un uniforme, provisto de mosquetón y destinado a prestar servicios de centinela de la revolución de que era víctima.

La Revolución, al fin mujer, también es a veces infiel a sus dueños. La del 48 fué infiel a los Rothschild. No la esperaban ni la deseaban. Por primera vez, falló su famosa información. Y es que en ella latía fuerte el pulso patriótico, encarnado en el bonapartismo, que era, en esencia, patriotismo elevado a la potencia imperialista.

No esperaban los Rothschild el golpe. Les cogió en situación financiera peligrosa. Ellos habían suministrado en 1847 un empréstito considerable de 250 millones de francos. La colocación en el mercado de todos los títulos les habría proporcionado una utilidad de 18 millones. Pero esta suma no era una cifra decente para la Casa. Esperando un poco, jugando al alza, como tantas veces, la ganancia podría triplicarse por lo menos. Así, al estallar la Revolución, James tiene en caja casi la totalidad de los títulos del empréstito, la baja es fulminante; la pérdida tremenda. No era la ruina, pero 250 millones, hasta para un Rothschild, eran algo muy serio. Mucho era el perjuicio material, pero acaso era mayor el moral. Aquello suponía romper el sortilegio de la "in-

falibilidad" de los hermanos en la Bolsa; infalibilidad atribuída por muchos a taumaturgia mágica; por los más, a su misterioso poder sobre tenebrosas fuerzas invisibles, dueñas de las Cancillerías europeas por chantage, corrupción o fascinación; fuerzas, a la vez, dueñas de las masas revolucionarias, de anarquistas dinamiteros, de falanges de iluminados, capaces de todas las audacias y de todos los crímenes... la fantasía rodeaba de tal esoterismo a los Rothschild, que ni los más famosos alquimistas de la Edad Media fueron objeto de culto más supersticioso. La credulidad general les brindaba, transformada por ellos en "crédito" (creer y crédito parecen tener raíz común), un poder fabuloso; él fué la palanca con la que movieron el mundo; la misma con la que lo sigue moviendo hasta hoy esa nueva potencia llamada Banca...

Pero la "divinidad" de los falsos ídolos no resiste la impunidad del primer sacrilegio. Bien sabían los Rothschild de su "bluf"; ese "bluf" sustentador único de la Banca mundial. Divinizada ella en ese mismo altar, al profanarlo la furia iconoclasta de las revoluciones, su "tabú" se rompía si el asalto de la turba esclavizada quedaba sin fulminante castigo, o si la "deidad" enojada no abandonada a la grey.

Era imposible lanzar escuadrones de fantasmas contra la chusma sublevada, y sólo de fantasmas disponían los inermes Rothschild. Sólo quedaba el recurso de partir, dejando suspendidas en el aire parisino quién sabe qué catástrofes inauditas.

Lamartine y Arago, dos de los nuevos ministros, reciben a un misterioso mensajero: "El Barón parte dentro de breves momentos"..., les dice, "y parte, agrega, sin dejar en caja un solo céntimo; los 170 millones que aun debería entregar del último empréstito los retiene para siempre"...

Era declararse en quiebra Rothschild; hasta ahí llegaba su

audacia. Era la guerra, y el primer acto bélico, incautarse de los bienes del otro beligerante.

Los dos ministros se aterran. ¿Qué pueden hacer para evitar la catástrofe? Un nombre desliza el misterioso mensajero: "Sea Goudchaux el nuevo ministro de Hacienda", y sin más, sale por la puerta.

Se miran los ministros, con sólo mirarse se han entendido. Piden su coche y salen con rumbo para todos desconocido. Llegan ante Goudchaux, el judío. Han dado ya las doce de la noche: es hora de aquelarre. Le ofrecen la cartera. Se resiste y luego se niega. ¡Quién será capaz de ser ministro de Hacienda en Francia sin permiso de los Rothschild!, exclama; sin adivinar que, como un eco, repetiría sus palabras Poincaré, muchos años después. Le afirman que saben de buena fuente que el Barón lo acepta. Su hermano de raza debe saberlo muy bien; pero aparenta dudar, y sigue en su resistencia. Sólo con prueba palmaria se convencería y se sacrificaría...

Hay idas y venidas. Rothschild se muestra implacable, se niega; simula que acelera los preparativos de partida. Cede al fin... y dicta verbalmente su "ukase".

—"La presencia de Goudchaux en el Ministerio de Finanzas me ofrece confianza. Regreso a mi casa, continuaré en París. Digan al ministro que el Consejo General de la Banca pagará mañana "a "bureau" abierto".

El poder de la Casa brilla más que nunca. El hecho tiene una elocuencia maravillosa. Derrotas y victorias, revoluciones y motines, atentados y siniestros fueron las turbias aguas que movieron la rueda de la fortuna de los Rothschild. Siempre, favorables o adversos los acontecimientos, los hallaron bien colocados en "bolsa" para beneficiarse. La Revolución del 48 les sorprendió.

Fué la única de las catástrofes capaz de perjudicarles. Pero su "moral" era peregrina. Cien veces ganaron en ese juego de la política y la revolución; pero en una que les tocaba perder, se negaron a pagar. El Estado francés sería el pagano, y se alzaron con aquellos 170 millones que le adeudaban. Pero la flamante República se doblegó.

Alguien parece que oyó musitar al barón James en aquellos momentos:

—¡Quién les manda hacer revoluciones sin mi autorización...!

Ahí parece hallarse su plena justificación.

En un pasquín de la época cantaba Emile Barrault su mayestático poder:

"Usted es un milagro, señor—decía, al final de la carta a Rothschild—. A pesar de sus cuatro archiduques, a pesar de su mayoría legal, Luis Felipe cae; Guizot se abisma; juntas se van la realeza constitucional y la elocuencia parlamentaria; usted resiste. Y no es solamente el poder establecido lo que febrero trastroca; lo que eleva, lo abate. ¿Dónde están la personificación de la poesía, y la ilustración de la ciencia, que una explosión de personalidad lanzó hasta la cima; dónde están Arago y Lamartine? Usted se cierne sobre todo eso. Accionistas, comerciantes, fabricantes, rentistas, se hunden en masa, grandes sobre pequeños, aplastantes sobre aplastados. Sólo usted, en medio de tantas ruinas, no tropieza... Resumiendo, toda opulencia se desbarata, toda gloria se humilla, toda dominación se precipita; el Judío, "rey de la época", ha guardado su trono."

Y cayó la segunda República a manos de su presidente, el príncipe Luis Napoleón, que por un golpe de Estado pasó a ser el Emperador. No fué esta Corte propicia como la anterior. Corrían, decididamente, otros tiempos. Declinaba la época de los empréstitos confiados a un gestor. La nueva teoría económica

era que cuando la nación necesitaba dinero, debían ser los propios ciudadanos los que lo dieran y recibiesen los beneficios de la operación.

Algunos sinsabores más hubo de sufrir James en estos años, de los que cabe registrar dos que tienen categoría histórica. Al amparo del nuevo régimen, dos jóvenes emprendedores y animosos salieron a la palestra de las finanzas en competencia con el coloso. Los hermanos Pereire, también judíos, consiguieron del emperador una concesión para la apertura de un nuevo tipo de Banco, por el sistema de Compañía por acciones. Crédito Mobiliario se llamó la nueva entidad.

Uno de los fundadores, Emilio Pereire, había sido empleado de Rothschild. De él aprendió las artes de la finanza y quiso remedarle. Las dos Casas entablaron un duelo del que el Crédito Mobiliario salió victorioso en numerosos encuentros. La entidad llegó a alcanzar prosperidad apreciable; pero al cabo de quince años, la embestida permanente de la poderosa banca judía pudo más y el Crédito Mobiliario sucumbió.

El episodio de la estafa del cajero constituye el disgusto más grande que se llevó en su vida el poderoso judío. Un tal Carpentier era cajero principal del Ferrocarril del Norte desde hacía diez años. Por su laboriosidad, por su inteligencia bien probada era uno de los empleados más queridos de Rothschild. Verdaderamente no podía éste darle prueba mayor de su afecto y confianza que entregarle la caja principal. Le invitaba, además, a las fiestas que daba en su palacio de la calle de Laffitte, y le llevaba en su compañía en los viajes. Hablaba con él con toda franqueza sobre las operaciones que realizaba y las ganancias que obtenía. Era Carpentier un hombre joven, despierto, dotado de grandes dotes para los asuntos mercantiles y, sin duda, aquella elaboración de millones para Rothschild de la que él era uno de los prin-

cipales colaboradores técnicos, le excitaba a ser rico también. Porque todo hay que decirlo: si bien gozaba de mucha consideración en el trato personal, el aprecio se notaba menos en la retribución económica. Carpentier, alternando entre personas principales, y sujeto a su sueldo modesto, sufría mucho. Se cuenta que en septiembre de 1856, hicieron juntos uno de tantos viajes el banquero y su contable. Le refirió Rothschild su última jugada de Bolsa en la que había ganado cinco millones de francos. El propio Carpentier había trabajado mucho en aquella operación realizadas con las acciones del Ferrocarril. Con suave ironía preguntó a su jefe qué comisión pensaba concederle a su cajero principal, Rothschild no tomó a mal la pregunta y contestó: "No, no puedo darle ninguno de mis cinco millones; pero aquí tiene usted mi cadena como recuerdo de este día, que tanta alegría y beneficio me ha proporcionado". (Esta versión la dió el mismo Rothschild y fué publicada en los periódicos de la época).

Carpentier se guardó el obsequio y pidió permiso para ausentarse unos días. Cuando pasó con exceso el plazo previsto, y llegó el día de pago, formóse junto a la ventanilla de caja una larga fila de empleados, sin que nadie apareciese para pagarles el sueldo. Hizo falta llamar a Rothschild, pues Carpentier se había llevado las llaves de las cajas blindadas y solamente el dueño poseía un segundo juego de aquéllas. Las cajas—¡oh, dolor!—estaban vacías. El cajero se lo había llevado todo. Tras la primera impresión violenta, Rothschild reaccionó serenamente, como un banquero. Sin perjuicio de perseguir al estafador, solicitó silencio, porque la alarma que podía producir perjudicaría al crédito de la Casa. Así se hizo—y los periódicos, en beneficio del bien público colaboraron con su silencio—pero más tarde, como fatalmente tenía que suceder, llegó a saberse todo. Se había llevado Carpentier la enorme cifra de 30 a 32 millones. En metálico, seis

solamente, que es lo que contenían las cajas cuando su última substracción en el momento de la huída. Pero durante mucho tiempo había ido consumando a conciencia la colosal estafa. Para ello contó con la complicidad de varios amigos, uno llamado Grenet, de gran familia, que operó mucho en su nombre. Las acciones que tenía en depósito de la Compañía estaban atadas en paquetes de a mil. De cada paquete extraía 200 ó 300, ataba otra vez las restantes y las dejaba en su sitio. El fraude pasaba inadvertido y las acciones iban convirtiéndose poco a poco en dinero y situándose en el extranjero. Compraron, incluso, una casa en Nueva York y un buque en dos millones. Cuando Carpentier pidió permiso, se trasladó a Liverpool, el buque zarpó de este puerto inmediatamente para América, y ya no se volvió a saber más de él ni de sus cómplices. La Casa Rothschild, irritado su jefe, llegó a ofrecer a la Policía diez millones por la captura del cajero infiel, pero todo fué en vano.

Treinta millones son un golpe fuerte incluso para el más poderoso de los banqueros, pero no pueden alterar la marcha de los negocios. Aunque ya muy viejo, James, después de reponer los fondos sustraídos de su inmensa reserva, siguió operando y aun hizo otros muchos provechosos negocios de mayor cuantía. Sin embargo, aquel disgusto se reflejó en el estado físico del anciano judío. Pese a su edad, se mantenía fuerte y enérgico, hasta que este golpe le avejentó a marchas forzadas. La Casa Rothschild de París tenía un capital reconocido de 600 millones de francos, mientras todos los demás banqueros juntos apenas pasaban de la mitad de esta cifra. Murió James Rothschild el 15 de noviembre de 1868, a los setenta y seis años de edad (había nacido el 15 de mayo de 1792). Fué llevado su cuerpo al cementerio del Pére Lachaise, donde pronunciaron discursos en el momento del enterramiento el gran Rabino de Francia, el primer Ra-

bino de París, el director de la Sociedad de Socorros a los Judíos y un alto empleado del Ferrocarril del Norte. Todos los periódicos publicaron extensas informaciones sobre el acontecimiento, contaron los triunfos de la Casa Rothschild en París, y "los servicios prestados a Francia por el difunto". O sea, los negocios que le hicieron multimillonario a cuenta de ese país. Tras el féretro fué un desfile muy lucido: el Cuerpo diplomático, con sus vistosos uniformes, los miembros de las Cámaras, centenares de empleados del ferrocarril uniformados. El Gobierno no envió la escolta militar que le correspondía como Comendador de la Legión de Honor, porque lo prohibe la tradición judía. Dejó mujer, una hija y cuatro hijos—Meyer, Alfonso, Gustavo y Edmundo—. Como todos los Rothschild, legó a éstos el negocio indivisible. Tres de ellos tomaron las riendas de la Casa Bancaria.

III

SALOMON, EL DE VIENA

JUNTO a Anselmo, el hermano mayor, que dirigía la Casa matriz de Francfort, trabajaban Salomón, el segundo, y Carlos, el cuarto de los descendientes de Meyer. Eran laboriosos y tenaces, como su padre, pero no habían conseguido establecerse por su cuenta cuando ya el tercero, Nathan, era una potencia financiera en Londres, el menor, James—para ellos, siempre Jacob—triunfaba en París. Al servicio de la Casa de Francfort viajaban por los Estados europeos, concertaban empréstitos, asumían la realización de difíciles y productivas gestiones. Durante muchos años fué Francfort el único centro de operaciones en la parte central, este y sur del Continente.

En aquel tiempo, Berlín, capital prusiana, se desarrollaba rápidamente y Salomón comprendió que allí tendría un gran porvenir. Propuso a su hermano mayor el traslado, pero Anselmo le contuvo con una frase que ha quedado para la Historia:

"Prusia—le dijo—puede soportar muchas cosas, hasta una guerra desgraciada, pero no resistiría ciertamente a dos Rothschild."

La frase es de un cinismo—nadie juzgará excesivo el calificativo—digno de un mercader del *ghetto*. Pero, además, Anselmo encontró otras razones, principalmente la competencia que la Casa de Berlín haría a la de Francfort.

En vista de eso, Salomón decidió establecerse en Viena. Lo hizo en 1818, cuando tenía cerca de cuarenta años, y una gran experiencia. Había en Viena importantes Casas de Banca, con larga experiencia y saneado crédito, como Arnstein y Eskeles, Tries, Geymuller y Steiner, pero todas ellas habían quedado, por decirlo así, un poco anticuadas, indolentes, sin los arrestos que aconsejaba la delicada situación. Austria, como todas las naciones, no se había repuesto de los trastornos de la era napoleónica y necesitaba dinero, mucho dinero.

Lo sabía Salomón y teniéndolo disponible en grandes proporciones estaba dispuesto a emplearlo sin tasa, sólo cuidando de adoptar todas las garantías y asegurándose buenos beneficios. El emperador, pues, no vió con malos ojos la llegada de aquel hombre, aunque fuera judío; Metternich, primer ministro, estaba tan necesitado de engrasar la máquina estatal que aceptó gustoso el auxilio que acudía espontáneamente. Salomón entró en relación íntima con el diplomático Gentz, secretario particular de Metternich, hombre dilapidador y calavera, que sólo quería dinero y estaba dispuesto a servir a ultranza a quien se lo diera.

Con la ayuda de Gentz, que ejercía una influencia decisiva en el ministro, pudo Salomón desenvolverse como quiso. Hizo, primero, un gran empréstito de 48 millones de florines y a continuación otro de 37 y medio. Para colocarlos en seguida en el mercado bursátil abrió la suscripción y estableció un sorteo previo, introduciendo de este modo en Austria el sistema de los empréstitos por lotes. Tras estas operaciones le proporcionó al Gobierno, en Inglaterra, 25 millones, por intermedio de su herma-

no. Luego realizó otro empréstito de otros 25 millones. Tales fueron sus primeras y rápidas actividades, que le conquistaron la confianza general, la estimación de la Corte y del Gobierno y pingües beneficios. Fueron varios los millones que se embolsó con estos primeros servicios. A ellos siguieron otros ininterrumpidamente en el transcurso de los años siguientes. Incluso tuvo buena relación con la Banca vienesa, a la que hizo colaboradora alternativamente en algunos de los negocios.

En la primera parte de este libro hemos consignado una relación minuciosa de préstamos que Salomón concedió a los nobles, documento curioso encontrado en los archivos de la Casa de Francfort y que reproduce el historiador húngaro Balla. Con ser harto aleccionadora, esa lista no es completa. La nobleza austríaca poseía propiedades inmensas, pero llevaba una vida de lujo tan desatinada que todo el dinero era poco para ella. El boato y las fiestas consumían grandes fortunas y los nobles recurrían a los préstamos. De este modo, Salomón facilitó sumas con la garantía de ricas fincas y a un tanto por ciento de interés, y encima parecía el ángel bienhechor de la sociedad vienesa. El príncipe de Schwarzenberg llegó a tener un descubierto de cinco millones; en fin, príncipes, condes y barones recibieron miles y millones de florines, según su crédito, poniendo siempre como garantía sus propiedades.

No le bastó a Salomón con los empréstitos y especulaciones. Otros negocios de envergadura edificaron su fortuna colosal. En 1831, el Gobierno austríaco necesitaba dinero, como siempre, y quería hacer un empréstito más. El banquero judío hizo una tentadora proposición. En vez de un empréstito, podrían arrendarle por un cierto número de años las minas de mercurio en Idria, propiedad del Estado, y él adelantaría el importe total del arriendo, con lo cual saldría el Gobierno del apuro sin adquirir

más deudas. El mercurio estaba entonces a muy bajo precio y le fué otorgada la concesión que pedía. A Salomón no le interesaba la industria, nunca interesaron las industrias a los Rothschild. Su plan era distinto. Sabía que el mercurio era un producto absolutamente indispensable en farmacopea y, por tanto, quien lo controlase sería el dueño del mercado y de los precios. Mientras en el mundo hubiese enfermedades tendría que haber medicinas, y si éstas necesitaban mercurio en su composición, el control de este producto permitía la especulación que se quisiera al tratarse de un artículo de absoluta necesidad pública. Así veía Salomón el negocio, fríamente, no como industria sino como una operación más de Bolsa. Conseguidos los yacimientos de Idria, necesitaba tener los de Almadén en España, el gran depósito que le daría el control mundial. Solicitó para ello la intervención de su hermano Nathan y obtuvo el arriendo. En efecto, comenzó el alza de los precios. En la prensa, ante aquel escándalo, empezaron las quejas y llegó a escribirse que "los enfermos y moribundos se ven privados de las medicinas necesarias, mientras una banda internacional, desprovista de sentimientos humanitarios, se hace rica". Para contrarrestar la campaña, Salomón hizo algunos donativos en metálico a los pobres y enfermos, publicó la lista de sus obras de caridad... y siguió subiendo el precio del mercurio.

Era la época del trazado de ferrocarriles y Austria se disponía a construir el del Norte. Quiso Salomón hacer lo que su hermano James en París; pero en Austria no había una democracia, como en la Francia de Luis Felipe, y no se podía sobornar a un Parlamento soberano con un benéfico reparto de acciones entre los diputados. Sin embargo, hábilmente, consiguió que le cediesen la negociación de las acciones antes de que comenzaran las obras. Había una gran fe en este nuevo negocio y el público ad-

quirió en seguida los valores ferroviarios. En ello ganó Salomón una fortuna. Las acciones subieron un 15 por 100 por encima del tipo de emisión oficial. Luego, construída ya la línea, pasaron los años y no se repartían dividendos; las acciones no encontraban comprador en el mercado; pero eso a Rothschild no le afectaba porque mucho antes, cuando estaban altas, había vendido todo el paquete.

En su primera época, Salomón tuvo la fortuna de encontrar la amistad del financiero David Parish, al que todos los historiadores consideran como uno de los hombres más excepcionales de su tiempo; un verdadero genio. Al frente de entidades bancarias trabajó al servicio de Austria y realizó incontables operaciones. Pero cuando luego Salomón Rothschild se fué apoderando de los empréstitos y de los negocios de Estado, unido esto a un período de general depresión económica, vino la crisis para la antigua Casa de Fries y Compañía, de la que David Parish era director. Su lucha fué desesperada. Vencían plazos de operaciones, se acumulaban las letras protestadas, crecía la tensión del crédito en la Bolsa, llena de pánico, y los antedespachos de la Banca se llenaban de acreedores impacientes. Entonces Parish se sobrecogió de terror. En una disposición de ánimo próxima a la locura, se presentó en el despacho de Metternich, para pedirle la devolución de un antiguo préstamo de 100.000 florines. El ministro-príncipe le pagó, pero con aquella cantidad no podía salvar la situación. Le serviría, a lo sumo, para acallar a uno o dos de los acreedores más apremiantes y darle un momento de respiro. En plena desesperación, pensó Parish que solamente había un hombre que pudiera salvarle: Salomón Rothschild. No sólo podía, sino que estaba seguro de que lo iba a hacer. En otro tiempo, él le había ayudado y protegido incluso. Expuso su tragedia, solicitó el auxilio bancario y... Salomón no hizo caso a la demanda.

A los Rothschild no podía interesarles salvar a un arruinado sin garantías, aunque de esa ruina fueran ellos en parte principal autores. Parish salió desconsolado de aquella entrevista en la que había puesto su última esperanza. Al día siguiente fué encontrado su cuerpo en el Danubio.

En sus habitaciones se encontraban varias cartas. Una, iba dirigida al príncipe de Metternich y comenzaba así: "Antes de dejar este mundo, debo escribirle unas palabras, señor, para decirle que voy a mi tumba sin rencor, pero con la convicción de que me ha tratado muy injustamente y me ha sacrificado a la codicia de una familia que ha sabido atraerle mejor que yo. No es necesario insistir en el origen y desenvolvimiento de nuestro trato con los Rothschild. Todo el mundo sabe desde hace tiempo que esta gente, a pesar de su riqueza, no tiene corazón ni más sentimientos que el amor de su caja de valores, y la manera tan ingrata como se han portado conmigo, bajo su decidida protección, no puede seguir en secreto después de mi muerte". La carta terminaba con estas palabras: "Adiós, señor. Si alguna vez se le ocurre pensar en un desgraciado que le fué afecto de todo corazón, espero que el recuerdo no le causará ningún remordimiento". Otra carta dramática iba dirigida a Salomón: "Abandono el mundo por haber sido traicionado de la manera más vergonzosa, por un lado, y recompensado, por otro, con la mayor ingratitud, a cambio de verdaderos favores. Si le queda algo de conciencia, ésta le dirá que usted y sus hermanos merecen, en verdad, mi último reproche, y que por su reciente conducta cruel ha originado la ruina de uno de los mejores amigos que su Casa ha tenido. Cuando en 1817 le proporcioné los negocios con Francia y Austria, contra el deseo de mi amigo más íntimo y más antiguo, me avisaron por todos lados que usted haría todo lo posible para desplazarme de los mismos. Hace poco tiempo me he enterado

por qué procedimientos y con qué resultado ha logrado usted, con la protección del príncipe Metternich, labrarse por sí solo una variedad de negocios, en los que yo tenía derecho a participar... Aunque mi Casa estaba bastante quebrantada, hubiera podido, con la ayuda de mis amigos y de la familia, hacer frente a todas mis obligaciones si hubiera usted accedido a restituir una parte del dinero que nunca hubiera sido suyo si yo hubiese, durante nuestra asociación, sostenido mis derechos y exigido mi participación correspondiente en los negocios con los Gobiernos de Austria y Nápoles. Usted, sin embargo, ha encontrado más conveniente y más ventajoso llegar a una inteligencia con el príncipe en el asunto de la negociación de los antiguos títulos y ponerle enteramente de su parte por este medio. En el momento en que me vi excluído de esta combinación, conocí que era imposible salvar mi Casa, y decidí no vivir en desgracia. Debo terminar. Espero, por su bien, que apenas se acordará de un amigo cuya memoria sólo puede serle dolorosa".

No recordaría Salomón, en efecto, al difunto; pero éste se equivocaba al suponer que su "memoria sólo puede serle dolorosa". A Salomón no le producía el menor dolor la desaparición de este banquero arruinado por él. El pobre Parish, tan brillante en otros tiempos, creía en una cosa que se llama conciencia. Unicamente recordó Salomón, con una sonrisa de triunfador, que aquel suicida fué el hombre que le abrió las primeras puertas, al influir para que le hicieran agente de la Corte de Cassel. ¡Aquellos lejanos tiempos ya estaban olvidados!

Salomón tuvo una sagacidad parecida a su hermano Nathan, pero no fué impetuoso como James. Operó en Viena al principio con cautela, luego dominándolo todo. Su agente secreto Gentz le allanó todos los caminos oficiales, y mientras vivió Gentz nin-

guna concesión oficial le fracasó. Al morir el secretario del príncipe de Metternich, Salomón escribía a su hermano James:

"Fué un amigo como no volveré a encontrar otro. Me costó mucho dinero, no tienes idea de ello. Anotaba simplemente en un pedacito de papel la suma que deseaba recibir y se la daba inmediatamente. Sin embargo, ahora que ha desaparecido me hago cargo de lo que valía. De buena gana daría tres veces lo que me ha costado si pudiese con ello hacerle volver a este mundo".

A pesar de esta sensible baja, para entonces estaba tan bien relacionado que pudo desenvolverse sin obstáculos, gracias a sus amistades. Y eso que las batallas que libró fueron no sólo económicas sino algunas otras erizadas de dificultades, como por ejemplo la de superar favorablemente los obstáculos que le imponía su condición de judío y luego la obtención del título honorífico. Era ya un anciano por cuya ventanilla bancaria habían pasado todos los poderosos en sus días de apuro. A su triunfo, económicamente absoluto, le faltaba una baza difícil. En Austria, los judíos no tenían derecho de residencia. Con todos sus millones, Salomón no pudo tomar una casa, amueblarla, crear un hogar, porque en Austria regían leyes severas para salvaguardar a la sociedad de caer en manos de la raza extraña. Desde que llegó vivía en un hotel, era un simple huésped, ciudadano de Francfort, forastero en Viena. Cuando ganó tantos millones, fué paulatinamente tomando habitaciones, hasta que se quedó con su familia como huésped único. ¡Pero era un hotel! Los muebles pertenecían a la Gerencia y estaba sometido a las normas que rigen para estos establecimientos. Salomón Rothschild ya no podía más. Cuando salía de veraneo a una ciudad de moda, mientras sus clientes se instalaban en sus hoteles y villas, él tenía que hospedarse—una vez más—en la fonda. ¡El, el hombre más rico

del Imperio! Hizo la petición a Metternich, coaccionó a los dirigentes de la Hacienda Pública, pero las gestiones no prosperaban. Entonces, alguien le aconsejó un camino que para Salomón era terriblemente penoso, pero que aceptó: la caridad. Repartió ostensiblemente limosnas a los hospitales, casas de beneficencia e instituciones sociales. Y ante su filantropía, el Ayuntamiento le concedió el título de ciudadano honorario de la ciudad de Viena. Es decir, que el Estado no quebrantó sus leyes: no concedió al judío la ciudadanía austríaca; sino que se utilizó el subterfugio de una ciudadanía *honoraria* que el Municipio puede otorgar a los extranjeros. Y haciendo uso del título honorario, Salomón abandonó el hotel y se instaló en casa propia. Quiso luego comprar una hermosa finca en el campo. Pero el título municipal no le autorizaba para tanto: los judíos no podían adquirir propiedades. Nuevo sacrificio: Salomón hizo un donativo de 40.000 florines para la fundación de un asilo de alienados en Brun, y el emperador le concedió no al ciudadano Rothschild, sino, genéricamente, al "banquero de la Corte"—que era Rothschild—la autorización correspondiente. Salomón adquirió la espléndida propiedad de Schillersdorf, en Silesia, palacio y finca propios para un gran señor.

Aun más; quería Salomón ser un gran señor de verdad, un gran señor con títulos y los obtuvo. Fué barón y tuvo condecoraciones. Incluso le regaló el emperador—"con motivo de una transacción financiera algo particular"—una sortija de brillantes que hasta entonces había heredado él. Los Rothschild necesitaban coronar su carrera con un escudo. De otra manera salía siempre a colación el origen humilde y el callejón de los Judíos de Francfort. Se pensó primero en que fuera Nathan quien diera el paso. En Inglaterra la condición de judío no pesaba como un plomo y en el Continente sí. Pero Nathan—acaso porque no le hacía fal-

ta—no sentía el deseo. Se le dijo que por sus *servicios*—ya conocemos lo que fueron esos *servicios*—a Wellington bien podía solicitar de la Corona inglesa un título de nobleza. Decidieron, pues, recibir los honores de la Corte de los Habsburgo. El Emperador no se mostró muy dispuesto a honrar así a unos judíos. Pero sobre todo, un consejero de la Corte, el caballero Lederer, hizo un informe de oposición demoledora. He aquí las razones principales: ¿Qué han hecho los Rothschild que merezca consideración?, preguntaba. En lo que se refería a los subsidios era verdad que no habían exigido a Austria ninguna comisión, pero bien mirado no tenían derecho a ello, pues Inglaterra había saldado la cuenta con ellos, con lo que resultaba que éstos no habían puesto un céntimo de su bolsillo en la operación. ¿Es que aspiraban a ser pagados dos veces? En cuanto a su puntualidad en los pagos y dirección técnica, no había que perder de vista que eran banqueros y que constituía un deber elemental en ellos el ser puntuales y competentes. Después Lederer replicaba a las razones que daba el ministro de Hacienda a favor de Rothschild diciendo que convenía atraerles para operar en las necesidades futuras. Para él carecía de sentido esta idea. ¿Es que el ministro de Hacienda suponía que los hombres de negocios rigen su conducta por el sentimiento? Sólo decidiría el porvenir el hecho de que Austria fuese un cliente digno de ser atendido o no. Si los asuntos eran beneficiosos, los hermanos harían lo posible por quedarse con ellos; si no lo eran, no le molestarían lo más mínimo, cualesquiera que fuesen las mercedes que se les otorgasen. El único criterio era ganancia o pérdida. Finalmente, decía que para premiar un servicio a los Rothschild, le parecía más apropiado entregarles una caja de oro con el monograma de su Majestad dibujado en diamantes.

Una crítica tan categórica y clara, estuvo a punto de dejar a

los banqueros sin baronía. Pero Metternich y otros consejeros siguieron estimando la conveniencia de atender a los requerimientos de Salomón, y más en aquellos momentos de grandes necesidades de dinero, y los Rothschild fueron invitados a llevar a la oficina imperial de heráldica el escudo de armas elegido para su Casa. El que presentó Salomón tenía: el campo, dividido en cuarteles, con tres colores: rojo, amarillo y azul; y siete figuras: dos leones, un leopardo, una cigüeña, un sabueso, media águila y un brazo sosteniendo cinco flechas, todo el conjunto remontado por una corona. Quería ser todo ello una alusión de agradecimiento a sus *excelsos* protectores: así, el leopardo simbolizaba a Inglaterra, el águila a Austria y los leones al elector de Hesse-Cassel; sólo el brazo con las flechas hablaba de la unidad de los cinco hermanos, mientras el sabueso y la cigüeña, que sostenían el escudo, representaban la lealtad y la piedad.

Quedaba por salvar el último escollo, la última defensa de una sociedad que quería cerrar su círculo con más estrecha norma, y este escollo fué la Oficina de Heráldica. Los funcionarios técnicos no estaban dispuestos a dejar pasar así como así el dibujo de Salomón y se pusieron a tachar aquí y allá. La colección animal fué suprimida del todo. ¿Razón para ello? La tradición, se adujo. Las reglas de la heráldica prohibían que en un escudo concedido por Austria apareciesen las armas de un país forastero o alguna alusión al mismo. La corona también tenía que desaparecer; pertenecía a un estilo más elevado del que se consideraba en aquella ocasión. También el sabueso y la cigüeña, esos apacibles animalillos que representaban las virtudes que habían hecho grande a la Casa Rothschild, tenían que quitarlos. El criterio de supresiones llegó al extremo de reducir el número de flechas en el brazo, de cinco a cuatro. Cuando los expertos de la Ofi-

cina de Heráldica aprobaron el diseño definitivo ¿qué quedaba del historiado original? Salomón casi no lo conocía.

Nuevamente intervinieron Metternich y los personajes gubernamentales, necesitados del apoyo de los Rothschild. El día 25 de marzo de 1817 fué un día solemne en la historia de la familia, pues el emperador firmaba en el Palacio de Schoenbrunn el documento que incorporaba a los Rothschild a la nobleza austríaca.

Salomón, Barón y omnipotente señor de Viena; pasó feliz y contento los últimos años de su dilatada vida, y el 28 de julio de 1855 falleció en París, adonde había ido para visitar a su hija Betty, casada con su hermano James. Tenía setenta y nueve años.

Para completar esta semblanza del Rothschild de Viena con un cuadro acabado de lo que fué y representó en la sociedad austríaca en estos últimos años, reproduzcamos las palabras de Ravage:

"Fué Austria, el país que tan largo y ardoroso galanteo había necesitado, el que una vez consentido, se entregaba sin reserva alguna y con el corazón abierto. Salomón fué promovido banquero principal de su Imperial Majestad. La aristocracia más altanera y melindrosa de Europa abrió sus orgullosas puertas, de par en par, para recibir a Salomón y Carolina Rothschild. Con el poderoso canciller, bien sujeto por la influencia del oro, era fácil dominar al resto del Gabinete. En cualquier lugar en el que predominase la influencia política de Austria, también dominaba el poder financiero de Rothschild. Salomón sólo tenía que hacer la menor indicación de que deseaba algo, para que el Habsburgo imperial reflexionase la cuestión antes de negarla. Las invitaciones llovían sobre el banquero y su esposa; apenas había un acto social en que no se contase con ellos; archiduques y ministros comían y bailaban en su casa. En la Bolsa era el amo. Hacía y destruía hombres y fortunas con sólo un gesto. Estar a buenas

con él era mejor que tener crédito, e incurrir en su desgracia significaba la ruina. Antiguos rivales y competidores se sometieron a sus órdenes."

¡Qué feliz aparece en esta descripción el barón Salomón Rothschild! Pues bien. Este hombre todopoderoso discutía, hasta última hora, con los cocheros por unos céntimos...

IV

CARLOS, EL DE NAPOLES

El último en establecerse de los cinco hermanos fué Carlos, el cuarto en edad, que no lo hizo hasta el año 1822. Son varios los comentaristas, sobre todo financieros, que al juzgar a este miembro de la dinastía, le consideran el más insignificante e incapaz. Posiblemente este juicio resulta exagerado. Decir de él, por ejemplo, que era "mediocre, de ideas sencillas", no concuerda con la realidad de sus hechos, como el lector verá. Y tampoco eso de que "no fué víctima de la ambición devoradora que corroía las entrañas de Nathan y James", pues asimismo va a comprobar el lector cómo se desenvolvió y luchó fieramente.

Cuatro años antes, en 1818, se había casado. Habían pasado ya los días sombríos de la tiendecita en el callejón de los Judíos; la Casa de Rothschild era una dinastía. No sólo eran los judíos más ricos del mundo sino nobles al mismo tiempo. La boda de Carlos con Adelaida Herz fué un acontecimiento brillante y otro escalón en el encumbramiento de la Casa. La joven y bella señora pertenecía a la selección judía alemana, al pequeño círculo culto, con capital de varias generaciones. Coincidió la ceremonia

con la ocasión en que Francfort estaba concurridísimo de gente distinguida, de paso para el famoso Congreso de Aix. Era una muchedumbre vistosa, en la que había emperadores y reyes, generales, políticos, grandes damas, llegados de todas las naciones. Con la asistencia de una gran parte de esta brillantísima comitiva, la ceremonia de la boda de Carlos alcanzó un relieve extraordinario.

Al llegar a Nápoles tenía Carlos treinta y cuatro años y una larga experiencia, desde el contrabando famoso en las costas del Atlántico, hasta las incontables operaciones serias realizadas luego, ya ricos los Rothschild, en la Casa de Banca de Francfort, para la que trabajó hasta entonces.

No había unidad italiana. La península era un borrascoso conglomerado de pequeños Estados, siempre con la Hacienda en desorden, siempre a la cuarta pregunta y ansiosos de encontrar remedio para sus muchos males. El campo era, pues, ideal para la mentalidad bancaria de los Rothschild. Desde el primer momento comprendió Carlos que él no necesitaba pasar por la dura prueba de sus hermanos, establecidos en Cortes históricas, poderosas, en las que sólo cabe aspirar a ser humildemente un "proveedor o banquero de la Corte". En las pequeñas Cortes italianas un multimillonario que podía ofrecer el oro en los momentos de angustia, también podía mirar altaneramente y tratar a los Estados de arriba abajo casi de señor a siervo.

Lo que menos pensaba Carlos era establecerse en aquella ciudad. A sus años, creía que iba a quedar para siempre como el hermano desafortunado que no tuvo ocasión de abrir una sucursal de la Casa Rothschild. Una circunstancia excepcional le llevó a aquella Corte, en la que había de quedarse. Desde la caída de Napoleón, tras el desastre de Waterloo, Fernando I gobernó el reino de Nápoles y Sicilia autocráticamente y sin ma-

yores contratiempos. Pero el paso de Napoleón por Europa había dejado un rescoldo, una levadura subversiva que iba brotando acá y acullá. A Nápoles le llegó su turno. Los elementos liberales rodearon el palacio real, presentaron al monarca una Constitución, según el modelo francés de los Derechos del Hombre, y le intimaron a que la firmase. A Fernando se le hacía aquello muy cuesta arriba; pero accedió. No corrió sangre. Los rebeldes se retiraron, y aunque le dejaron seguir reinando, ya no le permitieron gobernar.

El suceso produjo fuera de Nápoles mayor consternación. En Viena, el príncipe de Metternich se irritó ante la frecuencia con que venía repitiéndose el caso. No podía tolerarse que se pusiera de moda la subversión, porque si se consentía con calma ¿qué porvenir esperaba al sagrado principio de la legitimidad? Decidió Metternich poner coto a las demasías revolucionarias y convocó a los monarcas de la Sagrada Alianza que podían considerarse amenazados, para deliberar. A la reunión fué citado el rey de Nápoles, y le preguntaron qué pensaba hacer ante aquel asalto a su soberanía. Contestó el monarca que rechazaba la acción revolucionaria, pero que no disponía de medios para oponerse a ella. Entonces, el Congreso decidió que se autorizase a Austria para enviar un ejército al reino desafecto, romper la Constitución concedida coactivamente y restaurar la Monarquía con todas las prerrogativas.

Decidió Metternich que el Ejército que enviara Austria, su vestimenta, armas y alimentación, fueran pagados por el pueblo de Nápoles, una vez rescatado el país. Lo que se precisaba era un empréstito o anticipo. Y ¡lo de siempre! La propuesta fué a parar a la Casa Rothschild, sucursal vienesa. Por de pronto había que adelantar el primer millón para preparar las tropas. Salomón opuso ciertos reparos. Dijo que a la operación eran opues-

tos los Gobiernos de París y de Londres, y que si él daba dinero, sus hermanos Jaime y Nathan podrían encontrar luego dificultades. Creía que era peligroso que la Casa Rothschild se hiciera cargo de aquella operación, *al menos* a cara descubierta. Por lo tanto, con la cara tapada, podía realizarse. Facilitó los anticipos necesarios para que la expedición se pusiese en marcha sin demora, y propuso que fuese su hermano menor Carlos, que no estaba aún establecido, quien asumiera la operación financiera. Así se puso Carlos en camino. Pero en seguida recibió un susto mayúsculo. Los piamonteses, siguiendo el ejemplo de los napolitanos, se insurreccionaron contra el Rey Víctor Manuel, y no se conformaron como aquéllos con una Constitución, sino que exigieron, además, la desaparición de la Monarquía.

Había acertado, pues, Metternich al preveer que se trataba de una epidemia que sólo podía atajarse "manu militari". Las tierras que tenía que atravesar Carlos vivían horas de inquietud, y no era prudente seguir un viaje que tomaba caracteres de aventura. Ante los acontecimientos del Piamonte y antes de que el movimiento insurreccional triunfara, las tropas austríacas avanzaron aniquilando los conatos de resistencia, tomaron Nápoles y restablecieron el orden, con lo que se apaciguaron los ánimos en todos los Estados vecinos igualmente amenazados.

Mientras avanzaban las tropas, Carlos estaba en Florencia, lo mismo que el Rey Fernando y su séquito, y cuando el comandante en jefe les envió un mensaje diciéndoles que el camino estaba expedito y reinaba la calma, siguieron hasta Nápoles. Entonces Carlos comenzó su negocio que había de ser tan próspero como veremos. Las tropas austríacas permanecieron en el país cuatro años, para preservarlo de cualquier intento revolucionario, y la tesorería de Viena enviaba periódicamente la cuenta de su sostenimiento, que abonaba Carlos Rothschild, para que lue-

go se lo reintegrara el reino napolitano con sus correspondientes intereses. Dieciséis millones de ducados tuvieron que pagar por este concepto.

La primera operación, antes de instalarse definitivamente en Nápoles, fué un señalado servicio al Gobierno: colaboró a la separación financiera de Nápoles y Sicilia, realizando a favor del Rey un empréstito de cuatro millones y medio de ducados, que dieron un respiro a su Hacienda. Pero los atrasos eran muchos y la desorganización tan grande, que Nápoles tuvo que llamar muy pronto a la puerta de su Banca para pedir más. Y Carlos fué concediendo hasta dieciséis millones de ducados. El dinero le vino a Carlos de Inglaterra, donde le sobraba el crédito que le faltaba en Nápoles, y así, bonitamente, sin riesgo alguno, se embolsó una fortuna por la negociación e intereses.

A los dos años de su vida en la ciudad napolitana, otra vez acudió el Estado al banquero poderoso. Pero Carlos, que lo esperaba, tenía preparada su contestación. Conocía a fondo la necesidad absoluta que Nápoles tenía de aquel dinero con urgencia, y se dispuso a explotarla a fondo, no sólo con la comisión, sino con una gran jugada política. Declaró, ante todo—para excitar la codicia de los demandantes—que estaba dispuesto a entregar veinte millones; pero que a cambio de ello pedía una atención: que se dejara volver al país a su amigo el Caballero de Médicis, que estaba desterrado en Florencia. ¿Qué podía hacer el Gobierno real en tan apurado trance? Accedió a la demanda de su prestamista. Y al poco tiempo—también lo esperaba Carlos—otra vez el Estado andaba necesitado de un empréstito. La postura de Rothschild fué severísima y le faltó poco para reprender al Gobierno como un maestro pueda hacerlo con el alumno. Estaba muy disgustado, dijo, con aquella pésima administración, no había orden ni concierto en la Administración napolitana. Pudie-

ran haberle replicado: ¿Pero usted no lo cobra luego todo con sus intereses? Se cuidaron mucho de hacerlo. Escucharon el chaparrón de admoniciones con la humildad del necesitado. En conclusión: si el Gobierno quería dinero, necesitaba que se nombrase ministro de Hacienda a su amigo. Y el Caballero de Médicis pasó así, en poco tiempo, de la condición de desterrado de su patria a ministro de Hacienda de ella. Ya tenía Rothschild "su" ministro de Hacienda y podía operar a gusto. Pidió en seguida a Inglaterra un crédito de dos millones y medio de libras esterlinas. Y de ahí en adelante, utilizando al ministro como un humilde funcionario a sus órdenes, fué el dictador financiero de Nápoles. Puso orden, eso sí, en la Tesorería; por sus manos pasaron todos los fondos oficiales y disfrutó, como si dijéramos, una participación—sus comisiones—en los bienes estatales. Fué, para el contribuyente, una parte del Estado al que pagaba contribución.

No operó sólo para la corona napolitana. Otras pequeñas Cortes italianas estaban igualmente necesitadas de auxilio. El Ducado de Parma hizo, en 1827, un empréstito de doce millones de libras en la Casa Rothschild. Solicitó también crédito el Gran Ducado de Toscana, pero Rothschild para concedérselo tomó en hipoteca las minas de hierro y las fundiciones, propiedad de la nación.

Le faltó el empréstito de Cerdeña, que constituye una historia pintoresca y vergonzosa, por lo demás análoga a tantas otras de aquellos tiempos como ha podido verse a lo largo de estas páginas. El ministro de Hacienda, Cacca, tenía en París un hermano banquero, aunque sin capacidad económica para afrontar tan importante operación. Este modesto banquero buscó la colaboración de un Banco poderoso y éste, a su vez, decidió constituir con varios más un consorcio que se hiciera cargo del empréstito. Qui-

so Rothschild ganarles la batalla, pero la decidida actitud de Cacca a favor de su hermano, le venció. Tuvieron que asociarse seis grandes Bancos parisienses para ello. No quedaron ahí las cosas. Para castigar a los que se habían permitido el lujo de vivir—bancariamente hablando—sin su permiso, Carlos decidió aniquilarles. Pensó primero en un contraataque que hiciera bajar inmediatamente las obligaciones del nuevo empréstito; pero ello hubiera sido muy costoso, y además tan descarado que dañaría su reputación de banquero por tan directa venganza. Era preciso un medio sinuoso que produjera los mismos efectos; y lo encontró. El empréstito de Cerdeña estaba hecho en valores con prima, exactamente igual que el empréstito de la ciudad de París. Su hermano James jugó a la baja con el empréstito de primas parisiense de forma que la baja fuera conocida en el extranjero. En efecto, vino en seguida a remolque el reflejo en la cotización del empréstito de Cerdeña; el público desconfió y el consorcio de Bancos franceses se quedó sin la enorme ganancia que era lógica y daba por segura.

La más curiosa de las actividades de Carlos consiste en haber llegado, él, judío, a ser el banquero del Papa. Los Rothschild fueron financieros de la Santa Sede. En aquella época—no olvidemos que aun no se había producido la unidad italiana que despojó a la Iglesia—el Estado Vaticano no era como hoy un somero recinto. Tenía considerable territorio, independiente y soberano, y se encontraba con problemas hacendísticos como cualquiera otro Estado. El presupuesto estaba en déficit y se necesitaba un empréstito para cubrirlo y sanear la Tesorería. El Cardenal Tosti, Tesorero del Papa, aunque Carlos Rothschild era el banquero omnipotente, no recurrió a él, sino que se dirigió a otros financieros de París para realizar el correspondiente empréstito. Para poder prescindir de Rothschild, el Cardenal llevó las gestiones

con mucha cautela, y las condiciones de la operación quedaron acordadas con el mayor secreto. Mas las fuentes de información fueron un resorte que nunca les falló a los Rothschild, y Carlos se enteró de todo por sus agentes de París. Salió en seguida de Nápoles para Roma—acababa de perder la batalla de Cerdeña y estaba "quemado"—amenazó al Cardenal con el veto y al saberlo los competidores parisienses se retiraron de la operación. Pero Carlos comprendió entonces que su actitud era excesiva y que no le convenía imponerse así en el Vaticano. Se declaró dispuesto a que los Bancos realizaran el empréstito convenido, con sólo que le incluyeran a él en el consorcio como uno más.

De este modo siguió operando con el Vaticano sin nuevos tropiezos, pues tras esta victoria nadie osó oponérsele jamás. Además de absoluto manipulador de la Hacienda de Nápoles, hacía los empréstitos de los Estados vecinos ¡incluso el Papal!

Socialmente, Carlos disfrutó una vida señorial como no conocieron sus hermanos. Los príncipes *favorecidos* por sus empréstitos le concedieron honores y condecoraciones: con su mujer, bella y simpática, fué invitado de honor en todas las fiestas. Su residencia era visitada por los más brillantes escritores, por los pintores famosos y en ella se exhibía un verdadero museo de arte moderno. Mas cuando llegó a una posición social tan preeminente y ostentaba orgulloso entre sus títulos la Orden Papal del Redentor, cuando en todo el territorio italiano se le consideraba tanto como a los príncipes, un inesperado fenómeno político hizo difícil el negocio de los especuladores: avanzaba a paso ligero la revolución que había de terminar un día en la unidad italiana. Carlos siguió siendo poderoso, pero los negocios de otros tiempos no se hacían ya. Operaba, principalmente, como corresponsal en el sur de las grandes Casas de Rothschild de Londres, París, Viena y Francfort.

Murió el 10 de marzo de 1855, cinco años antes de que Garibaldi y sus Camisas Rojas entraran en Nápoles y abolieran la dinastía de los Borbones y el antiguo reino de las Dos Sicilias, que poco después era incorporado a la nueva nación.

Carlos, educado en la escuela de la vida, en la lucha por el dinero, fué un hombre tan poco cultivado, pese a sus relaciones con artistas y a su museo, que nunca supo escribir una carta con ortografía, ni siquiera con sintaxis.

V

ANSELMO, EL DE FRANCFORT

El primogénito del viejo Meyer se quedó en la Casa matriz de Francfort toda la vida, mientras sus hermanos triunfaban en las grandes capitales. No tenía el genio emprendedor de Nathan o de James, pero heredó de su padre la tenacidad, la sencillez, la vulgaridad si se quiere. Y en Francfort, estratégicamente situado, fué su Casa el centro natural de distribución de todas las operaciones. La Casa de Francfort, madre de las demás, quedó oscurecida por ellas, pero sirvió para alimentar todo el sistema, tal el tronco de un árbol y las ramas vigorosas. En Francfort convergían los negocios de las otras capitales, y Anselmo mantuvo siempre su posición de cabeza de familia y fué para todos los hermanos la genuina representación del padre. No hizo operaciones extraordinarias, como Nathan, pero operó sin descanso y la Banca matriz ganó dinero de un modo sistemático hasta alcanzar un prestigio y una potencia enormes.

Además de muchos empréstitos con los países centrales, Anselmo fué el banquero de la nobleza alemana, en condiciones parecidas a su hermano Salomón, el de Viena, con la nobleza austro-

húngara. Concedió a los nobles préstamos garantizados con sus tierras y las hermosas fincas del sur alemán. Su crédito hizo que la Confederación germánica, de la que había de nacer el moderno Imperio tuviera depositados los fondos en la Banca Rothschild. Y en aquella época tuvo el banquero su primer encuentro, que fué violento choque, con un joven diputado llamado Otto de Bismarck, que un día sería Canciller y Príncipe del Imperio. La Confederación quería realizar su programa naval con un empréstito, y Anselmo exigía que éste fuera garantizado con los depósitos que la Confederación tenía en su Banca. En la Dieta de Francfort se produjo un gran debate con tal motivo. El joven diputado Bismarck, representante de Prusia, con el apoyo de los diputados de otros pequeños Estados, protestó enérgicamente y dijo que le parecía un insulto pedir ninguna clase de garantías. El plan de Rothschild, declaró, era monstruoso, pues en la práctica significaba que la Confederación pagase intereses por su propio dinero. Amenazó a la Banca. Y Anselmo, convencido de que aquella actitud férrea—por algo había de ser aquél muchos años después el Canciller de Hierro—le impedía seguir adelante su ventajoso negocio de especulador habitual, accedió. Cuenta Bismarck su impresión del viejo judío con el que le tocó contender, describiéndole como "un hombre de pequeña estatura, delgado, de pelo plateado; el más viejo de los hermanos, pero un pobre hombre en su palacio. Sin hijos, viudo, robado por sus subordinados, tratado desconsideradamente por sus sobrinos y sus sobrinas, afrancesados e inglesados, que han de heredar sus tesoros y ni se lo agradecen ni le pagan con afecto". Tenía Bismarck, como puede verse, una impresión de lástima, en el fondo comprensiva y cordial. El comprendía el drama de este hijo del *ghetto*, pero no estaba dispuesto a que la nación se sacrificara a su servicio. Si Bismarck hubiese nacido cincuenta años antes,

posiblemente, casi seguro, no hubiera habido en el mundo una dinastía de los Rothschild, y el viejo Meyer no pasara de modesto mercader de la calle de los Judíos. Aparte el caso Anselmo, sobre el resto de la familia tenía Bismarck una opinión más acertada y severa: "He conocido—dijo—a muchos miembros de esta Casa. El rasgo más saliente de ellos es su persecución del oro. Esto es debido al hecho de que todos ellos quieren dejar A CADA UNO de sus hijos la misma cantidad que ellos han heredado, lo cual, como es natural, es absurdo".

Pese a estos incidentes y comentarios, Anselmo disfrutó en Francfort de una gran consideración social. Era el rico por excelencia, y eso ha inclinado siempre las voluntades. En los salones de su casa daba fiestas brillantes a las que acudía lo más granado de la sociedad, y, sobre todo, los diplomáticos, que tanto dependían de él en las operaciones de crédito de sus países. A Anselmo no le interesaron nunca estas fiestas. El lujo no le atrajo, ni le divirtió el baile, pero sabía que aquella sociedad los amaba, y pretendía con ello cumplir su deber. En realidad, aquellas reuniones servían para rendir pleitesía a sus invitados, pues no se consideró como su hermano James un señor, sino que observó como su padre una actitud humilde y servil ante los grandes señores, aunque tuviera más que ellos. En este punto fué un judío puro. También lo fué en la práctica, y aunque la fidelidad familiar a la secta no falló en ningún miembro, Anselmo se distinguió por su ortodoxia y el interés que mostró por las cuestiones que afectaban a la raza hebrea.

Por eso, aparte las fiestas, que no consideraba como un gasto superfluo, sino como inversión necesaria para la buena marcha de los negocios, en su vida privada no gastó un céntimo. Todo gasto le pareció innecesario. Cuando ya había ganado cincuenta millones de florines, aun no salía de su casa, no iba a

ninguna parte; se metía en el escritorio, en la misma mesa que antaño, y en el mismo aposento que los empleados, como si fuera uno más de ellos. Parecía un modesto comerciante. Un contemporáneo suyo le describió, sencilla y expresivamente, así: "Lleva el sombrero echado hacia atrás, los cabellos los tiene blancos como la nieve. La expresión de su rostro es franca, con un ligero matiz de alegría quizá ficticia, cuando se siente observado. Su levita va por lo regular abrochada; y aunque no parece que se la haya echado sencillamente sobre sus hombros, pende con negligencia. Las manos las hunde habitualmente en los bolsillos de su pantalón, donde hace sonar algunas monedas". (Como se recordará, también Nathan, siempre con las manos en los bolsillos del pantalón, gustaba de oír el tintineo del oro.)

Murió Anselmo el 6 de diciembre de 1855, en el Francfort donde naciera el 12 de junio de 1773. Dilatada existencia de ochenta y dos años, extinguida probablemente por la melancolía de aquel fatídico 1855, en el que fallecieron Carlos, el de Nápoles, y Salomón, el de Viena. Veía el primogénito derrumbarse las ramas más jóvenes del árbol de los Rothschild, y la suya se quebró cuando el otoño declinaba ante las puertas del riguroso invierno germánico. En su corazón de viudo sin hijos, rodeado de voraces sobrinos extranjerizados, era invierno hacía mucho tiempo. En el viejo cementerio de su raza, la tumba donde reposaban los restos de su padre, de quien fué una continuación en la vida, acogió los suyos, como una prolongación también en la muerte.

VI

LAS DESVENTURAS INTIMAS

CONTADA ya la historia de los cinco hermanos Rothschild y la de su padre, la impresión que se tiene es la de unos seres que pasan por la vida triunfando en todas sus empresas, logrando su ambición insaciable de acumular más dinero cada día; unos hombres que sólo conocieron la felicidad. Sin embargo, no fueron felices; sufrieron mucho, esta es la verdad; porque falta por contar el capítulo triste de estas biografías, el de sus íntimas desventuras. No se quedan unos hombres con el tesoro de Europa así como así. Se gana el favor de los gobernantes, la complicidad de los altos funcionarios, la aquiescencia de los príncipes, pero la gran masa humana que contempla el inaudito espectáculo no puede verlo sin su protesta. Y la protesta surgió y fué larga y profunda y trajo de cabeza a los especuladores hasta quitarles el sueño tantas noches que suman años.

Es cierto que los Rothschild estaban—como dice Ravage—"resplandecientes con las órdenes, con las estrellas y cruces recibidas; cubiertos con las cintas y condecoraciones de muchos Estados, desde Francia a Rusia y desde el Mediterráneo al mar

ninguna parte; se metía en el escritorio, en la misma mesa que antaño, y en el mismo aposento que los empleados, como si fuera uno más de ellos. Parecía un modesto comerciante. Un contemporáneo suyo le describió, sencilla y expresivamente, así: "Lleva el sombrero echado hacia atrás, los cabellos los tiene blancos como la nieve. La expresión de su rostro es franca, con un ligero matiz de alegría quizá ficticia, cuando se siente observado. Su levita va por lo regular abrochada; y aunque no parece que se la haya echado sencillamente sobre sus hombros, pende con negligencia. Las manos las hunde habitualmente en los bolsillos de su pantalón, donde hace sonar algunas monedas". (Como se recordará, también Nathan, siempre con las manos en los bolsillos del pantalón, gustaba de oír el tintineo del oro.)

Murió Anselmo el 6 de diciembre de 1855, en el Francfort donde naciera el 12 de junio de 1773. Dilatada existencia de ochenta y dos años, extinguida probablemente por la melancolía de aquel fatídico 1855, en el que fallecieron Carlos, el de Nápoles, y Salomón, el de Viena. Veía el primogénito derrumbarse las ramas más jóvenes del árbol de los Rothschild, y la suya se quebró cuando el otoño declinaba ante las puertas del riguroso invierno germánico. En su corazón de viudo sin hijos, rodeado de voraces sobrinos extranjerizados, era invierno hacía mucho tiempo. En el viejo cementerio de su raza, la tumba donde reposaban los restos de su padre, de quien fué una continuación en la vida, acogió los suyos, como una prolongación también en la muerte.

VI

LAS DESVENTURAS INTIMAS

CONTADA ya la historia de los cinco hermanos Rothschild y la de su padre, la impresión que se tiene es la de unos seres que pasan por la vida triunfando en todas sus empresas, logrando su ambición insaciable de acumular más dinero cada día; unos hombres que sólo conocieron la felicidad. Sin embargo, no fueron felices; sufrieron mucho, esta es la verdad; porque falta por contar el capítulo triste de estas biografías. el de sus íntimas desventuras. No se quedan unos hombres con el tesoro de Europa así como así. Se gana el favor de los gobernantes, la complicidad de los altos funcionarios, la aquiescencia de los príncipes, pero la gran masa humana que contempla el inaudito espectáculo no puede verlo sin su protesta. Y la protesta surgió y fué larga y profunda y trajo de cabeza a los especuladores hasta quitarles el sueño tantas noches que suman años.

Es cierto que los Rothschild estaban—como dice Ravage—"resplandecientes con las órdenes, con las estrellas y cruces recibidas; cubiertos con las cintas y condecoraciones de muchos Estados, desde Francia a Rusia y desde el Mediterráneo al mar

del Norte; cortejados y festejados por Emperadores los cinco hombres más ricos que probablemente había registrado hasta entonces la Historia; viviendo en palacios como príncipes; rodeados por huestes de criados, subordinados y partidarios; halagados y envidiados y reconocida su supremacía por las potencias financieras del mundo entero". Sí, es exacto este brillante cuadro; pero veían que mientras en las alturas cortesanas la vida les sonreía, detrás de aquella exquisita y podrida minoría se fraguaba una verdadera tormenta europea contra ellos. Empezó a manifestarse con algún comentario periodístico, siguieron algunas caricaturas intencionadas, continuaron algunas investigaciones de archivo, metieron baza los técnicos en cuestiones financieras, y, en fin, un inmenso clamor se alzó protestando de aquella hegemonía voraz, de aquella entrega fácil a unos judíos del dinero de los pueblos, cuyos intereses habían de pagarse con el sudor de todos.

La protesta, vivísima, fué tomando luego, en todos los países, un aire más grave. Considerando a los Rothschild como una verdadera amenaza para el bien público, lanzáronse los investigadores a recorrer el pasado de aquella familia. ¿De dónde procedían los millones? ¿Por qué aquellos jóvenes, hijos de un mercader judío, tenían en sus manos una fortuna tan colosal que colocaban a los Estados en el trance de pactar con ellos o sucumbir? Se señalaba que aquel enorme caudal no puede tenerse de un modo anónimo si éste no es inconfesable. ¿Se lo dejó su padre? No. Porque si su padre fuera un hombre tan rico, hubiese educado a sus hijos en la infancia, como hace un modesto comerciante, por lo menos. Y aquellos hermanos, pese a su fortuna, y por más que alternasen con poderosos, no tenían el menor refinamiento, hablaban toscamente, con el acento peculiar del *ghetto;* no sabían redactar una carta. Era indudable que su

padre no pudo darles educación—y ya maduros no lograron asimilarla—porque era pobre. ¿Cuál era, entonces, el origen del oro acumulado por los Rothschild?

Como se ve, la campaña resultaba verdaderamente inquisitoria y revelaba la existencia de un odio extendido en todas las capas sociales.

Se insinuaba — en algunos panfletos se acusaba categóricamente—que tales o cuales gobernantes recibían dádivas, que el soborno dirigía aquellas especulaciones ruinosas para los pueblos. Como ejemplo de vergonzosa operación, se contaba el caso del empréstito con sorteo de premios, en el que mientras miles de personas de poca categoría habían resultado arruinadas, Rothschild "tuvo la osadía" de jactarse de que había ganado seis millones de florines en la transacción. "Y lo ha hecho—denunciaba un periódico—por un ardid desvergonzado, con mañas de astuto, engañando al público. ¡Cincuenta y dos krentzers por un florín! ¡Más de cien millones que pagar por cincuenta y cinco prestados!"

La ambición de títulos y honores, junto con la económica, que siempre demostraron los Rothschild, también fué objeto de agudo análisis. Se pretendía tapar con un título de nobleza un nombre auténtico cuyos orígenes y andanzas no les convenía esclarecer. Los caricaturistas se hartaron de publicar grotescas escenas en las que aparecía la inconcebible convivencia de los aristócratas con los advenedizos, los grandes señores cristianos alternando con los oscuros y sospechosos especuladores judíos.

Se asfixiaban los Rothschild en aquel ambiente y temían que pudiera llegar un momento en que el clamor público determinara una reacción tan violenta que acabase no sólo con su fortuna, sino hasta con sus personas. Claro es que estaban seguros de contar con los príncipes, los nobles y los Gobiernos, y

sabían que el crédito de las naciones estaba irremisiblemente esclavizado a su voluntad; pero en aquella época surgían sospechosos brotes populares, la Revolución francesa había dejado una estela peligrosa en todas partes. Temían que los investigadores insaciables llegaran a averiguar cómo una pequeña fortuna que les dejara su padre se engrandeció en el contrabando entre los Pirineos y Londres durante la campaña de Wellington contra Napoleón. Temían que en los archivos policíacos de Francia apareciesen documentos acusatorios de la época napoleónica, en los que quedaron registrados algunos tropiezos de aquellas andanzas delictivas. Temían que se descubrieran los manejos con Herries, el tesorero inglés. Era mejor, no cabía duda, en vez de dar la batalla a los que clamaban por la especulación y querían saber la verdad, buscarles y sobornarles, comprar a otros que enderezasen con habilidad una campaña de rehabilitación. Las dádivas acallaron algunas bocas vociferantes; surgieron plumas en defensa de los Rothschild; pero la extensión de la causa popular era tan grande como el mapa europeo, y los multimillonarios, con todo su poder, no podían abarcar tanto. Hubo momentos más plácidos; otros en que se recrudeció el ataque. La única victoria positiva fué que se dividieron las opiniones, y mientras siguieron las sinceras de los adversarios, polemizaron las mercenarias de los defensores. Estos, a su vez, fueron denunciados por los puros, que divulgaron la bajeza de sus plumas vendidas.

Fatigados de la larga lucha, los Rothschild—esta vez deliberó el consejo de familia—decidieron acometer una obra magna, la publicación de su propia historia antes de que lo hicieran los demás y con más medios que nadie para hacerlo bien y darle la difusión adecuada. Se tituló *Una información biográfica de la Casa Rothschild.* Encargaron la redacción a su amigo

Gentz, el secretario de Metternich, aquel de quien Solomón dijo a su muerte que "le había costado una verdadera fortuna". Buscó Gentz la colaboración de diversos especialistas y luego depositó el texto en manos de Anselmo, el jefe de la familia, que puso especial interés en este asunto y seleccionó los originales. Esta historia fué recogida, en resumen, por la *Gran Enciclopedia Brockhaus*—mediante la *persuasión* de sus redactores—; de la *Gran Enciclopedia* pasó, hábilmente, a las colecciones de historias de héroes populares. Y así se ha dado el caso de que, hasta llegado el siglo XX, y con él una exigencia para el investigador histórico, durante todo el siglo XIX ha circulado por el mundo y ha sido considerada como la auténtica historia de los Rothschild la que ellos mismos escribieron; es decir, la que ellos encargaron escribir y después de corregir, quitar y poner, publicaron por su cuenta.

Tal historia, como puede suponerse, no se parece mucho a la que el lector ha conocido en la primera y segunda parte de este libro. Suponemos que nadie considerará como una vanidad por nuestra parte que declaremos que la nuestra, fría y desapasionada, es la verdadera. Los hechos concuerdan, los detalles disienten. En la época en que se publicó, pudo la gente pechar con aquella deliciosa fábula; hoy, aun sin otro antecedente, por puro espíritu crítico, no la creería nadie y haría reír. Es algo así como eso que ahora se llama novela rosa, dulce, plácida narración, con sus hombrecitos buenos, generosos y románticos, que son los Rothschild.

La obra *Una información biográfica de la Casa Rothschild* se ocupa principalmente de los primeros tiempos y dedica poco espacio a las actividades de los cinco hijos, que nosotros hemos seguido de cerca en los anteriores cinco capítulos. En vez de contar lo del contrabando, lo de los billetes de Wellington, o lo

de Herries, habla *ingenuamente* de "circunstancias extraordinarias", "coincidencias afortunadas" y "acontecimientos mundiales". Por otra parte, el viejo Meyer se destaca como una figura sobresaliente, como el fundador, no sólo de la familia, sino de su fortuna. La tienda y el callejón de los Judíos no se menciona para nada. Meyer es, desde el principio, un banquero, un hombre de enormes recursos, una personalidad en los negocios. Le presentan como el gran cerebro que enriqueció al Landgrave y más tarde Elector de Hesse. Se refiere después la huída de Guillermo cuando llegan las tropas de Napoleón. Entonces, el aturdido príncipe, lleno de pánico por sus millones amenazados, se acuerda en el último momento de su fiel banquero judío. Meyer, de mala gana, pero obediente, consiente en guardar y administrar toda la fortuna, y Su Alteza marcha al destierro más tranquilo. Pero he aquí que los rapaces franceses caen sobre los bienes de Rothschild y se apoderan de todo lo que el buen Meyer había sido capaz de reunir en una vida de trabajo incansable y de integridad bien probada. Y así, sacrificando sus propios caudales. pone a salvo de las garras del invasor la fortuna que el Elector le confiara. Parece una bonita comedia. Sigamos. Durante los siete años que dura el destierro, Rothschild apenas tiene contacto con Guillermo. Llega a éste el rumor de que los franceses asaltaron la casa de Meyer y deduce que ha perdido su fortuna junto con la del judío. Su alegría es inmensa cuando vuelve a su país y se entera de que no sólo está a salvo todo su dinero, sino que la Casa Rothschild, operando con él, la ha aumentado mucho y va a devolverle el capital con los intereses acumulados. Entonces Guillermo, agradecido y asombrado, ruega a la familia que siga con el capital. Los Rothschild continúan manejando los millones durante varios años, y la Providencia, sin duda en premio a su honradez, les colma de prosperidades.

Además, Guillermo les recomienda a otros príncipes, por "su conducta recta y honrada", y así edifican la fortuna colosal y asientan el poder bancario de la Casa.

Se cuenta después la muerte de Meyer. Su alma, se dice, vive en sus hijos para guarles y dirigirles. Estando a punto de morir les llamó a su lado y les pidió que siguiesen inspirándose en los mismos principios, que se amasen los unos a los otros y trabajasen en armonía; y tan sincera es la piedad de los jóvenes y la veneración hacia su santo padre, que nunca le olvidaron ni dejaron de cumplir su voluntad. Algunos párrafos finales hablan de la obra de los cinco hermanos y dice que "la puntualidad de sus servicios, la sencillez y claridad de sus métodos, la inteligencia con que son desarrollados y el carácter moral de los cinco, han tenido la mayor influencia en el éxito de sus empresas". El colorín, colorao, dice nada menos: "Aquí está la respuesta a la cuestión que tanto ha sorprendido a mucha gente, a saber: cómo había sido posible a la Casa Rothschild el realizar un éxito tan milagroso y sin precedentes en tan corto tiempo". Y la última frase de la autobiografía de encargo: "Con el ejemplo que nos dan los Rothschild, es inútil que la gente hable de suerte".

Como puede verse, esta historia es de un candor muy siglo XIX. Por eso, sin duda, los modernos Rothschild decidieron paliarla al cabo de los años, y en la *Enciclopedia Judía* editada en 1905 ya se desvanecen todas esas bellas historias. Se alude al origen de la calle de los Judíos, y aunque está plagada de inexactitudes manifiestas desde el principio, pues se presenta a Meyer, el fundador, ayudando a cambiar monedas a su padre el *banquero,* cuando éste no fué sino modesto comerciante y Meyer casi no le conoció; aunque no es una verdadera noticia biográfica, al menos se ha expurgado toda la ingenua trama novelesca

que durante cerca de un siglo sirvió para aplacar una campaña y crear un mito que circuló como la pura historia de padres a hijos en una Europa que contemplaba estupefacta la grandeza de los Rothschild.

Mas de todo ello se deduce que los cinco forjadores de la fortuna no fueron felices. Sus millones, el cortejo de los aduladores, las reverencias de los grandes, no pudieron compensarles con felicidad de la amargura de la acusación popular, multitudinaria, que les siguió de por vida como un eco sordo, como la acusación permanente, eterna del pueblo europeo, agotado con tanto empréstito y tanta guerra que sólo a ellos sirvió de provecho y a los demás de ruina.

TERCERA PARTE

DESPUES DE LA RIQUEZA

I

EL BARON LIONEL

Los descendientes de los cinco hermanos—menos Anselmo, que, como hemos visto, no los tuvo—se hicieron cargo de las cinco grandes Casas de Banca y prosiguieron la marcha. Y se dió el caso curioso de que si de los cinco hermanos fué Nathan, el de Londres, el más emprendedor, el genio de la familia y el que logró mayor preponderancia, también de los descendientes fué el hijo de Nathan, el barón Lionel, el más famoso de todos. De larga vida, fué elemento preponderante en la economía, árbitro de la comunidad judía y político de intensa acción, aunque en este aspecto, como siempre hicieron los Rothschild, no se destacara directamente; su brazo derecho fué, como veremos, el famoso Benjamín Disraeli, primer ministro de Inglaterra y judío también, aunque "convertido" a la religión protestante.

La figura de Lionel llena con su influencia la mayor parte del siglo XIX. Su padre le había dicho muchas veces que se debía entregar "la inteligencia, el alma, el corazón y el cuerpo al negocio". También le había repetido mil veces el viejo Nathan que es mucho más difícil conservar una fortuna que hacerla. Quería

que Lionel y sus hermanos, Antonio y Meyer, fueran la continuación de su propia personalidad; que siguieran la lucha en los mismos términos en que él la mantuvo con éxito creciente; que tuvieran su codicia, su energía, su habilidad. El viejo Nathan les decía que ellos comenzaban donde terminaba él; que, además, poseían una experiencia y unos conocimientos y educación que no tuvo él, y que, por lo tanto estaban dotados para la más grande empresa mundial. En realidad pretendía verse reflejado, encarnado de nuevo en sus hijos, pero poseyendo éstos todas sus habilidades y sin ninguna de sus imperfecciones. Sabía el viejo Nathan que era tosco, que la falta de cultura le impidió el triunfo social. Podían y debían conservar su misma conciencia, pero enmascarada con apariencias más delicadas. Para ello sus hijos tenían grandes amistades, una educación exquisita, un conocimiento profundo de los negocios y una posición inicial a cuyo logro había consagrado él la existencia casi sin encontrar una hora para el reposo o el deleite.

El viejo no erró. Acertó plenamente. Su primogénito, tan opuesto a él en lo externo, era la más vital encarnación de su espíritu. En él vivía el viejo Nathan; pero sublimado, superado hasta llegar a la enésima potencia. Como individuo potenció sus calidades innatas con la más depurada educación intelectual, social y política. Pero aceptándola simplemente como triple arma al servicio de sus ideas ancestrales, que tuvieron en su progenitor el paladín del siglo. Fué Lionel como ese "samurai" del Japón; pero, lanzado al combate provisto de las más modernas armas de una civilización, a la que odia, para mejor destruirla.

Sin duda, como aquél, pensaría que algo bueno tenía esta civilización cristiana y occidental: los medios que le brindaba para destruirla.

Se educó primero en un gran colegio inglés y luego en la Uni-

versidad de Göttingen, rodeado de toda clase de comodidades, vistiendo como el que vistiera mejor y habituándose a la sensación de que el más poderoso de sus compañeros, todos ellos hijos de ricas familias, era menos que él. Este alarde de bienes que Nathan derramó pródigamente sobre el primogénito obedecía a un hondo complejo del viejo banquero; quería vengarse de la sociedad en la persona de su hijo; que éste pudiera mirar por encima del hombro a los hijos de quienes le miraron por encima del hombro a él. Ya era Lionel un joven distinguido, todo un caballero, cuando el padre decidió capacitarlo también para que fuera un día su digno sucesor prosiguiendo sus negocios al frente de aquella Casa que tanto había luchado y aun tenía que luchar. Le sacó del Colegio y le metió en la Banca para que hiciera aprendizaje de hombre de negocios. Fueron los maestros de Lionel su padre y los altos jefes de la Casa. El muchacho se hizo cargo de la naturaleza y desenvolvimiento de aquel complicado engranaje. Aprendió todo lo que se puede aprender de finanzas, pero bien se veía que aquel joven no se limitaría sólo a ser un simple banquero mejor o peor que su padre. Sería algo distinto. ¿Qué? Ninguno de los extraños podría adivinarlo. Sólo Nathan debía saberlo; pero su impenetrabilidad no lo delataba; pero algo había, y algo tremendo, en aquella mirada paternal con que seguía sus movimientos cuando por nadie se creía observado. Tal era el único destello que podían captar algunos profanos. Para saber más hubiera sido necesario violar el secreto de aquellas misteriosas conferencias que padre e hijo celebraban a solas en lo más recóndito de su hogar.

Pero este es su "contorno", al fin parecido al de tantos, donde su destaque único pudo ser la superioridad que le daba el ser hijo y heredero del hombre más rico de Europa, que prosternaba ya casi todos sus valores clásicos ante el oro. No era esto lo

importante; lo singular de Lionel se gestaba en el secreto amurallado de su "dintorno". Allí, alentado por la llama viva de su pasión de poder, encendida en el hogar inviolado de sus mayores, vivía todo el desprecio que siente un hierofante por el estúpido creyente a quien embauca, el del capitán por el mercenario y el del estafador por el estafado. Así era por saberse en posesión del "secreto" de las cosas; por conocer la mentira tremenda tomada como eje y dogma por aquella sociedad moderna. De ahí su olímpico desprecio, el sentirse superior, inaccesible. Casi dios... con motivo. Sabía bien hasta qué punto se había evaporado la fe en Dios; también cómo se volatilizó la fe en los hombres; el último, Napoleón, se pudría en Santa Elena... Pero a él, escéptico en todas las creencias, no se le ocultaba la *necesidad humana de creer...*, e hizo de tal necesidad el punto de apoyo para mover al universo todo. *Crédito* viene de *creer. La Humanidad creyó en su creencia.* Esto es, en el *crédito;* bastó a Rothschil convertirse en Sumo Pontífice de esta nueva y absurda deidad, convirtiéndose en dogma su "infalibilidad"... Su poder sería absoluto, universal, en tanto los hombres *creyeran* en el Crédito. Y, en verdad, jamás absurdo dogmático de religión alguna fué y es tan irracional y unánimente acatado. Cuando en edades futuras quiera encerrarse en síntesis escueta lo que fué acento supremo del "homo economicus" actual, se dirá, sin duda: "fué un tipo humano que creyó en el "Crédito"; es decir, creyó en el creer. Sustituyó la creencia de la Religión por la religión de la Creencia".

Esto, sin duda, lo supieron los Rothschild. Nada de extraño tiene que Lionel, adviniendo "Pontífice" en el instante en que la religión es reina universal, se sienta como dios. Y era enteramente lógico, pues bien sabía que la adorada y obedecida deidad,

el Crédito, era sólo oquedad, vacío. Ni siquiera un "ente de razón". Tan sólo un "ente de pasión".

El veía los negocios desde la altura como una máquina maravillosa cuyos resortes de mando le serían entregados y manejaría hábilmente, con tanta soltura como su padre; mientras éste se creía él mismo una pieza, la principal, de la máquina, y se movía penosamente al compás de ella, poniendo en el funcionamiento hasta el esfuerzo físico. Eso no lo podía hacer Lionel; no lo sentía. Su paso por los mejores medios sociales de Londres, su educación, no se lo permitían. El había nacido para la fortuna y también para un alto destino. Heredaba un nombre ya famoso. Se movía entre aristócratas y hombres de letras, políticos y generales como en su elemento natural. Había en el mundo muchas otras cosas además del negocio y de hacer dinero. Los salones, las fiestas, las exposiciones de arte, los deportes... Además, los tiempos habían cambiado. En la actitud del padre hubiera sido difícil seguir operando; era mucho mejor introducirse en sociedad y hasta intervenir en política; ser diputado y hasta primer ministro; mejor, fabricar uno o apoyarle intensamente para que lo fuera. Los grandes negocios en la época de Lionel no podían realizarse como en la época de su padre; esto no lo hubiera comprendido nunca Nathan. Sin duda Lionel, absolutamente distinto del autor de sus días, fué más importante aun en la vida inglesa, y su actitud influyó de un modo decisivo en cuestiones de trascendencia mundial. El impulso que él dió aún subsiste en nuestros días. La intrahistoria lo delata solamente, ya que tuvo él la "elegancia" o el desprecio de no rubricar su obra casi nunca.

En vida de su padre, Lionel compartió la dirección de muchos asuntos. Al morir Nathan se hizo cargo de todos. Era, primero y ante todo, el Barón Lionel; luego, el banquero Roths-

child; incluso porque siendo primero Barón era más banquero, más influyente y poderoso. No iba como su padre a la Bolsa todas las mañanas para pasar allí las horas abstraído, de pie, con la espalda apoyada en una columna. Esas horas de lucha y especulación, que lo eran todo en la existencia de Nathan, a Lionel no le atraían nada. Nunca fué Lionel a la Bolsa; para eso tenía sus altos empleados especializados. Acudía puntualmente a su despacho y allí recibía a cuantos tenían asuntos que tratar con la Banca Rothschild: clientes, empleados, especuladores, agentes, comerciantes. La consigna para todos, antes de pasar al despacho del "señor Barón", era la misma: que expusieran el motivo de su visita, no deteniéndose bajo ningún pretexto más de dos minutos, a no ser que se dispusiera lo contrario. De este modo, la Casa alcanzó, además de la prosperidad, como en tiempos del padre, un prestigio legendario, muy del gusto inglés. La historia de un gran señor que desde una butaca detrás de su mesa dirige los negocios del mundo, manejando elegante y displicentemente los millones, es algo deslumbrador para la mentalidad británica. Fué árbitro mundial. La *Enciclopedia Judía* —tan circunspecta y comedida— lo consigna explícitamente: "Mientras él vivió, el eje de las finanzas del mundo puede decirse que tuvo su asiento en New Cour". O sea, en la Casa londinense de Rothschild.

Lionel empezó su vida de heredero trasladándose al barrio elegante. Durante toda su existencia Nathan tuvo instalado el hogar cerca de la Casa de Banca en la calle de San Swithin. El hijo se instaló en la histórica casa de Gunnersbury, antigua posesión de un príncipe, que tenía anejo un gran parque. Por poco tiempo, porque mandó construir su mansión definitiva en un solar junto a "Apsley House", en Piccadilly. Tras él, levantaron sendas casas sus hermanos y luego otros parientes, hasta que el aristocrá-

tico barrio de Mayfair fué conocido por "Rothschild Row". La familia compró también antiguas casas solariegas y cotos de caza en los condados próximos. El segundo hijo de Nathan, Antonio, recibió el título de Barón, de la Reina Victoria, y, menos ocupado que Lionel en la administración de los negocios, vivió como un rajá en la finca Buckinghanshire. El hermano menor, Meyer, vivió como Antonio, pero colaboró intensamente en el trabajo con Lionel. Se instaló en Mentmore, donde daba reuniones a las que concurrían los más rijosos aristócratas. En la Banca era el segundo de a bordo, pero mucho más conocido y popular que su hermano entre la gente que trabajaba en el mundillo de los negocios bancarios y bursátiles. Para el gran público, Meyer era el verdadero "Barón Rothschild". Lleno de salud, amaba los placeres, gustaba de las carreras de caballos, se dedicaba a las cacerías de zorros. Tenía una gran cuadra y ganó el más importante premio hípico del mundo: el "Derby". Lionel era más circunspecto que sus hermanos. No se sentía tan absolutamente absorbido por las costumbres aristocráticas y las hacía compatibles con los negocios. Muchas veces iba a una cacería sin ilusión y sólo porque esa es la obligación de un caballero en sociedad. Por lo demás, las fiestas de su casa y sus famosos convites de fin de semana eran tan espléndidos como los de su hermano menor. En tales convites los invitados eran siempre personalidades preeminentes, personas a las que interesaba convidar. Y para que el lector se haga una idea de su magnificencia, recojamos a título de curiosidad lo que escribió una invitada —sin pensar que un día sus palabras serían impresas como el mejor testimonio—que estuvo en el palacio de Lionel con ocasión de una comida a Lord y Lady Lyndhurst, padres políticos de Disraeli (el que un día daría a Lionel el negocio del Canal de Suez):

"Las vajillas de plata y oro brillaban sobre la mesa y los aparadores; flores exquisitas encantaban los ojos, mientras los criados, de uniforme de gala, estaban tan bien educados, que ni una pisada delataba su presencia; la naturalidad que prevalecía, producto de una disciplina perfecta, se olvidaba ante la distinción de los comensales".

Poco después obsequiaba al mismo Lord Lyndhurst el hermano menor, para dejar tamañito a Lionel. (De un Meyer a otro Meyer, ¡qué distancia! Del abuelo del callejón de los Judíos, de Francfort, comiendo, durmiendo y recibiendo visitas en la misma habitación de la trastienda, al nieto, que dió la comida que en pocas palabras nos va a describir la misma invitada.)

"Otra fiesta—dice—, aún más espléndida y prolongada, en honor de Lord Lyndhurst, a la que fuí también invitada, fué dada por la baronesa Meyer Rothschild en su villa veneciana, en Mentmore, más palacio que villa. La baronesa había comenzado hacía dos días a preparar la casa y los jardines para fiesta. ¡Qué cuadros, qué mobiliario, que escenario de parque, qué terrenos para carreras de caballos y cacerías con perros! No hay palabras para describir el almuerzo y el *lunch* al aire libre."

Lionel y sus hermanos habían olvidado por completo su pasado familiar. No querían que salieran a relucir aquellos tiempos calamitosos; pero mientras hubiera un Rothschild en el Continente, siempre estaban a pique de pasar un mal rato. Un día se presentaba en Londres su tío Salomón, el de Viena; otro, era el tío James, el de París. Estos omnipotentes banqueros resultaban para sus sobrinos unos seres zafios, impenetrables en la refinada sociedad inglesa, casi en la Corte, en que vivían ellos. Estos tíos les desesperaban, pues su presencia denunciaba el origen humilde que convenía borrar. Y, sin embargo, el Barón Lionel no militó, a la hora de meterse en la vida política, en el par-

tido conservador, sino en el liberal. La razón de esta filiación tan poco lógica en el más poderoso de los banqueros hay que buscarla en su condición de judío. Lionel, encumbrado de nacimiento, consagró buena parte de su vida a la lucha por su raza y su religión, frente a los cristianos, arrancando una tras otra con su enorme poder las prerrogativas que los judíos no tenían. Fué Lionel el jefe de la Comunidad judía de Inglaterra durante cerca de treinta años. Por un largo período de tiempo ocupó el cargo de presidente de la "Great Synagogue"; él colocó la primera piedra de la "Central Synagogue" y perteneció al mismo tiempo al Consejo de la "United Synagogue". Llevó su influencia y su acción política al exterior actuando cerca de Rusia y Polonia para mejorar la situación jurídica de los judíos de estos países; y en el Congreso que se celebró en Berlín en 1878 —un año antes de su muerte, cuando tenía la máxima personalidad—, después de la guerra rusoturca, para restablecer el equilibrio del poder en Europa, se leyó una carta de Lionel a los reunidos, que obligó a incluir profundas mejoras en la situación jurídica de los judíos de Rumania. Como se ve, fué Lionel Rothschild—como en general toda la familia—un judío "cien por cien", empleando la contundente definición americana.

Mas la batalla principal de su vida en favor de la raza hebrea fué la que libró durante largos años, y a prueba de adversidades, para hacer su propia carrera política. La verdad es que un judío en Inglaterra no podía quejarse. Tenía derechos de igualdad económica con los cristianos; socialmente alternaba sin reparo alguno, y las Leyes del Estado le protegían por igual. Sólo una distinción se conservaba a través de los siglos. Los judíos no conversos no podían tomar asiento en el Parlamento. Mejor dicho: ni siquiera eso de un modo explícito, sino implícito, pues ninguna ley les negaba derechos. Era que el juramen-

to que había que prestar en la Cámara para ejercer el cargo terminaba con las palabras "con la verdadera fe de un cristiano". Era una tradición, y el Parlamento inglés la mantenía inflexiblemente. Lionel tuvo el valor de emprender la batalla para que la fórmula fuese suprimida y las puertas de la Cámara de los Comunes, y aun de los Lores, se abrieran de par en par para los devotos de las sinagogas. En esta tarea tuvo un gran colaborador: Disraeli, a quien conocía y favorecía desde la juventud, y que llegó a ser su amigo más íntimo.

Disraeli había sido bautizado en la iglesia protestante por deseo de su padre, pero pertenecía a la raza judía. La conversión del padre influyó poco en el hijo. Aunque oficialmente protestante, aunque no asistía a la sinagoga, se sentía profundamente judío. Era pobre de solemnidad, elegante, lleno de deudas y aspirante a primer ministro. Junto a Lionel, lo consiguió. Liquidó sus deudas, combatió ardientemente en la Cámara y fué el primer ministro de Inglaterra, como soñaba. Su carrera política va indisolublemente unida a Lionel, y cabe preguntarse si Disraeli, a pesar de su talento, hubiera llegado a donde llegó sin el apoyo de su amigo, y si Lionel, en un ambiente absolutamente adverso a la reforma hubiera logrado sin Disraeli la derogación de la ley que le impedía sentarse en los Comunes.

Es de interés aportar a esta biografía algunos detalles de aquella disputa que, año tras año, encontramos en la historia del Parlamento inglés. Durante varias décadas las asambleas electorales estuvieron bajo el signo de "pro o contra Judas".... Días, y hasta noches enteras se prolongaban los debates en el Parlamento; pero durante veintiocho años resistió la Cámara de los Lores a todo asalto. Según la Constitución británica, para adquirir fuerza legal una ley precisa la aprobación de las dos Cámaras, la de los Lores y la de los Comunes. A principios del

año 1858 seguía inquebrantable todavía la resistencia de los Lores. Lo que hoy casi no se recuerda en la mayor parte de las esferas de Inglaterra, amenazó con producir una crisis constitucional nunca vista. Seguir día a día aquel tenaz asedio es bastante aleccionador. En todas las formas los judíos y sus amigos atacaban en sus periódicos a la Cámara de los Lores—la única historia verdadera de un país sólo se puede encontrar en sus periódicos, ha escrito el gran historiador Macauley, que vivió en la época de 1800 a 1859—, y los periódicos de aquel tiempo reflejan bien la situación de tirantez que se produjo. Reclamaban de manera más o menos abierta la intervención violenta en los derechos de los Lores, cuya decadencia, y hasta su próximo final, según muchos, parece tener su origen en aquellos años.

Los documentos publicados por los mismos judíos nos ofrecen la rara ocasión de darnos perfecta cuenta de los objetivos y métodos del proceder de Israel. Se trata de las cartas del legado de J. L. Goldsmid, que desempeñó un papel directivo entre los judíos. Desgraciadamente sólo ha sido publicada una selección, mientras que la parte principal sigue ignorada. Pero esta pequeña parte nos ofrece un aspecto muy interesante de las negociaciones secretas de los judíos con hombres influyentes de la Inglaterra de entonces. Ya en el año 1828 recomienda Lord Holland, en una carta a J. L. Goldsmid, eliminar por la Ley las palabras finales del juramento de abjuración, fatales para los judíos. Se aseguraba que pondría toda su influencia en la "House of Lords" para que fuera aceptada la propuesta hebrea. Otra correspondencia entre los dos, de febrero de 1829, informa sobre las maniobras de Rothschild, quien, como recomendaba Lord Holland, debía de exponer al duque de Wellington la importancia de atraerse la benevolencia del judaísmo universal. Ante la creciente influencia de Rusia en el cercano Oriente, era indis-

pensable para Inglaterra el asegurarse la ayuda secreta de los hebreos establecidos allí.

"Los judíos que viven en todos los países orientales—prosigue Lord Holland—son una raza activa, inteligente, muy rica y, sobre todo, muy unida. Practican un rápido intercambio entre sí de sus impresiones y sentimientos, y son dueños de muchos de los ramos comerciales y profesionales más ricos del país. Disponen, además, de gran influencia en la dirección del Estado y más aun sobre el ambiente popular.

"Pero, ¡ah!, los judíos del mundo entero hacen depender su actitud frente a los distintos Gobiernos, del trato que se da a sus hermanos de raza. Por consiguiente, si los judíos de Inglaterra llegaran a disfrutar de los mismos derechos que los demás ciudadanos, ¿no tendrían sus hermanos de Constantinopla, Turquía y Levante el deseo de apoyar los intereses de una Potencia amiga apoyando los objetivos políticos de la Gran Bretaña...? En vista de ello, de mostrarse Inglaterra generosa con los judíos, a juicio de Lord Holland, todos los banqueros, médicos y comerciantes judíos de toda Turquía tendrían que resultar partidarios provechosos de la política inglesa en el Mediterráneo.

Esta cooperación internacional de los judíos con la Gran Bretaña —evidentemente una traición al país correspondiente, como en este caso Turquía—debía ser expuesta por Rothschild al duque de Wellington con la razón principal de la necesidad de conceder igualdad de derechos a los judíos en Inglaterra. En el protocolo de la "Sesión de la Cámara de los Diputados para asuntos de los judíos británicos", de marzo de 1829, se lee que J. L. Goldsmid ha celebrado conferencias con numerosos miembros de ambas Cámaras legislativas sobre el problema judío, habiendo entrado además en negociaciones con personajes como Lord Holland, Lord Lansdowne y otros hombres influyentes.

"Se esperaba alcanzar mayor influencia aún en este sentido por medio de Mr. M. Montefiore." Cartas de Lord Holland a J. L. Goldsmid, fechados en 11 y 12 de abril de 1829, indican gran actividad general y revelan que "Mr. Rothschild ha hablado con personas influyentes en las cuales despertó singular simpatía hacia la causa judía". Y, cosa significativa, también, de pronto, la prensa mostró esa misma tendencia en sus comentarios sobre tal cuestión. Del protocolo publicado sobre una reunión de los judíos, celebrada el 16 de abril de 1829, se desprende que el duque de Wellington, el Lord-Canciller y otros influyentes representantes del Gobierno, con ocasión de una entrevista, habían prometido a Rothschild todo su apoyo. Pero se deseaba "que no se publicara nada relativo a este asunto en la prensa diaria, por considerar que toda discusión pública resultaría perjudicial para el fin perseguido".

Inmediatamente se redactó el proyecto de la moción para la anulación de las restricciones existentes contra los judíos. Esta moción quedó terminada en mayo del mismo año. Se reclamaba principalmente la igualdad de derechos frente a los ingleses, porque a los católicos les habían sido concedidos ya los mismos derechos. Pero antes de dar los pasos formales para entrega de la citada moción fué preguntado de nuevo el duque de Wellington si seguía dispuesto a prestar su apoyo al asunto. Debió de ser una sorpresa desagradable para los judíos la respuesta negativa de Wellington, quien se fundó para ello en la circunstancia de que, en atención a la ley de los católicos, le parecía inoportuna otra medida análoga para otro grupo, porque, de momento, había que contar con violentos ataques de la opinión pública. Cuando hasta Lord Holland se adhirió a la opinión del duque de Wellington, se renunció de momento al paso proyectado.

Pero el proyecto no sufrió más que un aplazamiento de unos meses. A fines de junio se vuelve a la carga, y en una carta de Lord Holland a Goldsmid se hace ver la necesidad de ganar a la causa judía a un alto dignatario de la Iglesia en la Cámara de los Lores y conquistar así partidarios eclesiásticos para la empresa, no muy favorables a la emancipación de los hebreos. Se señala como posible simpatizante al obispo de Londres y se recomienda "que se le trabaje en este sentido por mediación de Lord Bexley". Poco después, Lord Holland traza su plan de negociaciones. Luego de prolijas gestiones y forcejeos, se llega a la conclusión de que la proposición sea hecha por un ministro o, de no encontrar ninguno dispuesto a ello, por un obispo.

A mediados de septiembre de 1829 estaba asegurado, entre otros muchos, el apoyo del jefe del Partido Católico, Daniel O'Connell, quien con gran energía había conducido la cuestión católica a la victoria y se mostraba muy inclinado a ayudar a los judíos, en los que veía sólo a unos oprimidos, como se expresaba en su carta de 11 de septiembre de 1829 a Goldsmid. Recalcaba especialmente que los judíos debían obligar al Parlamento a tomar una decisión. "Conviene—decía—no fiarse de la generosidad británica. Esta es una planta impropia de la tierra inglesa, por lo que se ha de obtener por la fuerza. Los ingleses han sido siempre muy suyos. Antes de la llamada Reforma, martirizaban a los judíos y colgaban en racimos a los contrarios. Después de esta Reforma han seguido quemando a los judíos y ahorcando a los papistas..." Es lamentable que hasta ahora sólo se haya publicado una pequeña parte de la correspondencia de J L. Goldsmid, pues evidente que habrá en ella mucho interesante por conocer. Según fuente judía, se encuentran en la colección numerosas cartas de Lord Lansdowne, Lord Melbourne, Sir Robert Peel, el duque de Wellington, el conde de Grey, el

Lord-Canciller Lyndhurst y muchos otros influyentes de las Cámaras de los Lores y de los Comunes. Pero los datos históricos recogidos revelan que fueron muchos años de esfuerzos y de trabajo los empleados en los preparativos para conseguir el fin propuesto. Sale aquí, una vez más, el juego tantas veces sospechoso y raras veces confesado de los judíos de que uno o varios de sus hermanos de raza se sirven de los altos dignatarios de un país para conseguir sus propósitos. Es difícil que los miembros de las Cámaras legislativas, y mucho menos el público, sospecharan en qué relación tan íntima estaban sus hombres principales con los hijos de Sión; es más, que sólo después de su aprobación fueron dados ciertos pasos por ellos. Pero en ninguno de los intentos de emancipación de los años siguientes llegó a ser conocido el juego de intrigas. Es seguro que de todo ello podrían informarnos las cartas de Goldsmid y el archivo de Rothschild.

Llegó el día en que se consideró adecuado el momento para la ofensiva general. Desde hacía años se habían venido minando las posiciones del adversario, y la City, antes su baluarte más sólido, no solamente había caído, sino hasta había llegado a ser monoplio de los judíos. El número de aquellos que en las esferas más elevadas habían llegado a ser partidarios de la causa judía formaban legión. Por consiguiente, nunca como entonces podía ser más favorable el momento para su victoria. El 5 de abril de 1830 presentó Robert Grant la ponencia para que "fueran anuladas las restricciones existentes para los ciudadanos británicos de fe judía". En su discurso expuso Grant las circunstancias que imponían la aprobación de su proyecto de ley. Hacía valer, entre otras cosas, que los tiempos eran lo bastante modernos para acabar con las injusticias cometidas con los judíos durante siglos y que esperaba que la oposición pública di-

ría "que los judíos ejercían una influencia desmoralizadora sobre los demás y que, por ello, no estaban todavía maduros para recibir los derechos". Mas acabó por confesar que esta acusación era justa en lo que se refería a algunos, pero falsa con respecto a la mayor parte.

En efecto, el principal orador de la oposición, Sir Robert Inglis, combatió con palabras amargas el proyecto de ley. Dijo: "A mi juicio, ni el carácter de los judíos, ni su conducta general, su historia o su condición actual, justifica en lo más mínimo las medidas que se quieren tomar a su favor". Afirmó con insistencia que los judíos eran extraños a Inglaterra, no en el sentido técnico, legal, sino en el general, en el popular. Su patria y sus intereses no sólo eran distintos a los de los ingleses, sino hasta contrarios a ellos. Los judíos de Londres tenían más simpatía por los judíos de Berlín o Viena que por los cristianos con que convivían en un país. En siglos pasados habían sido expulsados los judíos de Bohemia por haber prestado ayuda al enemigo que pretendía invadir el país. Además, era generalmente sabido que la retirada de Napoleón de Rusia había sido facilitada en gran parte por el apoyo que le habían prestado los judíos. Igualmente era innegable que durante la guerra entre Inglaterra y Francia los judíos de Londres habían apoyado a Napoleón con un empréstito, haciendo posible que las hostilidades tuvieran mayor encono. Después de otras citas análogas, prosiguió Sir Robert Inglis:

"Los judíos, de conseguir entrada en el Parlamento, aprovecharán su poder más para sus fines egoístas y antinacionales que para otra cosa. En modo alguno son una secta, ya que siempre se han llamado ellos mismos un pueblo. Aprovecharán su influencia política para fines relacionados con su propia prosperidad, y ante la declaración del orador precedente de que co-

nocía a muchos judíos dispuestos a venir al Parlamento, yo he de decir que hay que tener en cuenta lo siguiente: en todo el Imperio británico hay, a lo sumo, cuarenta mil judíos; además se sabe que por cada cuarenta mil cristianos sólo llega al Parlamento un solo diputado. ¿Dónde estará, pues, una proporción adecuada? Pero la posesión de capital hará posible a los judíos el obtener puestos en el Parlamento. La llegada de un judío a éste tiene que ser considerada, por lo tanto, como prueba directa de punible corrupción electoral. Está, pues, fuera de toda duda que los judíos no podrán alcanzar votos que no sean comcomprados. Un miembro judío del Parlamento llevará siempre grabado en la frente el modo y manera como ha conseguido el puesto".

Intervinieron otros diputados. Los oradores siguieron aportando argumentos en contra de las pretensiones judías. El ministro de Hacienda intervino también en un largo discurso a favor de los adversarios de los judíos y atacó a los defensores del proyecto de ley, según los cuales era injusto negar a los judíos los mismos derechos que a los católicos. "Me permito advertir—manifestó—que existe una diferencia muy grande entre los católicos y los judíos. Los católicos han vertido su sangre por los ingleses, se han batido por ellos en la tierra y en el mar y han contribuído al poderío de su flota y de sus ejércitos. Por lo tanto, ha habido motivo para no considerar como enemigos a aquellos que se han batido por nosotros en la guerra. Además, los católicos ascienden a siete millones de personas. Los judíos no se han batido por Inglaterra, ni han servido en sus ejércitos, ni en su flota; además, según los datos de uno de sus escritores, su cifra no pasa de 27.000 personas. Por consiguiente los argumentos que se expusieron para la emancipación de los católicos no se pueden aplicar, en modo alguno, a los judíos."

Se procedió a la votación, y en primera lectura el resultado dió una mayoría de 18 votos a favor del proyecto de ley. Esto hizo que se declarara el incendio, ya latente desde hacía tiempo. Los adversarios de los judíos combatieron con todo ardor. También la prensa intervino en las polémicas. Primero se mostró bastante moderada, hasta que las graves campañas del año 1847 hicieron patentes las grandes diferencias que existían entre las dos posiciones ante el problema judío. En esta campaña periodística se distinguió el *Times*, que atacó duramente a los hebreos. En el artículo publicado el día 23 de mayo hallamos lo siguiente:

"Los judíos no son ni pueden llegar a ser parte integrante de la nación, pues sus instituciones civiles y religiosas prohiben tal intromisión... No se les puede conceder derechos de ninguna clase porque un judío jamás puede llegar a ser un francés, un alemán o un inglés patriota sin haber abandonado su carácter judío... Más de la tercera parte de los puestos del Parlamento son comprables—como se sabe generalmente—, y es muy posible que en algunos años transformen el Parlamento británico en un Sanedrín judío".

Eran palabras éstas, en verdad, muy duras para los judíos y sus amigos, por lo que se esperaba la segunda lectura con gran expectación, tanto más cuanto que la mayoría de la primera había sido muy escasa. Pero los hebreos no permanecieron inactivos y no dejaron de aprovechar toda su influencia sobre la opinión pública. Ya con la presentación del proyecto de ley se había aportado una solicitud de una parte de los electores de Liverpool a favor de los judíos; sus dos mil firmas procedían principalmente de banqueros y comerciantes. Era Liverpool uno de los centros del judaísmo en la provincia, de modo que podemos suponer que en tales condiciones no pocos de los solicitan-

tes debieron de ser judíos bautizados o sin bautizar, mestizos de judíos, amigos y personas dependientes de judíos. Pero para la segunda lectura se quería demostrar más aun la opinión pública al Parlamento. Por eso se aportó una segunda solicitud de la que había llegado a ser, por fin baluarte de Rothschild: la City. Esta solicitud contenía unas 14.000 firmas, también casi exclusivamente de banqueros, comerciantes y académicos, entre ellos 11 directores del Banco de Inglaterra, 1.100 médicos, muchos abogados y millares de hombres influyentes.

Así llegó el momento de la segunda lectura. Se inició de nuevo un largo debate, en el que intervinieron numerosos oradores, principalmente en contra del proyecto de ley. Toda la dialéctica de John Russell no fué suficiente para convencer a los adversarios de los judíos y el proyecto de ley fué rechazado por una mayoría de 228 votos contra 165.

Desde luego, todo se había desenvuelto en la sombra, según el programa; pero, como había sucedido ya una vez, no se había apreciado lo bastante el ambiente popular. El primer intento fallido había demostrado claramente que el ambiente no era todavía propicio a los deseos de los judíos. Había que lograr, pues, que se produjera un cambio, que se conseguiría "por el esclarecimiento de las masas ignorantes". Por consiguiente, se desplegó una gran propaganda, con argumentos bastante hábiles, a lo que los judíos debieron en gran parte los éxitos que alcanzaron en el siglo XIX. Como había dinero en abundancia, se hicieron grandes tiradas de los discursos pronunciados en el Parlamento a favor de la emancipación de los judíos, y se repartieron los impresos con profusión. Además, varios autores de fama recibieron el encargo de escribir folletos y boletines en favor de la causa de Israel. La selección fué muy esmerada, de modo que los esfuerzos empezaron a dar los resultados apetecidos. El pri-

mero que escribió un artículo de esta naturaleza, en la *Edimburg Review*, de 1831, fué el ya citado y entonces muy conocido Macaulay. En él especificaba que, de acuerdo con los principios filosóficos, había que admitir a los judíos en el Parlamento; que tenían tanto poder en el país, que no podían alcanzar más; que no se podía hacer responsables a los judíos de que tal vez no fueran patriotas a consecuencia de haber sido tratados mal.

Entretanto, a principios del año 1832, fué concedida a los judíos del Canadá, por una ley, la emancipación total. No tardaron en reclamar el mismo derecho en la metrópoli. Y tal vez este hecho les ayudara también en enero del año siguiente a conseguir un triunfo muy importante: su admisión como *barrister*, que eran jurisconsultos de gran prestigio en Inglaterra, y cargo preciso para llegar a juez y ocupar altos puestos. Goldsmid logró ser admitido, después de bastantes tormentas, sin tener que pronunciar las palabras finales del juramento, parecido al usado en la Cámara de los Comunes. Con él se colocaron bastantes hebreos. Debieron considerar este triunfo parcial como buena señal, pues entretanto forjaron planes para un nuevo proyecto de ley. En efecto, nunca parecieron haber sido tan favorables los tiempos.

En enero de 1833 se reunió por primera vez el Parlamento reformado. Los liberales, con cuya ayuda seguían contando los judíos, tenían nada menos que 511 diputados en la Cámara de los Comunes; los conservadores, por el contrario, ni 150. Goldsmid se dirigió en un escrito público a la nueva Cámara de los Comunes expresando su esperanza de que el Parlamento diera principio a sus funciones "con un acto de justicia". Robert Grant ocupaba un cargo elevado en el Gobierno formado por Lord Grey, y sin ninguna dificultad pudo llevar a la Cámara el

proyecto de ley relativo a los judíos, estudiado ya por un Comité parlamentario. Alcanzó, sin más la mayoría en la primera lectura. El 22 de mayo se procedió a la segunda lectura. De nuevo fué Sir Robert Inglis el que previno contra las consecuencias que resultarían de la publicación de la ley. Fué apoyado con todo calor por Sir Oswald Mosley—tal vez un ascendiente del actual jefe de los fascistas ingleses—. Los amigos de los judíos, en cambio, consideraban la denegación como incompatible con los principios liberales de Inglaterra y "con las brillantes cua lidades de la raza hebrea". Lo que se había esperado desde la constitución de la nueva Cámara sucedió. La segunda lectura obtuvo una mayoría de 107 votos. Huelga insistir en que tam bién encontró la necesaria mayoría la tercera lectura. Rothschild había triunfado a través de su brazo ejecutor, Goldsmid. Se le veía todas las tardes en los pasillos del Parlamento hablando a los diputados que entraban y salían, asediándoles con su verborrea, para insistir en la conveniencia de la promulgación de la ley. Demostración de su celo es la siguiente anécdota:

—No creo—decía un diputado de los que habían prometido ayuda a los judíos—que se trate ya de la ley a hora tan avanzada, de modo que me marcho.

—Con mucho gusto haría lo mismo—replicó otro—; pero es inútil intentarlo, pues en el pasillo está de guardia Goldsmid y me obligará a quedarme.

No se descansó con el triunfo que acababan de conseguir, pues faltaba todavía la aprobación de la Cámara de los Lores. Se realizaron todos los esfuerzos imaginables para captar las voluntades de altos personajes, incluso de altos dignatarios de la Iglesia, y, efectivamente, se tuvo éxito con el obispo de Dublin. El 1.° de agosto de 1833 llegó el momento de la sesión decisiva en la House of Lords. Como prueba evidente de poder, se

dejó primero que el duque de Sussex anunciara que tenía en sus manos 7.000 firmas de Wetsminster pidiendo la aprobación de la ley. A continuación Bexley, colaborador de J. L. Goldsmid, presentó la moción formal pidiendo la segunda lectura. El arzobispo de Canterbury fué el primero que habló en contra. Manifestó que respetaba la religión y la moral de los judíos, pero que el Parlamento era una institución cristiana en la que nada habían perdido los judíos. El obispo de Chinchester, en cambio, apoyó la moción, pues para él los judíos no eran otra cosa que los hermanos mayores de los cristianos. Mas cuando el duque de Wellington se declaró contrario al proyecto de ley, que decía estaba en pugna con el carácter cristiano del país, quedó decidida la suerte de la moción, que fué rechazada con gran mayoría.

De todos modos, no sorprende que Lionel, a pesar de su fracaso, decidiera el 18 de noviembre de 1833 dar nuevos pasos formales en el Parlamento. El 24 de abril de 1834 presentó Grant la moción de nuevo. Otra vez se sucedieron los discursos acostumbrados en pro y en contra del proyecto de ley, que pasó sin dificultades por la Cámara de los Comunes y fué encaminado a la de los Lores. Pero de nuevo fracasó el intento. En los debates advirtió el conde de Malmesbury que, en caso de ser aprobada la ley, habría que admitir no sólo a los judíos, sino también a los mahometanos, y el arzobispo de Canterbury se disgustó mucho porque se hubiera vuelto a poner sobre el tapete la cuestión.

Los fautores se replegaron a sus antiguas posiciones, convencidos de que, a pesar de sus preparativos, la opinión en contra de ellos era muy fuerte. Volvieron, pues, en los diez años siguientes a sus métodos primitivos para conseguir la emancipación por etapas, o, mejor dicho, con ayuda de leyes secundarias.

Una de las maniobras fué la elección de David Salomons para juez de paz de Londres, que no tenía solamente el carácter de un distrito municipal, sino también de un condado. En esta elección de Salomons no se dejó de tener en cuenta la situación general; electores y elegido sabían perfectamente que un judío no podía ocupar legalmente el cargo. Sin embargo—tal vez precisamente por ello—, se votó por él para provocar la ley y obligar así al Parlamento y a la Cámara de los Lores a tomar una decisión. Como era de esperar, David Salomons se negó a prestar el juramento que se le exigía y no fué admitido como juez de paz. Todo había sido preparado con esmero para este contragolpe: el Gobierno se interesó inmediatamente por el asunto y, bajo la dirección de Lord John Russell y del Procurador del Rey, Lord John Campbell promulgó una ley extraordinaria, sin referirse para nada al caso concreto de la incapacidad de los judíos en lo relativo a la prestación del juramento. para hacer posible a Salomons el hacerse cargo de su puesto. La ley fué aprobada casi por sorpresa y sin que nadie prestara a ello especial atención. Salomons tomó en seguida posesión de su cargo, en el que dos años después le siguió su hermano de raza Moses Montefiore. La táctica de separar la lucha del principio general y limitarla solamente a dominios parciales y a personas, resultaba, pues, eficaz. Se podía esperar, por lo tanto, conseguir de esta manera nuevos triunfos. El 18 de noviembre de 1835 se consiguió que el mismo David Salomons fuera elegido concejal de la City. Y surgió de nuevo el conflicto del juramento. con el consiguiente cortejo de maniobras y habilidades. Pero se acentuaron las resistencias y se produjo una nueva elección. Esta vez Salomons salió derrotado. En un artículo publicado manifestó "que para los judíos era más importante saber que el pueblo los elegía que el que la Court of Aldermen los rechazaba; de manera que se

proseguiría la lucha, a pesar de todo". En efecto, en cuanto se celebraron elecciones parlamentarias, David Salomons se presentó en Shoreham como candidato. Pero la mayoría de los electores de la localidad rechazó su candidatura. Se consideraba como una insolencia de Salomons el aspirar a un cargo al cual no tenía ningún derecho según la ley. Además, su contracandidato vencedor, Sir C. Burrell, en ocasión de un debate en el Parlamento, declaró "que Salomons había practicado intolerable presión electoral y que sus partidarios pertenecían a una clase baja. No quería decir cómo habían conseguido sus votos. Su conducta no les hacía honor en modo alguno".

No obstante esto, los judíos cobraron nuevos ánimos con la elección de Moses Montefiore. Durante el solemne banquete celebrado en ocasión de la toma de posesión de su cargo, Lord Campbell expresó en un discurso su alegría por el resultado de la elección y aseguró que el Gobierno haría cuanto estuviera a su alcance para conceder a los judíos la igualdad de derechos. Pero, además del apoyo del Gobierno, se podía contar con el de la joven Reina Victoria, que había subido poco antes al trono, contrariamente a la actividad que adoptara el Rey Guillermo IV. La Reina distinguió repetidas veces a Montefiore y, además, le armó caballero el mismo año. Lo mismo que en otros tiempos, tanto la Reina madre, la duquesa de Kent, como el duque de Sussex, prestaron también a los judíos su valiosa ayuda.

El año 1837 señala una fecha memorable en la historia política de Inglaterra; por primera vez toma asiento en el Parlamento Benjamín Disraeli, que había de llegar a las más altas dignidades. Uno de sus amigos era Lord Lynhust, quien también tenía estrecha amistad con Rothschild; éste dió varias grandes fiestas en honor de aquél. Sin duda la entrada de Disraeli en el

Parlamento es el paso decisivo para la conquista real del Poder; el pleito para la entrada en la Cámara de los judíos no renegados, aunque más espectacular, tiene mucho menos interés. Es, ante todo, un medio de propaganda; una "diversión" estratégica, sin la cual la toma del poder auténtico por medio de Disraeli — un hombre hecho por Rothschild y sometido a él — no hubiera sido posible. Es por ello interesante anticipar la opinión de Disraeli sobre su raza, que alabó en sus discursos y escritos—convirtióse al Cristianismo en 31 de julio de 1817, de modo que no tuvo ninguna clase de dificultades para tomar parte en la vida pública de Inglaterra—. En *Lord George Bentinck* no se recata de confesar que los judíos estaban llenos de odio frente a la Humanidad entera, y que, en vista de las persecuciones de que eran objeto, no podía sorprender tampoco que combatieran las leyes. He aquí, quizá, el secreto de que "los más hábiles acaparadores de caudales se asociaran a los comunistas; esta raza especial marchaba ahora unida a la hez de Europa". En todas las revoluciones producidas alrededor del año 1848 habían intervenido siempre los judíos. Las revoluciones ocurridas en Alemania, Italia y hasta en Francia, habían sido preparadas por organizaciones secretas, que formaban igualmente los Gobiernos provisionales, a la cabeza de los cuales habían estado siempre judíos. La meta de estas revoluciones había sido siempre atacar a la Religión y a la propiedad, y así había sucedido que los hijos de Dios se habían asociado a los ateos. Esta funesta orientación del movimiento judío no radica, a juicio de Disraeli, en la naturaleza judía, sino que es exclusivamente una consecuencia del mal trato dado a los judíos por los cristianos. Pero ya veremos más adelante hasta dónde llega Disraeli en sus apreciaciones al desentrañar las razones de por qué los judíos son capaces de ejercer en el mundo su enorme influencia.

Mientras tanto habían ido cayendo prácticamente todas las grandes restricciones que existían para los judíos y sólo la admisión en el Parlamento, y la Cámara de los Lores les seguía vedada. Pero habían empezado ya a invadir el terreno conquistado y así fué creciendo sin cesar el número de los hebreos que ocupaban cargos en Ayuntamientos. David Salomons, que no tardó en volver a ser elegido concejal de la City, pudo hacerse cargo, por fin, de su puesto merced a la aprobación de "una ley para la exención de ciertas penas y restricciones relativas a opiniones religiosas de los súbditos de Su Majestad". Otros progresos de los judíos siguieron: Anthony de Rothschild, uno de los hermanos, así como Isaac Lyon Goldsmid, fueron elevados al rango de Sires. La táctica de las leyes de cansancio y desmoralización se había mostrado eficaz.

Con las nuevas posiciones logradas con tanto esfuerzo se anuncian, en 1847, elecciones generales por el Parlamento. Con general sorpresa se presentaron David Salomons como candidato por Greenwich, un distrito de Londres, y Lionel Rothschild por la City. Ya hemos visto esta táctica en las elecciones municipales: elección de algunos judíos influyentes para después, apelando a la voluntad popular, poner al Parlamento ante los hechos consumados. Este método había dado resultados magníficos en las elecciones de concejales, de manera que se esperaba lograr el mismo resultado.

Rothschild, naturalmente, fué elegido. ¿Cómo? El soborno quedó patente. Había estado bien organizado. El 19 de julio un temido agente y sus ayudantes habían salido de la ciudad de Norwich en dirección de Londres. Los ciudadanos honorables previnieron a sus amigos de allí: habían comprobado que el tal agente había gastado ya 20.000 libras en sobornos con motivo de la elección de un candidato liberal, y, al parecer, se dirigía

ahora a la capital en misión parecida. (Carta abierta de un jefe conservador al *Morning Herald*, publicada el 31 de julio de 1847.) Llegó el "Nomination Day", en el que los diferentes diputados de los conservadores y de los liberales expusieron sus opiniones políticas. Estuvo el acto concurridísimo, sobre todo de electores de los barrios más bajos y tenebrosos de la ciudad. Por lo menos, las tres cuartas partes de los mismos estaban formadas por judíos de los peores tipos y aspectos, que impedían oír con sus gritos a los oradores adversos. Cuando empezó a hablar Rothschild observaron el mayor silencio, y sólo de cuando en cuando interrumpieron su discurso con gritos de aprobación, mientras que, incluso los liberales unidos a Rothschild, no consiguieron a veces hacerse comprender. No nos puede sorprender que en la antevotación obtuvieran Rothschild y sus amigos, los liberales, por lo menos las nueve décimas partes de los votos. Los conservadores pidieron entonces la elección definitiva.

Llegó el día de las elecciones. Los "long shore-men"—individuos encargados del soborno—estuvieron trabajando todo el día como verdaderos diablos. Atacaron principalmente los barrios más pobres de la ciudad: Cripplegate, Bishopsgate, Smithfield, etc. Individuos extraños a los distritos estorbaban el paso al local de las elecciones a los electores; intentaban apartarlos, les hablaban procurando convencerles por todos los medios y, a veces, se les veía entregar cantidades de tres a cinco libras; naturalmente, a cambio de votar por los liberales, o sea, por Rothschild. Algunos electores, advertían este comercio, informaban a los conservadores sobre los ofrecimientos y hasta se mostraban dispuestos a venderles su voto por un precio igual o tal vez algo más elevado. Como los conservadores rechazaron tales pretensiones, cayeron los votos correspondientes en los liberales.

Esto en cada centro electoral. A última hora la elección debió ser muy seria. No sólo se sobornaba más descaradamente que al principio, sino que hasta los precios de los votos subieron, llegándose a pagar hasta 63 libras esterlinas por voto. Con tales métodos puede suponerse cuál fué el resultado de las elecciones. Con Lord John Russell, nada menos que presidente del Consejo, salieron triunfantes Rothschild y otro diputado liberal. Sólo un conservador consiguió ser elegido.

En tonos rimbombantes celebró la prensa afecta el triunfo de Rothschild, proclamando que con esta elección la City había conquistado una gloria imperecedera y que el problema judío estaba ya resuelto prácticamente; que tal triunfo era de la mayor trascendencia no sólo para Inglaterra, sino también para el mundo entero. "Hemos visto—escribía *Morning Chronicle*—que un presidente del Consejo de Ministros del Imperio británico (Lord John Russell) tomó a un judío de la mano, llegó con él al distrito electoral británico, y dijo: "Ayudadme a emancipar a este hombre (Rothschild) de los últimos restos funestos de una tiranía necia y ultrajante y a hacer de él uno de los nuestros". Claro que una sola cosa olvidaron todos esos periódicos en su embriaguez de triunfo: refutar la acusación del lado contrario sobre los métodos utilizados en las elecciones.

Grandes inquietudes se mostraban sobre el porvenir. Nada bueno se podía esperar como principio, pues "era evidente y claro como la luz del sol que Rothschild debía su elección al dinero y nada más que al dinero". Muchos preguntaron públicamente: "¿Por qué no se acusa de difamación a los responsables de los periódicos que habían denunciado tan vergonzoso soborno o contra los principales conservadores de la City que también acusaban?" Varios diputados se levantaron en el Parlamento para hacer los mismos reproches. Mr. Bankes se expresó de la

siguiente manera: "De ser ciertas las denuncias relativas a las últimas elecciones de la City, el dinero tuvo una influencia decisiva sobre el resultado, y de poder dar el dinero tales frutos en la City de Londres, ¿qué no se podía temer lo mismo en las demás partes del país? En el año 1830 era un secreto a voces que "más de la tercera parte de los puestos del Parlamento eran comprables". El mismo Rothschild confirmó más tarde que su elección de la City le había costado de 20.000 a 25.000 libras esterlinas. Los gastos efectivos para una elección de tal naturaleza se elevaban en aquel entonces normalmente de 800 a 1.000 libras esterlinas.

Sin embargo, Rothschild no tenía posibilidad alguna de ocupar un puesto en la Cámara de los Comunes por no poder prestar el juramento en la forma exigida para ello. Como fácilmente comprenderá el lector, se emprendió de nuevo una enconada campaña. Una verdadera oleada de propaganda invadió el país mediante multitud de panfletos, artículos, discursos. En un nuevo folleto F. H. Goldsmid se quejaba de que a los judíos que habían sido admitidos en los puestos más elevados de la Administración les siguiera vedado aún el Parlamento. Hacía ver lo lamentable que era que en parte se siguiera mirando aún con desprecio a los judíos, que lo eran por su religión, pero ingleses en todos los demás sentidos. Manifestaba, además, que los judíos llegados de España eran comparables a príncipes, mientras que los procedentes de Alemania dejaban todavía mucho que desear. Pero la culpa no era de los judíos, sino de las persecuciones que habían padecido en dicho país. Por lo demás, en vano se buscarían criminales y mendigos judíos.

A principios de diciembre de 1847 se creyó que los preparativos estaban ya adelantados lo suficiente para volver a tratar del problema judío en el Parlamento, sobre todo en vista de que

se disfrutaba de todo el apoyo del Gobierno liberal. Como siempre también se distinguió esta vez Lord Russell, presidente del Consejo de Ministros, quien presentó personalmente una moción para que "la Cámara nombrara un Comité para la anulación de las restricciones religiosas contra los súbditos de Su Majestad", a fin de conceder así, de una vez, plena igualdad de derechos a los judíos. Debió de ser un largo discurso de excelente dialéctica, que duró horas, a juzgar por el texto conocido. Le siguió el jefe de los adversarios de los judíos, Sir Robert Inglis, que también habló extensamente. Dijo que los hebreos se ufanaban del apoyo del presidente y que anunciaban por todas partes que su triunfo definitivo no estaba ya lejano. "Creo—dijo—que éste es el primer país en el que la modificación de la Constitución haya sido propuesta sin revolución. ¿Para quién? Para treinta o cuarenta mil individuos extraños cuyos nombres demuestran ya que no son ingleses ni pueden llegar a serlo jamás... En primer lugar, debo hacer constar que hace dos siglos no se encontraba un solo judío en el reino inglés. Llegaron gota a gota a nosotros... ¿Acaso les invitamos a que vinieran? ¿Llegaron en provecho nuestro? ¿Es que no disfrutan de toda protección social? ¿Es que no viven con todo lujo? ¿Les niega alguien las riquezas que acumulan entre nosotros? Mas, ¿pueden reclamar de nosotros que sacrifiquemos el carácter cristiano de nuestra Constitución? ¿Pueden mezclarse con nosotros como verdaderos judíos y elevados a un puesto para gobernarnos?"

También, ¿cómo no?, habló Benjamín Disraeli. Pero, ¡con qué orgullo, con qué arrogancia frente al Parlamento! "Todo *gentleman* aquí presente—dijo—cree en la religión judía y en Moisés y los profetas. ¿Dónde estará, pues, vuestro cristianismo si dejáis de creer en el judaísmo?" Manifestó que en realidad un judío no era más que un cristiano sin evolucionar y un

cristiano sólo un judío evolucionado. "¿Podría negar alguno de los oyentes que Jesús de Nazareth, el Hijo de Dios hecho hombre, es la gloria eterna de la raza judía?"

Después de largos debates fué admitida la ley por el Parlamento. El 25 de mayo de 1848 pasó la ley a la Cámara de los Lores. Lord Brougham se expresó especialmente contra la afirmación hecha algunas veces en la prensa de que el proyecto de ley había tenido su origen en una casa de comercio de la City de Londres. "Está fuera de duda—dijo—la más insignificante relación entre Lord John Russell y Rothschild". El violento debate terminó con una votación adversa a los judíos. Pero, incansables éstos, un año después volvieron al ataque bajo la dirección de Lord John Russell. La propuesta, una vez más, fué aprobada en el Parlamento; pero los esfuerzos se estrellaron igualmente ante la resistencia de la Cámara de los Lores. Entonces Rothschild renunció—27 de junio de 1849—a su puesto en el Parlamento. Se hizo necesaria, por lo tanto, una nueva elección. El "Nomination Day" se celebraría el 2 de julio y la elección tendría efecto al día siguiente.

Y a ella acudió Rothschild. Publicó un manifiesto electoral según el cual "había que hacer justicia de conformidad con la forma y el verdadero espíritu de la Constitución británica". Esto enojó grandemente el *Morning Herald*, que en el número del 29 de junio puso de manifiesto que toda la maniobra de Rothschild estaba en contradicción con la Constitución y con las leyes de la Gran Bretaña. En todos los rincones y esquinas de la City se habían pegado carteles a favor de Rothschild, pero no se veía por ninguna parte propaganda de sus no preparados adversarios, los que ni tuvieron tiempo de comunicar al público si había de ser elegido o no un candidato. A última hora se decidió presentar a Lord John Manners. La maniobra se había

hecho con tanta habilidad, que incluso era muy dudoso que el contrincante de Rothschild tuviera tiempo de publicar su manifiesto electoral. Era evidente que se trataba de una comedia para intimidar a la Cámara de los Lores. Mientras tanto, Rothschild trabajaba activamente en su propaganda electoral, preparada en secreto muy de antemano. Sus hermanos de raza le ayudaban activamente. Trabajaba hasta en domingo y aun durante las horas de iglesia invadían la City con carteles y prospectos de propaganda que debieron de haber sido impresos durante la noche anterior, porque atacaban de la manera más increíble a Lord Manners.

En la mañana de "Nomination Day" hubo gran muchedumbre en las calles, formada principalmente por judíos de los barrios bajos de Londres. Parecía como si aquel día no se dedicara a su comercio ni un solo judío. Por todas partes manifiestos electorales a favor de Rothschild, estandartes con la inscripción "Libertad civil y religiosa" y "Rothschild". Cuando éste fué presentado a la multitud se desencadenó un frenesí de gritos de entusiasmo. Al ser presentado Lord John Manners, se perdieron en las protestas y silbidos de la multitud los palabras de salutación de su representante. En vano intentó Manners explicar sus principios electorales. Todo inútil. Cada vez que intentaba hablar, el alboroto y griterío ahogaban sus palabras. El jefe de la asamblea apeló a la nobleza de los presentes, calificando de poco inglés no dejar hablar al adversario. Todo en vano. Lord John quiso proseguir su discurso y se reanudó el alboroto. Tuvo que desistir de ejercer su derechos. Haciendo un último esfuerzo dirigió a la asamblea las palabras siguientes: "Me parece, señores, que no quieren ustedes incluir la libertad de palabra en la libertad de conciencia".

La preelección dió una mayoría aplastante para Rothschild;

entonces se solicitó la elección definitiva para el día siguiente. Se procedió a invitar a los partidarios de Rothschild a comer y beber a todo pasto en varios restaurantes y, lo mismo que en las elecciones de 1847, dominaban de nuevo el campo los "long shore-men", y, naturalmente, hubo los mismos alborotos, las mismas escenas y los mismos sobornos. Además, trabajó Rothschild con listas electorales falsas. La "Conservative Association" había comprobado ya mucho, antes de las elecciones, que unas 1.400 personas—sin derecho a voto o hasta difuntas—se encontraban incluídas en la lista electoral; esta cifra constituía un tanto por ciento muy elevado de los electores con que contaba en aquel tiempo la City. La "Conservative Association" protestó ante la "Registration Court" de la City, pidiendo que fueran tachados tales nombres, lo que rechazó el presidente del tribunal. Por extraño que esto parezca no puede sorprender si se considera que desde hacía años eran públicas las quejas sobre el partidismo de tales centros públicos. Se añadía que el funcionario principal de este organismo, un *barrister*, estaba al servicio de un periódico que dependía económicamente de Rothschild. Así no varió en nada tan ilegal situación. Rothschild, preocupado por no perder voto alguno, había comprado, casi sin excepción, a todos los registrados sin derecho en las listas; es más, hasta se encontraron hombres dispuestos a dar el voto en nombre de los difuntos. Por causa de esto se publicó una acusación que decía entre otras cosas: "Lionel Nathan Rothschild mismo, o sus agentes—así se comunicaba al público—se habían hecho culpables del soborno y del convite en restaurantes, así como de otros actos ilícitos, en ocasión de las elecciones, por lo que debían quedar incapacitados para representar a los ciudadanos de la City desde el Parlamento..." La acusación llevaba

la fecha del 2 de julio de 1849 y los nombres de cuatro ciudadanos que firmaron en presencia de los abogados.

Rothschild fué elegido. ¡Como hubiera podido ser otra cosa! Tuvo 6.017 votos contra los 2.814 de su contrincante. Los versos publicados por el *Morning Herald* del 6 de julio reflejaban bien la situación con respecto a la mayoría de las elecciones:

Ponedlo en vuestras banderas
y que lo niegue el que pueda;
Lord Manners no es aquí nadie,
aquí el dinero hace al hombre.

Mientras la prensa de uno y otro bando se desataba en toda clase de controversias, transcurrió casi un año antes de que se emprendieran pasos decisivos para aprovechar la victoria de Rothschild; es decir, para llevarle al Parlamento, lo que seguía siendo imposible por la forma del juramento, especialmente el de abjuración. El 12 de marzo de 1850 se decidió en el Parlamento el nombramiento de un Comité para el estudio de las condiciones en que podrían ocupar puestos los hebreos. Durante los debates, la actitud de Lord John Russell, contrariamente a la de otros tiempos, no fué precisamente opuesta, pero sí muy reservada. A pesar de la labor del Comité, el asunto no adelantaba, y quedó detenido después de la primera lectura, efectuada el 31 de mayo de 1850. Entonces Rothschild decidió él mismo alcanzar sin más tardanza su objetivo. El 25 de julio convocó una asamblea en la "London Tavern", en Bishopsgate Street, donde se reunieron unas 500 personas, entre ellas judíos conocidos, con Montefiore, Goldsmid y Cohen, así como, de un modo muy significativo, el subgobernador del Banco de Inglaterra, Mr. Thomson.

La *Morning Chronicle* del 25 de julio de 1850 describía muy detalladamente el curso de la Asamblea, en la que Rothschild fué invitado por unanimidad a ocupar su puesto en el Parlamento al día siguiente. Lord Dudley Stuart se distinguió particularmente. A su juicio, la Asamblea era la más importante que habían visto los tiempos, y era necesario tomar, por fin, medidas enérgicas. A pesar de lo avanzado de la hora, cundió por Londres con rapidez fulminante la noticia de la decisión de Rothschild. También los adversarios de los hebreos en el Parlamento fueron informados de ello hacia medianoche. Al día siguiente la Cámara ofrecía un lleno como nunca, porque muchos diputados habían acudido sólo con motivo de la anunciada entrada de Rothschild. Momentos antes de dar principio la sesión llegó Lionel con numerosos electores que habían querido acompañarle en su camino.

La expectación era grande en el Parlamento. La vista de todos los diputados se dirigía a la puerta por la que había de entrar el judío millonario para ocupar su puesto en el salón de sesiones. Hasta el último minuto algunos dudaron de que tuviera realmente la osadía de asaltar de tal manera su escaño en la Cámara. No tuvieron que esperar mucho, ya que, a poco de abrirse la sesión, llegó Rothschild y se acercó pausadamente al presidente, al que suplicó le autorizara a prestar los juramentos necesarios sobre el Antiguo Testamento. El presidente se negó a ello e invitó a Rothschild a que se retirara inmediatamente. Rothschild se retiró entonces.

El debate que siguió sobre el asunto fué muy vivo. Sir Robert Inglis no estaba ya sólo a la cabeza de los antisemitas, sino que era apoyado con toda energía por dos hombres jóvenes, Sir Frederick Thesiger y Charles Newdegate. Estos dos hombres fueron los que en los debates defendieron con tesón el punto de

vista de que la admisión de los judíos era inaceptable. El primer día no trajo ninguna decisión, por lo que el debate fué aplazado para la sesión siguiente. La prensa adversaria condenaba con la mayor violencia el paso dado por Rothschild. El lunes siguiente se enardeció de nuevo la lucha en el Parlamento. Por mayoría se llegó a la resolución de que el presidente preguntara a Rothschild si estaría dispuesto a prestar los juramentos sobre el Antiguo Testamento, en cuyo caso podría prestarlo. Al parecer, el Gobierno había convenido con Rothschild todos y cada uno de los pasos de la maniobra, con la mira de impresionar decisivamente a la Alta Cámara.

Con la misma tensión que el primer día empezó la sesión el martes, 30 de julio. De nuevo apareció Rothschild y se dirigió al presidente para pedirle otra vez autorización para prestar juramento sobre el Antiguo Testamento. Esta vez no necesitó abandonar la sala, sino que, muy cortésmente un oficial le entregó un ejemplar del Antiguo Testamento, que Rothschild había de tener en la mano. Durante el acto, Lord John Russell y sus partidarios creyeron llegada la hora del triunfo. Se pusieron en pie, pero permanecieron sentados los hombres que rodeaban a Sir Frederick Thesiger y Newdegate. Seguro de la victoria, y alentado por sus amigos, prestó Rothschild los juramentos "Allegiance" y "Supremacy". Sólo queda, pues, el juramento de abjuración. Como en los juramentos anteriores le fueron dichas las palabras, que él repitió sin vacilar. Ahora se tocaba ya casi la meta...

—... por la fe leal de un cristiano—se oyó decir.

En medio de un silencio sepulcral llegó la respuesta de Rothschild:

—Excluyo estas palabras—dijo—porque no tienen carácter obligatorio para mi conciencia.

Y a continuación terminó el juramento:

—Con la ayuda de Dios.

Amigos y enemigos quedaron petrificados. En el silencio de la Asamblea se dejó oír la clara voz del presidente, que invitaba a Rothschild a salir de la sala. Este, aunque vacilante, se disponía a hacerlo, cuando un diputado partidario suyo de las más decididos se acercó al presidente protestando. Gritaba que Rothschild había prestado los juramentos en debida forma. Entonces recobraron su serenidad los adversarios de los judíos. Vieron que un ataque preparado con tanta habilidad y que prometía ser tan eficaz podía ser rechazado otra vez. En medio de un ensordecedor griterío de contradicción dieron rienda suelta, unos a su alegría y otros al encono que habían acumulado antes. Nuevamente intentaron, el amigo y el enemigo, demostrar la exactitud de sus pareceres, y después de una tercera noche pasada en estos debates fué levantada la sesión.

El Gobierno tuvo que prestar atención al huracán popular. El 1.º de agosto el Procurador del Rey anunció una ponencia para la sesión del 5 de agosto, según la cual se prohibía a Rothschild la ocupación de su puesto antes de la prestación del juramento de abjuración, y en el siguiente período de sesiones se proponía una Ley para la modificación de este juramento. Esta resolución fué adoptada a propuesta de la Cámara. En todo caso, hasta el 3 de abril de 1851 no fué presentada una moción de Lord John Russell, apelando de la resolución del 5 de agosto de 1850, según la cual a los súbditos de fe judía de Su Majestad se les había de permitir la prestación del juramento de su abjuración, dejando fuera las palabras finales. Al siguiente día se efectuó la primera lectura, y la votación terminó con muy escasa mayoría a favor de la aceptación de la Ley; una mayoría de 25 votos. Probablemente muchos diputados se habían senti-

do tan indignados por la táctica de los "emancipadores", que se pasaron a los adversarios de los judíos. Quedaba patente que la oposición había crecido en el Parlamento y en el país. A fines de junio hubo nuevas deliberaciones sobre la forma de la Ley, y el 3 de julio se efectuó la última lectura en el Parlamento. Como siempre, también esta vez fracasó el ataque judío en la Cámara de los Lores.

Pero no por eso los judíos se consideraron derrotados, ni mucho menos. Al revés; no obstante los vanos intentos que habían realizado hasta entonces, David Salomons presentó su candidatura como diputado por el distrito de Greenwich en las elecciones celebradas el 27 de junio. Resultó elegido; corrieron a ríos las bebidas y se repartió dinero contante y sonante para conseguir votos. La prensa adversaria informó al público ampliamente de los métodos empleados para conseguir la elección de Salomons, que en nada diferían de los usados por Rothschild. Salomons comunicó su firme decisión de ir la semana siguiente al Parlamento.

Pero, a pesar de sus buenos propósitos no se presentó tan pronto como había anunciado. Al parecer, el Gobierno, que le era benévolo, le hizo cambiar de parecer, pues el 3 de julio comunicaba Lord John Rusell a la Cámara de los Comunes que Salomons deseaba renunciar a su primitiva intención hasta que la Alta Cámara despachara en una u otra forma la Ley en trámite, que estaba pendiente de aprobación. En la tarde del 17 de julio fué rechazada esta Ley de nuevo. Todos los periódicos publicaban artículos sobre este acontecimiento. "¿Osaría Salomons ir al Parlamento y reanudar la lucha empeñada desde hacía tantos años?", preguntaba el *Morning Herald*. El *Times* del mismo día, evidentemente tan bien informado como siempre, contestaba de este modo a la pregunta: "No cabe la menor duda,

lo harán (los judíos). Su vitalidad y su tenacidad superarán siempre todo revés"...

Se celebró la sesión el 18 de julio en la Cámara de los Comunes. Apenas había abierto la sesión el presidente cuando se presentó Salomons y se acercó sin vacilar al presidente, al que rogó le permitiera prestar los tres juramentos sobre el Antiguo Testamento. Se accedió a su deseo. Los dos primeros los prestó sin dificultad, pero las palabras del último las substituyó, como Rothschild, por la frase "con la ayuda de Dios". Después sacó un papel y leyó la declaración de que las palabras finales del juramento de abjuración eran incompatibles con su conciencia; pero que, a pesar de todo, había respondido a las disposiciones legales y tenía derecho, por lo tanto, a acupar su puesto.

El funcionario auxiliar informó al presidente de que no habían sido pronunciadas las palabras finales del juramento y sobre la entrega del documento leído por Salomons, a lo que el presidente declaró:

—El distinguido diputado no ha observado la forma prescrita del juramento, por lo que es mi deber invitarle a retirarse detrás de la barra.

Salomons había seguido muy nervioso el curso de los acontecimientos y se puso más nervioso aun. Pero, con sorpresa general, no atendió la invitación del presidente. Desde luego se apartó vacilante de la mesa del presidente; pero se sentó en el banco que se encontraba justamente debajo del de los ministros, al lado del diputado Sir W. Molesworth. Inmediatamente empezó un ruido ensordecedor mezclado con los gritos de "¡Fuera!" y "¡Orden!" El alboroto aumentaba por momentos, y llegó al extremo cuando se vió que Salomons pretendía hablar a la Alta Cámara; una segunda violación, seguramente nunca vista

en la historia inglesa, de las rigurosas reglas de los Comunes. La irritación de los adversarios no tenía ya límites.

Sólo después de algún tiempo consiguió el presidente restablecer el orden e invitó de nuevo a Salomons a salir de la Cámara de Sesiones, puesto que no había prestado en debida forma el juramento de abjuración. Salomons se levantó y se dirigió a la barra, ante la que se volvió a detener vacilante. Otra vez empezó un tumulto indescriptible. De nuevo se oyeron los gritos de "¡Fuera!" y "¡Orden!", y Mr. J. A. Smith se acercó a él y le condujo fuera, detrás de la barrera. Salomons permaneció allí.

Sir Benjamín Hall se había levantado entretanto y declaró, a favor de Salomons, que se sometería a la invitación del presidente. Cuando pretendía añadir una nueva declaración fué interrumpido por Sir Frederick Thesiger, que se había levantado y pedía la palabra al presidente. Otra vez volvió el tumulto ensordecedor. Cuando diputados del campo contrario le llamaron al orden, gritó que precisamente era de orden de lo que quería hablar. "Temo — prosiguió — que el distinguido concejal no se haya sometido al Reglamento de la Cámara. ("¡Hurras!" de sus partidarios.) No se ha retirado, sino que sigue aún dentro de la Cámara. Es mi deber el advertirlo a esta Asamblea." A pesar de la tercera invitación del presidente permaneció Salomons todavía indeciso entre la barra y la puerta de la Cámara. Por último subió las gradas hacia la galería de los Lores y se dirigió al lado izquierdo de la puerta de entrada, donde permaneció durante todo el debate, que siguió en papel de oyente. Después de restablecido el orden, preguntó Sir Benjamín Hall si el Procurador del Rey levantaría acusación por el comportamiento de Salomons. El ministro de Hacienda se negó a contestar en aten-

ción a la ausencia del presidente del Consejo de Ministros, Lord John Rusell.

Después de algunas escaramuzas entre los partidarios y los adversarios de los judíos se acordó aplazar el debate para el lunes, 21 de julio. Poco antes de comenzar la sesión de ese día se advirtió de nuevo la presencia de Salomons, que estaba sentado ya, esperando detrás de la barra. Retenida nerviosidad reinaba en la Cámara. Los sitios de los espectadores estaban repletos y fuera se apiñaba la multitud que no había conseguido entrar. Cada cual esperaba en tensión lo que pudiera suceder.

Después de la apertura del Parlamento leyó el presidente una carta de Salomons solicitando, entre otras cosas, la rectificación del protocolo de sesiones del viernes. Fué rechazado sin más lo solicitado por Salomons, sin contradicción de parte de ningún diputado. Inmediatamente después se pasó al orden del día. Como primer orador preguntó Sir Benjamín Hall al presidente del Consejo de Ministros, ahora presente, si el Gobierno entablaría un procedimiento contra Salomons por su comportamiento del viernes. Lord John Rusell contestó que no.

Apenas había anunciado esta decisión cuando Salomons se dirigió a los escaños de los diputados y se sentó en el primer banco, que estaba reservado a los ministros. Un alboroto ensordecedor, que superó en intensidad y duración al del viernes anterior, empezó. Después de conseguida cierta calma, el presidente exhortó a Salomons a que abandonara inmediatamente el salón de sesiones. Pero Salomons no mostró la menor señal de dejar su sitio. Durante el ensordecedor alboroto se levantó el presidente del Consejo de Ministros; evidentemente con intención de hablar, pero todos sus esfuerzos fueron vanos y no consiguió hacerse oír palabra alguna. Se vió al diputado C. Amstey entregar un escrito al presidente y hablarle luego. Sólo después

de mucho tiempo consiguió el presidente restablecer el orden. En primer lugar manifestó que el diputado Amstey le había presentado una moción que lamentaba tener que rechazar. Entonces se levantó otra vez Lord John Rusell, pero también esta vez quedó condenado al fracaso su intento de hacerse oír por el alboroto, que se reanudó con toda la intensidad. Resignado, se volvió a sentar.

Salomons seguía impasible en su asiento, aunque no dejaba de mirar temeroso hacia los rostros enardecidos de sus adversarios, cuyos gritos de "¡Fuera!" resonaban en sus oídos. El honorable presidente, fuera de sí, pues seguramente no había creído nunca que fuera posible cosa semejante en el Parlamento inglés, intentó restablecer el orden con ademanes. Suplicó que la Cámara y el Gobierno le ayudaran a expulsar a Salomons. ("¡Hurra!" y demás gestos de aprobación.) De nuevo se levantó Lord John Rusell y consiguió, por fin, hacerse entender. Al parecer, también a él le había llegado a resultar desagradable la situación, y, con sorpresa de todos, solicitó personalmente "que el señor concejal Salomons se retirara". Estas palabras produjeron un griterío de aprobación de los adversarios del intruso. Sir Robert Inglis apoyó la moción. Seguramente fué esta la primera conformidad entre estos dos adversarios en el problema judío. Pero con igual rapidez llegó del otro lado de la Cámara la moción del diputado Osborne, pidiendo la admisión en debida forma de Salomons y que se le autorizara a ocupar su puesto. La moción fué apoyada por Mr. Amstey. Nuevo alboroto, y entre constantes interrupciones intentó el último explicar su actitud. Entre tanto, se esforzaba el presidente por expulsar de la casa a individuos extraños, entre ellos varios judíos, que pretendían llegar a la parte privilegiada de la Cámara. Reinaba una confusión indescriptible. Por fin terminó sus declaraciones

el diputado Amstey y pidió que fuera aplazada la sesión. Salomons seguía impertérrito en su sitio. Entonces se procedió a la votación de la propuesta de Amstey, que fué rechazada con aplastante mayoría.

Con asombro y desagrado de la mayoría de la Cámara se comprobó que Salomons había tenido la audacia de votar también, lo que contravenía por dos razones el Reglamento tradicional: por un lado, porque, según le había explicado el presidente, no tenía derecho a estar en el Parlamento y mucho menos a votar, y, por otro, los diputados no intervenían nunca en las discusiones que les incumbían a ellos directamente.

El alboroto continuaba casi interrupción, y hasta el público tomaba parte en él, en medida nunca vista, por lo que el presidente hizo desalojar las galerías. Deseaba éste que se votara en seguida sobre la moción de Osborne, cuando fué interrumpido por un diputado que pretendía hacer declaraciones a este propósito, produciéndose atronadoras protestas de parte de la mayoría de los diputados y discursos bajo un ruido incesante. Como tantas veces, se discutieron los pros y los contras de la admisión de los hebreos, mereciendo ser citada una advertencia del diputado Bright, según la cual hasta la Reina Victoria deseaba vivamente el arreglo de la cuestión a favor de los judíos.

Otra vez se aproximaba la votación de la moción. Poco antes Salomons, todavía presente, anunció, por mediación del diputado J. A. Smith, que en esta ocasión saldría de la sala durante la votación, pero que reservaba toda decisión respecto a los acontecimientos ulteriores. Después de anunciada esta decisión, Salomons se levantó, hizo una reverencia al presidente y abandonó el salón de sesiones. Con mayoría considerable fué rechazada la moción de Osborne.

Apenas terminada la votación cuando Salomons, bajo los gri-

tos de protesta de sus adversarios, volvió a entrar en la sala para ocupar su puesto anterior en el banco de los ministros. Y lo que es más, pretendió, incluso, hablar. Fué aquello un verdadero tumulto. Los gritos de "¡Fuera!" no cesaban. Pero él permanecía impasible y llegó hasta a hacerse oír para decir que su actitud no era irreverencia frente al presidente, sino que con su comportamiento quería defender los derechos que, a su juicio, le correspondían. Nuevas protestas, más discursos y la votación de la moción de expulsión de Salomons, que tuvo una aplastante mayoría. Tampoco Salomons había tenido reparo en participar en la votación. Aun así "el Concejal Salomons—se lee en las actas parlamentarias—pretendió seguir en su sitio". Después de varios e infructuosos intentos del presidente, éste se vió obligado a forzar la expulsión del judío y ordenó al "Sargeant of armas" de guardia que condujera a Salomons a la barra.

El escándalo fué enorme en toda Inglaterra. La prensa no controlada por Rothschild atacó violentamente a Salomons y a su raza, por su descaro y falta de respeto para las tradiciones inglesas. La mayor insolencia la veían en que Salomons, no sólo había tenido la audacia de comparecer en el Parlamento, sino también de votar. "Mr. Salomons—se lee—ha sido lo bastante imbécil y desvergonzado para provocar a la Alta Cámara y al Parlamento y colocarse en oposición con las leyes de la nación cuyo fiel súbdito asegura ser." El *Standard* trató con todo lujo de detalles los sucesos—como la mayoría de los periódicos—y expresaba el asombro de las gentes sensatas ante el hecho de que Salomons, un extraño, hubiera tenido la osadía de comportarse de tal manera. "Un nuevo intento desvergonzado de Salomons —decía—originó ayer tarde la repetición de las escenas del Biergarten en el Parlamento. Los tumultos fueron más escandalosos y vergonzosos que los anteriores." Así, poco más o menos, los

demás periódicos. Más de uno se preguntaba qué pasaría en el Sanedrín si un cristiano pretendiera ocupar un puesto en la Asamblea de la Sinagoga y dictar leyes a los judíos.

La participación de Salomons en las sesiones tuvo consecuencias ante los tribunales, pues existía una Ley de los tiempos del Rey Jorge I que dictaba severas penas por tales contravenciones. Se habían presentado dos denuncias formales contra Salomons. La sentencia, después de varias dilaciones, fué contraria a él. Según ella, tenía que pagar una multa de 500 libras esterlinas y se le añadían otras penas de inhabilitación. Contra ella recurrió Salomons y... pasaron los años. Y pasaron los años en nuevas y enconadas luchas sin que los hijos de Israel desistieran en sus asaltos al Parlamento y a la Alta Cámara para lograr el cambio de la tradicional fórmula de juramento. En los muchos debates que hubo con motivo de varias votaciones, el diputado Drummond, se expresó así:

"Desde luego estamos unidos todos, venga lo que viniere, pero nuestro cetro es ahora la Bolsa y el talismán que nos domina no es el "Credo" sino el "crédito". Ya no existe la palabra Credo, nadie dice ya el Credo, es decir, creo en algo, sino que sólo se pronuncia la palabra crédito, o sea, que se cree en alguien... El proyecto de Ley que se ha presentado ahora está basado en esta ideología".

Rothschild se estrelló una vez más. Pasaban los años, cambiaba el Gobierno... Inútil. El era tenaz. El *Morning Post* se indignaba de que el problema surgiera sin cesar en el Parlamento. El único motivo de ello era que Rothschild quería entrar en él, costase lo que costase, y que el Gobierno le apoyaba en sus pretensiones—era ahora presidente del Consejo de Ministros el Conde Aberdeen—. "Si cualquier hombre modesto, como el señor Moisés—decía—, vendedor de ropa nueva, o el señor Isaac, ven-

dedor de ropa vieja, reclamaran un puesto en el Parlamento a base de sus derechos como ciudadanos ingleses ¿movería el Jefe del Gobierno el cielo y la tierra para ayudarles en la realización de sus deseos? No, desde luego. Es porque el Credo del día, el bienvenido agente de Gobiernos continentales, el facilitador de empréstitos enormes a los Estados, el refugio de agotados ministros de Hacienda, que tiene en sus manos las llaves de la mitad de las cajas de caudales europeas, tiene la ambición de estar en el Parlamento, son derribados los principios supremos de nuestra Constitución, para agradarle..." Por su parte, el *Standard* manifestaba su disgusto en forma análoga. Acusaba a Lord John Rusell de haber empezado un negocio nada limpio con Rothschild, que apoyaba sus elecciones con dinero, por lo que los electores judíos le daban sus votos, en tanto que Lord John Rusell, a su vez, presentaba una Ley tras otra a favor de aquél.

Cuando decía la prensa adversaria era reflejo de la opinión popular. Desde luego a esta actitud del pueblo contribuyó el gran escritor Thomas Carlyle atacando a los judíos en sus escritos. Sin embargo, el 30 de septiembre de 1855 fué elevado Salomons al cargo de Alcalde Mayor de Londres. Se dió un gran banquete, en su honor, en el Ayuntamiento, al que asistió el esposo de la Reina Victoria, el Rey consorte Alberto. Uno de los más altos dignatarios de la Iglesia, que estaba presente también en el banquete, se sintió tan entusiasmado por el acontecimiento, que se dirigió al real huésped con estas palabras:

—Gracias a Dios, Alteza Real, hemos encontrado, por fin, un verdadero *gentleman* para el puesto de Alcalde Mayor.

—Sí, milord—contestó el príncipe—, pero hemos tenido que buscarlo fuera de los círculos cristianos.

Salomons tuvo en el siglo XIX tres sucesores judíos en este

cargo: Sir Benjamín Philips, 1866; Sir Henry Isaac, 1890, y Sir George Faudel Philips, 1898.

El éxito de Salomons, así como la caída del llamado Gobierno de coalición, que dirigía Lord Aberdeen, animó a Rothschild y a sus amigos a repetir sus ataques. El hecho de que el Gobierno se encontrara después de la guerra de Crimea en grandes apuros financieros y que Rothschild se hubiera encargado, como tantas otras veces, de conseguir un empréstito de unos cinco millones de libras esterlinas para cubrir las deudas, tuvo su influencia en la participación del Gobierno en el nuevo proyecto de Ley. Desde luego, el hecho es que Rothschild encontró siempre Gabinetes dispuestos a apoyarle en sus propósitos, y ahora, una vez más, con el triunfo de Lord Palmerston en las elecciones parlamentarias de 1857. Se habían celebrado en sábado y se creyó que los judíos, tan respetuosos con la fiesta religiosa de este día de la semana, no se acercarían a la urna electoral. Pero a la salida de las Sinagogas, sin duda obedientes a las consignas autorizadas, se volcaron en las urnas para votar a Rothschild, que esta vez pudo alcanzar más votos que el propio Lord Russell. Pero quedaban todavía muchos trámites por llenar, y hasta el 12 de julio de 1858 no fué aprobada la llamada "Ley Lucan" en la Cámara de los Lores. Por esta Ley se autorizaba a las dos Cámaras a permitir a un miembro judío la exclusión de las palabras finales en el juramento y a dar una autorización análoga en todo caso parecido. La tercera lectura de la Ley fué el 21 de julio de 1858, y aunque los antijudíos se habían defendido hasta el último extremo, no cabía duda sobre el resultado. Lord John Russell había logrado, por fin, su propósito, tan largamente perseguido: la admisión de los judíos. Mr. Newdegate, que tan tenazmente había luchado contra sus maniobras, dijo en el Parlamento: "Es verdad que Lord Derby ha manifestado haberse visto obligado a to-

mar una medida que, según sus propias palabras, estaba en pugna con sus principios. En tal caso, su obligación era consultar al pueblo. Pero ante los reproches que se le hacían por esta negligencia no había que olvidar su difícil situación. ¿Quién, empero, ha sido el verdadero promotor de todo? Indudablemente el ministro de Hacienda (Disraeli), el que, como todos saben, es de origen judío y abriga sentimientos especiales hacia su raza; sentimientos que se reflejan casi en cada una de sus palabras y que ha llegado a proclamar el derecho de la raza judía a dominar sobre todas las demás razas de la Humanidad. ¡Ese hombre ha sido quien ha impuesto la emancipación!"

El 23 de julio de 1858 la Reina dió la aprobación necesaria a la Ley Lucan, la que entró así en vigor. Algunos días después, se presentó Rothschild y prestó el juramento, llegando así a ser miembro legal y con plenitud de derechos del Parlamento. ¡La lucha había durado veintiocho años! Y escribía el *Times:* "Se ha querido preparar al país para que se explique la conducta de Lord Derby y el Lord Canciller (Lord Chelmsfort). Pero lo que había que lamentar era la conducta política de otro miembro del Gabinete: Disraeli, identificado con la causa de la emancipación judía. El ha escrito sobre la raza judía, él ha tomado a esta raza bajo su protección y la ha ensalzado también sobre todas las demás". Ciertamente nadie hizo tanto como él por la transformación de la ideología política inglesa. Se envolvió con manto de aristócrata y conservador inglés, y el público no advirtió, a pesar de sus escritos y discursos, en los que proclamaba un racismo jamás igualado y un desprecio absoluto por los demás pueblos que había seguido siendo un judío; precisamente, un judío de pura sangre, de muy excepcionales condiciones. El hecho es que con el logro de las aspiraciones de Rothschild la vía estaba libre ya para nuevos avances futuros, verdaderamente decisivos y

trascendentales. El estudio de la historia de tantos intentos para llegar al Parlamento y a la Administración de Inglaterra, puede parecer a primera vista fatigante por la uniformidad de los argumentos y por la repetición del mismo método; pero precisamente esta uniformidad demuestra una voluntad política permanente y una decisión extrema de conseguir un fin de trascendencia mundial.

Para no fatigar al lector, se inserta el índice cronológico de esa lucha de veintiocho años como apéndice de esta obra.

En adelante ya todo le resultará fácil a Lionel Rothschild en la política inglesa. Así, por ejemplo, cuando otro hecho legal amenazaba con desahuciarle de su flamante puesto, puede ya afrontar la prueba con facilidad. Una antigua ordenanza real prohibía a toda persona que se encontrase ligada por un contrato cualquiera con el Gobierno, que tomara asiento en el Parlamento, y precisamente Rothschild hacía poco tiempo que se había encargado un empréstito por cuenta del Estado inglés. ¿Acaso ese hecho le había ligado de tal modo con el Estado que su independencia parlamentaria estaba en peligro? Rothschild objetó que tomando ese Decreto al pie de la letra, ningún tenedor de papel del Estado podría sentarse en los Comunes. O sea, que la mayoría de los honorables miembros del Parlamento deberían renunciar a su cargo. El argumento era pueril; no hace falta su análisis para ponerlo en evidencia. Sin embargo, se admitió como lógico. Y es que la batalla había terminado.

Ya era Lionel diputado. Para empezar su carrera parlamentaria votó—¡él, el multimillonario Rothschild!—contra un proyecto que debía permitir a los candidatos a diputados acompañar a los electores hasta el colegio electoral pagando ellos los gastos. Sentado pacíficamente en su sitio, no intervino en los debates. Los Rothschild gustaron siempre de la influencia sobre los

políticos, pero no de la influencia directa. No les interesó pronunciar ellos un discurso, sino que ese determinado discurso "se" pronunciara. No Jefes del Gobierno, pero sí Jefes del Jefe del Gobierno. No fueron políticos activos, porque sabían que la política es una llama en la que se queman las alas más duras, y ellos aspiraban a la eternidad. Por eso, Lionel pasó por los Comunes como una sombra. Mas no había de perder el puesto. Continuó representando en la Cámara al distrito financiero de Londres durante quince años. Su papel quedaba cumplido; había luchado para establecer un precedente, el derecho de los judíos a estar allí. De entonces acá, nunca ha faltado un Rothschild en el Parlamento. El nieto de Lionel había de abrir, pasados los años, la otra puerta, la que dijérase inasequible, sentándose en la Cámara de los Lores. Lord Rothschild, nieto de Lionel, hijo de Nataniel, ha sido el primer Par judío que lo ha logrado. Para ellos que diríase no cuenta el tiempo, cual si fueran eternos, lo importante es seguir adelante, siempre hacia el destino prefijado. Avanzar importa; avanzando siempre, la llegada a la meta es fatal.

En su gestión al frente de la Banca Rothschild realizó Lionel brillantes operaciones. En 1847 negoció el "Iris Famine Loan", famoso en la historia financiera; en 1854 facilitó dieciséis millones de libras al Gobierno inglés para cubrir los gastos de la guerra de Crimea. Naturalmente, sin perjuicio de haber sido durante veinte años agente financiero del Gobierno ruso.

En el Parlamento se reciben solicitudes con 11.808 firmas contra la admisión de los judíos. La oposición lucha con tenacidad, pero la Ley Lucan es aprobada en segunda lectura por 156 votos contra 65.

21 de julio: hasta este día han llegado al Parlamento 400 firmas a favor de la concesión de igualdad de derechos a los judíos.

y 14.500 en contra. Sin embargo, la Ley Lucan es aprobada por 129 votos contra 55. Así terminó la verdadera lucha por la emancipación judía.

23 de julio: la Reina firma la Ley Lucan, que entra así en vigor.

27 de julio: Rothschild se presenta en el Parlamento y presta juramento. Por primera vez es miembro legal y en plenitud de derechos en la Cámara de los Comunes.

Realizó dieciocho grandes empréstitos por un valor total de ciento sesenta millones de libras. Ganó, pues, una fortuna inmensa. Y, de acuerdo con su amigo Disraeli, autorizó los fondos para que el Gobierno inglés comprase las acciones del Canal de Suez. Hecho este que, aderezado por una propaganda, ya tópico internacional, ha constituído algo así como el principal blasón patriótico de la famosa Casa de Banca. A tanto ha llegado este secular "cliché", que la opinión internacional une el nombre Rothschild a la conquista de uno de los pricipales baluartes del Imperio británico.

Esto es, propaganda y "cliché", algo que surge entre los ágiles dedos del gran prestidigitador Disraeli... pero la Historia, la auténtica Historia, ¿qué dice...?

El Canal de Suez parece hecho a la medida y servicio de Inglaterra. Utilizándolo disminuye a casi la mitad la distancia que le separa de su vasto Imperio de Oriente. Pero Inglaterra se opuso tan tenazmente a su construcción, que Lesseps, su genial realizador, tuvo que decir: "Construiré mi canal, aunque sea contra Inglaterra". Otro tanto podría decirse de la Casa Rothschild. Ella trabajó contra Lesseps para que fracasase el plan financiero indispensable para la gran obra. Y Lesseps venció, hizo el Canal y... entonces, cuando pasaron los años, cuando se vió la importancia de la comunicación y su rendimiento económico, se junta-

ron los dos detractores, Inglaterra y la Casa Rothschild para conquistar el paquete de acciones que le permitiría actuar como primera potencia en Suez.

Lesseps fué a Londres para interesar a Inglaterra en el proyecto. Era Primer Ministro Lord Palmerston, enemigo furibundo de que se realizara.

El historiador del Canal, Schall, cuenta la entrevista del político y el inventor con los más vivos colores y constituye un documento revelador. Al día siguiente de su llegada, dice, Lesseps se encontraba en la espaciosa sala que servía de despacho a Palmerston, ante el propio presidente del Consejo de Ministros. Aunque la pronta concesión de una audiencia había puesto de buen humor a Lesseps, el encontrarse ante aquel alto y delgado anciano, tuvo, no obstante, la intuición de que en su fina y bien cuidada mano estaba el destino de una buena parte del mundo. Su rostro infantil, coronado por una cabellera blanca y enmarcado por una hermosa barba, producía una sensación de ingenuidad, acentuada por la expresión de sus pequeños y delgados labios. Su enorme frente revelaba penetrante astucia, amplias ideas y extraordinaria energía, que venía a corroborar su mirada, viva y penetrante. Se comprendía que fuese un hombre capaz de llegar a la más despiadada brutalidad para conseguir sus fines.

Ninguno de estos detalles escapó a la observación de Lesseps, pero estaba demasiado acostumbrado a ver las cosas y los hombres tal como quería verles. Su seguridad permanecía inconmovible; estaba preparado para el duelo diplomático, en el que era maestro consumado, y no se dejaba imponer por la fría cordialidad de Palmerston. Mas, al querer iniciar una amable conversación, se dió cuenta, desde las primeras palabras del ministro, de que estaba en un error.

—Lamento mucho no poderle dedicar más que unos pocos

minutos—empezó Palmerston, con voz clara y sonora, en la que se reconocía al hábil orador—. Tengo muchas cosas...—hizo una pausa como si quisiera medir el final de la frase, y concluyó, recalcando las palabras—más importantes que hacer.

Lesseps se desconcertó: no estaba acostumbrado a semejante tono.

—Milord, tan sólo le pido diez minutos—replicó rápidamente.

En forma sucinta refirió al *Premier* los motivos que, según su opinión debían incitar a Inglaterra a ayudarle en la construcción del Canal. Cuando empezó a hablar de la enorme acortación de la ruta marítima hacia la India y lo que esto significaba para el comercio inglés en economía de combustible, tiempo, salarios y seguros, Lord Palmerston hizo un gesto seco y negativo.

—¿Y nuestros compatriotas de El Cairo?—objetó—. ¿Y nuestra línea férrea de Alejadría a Suez? Si pudiera usted asimilarse, momentáneamente, a una mentalidad inglesa, dejando de pensar como francés, comprendería con toda claridad que esa ruta marítima hacia la India, que usted nos ofrece y describe con colores tan tentadores, representa, ante todo, un peligro para nuestras relaciones con aquel país. Los medios que Inglaterra debería emplear para asegurar debidamente ese fácil acceso se saldarían, tal vez, con pérdida para nuestra economía en general. Sin rodeos, señor mío: usted quiere abrirnos una puerta que estaríamos obligados a utilizar, y usted, es decir, Francia, querrá ser el portero.

Lesseps contestó rápidamente:

—El Canal no tiene nada que ver con la política. Es un bien para la Humanidad, y tengo la convicción de que Inglaterra pondrá también sus fuerzas al servicio de los hombres y de la civilización. Se trata, tan sólo, de altos ideales.

Por el arrugado rostro del anciano pasó la sombra de una sonrisa, pero no era una sonrisa amistosa.

—¡Su idealismo y el de sus amigos, señor De Lesseps, merece todos mis respetos! Pero yo soy un político, y, como tal, no puedo ver las cosas más que desde su aspecto político. Para mí el asunto está bien claro: su malhadado Canal es una jugada más en el tablero de ajedrez de la vieja política francesa. No ha sido del todo inútil para sus hombres de Estado la lectura de Maquiavelo. ¿Quién ofreció al Virrey los fondos necesarios para las fortificaciones de Alejandría? ¡Francia! ¿Y para qué? ¿Con qué objeto? ¿A quién amenazan esas fortificaciones? ¡A nosotros! ¡Unicamente a Inglaterra!

Lesseps esbozó un gesto negativo, pero Palmerston no le cedió la palabra.

—Además, considero todo ese proyecto como una burbuja de jabón, por la sencilla razón de que, técnicamente, ese canal es irrealizable, absolutamente irrealizable — terminó, recalcando mordazmente el final de la frase.

Con finura, aunque la ira le enrojecía la frente, replicó Lesseps:

—La Comisión Internacional de Ingenieros, en la que participaron con derecho a votar los más famosos técnicos europeos, y entre ellos cuatro ingenieros ingleses de fama mundial, declaró por unanimidad que el proyecto era viable...

Palmerston se levantó exclamando, bruscamente:

—¡Yo le aseguro que no hay ningún hombre capaz de construir el Canal! ¡Y crea que en esto entiendo más que todos los ingenieros del mundo...!

El tono del Primer Ministro se hizo tan duro, que Lesseps optó por callar, prudentemente. Levantóse a su vez el francés y entre ambos interlocutores se cruzó una mirada hostil. "¿Será

testarudez de anciano?", se preguntó Lesseps. Pero comprendió que no era posible convencer a aquel hombre. ¡Había, pues, que buscar otros caminos y los encontraría!

Cuando, con toda la finura posible, se despidió de Palmerston, éste volvió a repetir:

—¡Nadie en Inglaterra consentirá la construcción de ese Canal! ¿Me oye usted? ¡Nadie!—y al ver que Lesseps no le prestaba, aparentemente, atención, añadió, burlón—: Además, no creo que el Sultán acceda jamás a esa... ¿cómo diría...? a esa aventura... Por lo menos mientras yo...—y se interrumpió.

—Milord—replicó Lesseps, con firmeza—, Turquía es un Estado independiente.

Palmerston entornó los ojos y se encogió de hombros, en silencio. Lesseps hizo una reverencia y salió.

Mientras descendía las escaleras, recordaba aquel verso satírico que los adversarios del Primer Ministro habían puesto en boga en todo el país:

Si el diablo tuviese un hijo,
se llamaría Palmerston.

Durante varias semanas, Lesseps visitó a capitalistas y parlamentarios, a la Reina Victoria y al príncipe Alberto, en el Palacio de Buckingham. Hasta que logró que Berkeley formulase en la Cámara de los Comunes la siguiente pregunta:

—¿Qué posición piensa adoptar el Gobierno de Su Majestad en la cuestión del Canal de Suez?

Era una tarde de julio. Lesseps ocupaba un puesto en la tribuna de los Comunes. Estaban encendidas las grandes lámparas que iluminaban la magnífica sala de sesiones, pero la oscura madera parecía absorber casi toda la luz; únicamente en los bancos

del Gobierno y en el de los oradores brillaba una luz más viva. La cuestión planteada por Berkeley debía discutirse.

Lord Palmerston se levantó, lentamente, y contestó a la pregunta con voz clara:

"El Gobierno de Su Majestad se vé obligado a negar cualquier influencia en favor de la construcción del Canal, contra la cual, durante los quince últimos años, se ha opuesto con todas sus fuerzas, tanto cerca de la Sublime Puerta como en Egipto. En mi opinión se trata de un asunto que, *considerado desde el punto de vista comercial, pertenece a la categoría de ciertas empresas fraudulentas, creadas con el único fin de embaucar y engañar la credulidad de los capitalistas*. Esto, sin tener en cuenta que, desde el punto de vista técnico, es un proyecto absolutamente imposible de ejecutar. Por lo menos está ligado a tan enormes gastos, y su explotación resultaría imposible. Por otra parte, desde el punto de vista político, esta empresa sería el primer paso para separar a Egipto de Turquía. En vista de estos motivos, el Gobierno de Su Majestad no puede, de ningún modo, interesarse en el proyecto del Canal de Suez, que no es ni más ni menos que una pompa de jabón".

Aun hubo un segundo debate parlamentario y el proyecto fué rechazado. Entonces, Lesseps, animado y a prueba de desalientos como acaso pocos hombres lo hayan sido en el mundo, decidió realizar la financiación en Francia. Inglaterra no quería el Canal. Se oponía a que se hiciera. Dudaba de que pudiera hacerse. En caso afirmativo, no creía que fuera ningún negocio. Hasta Disraeli, Consejero de Estado, se había puesto de parte de Palmerston.

Y en Francia ¿quién podía dar el dinero mejor que la Banca Rothschild? La Casa de París nada tenía que ver legalmente con la inglesa, y James de Rothschild ostentaba el distintivo de la

Legión de Honor. Era aquélla una cuestión de honor para Francia. En efecto, James estaba dispuesto a entregar el dinero, pero.. El "pero" es demasiado importante para consignarlo a secas. Dejemos que nos lo cuente Schall.

"Lesseps se dirigió a la Banca y se hizo anunciar, personalmente, al Barón Rothschild. Fué conducido a un pequeño gabinete, amueblado con fastuoso lujo y adornado con valiosísimos cuadros del Renacimiento italiano. Lesseps era bastante buen conocedor para no ver que en aquel estrecho aposento había acumulados varios centenares de miles de francos en obras de arte. Pero tuvo poco tiempo para admirarlas. Apenas se había sentado en una lujosa butaca, cuando en la pared se abrió, sin ruido, una pequeña puerta. Ante él se encontraba James Rothschild. Su recio cuerpo tendía a la obesidad; su cabello gris estaba peinado hacia atrás; sus pálidas y abotargadas mejillas tenían un matiz azulado. Rothschild dirigió, bajo sus gruesos párpados, una corta y desconfiada mirada a Lesseps, mientras le saludaba cortésmente. Su mano era fría y húmeda.

Rechazó Lesseps el refresco que el banquero le ofrecía; pero aceptó, en cambio, un largo cigarro holandés, que el Barón, que no fumaba, le tendió.

El banquero se había reclinado en su butaca, con las manos cruzadas y los ojos medio cerrados, obstinadamente fijos en la chapa de piedra incrustada en una valiosa mesa. Empezó Lesseps la conversación e hizo un sencillo relato de los trabajos realizados y una exposición de las posibilidades políticas y económicas, recalcando las rentas que produciría el Canal.

Rothschild escuchaba, inmóvil. Tan sólo cuando Lesseps empezó a hablar de la forma legal que pensaba dar a la "Sociedad Constructora" y pronunció las palabras *sociedad anónima*, levantó rápidamente el banquero la cabeza y contempló con mu-

cha atención a Lesseps. En sus pequeños ojos negros había una extraña expresión, en la que se mezclaba tanta seguridad en sí mismo como desconfianza y frialdad para los demás.

—¿Y el capital?—objetó, con indiferencia.

—Pienso emitir acciones por doscientos millones de francos —replicó Lesseps tranquilamente.

—¡Perfectamente, señor De Lesseps, perfectamente!—exclamó Rothschild—. ¡Le felicito por su decisión! Si con mi consejo o con los medios de mi Casa puedo servirle...

—Le quedo muy agradecido, señor Barón de Rothschild—continuó Lesseps—. En efecto, había pensado en la posibilidad de interesar a su Casa en la empresa.

—¿Qué entiende usted por interesar? — replicó, vivamente, Rothschild—. ¡Me siento curioso e interesado! ¡Es un negocio, un gran negocio!

—Sus palabras me alegran infinito, pero es menester aclarar una serie de puntos... destruir, quizá, ciertos prejuicios...

—Un hombre como usted, señor De Lesseps, no necesita darme explicaciones ni destruir prejuicios—afirmó el banquero—. ¡El negocio está hecho! ¿Qué desea usted más?

Y comenzaron a afluir a los labios del magnate financiero, antes tan hermético, una sarta interminable de palabras, que pintaban con colores rosados las múltiples ventajas del Canal, la genialidad de Lesseps, las perspectivas económicas... Lesseps no consiguió interrumpir aquel diluvio de palabras.

—Así, pues, es un asunto concluído. Todo lo demás lo proporcionará la Casa Rothschild. ¡Deme usted la mano!

Pero Lesseps se mantuvo en guardia, sin aceptar la mano que se le tendía, y dijo, excusándose:

—Perdone usted, señor Barón; pero... ¿y la cuestión de los gastos? Al fin y al cabo, yo soy el responsable ante la Sociedad;

es necesario saber qué importe debo añadir a mi presupuesto para los gastos de la Casa Rothschild.

El Barón rió, con dejo de desprecio, haciendo un gesto negativo con la mano:

—¡Le ruego...! No vale la pena de hablar de ello...! Claro está que habré de exponer algún dinero y no quisiera perder en este negocio; pero me atendré al tipo corriente, señor De Lesseps.

Lesseps se sintió acorralado. Le era doloroso confesar que no tenía la menor idea de la cuantía de aquel tipo corriente en semejantes negocios. Pero no le quedaba más remedio que procurar saberlo a ciencia cierta.

—Y... ¿este tipo corriente? — preguntó, vacilante—. Usted comprenderá..., yo...

—¡Desde luego, señor De Lesseps! Usted es un gran diplomático, pero no un comerciante. Este tipo corriente es el cinco por ciento, una verdadera pequeñez...

—¿Cinco por ciento?—repitió Lesseps, asombrado—. ¿Cinco por ciento?—volvió a preguntar—. ¡Pero es inaudito! ¡Usted obtiene diez millones!

Rothschild se sentó nuevamente en su butaca, cruzó las piernas y afirmó, sonriente:

—¡Exacto, señor De Lesseps, exacto!

Lesseps le miró desconcertado. Se inclinó un poco sobre la mesa:

—Pero, Barón de Rothschild, es una cosa completamente imposible...

El banquero se encogió de hombros, mientras replicaba, indiferente:

—¡Qué le vamos a hacer! Es el tipo corriente.

—¡Diez millones!—volvió a exclamar Lesseps, excitado—. ¿Y

de antemano voy a mermar mi capital con semejante cantidad para metérsela a usted en el bolsillo, por el mero hecho de que su Casa presente, en sus sucursales, las listas para las suscripciones?

—El nombre y la garantía de Rothschild valen mucho más. Si usted fuese un hombre de negocios lo sabría, señor De Lesseps —replicó el Barón, fríamente.

Cogió Lesseps sombrero, guantes y bastón, dispuesto a marcharse:

—En tales condiciones, nosotros mismos nos procuraremos los locales donde exponer las listas para su suscripción. No es necesario que abra usted su caja de caudales. ¡El asunto puede hacerse sin Rothschild!

Y dicho esto, se dirigió hacia la puerta.

Rothschild se levantó de un salto. Había comprendido que Lesseps hablaba en serio:

—¡No se hará sin la Casa Rothschild!—amenazó, casi gritando—. ¡De eso me encargo yo! ¡Sufrirá usted un fracaso sin precedentes!

—¡Ya lo veremos!—replicó Lesseps, mientras se abrochaba, tranquilamente, los guantes.

El banquero perdió la calma. Su frente se sonrojó, y la voz le fallaba al gritar:

—¡Nos volveremos a ver, señor mío! ¡Se arrodillará usted a mis pies! ¡Usted...!

Lesseps cerró la puerta, dando un portazo.

Aquel mismo día redactó una convocatoria para la suscripción de las acciones del Canal de Suez. Se emitieron cuatrocientas mil acciones, por un valor nominal de quinientos francos cada una. ¡Se haría el Canal sin Inglaterra y contra ella, sin Rothschild y contra él!

En efecto, Lesseps triunfó. Un día, la Emperatriz Eugenia

recorría en su yate las aguas del Canal, desde Port-Said a Suez. El mundo tenía una nueva comunicación trascendental. Se vislumbraba, además, un grandioso negocio. Y pasó más tiempo. El Kedive de Egipto se había reservado 177.000 de las 400.000 acciones del Canal, o sea el 44 por 100. Tenía que pagar por ellas, y pagó durante bastantes años, 89 millones de francos. Tenía derecho a recibir un dividendo mínimo del 5 por 100 por sus acciones, pero resulta que le costaban exactamente un 5 por 100. El Kedive, como tantos príncipes orientales, era un mal administrador y derrochaba cantidades que luego le hacían falta. Nunca disponía de fondos cuando los plazos vencían y tuvo que acudir a los banqueros franceses para un empréstito, por el que le exigieron el 10 por 100 de interés, o sea exactamente el doble de lo que sus acciones le producían. Resumiendo: llegó un día en que el Kedive estaba dispuesto a ceder un paquete de acciones por 100 millones de francos.

El 15 de noviembre de 1875 un periodista, Federico Greewood, editor de la *Pall Mall Gazette*, fué a ver a Lord Derby al Foreign Office. Había cenado el día antes con un financiero judío, Mr. Oppenheim, que conocía mucho Egipto y sabía que el Kedive, careciendo de recursos, deseaba empeñar sus ciento setenta y siete mil acciones del Canal de Suez. Las demás, hasta el total de las cuatrocientas mil, en su mayoría, se encontraban en manos de los capitalistas franceses. Pensó Greenwood que a Inglaterra le interesa la adquisición de las acciones del Kedive, porque el Canal es el camino de las Indias. Derby, que sentía horror por los grandes proyectos, no se mostró muy entusiasmado. Se trata, naturalmente, del décimoquinto Lord Derby, quien, con el nombre de Stanley, fué íntimo de Disraeli. El padre había muerto ya.

Disraeli era Primer Ministro de Inglaterra. Era el mismo Disraeli que se sumó a Lord Palmerston para que no se hiciera el Ca-

nal. Pero la visión de la política exterior de Disraeli había variado, y ahora, ante la noticia de la posible adquisición de las acciones del Canal, su imaginación se inflama. Telegrafió al agente inglés en Egipto, Stanton, y supo que el Kedive había concedido opción a un grupo francés por 92 millones de francos hasta el martes siguiente. El Kedive prefería tratar con Inglaterra, según comunicó Stanton; pero necesitaba urgentemente dinero y como el Parlamento había suspendido las sesiones, era difícil llevar a cabo el negocio, porque cuatro millones de libras forman una suma que era imposible extraer sin crédito del presupuesto. "Apenas si tenemos tiempo de respirar; pero es necesario hacer esta operación", escribió Disraeli a la Reina.

El Gobierno francés no creaba obstáculos; al contrario, el Duque de Decazes deseaba vivamente el apoyo de Disraeli contra Bismarck y desanimó a los Bancos franceses, los cuales renunciaron a la opción. Pero se necesitaban cuatro millones de libras. El día en que el Gobierno se reunió para deliberar, Montagu Corry aguardaba en la antecámara. El Jefe se asomó por una puerta entreabierta y dijo sencillamente:

—¡Sí!

Diez minutos más tarde Corry estaba en casa de Rothschild, a quien encontró comiendo, y le dijo que Disraeli necesitaba cuatro millones de libras esterlinas para el día siguiente.

El banquero, que estaba comiendo uvas, cogió un grano, separó la pulpa de la piel, y preguntó:

—¿Qué garantías?

—El Gobierno británico.

—Pues los tendrá.

Así pudo escribir Disraeli a la Reina de Inglaterra:

"El señor Disraeli, muy respetuosamente, a Vuestra Majestad:

Acaba de arreglarse, Señora... ¡Cuatro millones de libras! Y casi inmediatamente. Sólo una Casa podía hacerlo: la de Rothschild. Se han portado admirablemente adelantando el dinero a interés muy módico, y toda la parte del Kedive está entre vuestras manos, Señora.

La Reina quedó encantada. Nunca la había visto Disraeli tan sonriente. Le invitó a comer, gastando a Disraeli mil amistosas bromas. Lo que más que nada entusiasmaba a la Reina era el furor de Bismarck, quien unos días antes había declarado particularmente que Inglaterra había cesado de ser una potencia política.

El 25 de noviembre de 1875 Stanton firmaba el negocio con el Kedive. ¡Casi cuatro millones de libras esterlinas! El 3 de diciembre del mismo año se abonó un millón, con el compromiso de abonar los tres millones restantes en enero de 1876.

El "interés muy módico" de la carta de Disraeli a la Reina, sin embargo, subía un pico. El día siguiente de la firma del negocio, o sea, el 26 de noviembre, se hizo público de modo oficial que el Gobierno había adquirido 176.602 acciones, exactamente, de la Sociedad del Canal de Suez, por la suma de 3.976.582 libras esterlinas. Tal noticia produjo, de forma predominante, una grata sorpresa, sobre todo, en atención a que estas acciones habían corrido el peligro de sufrir una gran baja que hubiera perjudicado, entre otros, a numerosos accionistas ingleses.

Parece ser que Rothschild había llamado ya la atención de Disraeli sobre la posibilidad de adquirir tales acciones, por lo que la indicación del periodista Greenwood cayó en terreno abonado. En reconocimiento de los desvelos y el riesgo de la Casa Rothschild, el Gobierno se declaró dispuesto a conceder a ésta una suma de 99.414 libras en concepto de comisión, o sea 2,5 por 100.

Pero como el interés del 2,5 por 100 no era "interés anual", sino el de la cantidad adelantada (algo menos de cuatro millones de libras), y su pago sería, como fué, a los noventa días, resultó que el Gobierno inglés pagó un interés anual del 10 por 100; caso inaudito, que sólo se daba con Estados de dudosa solvencia.

Ahora bien, la "magnanimidad y el patriotismo inglés" del Barón Lionel no se satisfizo con interés tan "módico". Recibió una "comisión"—llamémosla "comisión"—del vendedor, el Kedive, de otro 5 por 100, con lo cual el "interés anual" se eleva enormemente, pues este 5 por 100 corresponde a "cero" tiempo del capital prestado. Si se suma el interés del 2,5 por 100 obtenido por los noventa días de préstamo y la comisión del Kedive, de un 5 por 100, resultará que percibió 298.242 libras, por prestar menos de cuatro millones de libras por un plazo de noventa días. Es decir, un interés anual del 29,97 por 100.

Así, entre otros, Gladstone indicó "que el Gobierno, por lo menos durante los últimos sesenta años, tenía la costumbre de hacer uso para tales transacciones de la institución bancaria oficial, es decir, del Banco de Inglaterra. Hasta el presente no se ha podido saber por qué se recurrió a una Banca privada. Además, Rothschild no ofrecía garantía de que las intenciones del Gobierno, en relación con la compra, permaneciesen en secreto. Por el contrario, todas las circunstancias daban a entender que el plan había llegado asimismo a conocimiento de otros círculos y que éstos habían adquirido, muy a tiempo, también acciones del Canal de Suez; pues éstas, en atención a la compra oficial proyectada, tenían que aumentar de valor".

El Ministro de Hacienda tuvo que reconocer, después del estudio hecho por Gladstone en su discurso que, ciertamente, había algo extraordinario en el hecho de haber recurrido a Rothschild y no al Banco de Inglaterra, pero que ello se debió al temor de

que este último no pudiese obrar con la suficiente rapidez y no se le había querido cargar con el riesgo. También era cierto que Rothschild percibía, además de su comisión, el mencionado 5 por 100, lo que carecía de importancia, ya que ello no debía pagarlo el Gobierno británico.

A esto queda reducida la leyenda de Suez. Fué una gran operación de usura, con rédito enorme en metálico; pero con otro mayor aun, pues, para las masas, Rothschild vino a ser algo legendario; un gran paladín del Imperio. Y no sabemos cuánto habrá valido a la Casa este concepto, artículo de fe para el pueblo inglés y también para casi el universo entero. Así un día pudo decir el conde de Clancarty en plena Cámara de los Lores:

"El estudio de la historia de los hebreos me ha confirmado que ellos no han tomado nunca las armas por Inglaterra, sino que han sido solamente prestamistas de dinero. Y no sólo en Inglaterra, sino en todos los demás países han sido siempre considerados como nación extraña; extraña de sangre, religión e intereses sociales. Hasta el día de hoy no se habría oído hablar de pretensiones judías si no estuviera detrás de ellas Rothschild con sus deseos personales, apoyado en su gran riqueza. No conozco personalmente al señor Rothschild, quien tal vez sea un hombre honorable. Pero no es de eso de lo que se trata en la lucha, sino de formarse un juicio claro sobre la posibilidad de que un día el Gobierno inglés pueda caer en manos de los judíos. Y he de confesar sinceramente que no me sentiría muy tranquilo si algún día fuera nombrado un judío Ministro de Hacienda, pues sería posible que tuviera ciertas simpatías naturales hacia los suyos incompatibles con sus deberes de ministro y de ciudadano inglés."

El conde de Clancarty resultó algo profeta.

En su apoyo exclamó Raymond: "El Primer Ministro siente

la influencia de su sangre", que, dicho en otros términos, quiso manifestar, según aclaró después en el terreno particular: "El judío Disraeli no se dejó guiar exclusivamente por intereses ingleses al adoptar decisiones de tanta importancia, sino también, en la misma medida, al menos, por los intereses judíos".

Pero, como ya hemos indicado, la objetividad preside y guía nuestras investigaciones en esta biografía y hay que reconocer que si ganó la Casa Rothschild también ganó, y mucho, Inglaterra, con la adquisición de las acciones del Canal de Suez. Ni desde el punto de vista material, crematístico, fué mal negocio tampoco para Inglaterra. Hoy esas acciones, además de constituir un arma política sin la cual el Imperio amenazaría decadencia, son uno de los valores más cotizados del mundo. Tenemos a la vista los últimos datos sobre el desenvolvimiento del Canal de Suez hasta que estalló la guerra mundial en 1939. En 1938, el beneficio neto fué de 928 millones y se repartieron de dividendo 900 francos a cada acción; pero falta por decir que las 400.000 acciones de 500 francos, se desdoblaron en 1924, haciendo con cada una dos de 250. Por lo tanto, a la acción de 500 francos corresponde en 1938 un dividendo de 1.800. Las acciones se cotizaron a 26.500 francos que, en realidad, son, por lo tanto, 53.000. Tal es el valor de cada una de las 177.000 acciones que compró Inglaterra sin más prima que la que pagó a Rothschild, por intervención de Disraeli, en el Canal, que se hizo contra su voluntad y es hoy su principal arteria imperial.

Para darnos una idea del desarrollo de las comunicaciones por ese Canal, registraremos el curiosísimo estadillo del número de buques que lo atravesaron en los últimos veinticinco años y el tonelaje que suman:

AÑOS	Buques	Tonelaje neto
1913	5.085	20.035.000
1915	3.708	15.266.000
1917	2.353	8.363.000
1919	3.986	16.013.000
1920	4.009	17.575.000
1921	3.975	18.119.000
1922	4.345	20.743.000
1923	4.621	22.730.000
1924	5.122	25.116.000
1925	5.335	26.772.000
1926	4.980	26.060.000
1927	5.545	28.962.000
1928	6.084	31.905.000
1929	6.274	33.466.000
1930	5.761	31.669.000
1931	5.974	30.028.000
1938	5.974	33.683.000
1939	5.277	29.600.000

Si las cifras son enormes, el interés de ellas sube de punto cuando se comprueba que es Inglaterra la que más utiliza el Canal, tanto como todos los demás países del mundo juntos.

En el año 1938, por ejemplo, la participación por países es la siguiente:

NACIONES	Buques	Toneladas
Gran Bretaña	2.939	17.023.000
Italia	929	4.287.000
Alemania	497	3.127.000
Holanda	471	3.013.000
Francia	244	1.723.000
Noruega	294	1.483.000
Grecia	198	785.000
Japón	100	675.000
Dinamarca	96	488.000
Estados Unidos	67	386.000
Suecia	61	232.000

En fin; los cuatro millones de libras esterlinas del paquete de acciones del Kedive han producido hasta el presente intereses que pasan de CINCUENTA MILLONES DE LIBRAS.

Esta fué, acaso, la última gran operación de Lionel Rothschild, el famoso Barón Lionel, que fallecía repentinamente cuatro años después. Pero quedaría incompleta su figura gigantesca si no examináramos un aspecto profundo de su paso por la vida, que aun no está esclarecido del todo y a los futuros historiadores compete aclarar. ¿Qué misión secreta o extraña tuvo que cumplir Lionel en este mundo? Le hemos visto en su personalidad de banquero y en su aspecto de campeón de la lucha por su raza, a cuyo servicio libró batallas de una audacia que ninguno tuvo el valor de entablar jamás, hasta entonces. La *Enciclopedia Judía* dice de Lionel que "tuvo íntimas relaciones con Disraeli, el Primer Ministro, *cuyo "Sidonia" en "Coningsby" es un idealizado retrato de él*". Remitimos a nuestros lectores a las páginas que escribiera quien luego sería *Premier* británico; pero teniendo en cuenta que el Sidonia mítico, superhombre, casi semidiós, no es una creación de su imaginación oriental, sino un retrato, acaso muy metido en sombras, de cuyo modelo, Rothschild, sólo fragmentos de su gigantesca figura se divisan. Con todo, el "Sidonia" disraeliano es para nosotros una figura de estatura muy superior en sombría grandeza a todas, absolutamente a todas las que creó hasta hoy la literatura universal.

Sin el testimonio de la *Enciclopedia Judía*—obra hecha por los mismos judíos—jamás hubiéramos podido creer en la existencia real del "modelo", del mitológico Sidonia.

Y resulta que ha existido y es, nada menos que Lionel Rothschild, cuya mejor biografía está allí, en "Coningsby"; porque es un resquicio por donde se divisa un "intramundo", gigantesco, maravilloso, terrible...

II

EL PASO DE LAS GENERACIONES

NINGUNO de los descendientes de los cinco Rothschild puede compararse en genio e importancia política con el Barón Lionel, aunque la tercera generación francesa tuvo un relieve singular y jugó un papel destacado en las finanzas de este país. Sigamos ahora el proceso general de esta familia hasta la actualidad. Y señalemos, ante todo, que no sólo siguieron fieles a su casta, sino a su clan familiar. Si James se había casado con la hija de su hermano Salomón, Lionel lo hizo con su prima Carlota, hija de su tío Carlos, el de Nápoles. El número de matrimonios entre primos es un hecho extraordinario en los Rothschild. De 58 matrimonios llevados a cabo por los descendientes de Meyer hasta hace algunos años, nada menos que 29, o sea exactamente la mitad, se hicieron entre parientes. El fenómeno ha sido examinado con curiosidad por los médicos, pues se da el caso de que casi todas estas uniones han sido fértiles, pese a los pronósticos de las ciencias biológicas; pero también se ha dado el caso de que el fruto de la mayoría de estas parejas ha sido solamente de hembras, hecho de indudable valor antropológico. Además, han

elegido siempre los nombres familiares de las primeras generaciones, lo que produce una gran confusión de Carlotas, Luisas, Carlos y Nathanes, mas como una regla, el hijo adoptó siempre el nombre del padre como el segundo suyo y ello permite hacer una distinción entre los miembros de la dilatada familia; el mismo plan siguieron en el caso de las hijas. Estos curiosos entronques, nombres y ramificaciones, forman el árbol genealógico más extraño que puede imaginarse.

Sigamos, pues, la marcha de la Casa Rothschild. De la de París no se hizo cargo un solo hombre, como Lionel en Londres. Al morir el Barón James, dejando viuda, una hija y cuatro hijos, tres de éstos tomaron conjuntamente y con el mismo afán la dirección de los negocios de su padre: Meyer Alfonso, Gustavo y Edmundo. Les tocó vivir una época difícil en la historia de Francia, menos propicia que la que su progenitor disfrutara. Apenas muerto James, se produjo la guerra franco-prusiana, con la derrota y captura del Emperador. El Alto Mando alemán estableció su Cuartel General en Ferriéres, en el magnífico castillo-palacio de los Rothschild; allí se celebró la entrevista de julio entre Favre y Bismarck para enterarse de las condiciones de la paz. Y los Rothschild, amigos en Alemania del Canciller de Hierro, tuvieron la fortuna de que su finca se conservase intacta. La tropa recibió órdenes para que no la tratasen como propiedad enemiga. No sólo ni un cuadro, ni una silla fueron tocados, sino ni siquiera se mató una perdiz de las que había muchas en el parque. Tras la derrota napoleónica se sucedieron los acontecimientos calamitosos: el sitio de París, la *Commune* y... la gigantesca indemnización que el vencido tenía que pagar; pero sólo fué una calamidad para Francia y los franceses, pues a los Rothschild se les presentó ocasión de realizar uno de los más redondos negocios. Durante el sitio de la ciudad, los parisienses pasaron un

hambre atroz. Se cazaban ratas con la misma fruición que en tiempo normal pudieran sacrificarse corderitos lechales. Los pocos alimentos almacenados costaban cifras inauditas. Sólo los muy ricos pudieron soportar aquella situación sin castigo para su estómago. Los Rothschild comieron bien. Pero, al fin, los hambrientos se lanzaron desesperadamente al asalto, invadieron los palacios, obligaron a los ricos a participar en las penalidades de la defensa de la capital y cometieron muchos desmanes; no tantos como pretendían, pues ante el cariz que tomaban las cosas, alzáronse los elementos de orden y el movimientos subversivo fué aniquilado. Pero pasado este susto mayúsculo, los Rothschild fueron los realizadores del pago de los 5.000 millones de indemnización. Para tan enorme suma, los de París tuvieron que buscar ayuda en sus primos de Francfort y sobre todo en Lionel, que desde Londres les prestó su apoyo decisivo.

Se proclamó la Tercera República y la Banca Rothschild parisiense no se estremeció lo más mínimo. Si antes había contado con reyes, ahora contaba con la amistad de los prohombres republicanos, muy gustosos de alternar con los banqueros más ricos del mundo. Porque ya en esta época—momento cumbre de la de París y supremo de la de Londres—la Casa Rothschild era conocida en todo el mundo; se hizo una institución mundial, como la libra esterlina o el Imperio británico. "Los antiguos rivales—dice Ravage—fueron reducidos a la impotencia o a la servidumbre; los ministros de Hacienda de cada nación europea —y de América también—, cuando sus Tesorerías necesitaban dinero, acudían a New Court o a la calle de Laffitte, con preferencia a otras Casas de menos importancia. Para los círculos oficiales y el vulgo sólo había en el universo un establecimiento financiero, así como sólo existía un Banco de Inglaterra y un Papa." Un inconveniente tenía la nueva situación. No se podía

operar con grandes empréstitos gubernamentales. La democratización trajo una multiplicidad de intereses. Se desarrolló una extensa pequeña burguesía. Y los Rothschild, que no podían permanecer inactivos, dirigieron sus miradas hacia el Este, donde había una inmensa Rusia imperial, llena de riquezas, y, paradójicamente, llena también siempre de necesidades, por su mala administración y despilfarro. Por dos veces, en cinco años, los Rothschild de París operaron con Rusia. En 1883 se encontraba el Zar, como en tantas otras ocasiones, con apuros económicos. No encontraba la posibilidad de despachar un empréstito corriente y decidió buscar el dinero por otros medios: hipotecando las riquezas patrias. Los Rothschild se quedaron con los ricos yacimientos petrolíferos de Bakú, convirtiéndose en los competidores del gran Rockefeller. Claro es que el petróleo no tenía entonces la trascendencia de hoy, pues sólo se utilizaba para el alumbrado; pero de todos modos fueron muy grandes los beneficios, y cuando los Rothschild los cedieron muchos años después a una empresa ganaron una fortuna. El dinero que dieron por los pozos duró poco en manos del Zar, pues a los cuatro años andaba de nuevo gestionando un empréstito en los mercados de Europa. Una maniobra política de Bismarck puso otra vez la fortuna en las manos de los Rothschild. El Canciller alemán prohibió a la Reichsbank que diera ninguna ayuda financiera al Zar, y Rusia no tuvo más remedio que dirigirse a Francia, lo que no quería hacer desde que allí se había establecido la República. De este modo, los Rothschild, únicos que en Francia podían hacer tal operación, además de realizar un espléndido negocio, prestaron un servicio a la República, muy necesitada de apoyo exterior. Entre la autocracia de los grandes señores de todas las Rusias y los demócratas de la Tercera República francesa se estableció una cordial amistad. Eran ya los Rothschild los banqueros del

régimen. Su influencia parecía excesiva a grandes sectores de la sociedad francesa, tradicionalmente conservadores, y el ambiente empezó a ponerse receloso para los Rothschild, que dirigían las finanzas del país a su antojo.

Surgían en aquellos tiempos las empresas por acciones, las sociedades anónimas, la agrupación para que los negocios bancarios y el control de la economía se deshumanizasen y, a notar, se hicieron inhumanos... En 1876, un financiero llamado Bontoux concibió la idea de dar la batalla a la Banca judía mediante la agrupación para los mismos fines de los católicos. Hay que librar—decía—a Francia y al mundo de la explotación semítica. Su proyecto fué acogido con entusiasmo y se fundó la *Unión Générale,* cuyo capital aportaron las familias aristocráticas y las que sin serlo tenían un arraigo en el país; lo que quedaba puro después de tanta convulsión revolucionaria. Comenzó a operar la Sociedad con cuatro millones de francos y los negocios iban bien. Para desenvolverlos con mayor amplitud, Bontoux abrió una Sucursal en Viena, basándose en que Austria tenía también intacta una sociedad que no quería entregarse al arbitrio judío. Los Rothschild se alarmaron. Vieron que Bontoux se orientaba bien y que, como ellos, tendía al desarrollo estratégico, y en consecuencia se dispusieron a darle la batalla. Poniendo en juego su influencia, la coacción cuando hizo falta y sus enormes recursos, lograron hundir a la entidad rival. A los seis años de su existencia que había sido próspera, la Banca de los católicos quebró, cientos de familias perdieron sus ahorros y nació en Francia una lucha política que había de seguir hasta nuestra época entre los franceses de arraigo tradicional y los republicanos. El director Bontoux escribió un folleto que puede considerarse como el punto de partida de esta pugna abierta. Se titulaba *Le crack de L'Unión Générale; la finance juive et les francs-maçons*, y en

él ilustraba al mundo sobre los métodos que habían puesto en práctica los Rothschild y la masonería para arrebatar de manos de la Cristiandad las riquezas y el poder político. Durante muchos años, la contienda Bontoux-Rothschild fué el episodio que dividía a los franceses. Se sumaron al bando Bontoux millares de familias honradas que no tuvieron acciones en la *Unión Générale* ni poseían bienes de fortuna, pues ya no se trataba del pleito de unos arruinados por las malas artes del enemigo, sino de una actitud política nacional.

Mientras tanto, la divulgación de nuevos hechos escandalizaron a la parte sana de la opinión francesa. Se iban revelando maneras y procedimientos para enriquecer a unos cuantos avispados, de moral muy dudosa, en perjuicio de los demás. La creación de monopolios industriales, y aun de tipo agrícola, constituía un irritante tráfico con el hambre del pueblo francés y con la vida dura de pequeños industriales. En todo ello andaban los Rothschild.

"El gran feudalismo—escribió por aquel entonces Drumont—se constituyó a expensas de los posesores de los pequeños feudos; el gran feudalismo industrial y financiero se ha constituído también a expensas de la pequeña clase media. El movimiento de concentración se opera de algunos años acá con tan espantosa rapidez, aplasta tan implacablemente a todos los pequeños, que se puede esperar que el cataclismo provocado por esta maniobra no estará lejano. Al frente de este feudalismo, dejando muy atrás a los más devoradores y feroces, figuran los Rothschild."

Y es que los hombres de la calle de Laffitte se habían impuesto a los jefes del pueblo, como hemos visto, y los ministros de una y otra nación se sometían a su poderío. Posiblemente, en el día de mañana se eclipsarían como esas fantasmagorías que desaparece a los albores del amanecer; se desvanecerán en cuanto el cla-

mor de una parte sana del pueblo salga al encuentro del fantasma y seres reales les hagan frente directamente. Se pensaba eso entonces. Se pensaba y se decía, porque nadie ignoraba que tan extraño poder no descansaba sobre una base sólida, no tenía cuerpo ni existencia lógica, como los fantasmas, sino que era la obra de un artificio creado por ideas desordenadas y falsas mantenidas por una propaganda de todo orden durante más de un siglo.

Se sabía todo eso. Tanto, que hallamos en un libro extraordinario de 1889 *El fin de un mundo,* pasaje tan elocuente en rotundas acusaciones, como el que sigue: "El mundo ha visto regímenes extravagantes y tiranías pasadas, pero jamás vió cosa parecida a ésta: los pueblos arruinados bendiciendo a los que les arruinan, a los que han levantado su prodigiosa fortuna a expensas de millones de trabajadores; los reyes honrando a los financieros que han devorado a la nación por la que esos reyes habían tenido la obligación de velar. En pocos años los Rothschild han dejado a Austria sin jugo; Hungría ha visto, merced a su intervención, decuplar su deuda en menos de doce años. La deuda húngara era en 1873 de 221 millones; en 1885 era de 1.461 millones. Ante este resultado propone M. Tisza, el hombre de los judíos, el insultador de Francia, conceder un puesto en la Corte al Barón Alberto de Rothschild y a su esposa la Baronesa Bettina "como gratitud a los méritos del señor de Rothschild por el desarrollo del crédito nacional de Hungría". En Austria-Hungría, al menos algunos diputados protestan; pero en Francia ¿quién se atreve a recordar en la tribuna que debemos a los Rothschild y a sus operaciones usurarias la espantosa situación económica que sufrimos".

Esto se escribía en Francia en plena apoteosis de los Rothschild, cuando en la prensa se hablaba del ultraje hecho a la na-

ción francesa en el Parlamento por el ministro húngaro, siendo Cónsul austro-húngaro en París, Gustavo Rothschild. Se publicó la dimisión de éste a consecuencia de aquel escándalo. Era lo más lógico. Pero los Rothschild quisieron mostrarse habilidosos. ¿Por qué mantener con firmeza una postura cuando de pronto soplan vientos de escándalo? El Barón dirigió una nota muy seca a la Agencia Havas para anunciar que jamás había tenido la intención que se le atribuía. ¿Qué más se podía pedir? ¿No era una torpeza molestar a la aristocracia francesa cuando la buena sociedad dispensaba al Barón Gustavo y a la Baronesa tan buena acogida? Mientras tanto la rama de Francia se ocupaba de transformar el palacio de la calle Laffitte, donde murió el Barón James, en "una Casa de recuerdo" como la Casa de Francfort. "Será el San Dionisio de la dinastía—publicó un comentarista malicioso—. ¡Se irá a ella en romería, pero cuidado, a veces hay romeros que están hambrientos...!"

El poderío de los Rothschild se concentraba, en efecto, en el palacio de la calle de Laffitte. Fué una época—una larga época que ha llegado hasta nuestros días—en que por Francia gobernaban el mundo. Y dice Drumont: "Nuestro oro sazonado por los Rothschild les permite obtener de los Gobiernos, que creen todavía en su valía, honores y favores para sus correligionarios, y persecuciones más o menos abiertas contra la Iglesia. La Hacienda italiana es una improvisación de los Rothschild. Por otra parte, el soberano desprecio que nos tienen los Barones de la calle Laffitte es, además, una de sus grandes fuerzas. Para tener una cruz o para obtener un apretón de manos de cualquier Soberano, no vacilarían en echar al mercado inverosímiles empréstitos".

Ciertamente, todo eso no se decía a humo de pajas, hay que reconocérselo. Se necesitó una Ley especial para autorizar a la Compañía de Panamá para que emitiera valores por lotes; los

Rothschild, con su simple autoridad privada obligaron a los agentes de París a que admitieran en las cotizaciones las obligaciones por lotes del Congo. Es un hecho rigurosamente histórico. El propio Rey de los belgas encargó esta negociación a Lamberto de Bruselas, quien fué a París expresamente. Se resistían los agentes de cambio, pero se impusieron los Barones de la calle de Laffitte y tuvieron que capitular.

En la sesión parlamentaria de 17 de julio de 1888, M. Luciano de la Ferriére interpeló al Gobierno sobre el particular, y, sin atreverse a zaherir a Rothschild, expuso detalles muy concretos sobre tal escándalo. Peytral dió explicaciones y alegó que se trataba de un compromiso del Gabinete anterior; pero no citó al ministro que contrajo tal compromiso sin tener derecho a ello, ni mencionó la cantidad que recibiera para cometer tal ilegalidad. Tampoco explicó cómo se había atrevido a contraer semejante compromiso sin consultar a la Cámara. Y quizá lo más bochornoso fué que al insistir en ello el señor De la Ferriére, los elementos de izquierda, a los que el agente de los Rothschild "había distribuído, según costumbre, la esportilla que se regala en cada negocio", armaron escándalo para ahogar la discusión, temerosos quizá que con el acaloramiento de los ánimos pudiera aclararse todo y surgiera la verdad. Todo ello está ampliamente relatado, con detalles sorprendentes, en el libro de Chirac: *L'Agiotage sous la troisiéme Republique.*

Y surgió la escandalosa cuestión de los trigos, el alarmante monopolio sobre los artículos de primera necesidad, que desencadenó la tempestad contra los Rothschild y sus cómplices. Se trataba, nada menos, que de traficar con el hambre del pueblo francés y de otros países europeos, cual prematuro anticipo del odioso mercado negro que hoy azota a las masas de Europa como una espantosa calamidad pública. Durante el mes de mayo de 1888

se creían comprometidas las cosechas de Europa por las bajas temperaturas registradas. Los traficantes en granos y los capitalistas de la banda se confabularon con la Banca de Nevada para adquirir el trigo de los depósitos de Chicago, de Nueva York, de Saint Louis y de San Francisco. Así, el 15 de junio retenían 37 millones de hectolitros de trigo americano, que, comprado a un precio irrisorio, no fué vendido hasta que pudo quedar colmada la codicia de los traficantes. Animados por este pingüe resultado, efectuaron igual operación con los almacenes de Liverpool, Londres, Hamburgo y Berlín. Aquel verano llegó el grupo a operar con la respetable suma de 3.500 millones de hectolitros. Representaba todo ello un agiotaje desenfrenado, en el que lo mismo intervinieron judíos alemanes que franceses. Los Rothschild, naturalmente, limpiaron de dificultades el camino, en su ambición de dominio de todo negocio productivo. Luis Hervé demostró cuánto había de inmoral en ese agiotaje internacional, cuyo estado mayor estaba formado por judíos. En menos de ocho días, las harinas subieron de 52 a 58 y hasta 60 francos el saco, y las revelaciones de Hervé dieron la clave de las fluctuaciones inverosímiles e inexplicables que experimentaron los trigos y las harinas en aquellos meses. Pero es que, al mismo tiempo, se inició una maniobra contra los pequeños propietarios franceses con motivo del crédito agrícola. Y tal como se desarrolló aquello, según genuinas prácticas bancarias en Europa y América, se vió que si la agricultura francesa carecía de capitales para producir, en cambio no faltaban capitales para esquilmarla. Y se vió también que si el socialismo de abajo es un enemigo de la propiedad y del orden, tiene, en cambio, en tal capitalismo un cómplice con el cual no se tiene arteria común. Fué todo eso tan escandaloso, que en la sesión de la Cámara del 29 de octubre de 1888, y a consecuencia de las rotundas acusaciones de René

Brice, 55 diputados de izquierda sintieron el pudor ante la opinión pública y se unieron a la derecha para votar una orden del día que restablecía la administración directa por el Ejército, esto es, permitía a los pequeños labradores franceses tomar parte en adjudicaciones parciales en la región que habitaban. ¡Ah!, pero esto iba en perjuicio de los intereses del capitalismo. Los francmasones republicanos que dirigían realmente el Ministerio de la Guerra ayudaban, mediante una pingüe retribución, a los banqueros internacionales en una maniobra de arruinar la agricultura francesa. La orden del día iba contra tan vasta maniobra y... no podía prosperar. ¿Qué sucedió? En el Senado, León Say, "el hombre de los Rothschild", subió a la tribuna, pronunció unas palabras "para significar la voluntad de su amo", y la solución propuesta quedó indefinidamente aplazada.

Exactamente lo mismo cabe decir en cuanto al negocio de los azúcares. En todas partes ejercían los agiotistas su acción devastadora. Banqueros y cómplices, como Sebandy, comenzaban por perturbar el mercado con sus intrigas, sus acaparamientos, sus jugadas de Bolsa. Incapaces los fabricantes y refinadores de luchar contra aquella formidable coalición, quedaron arruinados o se sometieron a los dictados de los especuladores. Los que se pusieron a favor de los agiotistas no tuvieron, por lo demás, de qué lamentarse, porque en la sesión de la Cámara de 15 de enero de 1886, declaraba Sans Leroy que los refinadores de París habían obtenido 40 millones de beneficio. "Merced a la venalidad de los ministros—denunció Sans Leroy—se han hecho las leyes sólo para favorecer las operaciones de los capitalistas agiotistas". Así se arruinaban las Colonias, como consecuencia de tales operaciones. Acerca de esta cuestión escribía Ivo Narcas en la *Revista Socialista*—números de febrero y marzo de 1887—lo siguiente: "Si las explotaciones cayeran en manos de las personas

del país, que las explotarían a su vez, no padecería por ello el interés general. Por desgracia no sucede así. En nuestras Colonias como en la metrópoli, asistimos al desenlace fatal de todas las cuestiones industriales y mercantiles de nuestra época. Nuestras Colonias pasan a ser propiedad de grandes Bancos anónimos".

Después del trigo y el azúcar, el café. Los Rothschild y la alta Banca se ocuparon en acaparar el café de todo el mundo y se entregaron a especulaciones desenfrenadas. Instalaron su centro en París y los comerciantes de buena fe quedaron arruinados. A este propósito, Ariste Dody citó en el *Constitutionnel* algunas cifras y aportó datos que indican las escandalosas proporciones de los fraudes: "Durante el pasado año—dijo—la especulación, arrastrada por las facilidades de los mercados a plazo, con sus cajas de liquidación, ha operado sobre una sola procedencia: la de Santos, provincia del Brasil, que produce buen café, verdadera riqueza de aquel hermoso país. La cosecha de Santos ha sido de unos 2.500.000 sacos, cifra sobre la cual deben basarse todas las apreciaciones formales. La especulación con estos 2.500.000 sacos ha hecho operaciones que han excedido, sólo en el año, a la fantástica cifra de 70 millones de sacos, produciendo un alza de más de 100 por 100 sobre los precios de enero de 1887".

Debe de tenerse en cuenta que la producción total del café en todo el mundo no excedía en aquellas fechas de los 12 millones de sacos, y que el consumo podía valuarse en 11 millones. Por estos datos podemos darnos cuenta de lo amplia e inteligente que debía de ser la organización para producir un movimiento siete veces mayor que la producción mundial de café, y 25 veces que la del café sobre cuya marca o procedencia se operaba.

Y después del trigo, del azúcar y del café, los carbones. En periódicos y libros de la época encontramos igualmente cosas reveladoras de toda esa amplia maniobra a que se entregaban los

Rothschild sobre los carbones. En el número de 17 de enero de 1888, denunciaba el *Post,* de Strasbourg: "El ambiente popular está cada vez más en contra de la Casa Rothschild. Sabido es que el Barón Rothschild, aquél para el cual M. Tisza propuso conceder un puesto en la Corte imperial austro-húngara, es el principal accionista del riquísimo ferrocarril del Norte austríaco y el principal acreedor del pobrísimo ferrocarril del Sudaustríaco. Al mismo tiempo, Rothschild es propietario de los carbones de Ostrau, en compañía de los señores Guttmann, hermanos. Sábese, de pronto, que el ferrocarril del Norte ha concedido una inmensa reducción de las tarifas de transporte para dichos carbones, de manera que el ferrocarril del Sud podrá ahora proveerse allí. La Dieta de Estiria se ha ocupado ya del asunto y ha protestado vivamente contra la ilegalidad de permitir al ferrocarril del Norte que reduzca sus tarifas en provecho de un particular".

Se hizo una interpelación parlamentaria en el Reichsrath austríaco, pero el ministro correspondiente se escabulló de la cuestión, del mismo modo que Fallieres cuando la interpelación sobre los cobres, de cuyo escándalo también nos ocuparemos. Pero no por todo ello quedó satisfecha la opinión austroalemana. *La Gazette de Cologne* escribía en aquellas fechas: "Es evidente y constante que el barullo de los carbones ha demostrado el provecho de la Casa Rothschild, y el perjuicio de los carbones de la Estiria y de la Carmida. La gente que depende de esta industria sufre por esto, porque estos carbones han perdido su mercado natural a consecuencia de estos embrollos. Si se renovaran estos hechos, tendrán por consecuencia la omnipotencia de los carbones de Moravia, es decir, de los señores de Rothschild y "David Guttmann, Hermanos". Un periódico vienés ha dado a entender que no se despreciaban los carbones estirios sino para poderlos adquirir a un precio irrisorio y crear luego, en provecho de los

Rothschild-Guttmann, en toda la extensión de la Monarquía, una especie de monopolio de los carbones. Es un hecho innegable que la industria y el pueblo austríacos han sido particularmente explotados en estos últimos tiempos por las Casas Rothschild y Guttmann en convivencia con la Compañía del Ferrocarril del Norte austríaco. Por lo demás, la opinión pública está menos conmovida por el hecho en sí mismo que por la omnipotencia de la Casa Rothschild, que, una vez más, se ha mostrado tal cual es".

Por su parte la *Gazette de Francfort*, órgano democrático, decía: "El omnipotente rentista que es ya el dueño del ferrocarril del Norte austríaco, de las hulleras de Moravia y de tantas cosas en Austria, ha dado un golpe maestro de financiero que sobrepasa a todo cuanto se ha visto sobre el particular, no sólo en Europa sino en América".

Quedan aquí transcritos algunos testimonios arrancados de las fuentes vivas de información de aquella época: periódicos y sesiones parlamentarias. Era entonces lo actual, lo palpitante, reflejo exacto de la atmósfera que creaba en torno suyo la Casa Rothschild por sus maniobras y sus agiotajes. Y es que se ponía al descubierto una audacia inaudita para perturbar las condiciones de existencia de los pueblos, para introducir descaradamente en las sanas costumbres del comercio el juego turbio, las noticias falsas, la mentira y el engaño, cuya consecuencia era arruinar a millones de hombres para enriquecer a unos pocos. No se ha olvidado aún la operación gigantesca del famoso acaparamiento de los cobres. Para acaparar ese metal en todo el mundo y determinar un alza formidable de precio, se formó una Compañía en la que figuraban la Casa Rothschild, el Comptoir d'Escompte, el Banco de París, M. Andrés Girod y M. Secrétan. Se consiguió el resultado apetecido y, del 21 de octubre al 23 de diciembre de 1888, se logró doblar el precio del cobre. Era esta alza, que si-

guió luego en proporciones extraordinarias, la ruina de los pequeños fabricantes, y en todas partes produjo una emoción enorme. Porque, como señaló ya *Le Socialiste*, esa ruina introducía el desorden en la vida del trabajador manual al hundir a innumerables pequeños fabricantes e industriales que se proveían al día, y el escandaloso encarecimiento de la primera materia imposibilitaba cumplir con los pedidos recibidos y hacer honor, por consiguiente, a sus compromisos. Pero los especuladores obraban en la impunidad. Nada les importaba la trágica situación en que quedaban miles y miles de familias de obreros, cuyos gemidos de angustia y los lamentos de los pequeños patronos arruinados no turbaban la conciencia de los que vivían en la opulencia gracias a la descarada explotación de una situación privilegiada lograda a fuerza de oro. Claro que los que sufrían y gemían eran cristianos, y ya es sabido, en opinión de Rothschild, según Goncourt, "el semita gusta de la inefable alegría de sentir millones de cristianos bajo de sus pies". Pero, hemos de confesarlo, no todo fueron acres censuras. En *Les Debats*, periódico de León Say, el académico Leroy-Beaulieu, de la Academia de las Ciencias Morales y Políticas, clasificó la gigantesca operación de los cobres como "una afortunada *razzia*", que sería compensada con la ruina de muchísimos badulaques. Así, textualmente. Luego esos hombres se irritan contra los anarquistas cuando Tortelier y Tennevin declaran en una reunión pública que el hombre tiene derecho a hacer lo que le plazca y aun de apoderarse de lo que le conviene. Porque, sin duda, el diario *Les Debats* censuraría esa *razzia* de ser llevada a cabo por pobres gentes impulsadas por el hambre; en cambio la encontró admirable realizada por millonarios que, imaginando las más inverosímiles fantasías y entregándose a las más locas prodigalidades, no podrían llegar a malgastar lo que poseen.

Hemos tildado de gigantesca la operación de los cobres, y no hemos exagerado. El drama de los obreros y pequeños industriales se desarrolló en cinco actos. Veamos:

1.° La compra en firme del metal, operación que se eleva de 30 a 40 millones.

2.° Compra del metal a plazos, 400 millones.

3.° Compra eventual de todo el "stock" de las minas a menos de 60 libras.

4.° Especulación sobre el valor de las minas, que representa un capital de unos mil millones.

5.° Finalmente, la nueva emisión de acciones a favor del alza de los cobres.

De esta manera se llegó a movilizar en esta colosal empresa una suma de más de 1.440.000.000 de francos. Tomamos todos esos datos del discurso de M. Saur, en su interpelación sobre el acaparamiento de cobres al ministro correspondiente. Pero igual que M. de la Ferriére, tampoco tuvo el valor de pronunciar el nombre de los Rothschild; las ruidosas interrupciones de la izquierda, sobornada por ellos, se lo hubiera impedido. Pero sí logró poner de manifiesto lo que había en el fondo de la gigantesca operación. Falta, en su discurso, la acusación concreta y rotunda contra tres o cuatro hombres, uno sobre todo, que se desprende de sus alusiones de un modo bien delimitado. Ciertamente, la actitud de las derechas francesas fué bastante deplorable en este caso. Perdieron una ocasión magnífica para mostrar su simpatía a los modestos industriales, que se veían, de la noche a la mañana, en la imposibilidad de cumplir sus compromisos, y a los obreros a quienes el dueño del humilde taller se vió precisado a despedir.

Pero hay otro aspecto muy interesante de la cuestión y que debemos llevar a estas páginas, puesto que revela que esas am-

plias maniobras de ramificaciones internacionales entrañan siempre peligro para la Patria. Es poner al descubierto el doble juego a que suele entregarse el capitalismo. Es la inteligencia de los Rothschild a través de fronteras y naciones. El citado M. Laur demostró, en un discurso, que el asunto de los metales era una cuestión de defensa nacional. He aquí unos párrafos que revelan un profundo conocimiento de la cuestión:

"El mayor inconveniente—decía—, el que sobre todo quiero señalar, es el que resulta de esa especulación para nuestra defensa nacional. Es innegable que el mercado internacional está intacto aun en muchas partes del mundo, particularmente en América; pero el mercado francés está completamente acaparado de dos maneras: primero, porque la Sociedad de los metales posee, o ha sindicado, unas ocho o nueve fábricas de las once o doce que poseemos y, por consiguiente, tienen en sus manos casi el total aprovisionamiento de Francia.

"En segundo lugar, como en la Marina y en Guerra hay todavía la preocupación increíble de exigir en el cuaderno de las cargas, marcas especiales, tales como Walardo, la Superior, Electrolitiques, etc., marcas fuera de las cuales no hay salvación; como nuestros sabios politécnicos no han querido imponer pura y simplemente condiciones de mayor resistencia, sin ocuparse de si el metal venía del Norte o del Sur, síguese que el que han acaparado, sean los "Lac Superior", sean los "Electrolitiques", por ejemplo, es absolutamente dueño de la Marina, Guerra y Hacienda. Impone el buen o mal cariz en las adjudicaciones, y esto sucede de muchísimos años acá. Esto triplica ciertas fortunas, en verdad fabulosas, logradas con los aprovisionamientos del Estado.

"La "Sociedad de los Metales" posee también la casi exclusiva de los suministros al Estado; muy pocas personas pueden lograr

adjudicaciones a no ser que la Sociedad tenga a bien consentirlo. En efecto, obligado un concurrente a someterse a determinadas marcas, el "Lac Superior", v. g., si la producción está toda comprada por la "Sociedad de los Metales", se le pone en la obligación de ir a decir humildemente: "Vendedme "Lac Superior" para cumplir mi encargo", y entonces el precio que se le exige puede hacer imposible todo beneficio.

"El acaparamiento es, pues, un hecho; y debo decirlo aunque me pese: la defensa nacional está por completo en manos de la "Sociedad de los Metales"."

Pero la realidad es, por triste que sea, que nada se pudo hacer contra aquellos monopolios tan sólidamente armados. El propio Estado se veía obligado a capitular y a aceptar los precios que se le pedían, y aun a aceptar de los proveedores mercancías averiadas. En caso de oposición, los banqueros disponían de suficientes miembros influyentes de la izquierda que amenazaban al Gobierno con su voto y el de su grupo si surgían dificultades. La anécdota, rigurosamente histórica, que transcribimos a continuación, apoyará nuestro aserto inspirado en la mayor objetividad:

Después del escándalo de las hullas, el presidente del Reichsrath austríaco mandó llamar a M. Pattai, diputado antisemita, para conjurarle a no pronunciar más el nombre de Rothschild en el Reichsrath, dado que todo ataque contra el gran prestamista judío podría costar millones al Estado. Pero a ello contestó valientemente M. Pattai:

—Al contrario. La prudencia más elemental aconseja intimidar al gran explotador de la Monarquía en vez de dejarnos intimidar por él.

Pero no siempre hombres del temple de M. Pattai se decidían a arrostrar las consecuencias de una gran oposición a la omnipotencia de Rothschild. Ahí está el caso vergonzoso de los famosos

cartuchos de latón, pues es una vieja historia que muestra de modo asombroso hasta qué punto llegaba el despilfarro en el Ministerio de Guerra francés en beneficio de avispados y desaprensivos. Los cartuchos fueron impuestos por la poderosa Sociedad que formaban los señores Gevelot, Secretan, Laveyssiére y Rothschild. ¡Siempre ha de aparecer el nombre de los Rothschild asociado a esos *affaires!* Aunque el Ministerio de la Guerra sabía a qué atenerse desde 1868 acerca de la materia, años atrás se había propuesto al Ministerio de la Guerra la adquisición de los cartuchos, pero habían sido desechados a consecuencia del informe del capitan de Artillería, Michel René, el cual reveló que "acciones químicas poderosas obraban para destruir su cubierta". En efecto: el cartucho se deterioraba rápidamente, la cubierta se oxidaba y al cabo de cierto tiempo resultaba inservible; el alcance de tiro no excedía gran cosa de los 200 metros, y el término medio de las faltas y roturas del estuche era del 15 por 100. Todo esto no eran habladurías ni rumores más o menos fundados. El informe concretaba y demostraba de su veracidad. Pero la verdad es que, después de haber gastado Francia muchos millones para la fabricación de tales cartuchos hubo de pagar más millones para destruirlos. Pero Rothschild impuso los cartuchos, a pesar de que los periódicos militares habían divulgado la inutilidad de los mismos. Estos se almacenaron, pasó el tiempo... y a fines de 1882 votaba la Cámara un crédito extraordinario de 2.673.323 francos para destruir la enorme provisión que se había hecho de cartuchos averiados y que habían costado centenares de millones.

Hiciéronse esfuerzos para que tal operación pasara inadvertida. Se emplearon mujeres y niños en tan peligroso trabajo, y dadas las malas condiciones de los cartuchos produjéronse explosiones espantosas; en Mont-Valerien, a fines de diciembre de 1882, en Sainte-Andresse, en febrero de 1883, y algo más adelante en

Besançon. Fué tal la emoción producida por estas catástrofes, que el Ministro de la Guerra hubo de renunciar a semejante manera de descargar los cartuchos averiados; hizo dar mayor cantidad de cartuchos para los ejercicios de tiro, construyendo soportales donde los soldados disparaban de la mañana a la noche en cajas llenas de salvado. En determinados parajes de Niza los soldados disparaban continuamente contra las rocas. Fueron tan extraordinarias las cantidades de cartuchos descargados de ese modo, que se calcularon en más de 400.000 kilogramos de vainas vacías los que se acumularon en el arsenal de Vincennes.

Y comentaba Drumont: "Pero lo más sorprendente es que no haya habido un solo diputado en la Cámara que se haya levantado para decir que el señor Rothschild ha ganado dinero con los cartuchos inservibles, y que se encargue él a lo menos de pagar su destrucción. Para él es una bagatela, y creo que le parecerá muy sencillo no permitir que nuestros desgraciados electores carguen con el muerto".

Naturalmente, se dió la callada por respuesta. Y es que los Rothschild conocen bien el viejo proverbio austríaco: "La palabra es plata, el silencio es oro". Fué aquél un ciclo maravilloso, en el que desplegaron un gran tesón y voluntad por medio de procedimientos ingeniosísimos, rectos o tortuosos, pero todos tendentes al mismo fin: el oro; porque con oro domeñaban voluntades, vencían resistencias, sometían a la Casa Rothschild los más altos intereses del Estado. El oro que repartían para dominar tornaba a ellos multiplicado en los pingües negocios que el dominio les proporcionaba. Habrán cambiado los tiempos, pero los procedimientos del viejo Meyer de Francfort adaptados al tiempo y el espacio, resultaban tan eficaces con la República democrática como con el absolutismo de los reyes y duques. Mayor eficacia aun, ya que el funcionario sobornable debía su cargo a la volun-

tad del príncipe, y podía resultar un hombre honrado a ultranza. Pero cuando el diputado o el ministro debían su acta o su cartera al dinero, a la prensa y a la influencia de los Rothschild, ya no era necesaria la corrupción, la compra, para un negocio específico, pues el político era, desde su encumbramiento, un servil empleado de la Casa. Todo esto constituía una habilísima red de tentáculos invisibles y poderosos que aprisonaban y estrujaban al país, dejándolo sometido a sus intereses. Así se lograban operaciones que en realidad eran latrocinios inicuos. Ni siquiera hallaban el menor obstáculo en la adjudicación pública. La operación se lograba con todo descaro: el grupo o sus testaferros acaparaban un producto especial de tal o cual cobre, tales o cuales telas, incluso se dió el caso de esponjas de cierta procedencia —¡qué curiosa aquella operación de las esponjas!—, y de pronto, el ministro o, a veces, sin que el ministro se dé cuenta de ello, el funcionario vendido abre un concurso público para la adquisición, en un plazo muy corto, de una inmensa cantidad de ese cobre, de esas telas o de esas esponjas. El acaparador es, naturalmente, el único que puede presentarse, y exige un precio tan alto como quiere, pero nadie puede acusarle de impedir que concurra quien quiera. Puede acudir quien quiera... pero a condición de que pueda... y la circunstancia, el plazo, la característica, bien determinada y convenida de antemano, determinan que sólo el "grupo" pueda presentarse. Y la cosa resulta limpia, legal... casi maravillosa. Pero, de tanto en tanto, afloraban escándalos como los de los monopolios y acaparamientos, que hallaban resonancia en los debates de las Cámaras, como el empréstito italiano, calificado de antipatriótico e inmoral, que colocaba sus títulos en Francia, gracias a las maniobras de los Rothschild. Tanto hicieron en Francia, que atravesaron una época tan inquieta y difícil que llegaron a estar preocupados hasta por sus vidas. Pero remontaron las difi-

cultades y llegaron a los primeros años del siglo xx. Las pasiones quedaban en el fondo, como sorda e implacable actitud, pero sin hechos decisivos de violencia.

* * *

En cuanto a la Casa de Viena, al morir Salomón le sucedió su hijo único Anselmo. El viejo Salomón había expresado muchas veces su pesadumbre por el carácter de este hijo que daría al traste con la Casa, pues no se parecía nada a los Rothschild; lo encontraba mundano y extravagante y sin la menor inclinación por el trabajo y el ahorro. Preocupado por su porvenir, hizo esfuerzos para encauzarle en las ideas y carácter de la familia. Le envió a cursar estudios a la Universidad de Berlín, le rebajó la pensión hasta el punto que el joven estudiante contrajo deudas y, como supremo freno, le casó a los veintitrés años con la hija mayor de su hermano Nathan, el de Londres. Esperaba que la creación de un hogar y la convivencia con Lionel y sus otros primos londinenses le llevasen por el buen camino. Antes de eso le había enviado a París con su tío James y, encontrando peligrosa su conducta, le trasladó a Copenhague y Berlín, donde tuvo que trabajar para terceros. Finalmente, le sacó también de Londres, ordenándole que fuese con su mujer a Francfort, a trabajar en la Casa matriz, donde el viejo primogénito de la dinastía, viudo, se encontraba en soledad y podía darle ejemplo saludable con su conducta laboriosa y austera. Allí vivió siete años, hasta que Salomón murió, en ocasión de un viaje a París, como dijimos. Entonces Anselmo se trasladó a Viena para hacerse cargo de la herencia. ¿Acertó el padre al juzgar tan despiadadamente a su hijo? Los hechos demostraron que no, como vamos a ver. Lo que le ocurrió a Salomón con su hijo es un caso típico de incomprensión.

El era un hombre que había luchado con la adversidad y había levantado una fortuna con gigantesco esfuerzo. Su hijo había nacido en medio de aquella riqueza y se comportaba como tal muchacho rico. La sordidez le infundía al padre temores por el futuro. ¿Qué, iba a ser de aquella Casa con aquel loco? Para él, aquel chico era un "señorito", un ser nacido para la molicie y el despilfarro, que en vez de conservar el tesoro vienés de los Rothschild iba a destruirlo. El viejo se equivocó totalmente. Anselmo era, comparado con él, tan zafio e ignorante, un señorito, sí, un muchacho bien portado; pero eso resultaba perfectamente compatible con su casta pura.

En efecto, tenía cincuenta y dos años—¡y aun el viejo le trataba como a un niño incorregible!—cuando heredó. Al hacerse cargo de la Casa de Viena tenía una larga experiencia. En seguida, comprendiendo que la época de los empréstitos había decaído, se metió en el más productivo de los negocios industriales de su tiempo: los ferrocarriles. Tomó el control financiero de nuevas líneas férreas en Austria y extendió su acción a las del norte de Italia. Se hizo un especialista y ganó mucho dinero. Su posición en Viena fué económicamente tan sólida como la de su padre, y a más, superó todas las dificultades sociales que éste había encontrado, penetrando en el mundo aristocrático en el que el viejo era un extraño sólo tolerado por sus riquezas. Mientras Salomón únicamente pudo lograr, pese a toda su influencia. una ciudadanía honoraria, a costa de dinero, Anselmo entró sin dificultades en la Alta Cámara, distinción sin precedentes en Austria, donde en aquellos momentos los judíos no podían siquiera cambiar de domicilio sin permiso especial de la Policía.

Una dura prueba se le presentó a Anselmo en sus actividades bancarias, en las que demostró una vez más la equivocación total de su padre, probando que él era un puro Rothschild, tenaz e im-

placable, con quien pretendiera arrebatarle su hegemonía. Nacieron diversas entidades industriales, no contra él, sino emancipadas de su tutela. Estas industrias, con pequeñas aportaciones múltiples de capital, se desenvolvieron prósperamente. Y eso Anselmo no lo podía tolerar. Desenvolverse a espaldas de la Casa Rothschild era una osadía inaudita. Necesitaba sostener el principio de que en cuestiones económicas había que contar siempre en Europa con ellos o sucumbir. Empezó ordenando a sus agentes que comprasen en la Bolsa acciones de aquellas entidades, hasta que tuvo en sus manos el control. Entonces empezaron también agentes suyos a ofrecer papel, hasta que se hundiera el mercado. Con ello recuperó la Casa Rothschild la plena hegemonía, que en un momento pensaron desobedecer muchos hombres modestos y laboriosos.

Anselmo, gran señor de las finanzas, caballero de la Corte, mimado de la alta sociedad, pasó sin más tropiezos el resto de su vida, contemplando a la Casa Rothschild de Viena con el orgullo del triunfador. Murió en 1874, a la edad de setenta y un años. En sus manos, el tesoro paternal no había sufrido la quiebra pronosticada y lo dejaba a su vez en toda su pujanza.

* * *

Cuando Carlos, el de Nápoles, murió, Italia estaba sumida en una profunda convulsión política. El primogénito y el tercer hijo de Carlos, Meyer y Guillermo, vivían hacía años en Francfort, junto a su anciano tío Anselmo, viudo y sin hijos, para sucederle. La herencia de la Casa de Nápoles la recibió el hijo segundo, Adolfo. Durante cinco años siguieron desarrollándose los negocios con cierta languidez, pero cuando Garibaldi entró en Nápoles al frente de sus Camisas Rojas y al hacer la nueva Italia, Adolfo se sin-

tió alejado de aquel mundo naciente, tan distinto del que había visto. En realidad, le faltaba la casta de los Rothschild. Su tío James, al frente de la Casa de París, tuvo que hacer frente a más borrascosos tiempos y los superó; se sucedieron Monarquías y Repúblicas, épocas autoritarias y demagógicas, y la Casa Rothschild encontró siempre a su hombre o sus hombres en cada régimen. Parecidos negocios pactó con Luis Felipe y con Napoleón III o la Tercera República. Pero Adolfo renunció a la lucha. Los que fueron amigos de su padre estaban en desgracia; se sentía solo. La revolución se encontraba en pleno desarrollo. Tiempo desagradable y violento. Podía hacerse amigos en el nuevo régimen, bien lo sabía. En cuanto brillase el oro, acudirían a su lado hasta los más exaltados garibaldinos. Pero no; definitivamente, no. Era enormemente rico, ostentaba un apellido famoso, tenía amistades en la buena sociedad de varias naciones europeas en las que se disfrutaba de tranquilidad. Amaba los libros, las flores, las artes. Las finanzas constituían para él una rutina, pero no le entusiasmaban. Y así, en 1861, se cerró la Casa Rothschild de Nápoles, que durante cuarenta años dominó la vida financiera en aquel dorado rincón de Europa.

En cuanto a la Casa de Francfort, al morir Anselmo, la heredaron sus sobrinos Meyer Carlos y Guillermo. La Banca perdió lentamente su esplendor, en parte por la actitud de los dos hermanos, en parte también por el desarrollo de los acontecimientos. Meyer era un excelente Rothschild, apto para el negocio, pero más atento a participar en los acontecimientos públicos. Elegido para la Asamblea de la Confederación de Alemania del Norte, dejó los asuntos bancarios casi exclusivamente en manos de su hermano. Cuando tras la victoriosa guerra con Francia emprendió el país el camino de la unificación, fué nombrado miembro del Senado de Prusia y trasladó su residencia a Berlín.

Al proclamarse el nuevo Imperio alemán empezó a caer la importancia de la ciudad de Francfort hacia un ocaso irremediable.

Tales fueron los sucesores de los cinco hermanos que levantaron la más grande entidad financiera de todos los tiempos. Aun, en general, con arrestos, salvo las Casas de Nápoles y Francfort, vencidas en buena parte por los acontecimientos políticos. Veamos cómo se produjeron los demás descendientes de cada Casa hasta la época contemporánea.

* * *

Al Barón Lionel le sucedió el mayor de sus hijos, Nataniel. su padre vivió en el fasto y la opulencia, Nataniel fué ya una quitaesencia del aristócrata británico. Nacía sin la tara familiar de su padre. No tenía que avergonzarse de la visita de zafios parientes. El pasado humilde quedaba en el olvido, como si no existiera. Si su padre se educó en los mejores colegios, Nataniel sólo vivió entre una minoría selectísima. Su título de Barón lo heredó del tío Antonio, o sea, era un título inglés, concedido por la Reina Victoria y no una baronía austríaca, de ocasión, otorgada a la fuerza a unos mercaderes poderosos. Era Nataniel un gran amigo del Príncipe de Gales, a quien había conocido en Cambridge y le proporcionó más tarde la dignidad de Par de Inglaterra. ¡Lord Rothschild!

No desatendió la Banca, aunque ella sólo fuera una de sus actividades. Por las mañanas iba a New Court y recibía las visitas, como hizo su padre; negociaba empréstitos extranjeros, particularmente varios para el Brasil. La Casa Rothschild tenía tal fuerza y prestigio, que andaba sola. Los negocios llegaban a ella solicitados por los clientes. No se acometían nuevas empresas. El capital de los Rothschild era tan grande, que bastaba con ad-

ministrarlo; con eso tenían bastante que hacer los empleados. Lord Rothschild participó en todos los actos de sociedad importantes, fué amigo de las artes, sintió afición por el deporte y, en general, por todas las manifestaciones de la vida elegante.

Pero su característica principal hay que verla en sus actividades como judío y al servicio del sionismo. ¿Era, acaso, un nuevo Sidonia, heredero también de este título paternal? Después de estar sentado veinte años en la Cámara de los Comunes, cuyas puertas abrió su padre a su raza, él daba el paso que quedaba para la victoria total. Fué el primer judío que tomó asiento en la Cámara de los Lores, en 1885. En una carrera de creciente influencia, le nombraban en 1902 Consejero privado y le concedían la Gran Cruz de Caballero de la Royal Victorian Orden. Fué Gobernador del Banco de Inglaterra y Presidente de los Consejos de Administración de las más importantes entidades financieras. Opuso abierta resistencia a los proyectos del Parlamento para la restricción de la inmigración de extranjeros, sin duda para que los judíos de todas partes encontrasen asilo en el país. En la época zarista, tan agitada por los revolucionarios de su raza, socorrió a éstos. La *Enciclopedia Judía* define este auxilio en estos sospechosos términos: "Fué un contribuyente liberal a los fondos para aliviar la suerte de los perseguidos en Rusia". Durante toda su vida se le consideró como el Jefe seglar de la Comunidad judía de Inglaterra. Presidió las grandes organizaciones hebreas y fué Director de la "Great Synagogue", algo así como la metropolitana del Imperio.

Los hermanos de Lord Rothschild se entregaron casi por entero a la vida de sociedad; la estirpe de estos Rothschild y luego sus herederos parece haber perdido las viejas características bancarias. Hoy los Rothschild de Londres, o más propiamente de Inglaterra, pues su influencia es nacional, constituye una extensa

familia de las más poderosas del país. La Casa de Banca no sólo subsiste, sino que sigue disfrutando una fama sólida; pero no emprende negocios. Es, pudiera decirse, la administración general de un gran patrimonio, de una colosal fortuna, sobre cuya cuantía vale más no hacer cálculos; baste con asegurar que será de las primeras del mundo. El capital está invertido en empresas múltiples. Ha muerto, definitivamente, el espíritu del viejo Nathan, y la Banca que fundara, depósito de su herencia aumentada, es hoy como un monumento eterno que los descendientes mantienen a su memoria.

* * *

También subsiste la Casa de París y con análogas características. Cuando Alfonso de Rothschild murió el año 1905, a la edad de setenta y seis años, después de mantener en la última época de su vida la gran lucha que anteriormente hemos expuesto, le sobrevivieron sus hermanos Gustavo y Edmundo, que fueron sus socios; pero se encontraban muy viejos para tomar la dirección y éstos pasaron a sus hijos Roberto-Felipe, hijo de Gustavo, y Jaime y Mauricio, hijos de Edmundo. Poco a poco fué reduciéndose la escala del negocio. En 1911 fueron ellos los que hicieron la estupenda operación de vender los yacimientos petrolíferos de Bakú, que se adquirieron por Alfonso tan fácilmente en un momento de apuro del Zar. Después de esta venta, la Casa de París ha quedado, como la de Londres, aunque abierta al público, como la sede operativa de la colosal fortuna de la rama francesa de los Rothschild.

* * *

Anselmo, el triunfador hijo del desconfiado Salomón, en la

Casa de Viena, dejó al frente del negocio a su hijo menor, Alberto. El primogénito, Nathan se había dedicado a administrar su parte de fortuna y a vivir la gran vida de deportes y viajes, y en los ratos de ocio a escribir. El segundo, Fernando, se casó con Evelina, una hija de Lionel, que falleció en seguida, y Fernando se instaló en Inglaterra, se metió en política, sentóse en la Cámara de los Comunes, fundó el Hospital Evelina, en recuerdo de su esposa, para pobres judíos y escribió un libro titulado *Rasgos peculiares de la historia francesa.*

El nuevo jefe de la Casa de Viena, Alberto, tras una breve etapa de negocios y combate, se dedicó a vivir espléndidamente, a semejanza de sus primos de Londres. Fué invitado a desempeñar un cargo palatino. Con todo ello, la Banca languideció. Falleció Alberto en 1911. Y en sus descendientes se acentuó la tendencia indolente y el abandono de los negocios. Uno de los hijos de Alberto, se suicidió, y ante este hecho y la falta de acometividad de los demás, en Austria se considera—recordando a Salomón y Anselmo—que la raza ha degenerado a causa de los matrimonios entre individuos de la misma sangre. La guerra de 1914 a 1918, perdida por los Imperios centrales, representó enormes pérdidas para los Rothschild vieneses, sin duda compensadas por las ganancias que le suministraría la parte de su capital invertido en los países victoriosos. Ningún Rothschild ha vinculado la totalidad de su fortuna al área exclusiva de una sola nación. Eran y son puros capitalistas, o, lo que es igual: internacionalistas. Hoy, esta Casa es más bien un recuerdo. Pero no se entienda esto como pobreza. Los actuales Rothschild de Viena han perdido su fuerza de banqueros. Eso es todo. Pero, cabe preguntar, ¿qué ha sido de Austria?

* * *

La Casa de Francfort, como la de Nápoles, desapareció. En 1901, el consejo de familia acordó podar esta rama seca. Ya no representaba nada Francfort ante un Berlín pujante. Cincuenta años antes, esta determinación hubiera sacudido los cimientos de las Bolsas europeas. Ahora, pasaba inadvertida. Los Rothschild triunfadores en Londres, París y aun entonces en Viena, los numerosos descendientes y consortes de todas las ramas, que vivían ricamente en las grandes capitales, cerraron aquella Casa con toda tranquilidad. Nadie estaba dispuesto a ir allí y a luchar. A ninguno le decía nada al corazón aquella vieja casa donde el viejo Meyer luchó y venció y los cinco Rothschild se forjaron, para que estos aristocráticos descendientes pudieran ser lo que eran. Pero... la vida es así.

III

LOS ROTHSCHILD EN EL MUNDO

ANTES de comenzar esta historia de los Rothschild hicimos un bosquejo general para presentación de la familia. Ahora, que ya hemos conocido y tratados a todos—al viejo Meyer, a los cinco colosos, al Barón Lionel, a Lord Rothschild, a los últimos descendientes—hagamos como despedida un examen de su vida y de sus obras. Un examen tranquilo y desapasionado, pues si en este tema se pusiera pasión podrían deducirse extraordinarias consecuencias.

Constituye un hecho innegable que los Rothschild, como buenos judíos, se aprovechan siempre de todas las situaciones. El negocio es, para ellos, antes que los deberes para con la nación que les acoge, los ampara y los enriquece. Recordemos los sucesos de París por el desastre de Tonkín al revelar el *Times* que los Rothschild habían hecho un empréstito a los chinos, con el que éstos pudieron proveerse de armas contra los franceses. En cuanto se recibió la noticia de haberse acordado un Tratado con Indochina, se formó un grupo de negociantes y financieros franceses, al frente de los cuales figuraban, naturalmente, judíos

—Gunzburg, Ulmann, Ernesto Levy, etc.—para establecer en Tonkín, como dijo el *Gaulois*, "los primeros jalones de una gran organización". En primer lugar, por las frases altisonantes que se pronunciaron en la reunión, se pretendía poco menos que introducir la civilización en el Oriente, en un plan de parangón con la época de los descubrimientos geográficos del siglo XVI y XVII. Y parecían querer emular las glorias de Hernán Cortés y Pizarro en sus conquistas del Continente americano. Pero había una pequeña diferencia: que la idea de aquel grupo de negociantes judíos no era más que eso, un propósito de negocio. Su idea no podía ser más mezquina y egoísta. Pensaron en seguida en encontrar oro, y tal era la fantasía que corría por Francia en aquellos días, quimera propaganda y exaltada de modo subrepticio, con fines, más que interesados, criminales. Era la idea obsesionante de aquel grupo de financieros, que iban a establecer un sistema de relaciones comerciales con Indochina... a base de encontrar oro, y se regodeaban ya con la idea de poder forzar a los indígenas de allá a que les revelaran dónde se hallaban las minas repletas de fabulosas riquezas, ya que contaban esos financieros con la ayuda de las armas de Francia.

Sin embargo, a pesar de la propaganda y de cuanto se divulgaba de oído a oído para la atracción del pequeño capital, no había minas de oro en Tonkín como decían voces "enteradas", y el hecho era que se desencadenaba una guerra con la finalidad de poder crear una sociedad en comandita. ¿Que eso era monstruoso? Sí, pero se trataba de una sociedad rica como una mina de oro, puesto que debía parecerse a otras tantas especulaciones precedentes y había de arruinar a cuantos incautos iban a confiar sus capitales a tales fundadores.

Sin embargo, en el mes de octubre de 1884 un periodista, que había captado ciertos rumores alarmantes, fué a ver a M. R. Du-

val, quien tuvo el valor de descubrirle toda la verdad, hasta mostrarle el fondo de la cuestión:

"Se ha designado con mucho aparato—dijo—una Comisión de Ingenieros para reglamentar el sistema de las concesiones. Lo más asombroso, como algún día podrá ver, será la habilidad con que harán pasar a los bolsillos de los concesionarios el dinero que los ingenuos accionistas, y esos nunca faltan, les entregaron. Según mis noticias, el "rapport" declara que no hay minas en el delta del Rouge, en el cual nuestras tropas ocupan puntos estratégicos, pero sin que sea posible salir de las líneas francesas a menos de poner en peligro la cabeza. Para encontrar las pretendidas minas es preciso penetrar en la parte montañosa, muy poco accesible, y que confina con las provincias chinas. En cuanto al oro, no existe en cantidad apreciable más que en las cartas quiméricas de M. Depuis, y sobre los otros aspectos, es preciso tener muy poco conocimiento de la marcha de los asuntos para aceptarlos. Sólo así pueden imaginarse que las minas de Tonkín son tan ricas que sus filones se pueden explotar de un modo productivo. Además, nunca como ahora, el hierro y el cobre han estado a tan bajo precio. El plomo está más depreciado aun; pues hasta las minas de Inglaterra, España y América, situadas en los mismos centros de consumo, o con facilidad de transportes económicos, son hoy unos negocios poco productores. Es verdaderamente desolador pensar que por una quimera de este tipo se lancen a una peligrosa aventura las fuerzas de Francia y se comprometa su crédito".

Frente a estas rotundas declaraciones, ved en qué términos se expresaba un periódico de los especuladores, *L'Indépendant*, acerca de las pretendidas minas:

"El oro es tan abundante que en ciertas regiones se crían patos únicamente para recoger de sus excrementos, que constituyen

en sí un precioso guano, el oro que ellos engullen al chapuzarse en los riachuelos".

Siempre venimos a caer, pues, en el mismo sistema. "On vit de ce que l'on est et de ce que l'on crée", ha dicho Proudhon. Vieron posibilidad de hacer negocio en la Indochina y allá fueron. Y a su servicio llevaron las fuerzas de Francia. No hay que asombrarse. Estaban acostumbrados a que los Estados fueran sus servidores. Pasa exactamente lo contrario de lo que les ocurre a los demás ciudadanos, que están, naturalmente, al servicio de su Patria. Y la verdad fué terrible: hicieron matar a diez mil franceses en Tonkín y gastaron 800 millones de francos para poder hacer publicidad de una emisión financiera. La gente se preguntó entonces por qué había comenzado aquella guerra, impulsada por designios secretos. Ignorábase que antes de comenzar las hostilidades se habían obtenido más concesiones que las que otorgaba el Tratado de Tien-Tsin que, después de todo, no dió más que sacrificios de hombres y de dinero. El *Times* publicó este Tratado singular, con lo que se divulgó que contenía precisamente todo lo contrario de lo que pretendía hacer creer. Por culpa del inepto Millot fueron degollados en Bac-Le los soldados franceses, a causa de no haber tomado elementales precauciones. Claro que Jules Ferry dijo con cierta solemnidad: "Esas cosas se pagarán", y después de haber reclamado doscientos millones de francos hizo concluir por un inglés un Tratado en el que lo de menos era la cuestión de la indemnización, pero por el que Francia abandonó la isla de los Pescadores, único punto útil en aquellos parajes. Mientras tanto, los franceses morían a millares bajo las balas y víctimas del tifus y del cólera en aquel terrible clima. Los hospitales se llenaban de enfermos, pero se carecía de medicamentos. En fin, coronando el desastre de Lang-Son, la desespe-

rada huída hizo perder ante los chinos todo su prestigio al Ejército francés.

Una sola palabra, pues, de verdad sobre el desastre de Tonkín era suficiente para acabar con todo aquel optimismo fabricado. Y es que, una vez más, los banqueros habían erigido la impostura en sistema. Así tenían miedo de revelar la verdadera situación, porque era una declaración siniestra, y en los causantes del desastre, nada valientes, germinaba la idea de venganzas populares o individuales. Al recibir el despacho fatal se creyeron en verdad perdidos.

En efecto, este día las masas quedaron impresionadas. Llegaron esas horas nerviosas en que, de pronto, en el pueblo prende esa intuición sorprendente que señala a los verdaderos responsables. Y eso que los obreros no habían leído el *Times*, que revelaba al mundo que los Rothschild habían hecho el empréstito a China y proporcionado así los medios necesarios para proveerla de armas, que se habían vuelto contra los franceses. No se había aún divulgado esto; pero espontáneamente en París, un París atónito por un despertar amargo, se fueron formando grupos por las esquinas de las calles de Laffitte y Lafayette. Corría la noticia y en los grupos se hablaba violentamente, se discutía, se gritaba:

—¡A casa de Rothschild! ¡A casa de Rothschild!

"Felizmente—dijo el *Gaulois*—otras personas intervinieron y disuadieron a la muchedumbre de que llevase a cabo sus propósitos".

El propio diario, pagado por ellos, señala esta manifestación casi instintiva del pueblo de París, que era como el grito de la conciencia pública un momento lúcida, y que los periódicos al servicio de los banqueros cuidaron de adormecer en seguida, desplegando ese chauvinismo huero y de deslumbrante palabrería, muy a propósito para escamotear una verdadera situación, que

debía ser analizada con serenidad y valor; ese valor sereno que hace que se enfrenten las conciencias con unos hechos concretos para poder adoptar aquellas decisiones radicales que impongan las circunstancias.

Pero no por ello hubo consternación en el mundo de las finanzas, ni en los lujosos salones donde los banqueros se entregaban a sus diversiones. Precisamente en aquellos días se había despertado un afán inusitado de librarse de preocupaciones en quienes el dolor del pueblo o la aflicción de la Patria les es ajeno, puesto que su riqueza o su depravación les permitía un gesto altivo ante las llamadas angustiosas de la tragedia. Los hombres de la Alta Banca acudían presurosos a la mansión de M. Gaillard, que había encontrado una buena ocasión para dar un baile de máscaras en el nuevo hotel que hiciera construir llevado de una idea atrevida: levantarlo con la misma traza que el famoso castillo de Chambort. Por su parte, los Rothschild y su clan abrían también sus salones de par en par. Hubo gran baile en casa de la baronesa de Hirsch, que para celebrar sin duda la victoria del Celeste Imperio había adornado sus cabellos con una triunfal guirnalda de laurel. Su vestido era de seda verde salpicado de pámpanos de oro. La duquesa de Bisaccin lucía su vestido de brocado, y las telas que adornaban la figura de la duquesa de Maille aparecían bordadas de oro y plata. Los cronistas de sociedad de la época pudieron demostrar sus profundos conocimientos de alta costura, como ahora se dice, en sus barrocas crónicas de gran mundo. En ellas describían a la señorita Henri Scheider con un vestido Imperio de crepé blanco ricamente adornado, y a la señorita Salomons Goldschmit con un bello atavío lila bordado de finas perlas.

Los Rothschild rivalizaban en ofrecer espléndidas *soirées*, y esa rivalidad no era ya con la aristocracia francesa, sino entre la

misma familia. Si el baile de la baronesa Adolfo era muy selecto, el de la baronesa Salomons resultaba más brillante. Hay sonrisillas nerviosas y aun escenas un tanto históricas; pero se procura que no trasciendan más allá de la intimidad familiar. Porque toda la aristocracia francesa desfila por el hotel de la calle Berryer, y la larga lista de grandes señores y de damas de alcurnia llenaba dos columnas de los periódicos que tenían excelentes cronistas de sociedad.

París se divertía y, ciertamente, la tragedia de Lang-Son había sido una ganga inesperada para los banqueros, y la Bolsa de pronto se había animado como en los mejores días. En los periódicos de la época se encuentran crónicas de sociedad muy interesantes, algunas de Octavio Mirabeau, que trazan un cuadro de este mundo alegre y confiado, que aun ante el dolor nacional no sueña más que en los placeres y en el dinero.

Esta actitud de la aristocracia francesa contrastaba con la repulsa que, cuarenta años atrás, oponía a todo intento de los Rothschild de alternar con la rancia nobleza en los bailes y fiestas que se daban en los suntuosos palacios. Para lograr su propósito, los Rothschild tuvieron que luchar mucho tiempo, pues la aristocracia se indignaba a la sola idea de tener que invitar en sus reuniones a un judío. Recordemos aquel *¡fi donc!* elocuente y lacónico de la duquesa de Angulema.

Estos sentimientos de aversión subsistieron durante mucho tiempo. Se contaba en los salones del gran mundo la siguiente historia acerca de la altiva hija de Alfonso de Rothschild, y que recogió la *Correspondance Politique* de Viena. Hizo un viaje a San Petersburgo a principios de 1884, y a fuerza de mendigar influencias logró que la Emperatriz de Rusia, aunque muy a disgusto, accediera a que le fuera presentada en el Palacio de In-

vierno. El maestro de ceremonias preguntó cómo debía presentarla, y la Emperatriz respondió:

—Me la presentará al marcharme.

En consecuencia, la hija de Alfonso de Rothschild no fué presentada a la Zarina hasta el momento en que abandonaba el salón, en el cual había departido con muchas damas con la gracia que le era habitual. Y eso que la hija de Rothschild iba cubierta de rubíes; pero no tuvo ni una mirada, ni una palabra siquiera de la Soberana.

Hay otro rasgo que caracteriza bien a uno de los Rothschild: en febrero de 1871, el conde de Merode, que había tenido en Bruselas la iniciativa de una suscripción en favor de las víctimas de la guerra, anunció muy gozoso a uno de sus íntimos que acababa de recibir 94.000 francos enviados por los franceses de América. Expresó también satisfacción su amigo, buen patriota. Entonces el conde de Merode le confesó:

—¿Creeréis que los Rothschild, que han servido de intermediarios, han tenido el cinismo de retener sobre esto el 2 por 100 de comisión, unos 2.000 francos, aproximadamente?

¡Con qué elocuencia refleja este hecho el espíritu, el temperamento, la manera peculiar de concebir el mercantilismo de la vida, por la raza de Israel! Porque de seguro a los Rothschild les parecería tal forma de proceder muy lógica, muy en razón, muy natural. Claro que algunos días después la Casa Rothschild suscribíase por unos centenares de francos.

Y es que los Rothschild aplican a lo que la sociedad llama "caridad" las mismas reglas de la finanza. La "caridad" es para ellos una "inversión", en la que sólo miran la posible ganancia; pero la ganancia, aquí, en este mundo. Sin embargo, la prensa liberal se deshizo en elogios del gesto de desprendimiento que había tenido la Casa Rothschild con aquel puñado de cientos de

francos para las víctimas de la catástrofe francesa. ¿Ironía? Es posible, pero no olvidemos que los Rothschild con una sola anualidad de sus rentas podían comprar todo París, con sus Senadores, sus diputados, sus magistrados; y se les darían por añādidura, los histriones, los bufones y los periodistas; en una palabra, todo lo que Luis Veuillot llama "la preciosa compañía de los esclavos públicos". Porque, ciertamente, con el solo rédito de operaciones como las hechas por ellos por dos veces en aquel entonces—la una con el empréstito tunecino y la otra con los bienes de Mustaphá—se comprarían las conciencias de más elevada cotización en una ciudad como la capital de Francia, donde todo tenía un precio.

¡Cuánto se puede comprar con una fortuna en la que los miembros de la familia se reparten a cientos los millones! Por ejemplo, la joven Elena de Rothschild, al casarse, retiró 372 millones del Banco de los Rothschild; al morir la baronesa James de Rothschild, dejó 600 millones solamente en valores franceses... quizá porque no comía sino papillas. Cuando los Rothschild llegaron a Francia poseían sólo 10 millones de francos. ¿A expensas de qué y de quién amasaron su inmensa fortuna, Jacobo, el hijo menor del viejo Meyer de Francfort, y sus descendientes? Claro que esa maravillosa disposición para amontonar millones no es exclusiva de los Rothschild, porque los Comando, los Cohen de Amberes, los Lebandy, los Bamberger, los Hirsch, los Ephrussi, los Heine, los Bichoffsheim, etc., acumularon con celeridad pasmosa 200, 300, 600 millones a veces. Ahora bien, los procedimientos, sí: los procedimientos son los mismos e idéntico el espíritu, es decir: ¡especulación! No se sirven de estos millones sino para adquirir otros, continuo agiotaje, continua perturbación de la vida económica del país con desconcertantes jugadas de Bolsa.

Los Hirsch... El Barón de Hirsch, que un día pudo decir, despectivamente:

—He ganado tanto con estos idiotas de cristianos, que doy cien millones a los establecimientos caritativos israelitas de Alemania, Galitzia y Rumania.

Hirsch, como los Rothschild, a pesar de su aire despótico, su rudeza y su insolencia, se veía rodeado y asediado por la aristocracia francesa, que acudía, en cuanto Hirsch abría las puertas, al palacio de las calle del Elíseo. A uno de los jefes del partido legitimista francés le hacía contestar, con motivo de la propuesta de matrimonio de su hijo Luciano con la hija del aristócrata:

—Soy lo bastante rico para mantener a la hija, pero no quiero mantener al padre.

También los realistas franceses rondaban a los Rothschild. Aunque pretenden los amigos de los Orleáns que sus Príncipes han hecho cuanto han podido para desembarazarse de los Rothschild, sin haberlo podido conseguir. Es sabido—decía un comentarista francés hace casi tres cuartos de siglo—que cuando las Princesas se casan en otros países los Rothschild siguen al buque como lijas y desembarcan inopinadamente con la sonrisa en los labios. Lo cierto es que un diario anunciaba "que inmediatamente después de casada con Alberto de Sassoon, Alicia Rothschild, hija de Gustavo de Rothschild, haría un viaje a Portugal para reunirse con la duquesa de Braganza, que la honraba con muy particular cariño". Añadiendo: "Creemos que mejor haría la duquesa de Braganza en reservar para franceses su muy particular cariño, en lugar de otorgarlo a la hija de judíos alemanes que tan monstruosas ganancias han hecho en el rescate de Francia. En cuanto a los portugueses que, al parecer, son siempre gente alegre, habrán tenido ocasión de divertirse viendo lle-

gar a casa del heredero del Trono la extraña figura de esta judía, descendiente de judíos alemanes e indios".

Nos hemos limitado a transcribir textualmente este pasaje de la típica literatura irónica francesa. Dió lugar este matrimonio, celebrado en el templo de la calle de la Victoria, "con una pompa que recordaba la consagración de Carlos X", a una frase graciosa, que se repetía por los salones de la buena sociedad francesa de la época. Para las fiestas organizadas por los Rothschild con motivo de la boda de Alicia, se contrató de las Folies-Bergéres a un juglar japonés llamado Awata, quien, durante la velada, ejecutó maravillosos juegos de prestidigitación. Cuando sonaron los aplausos, Arturo Sassoon se inclinó hacia su joven cuñada, la recién casada, y le dijo graciosamente al oído, no sin que algún indiscreto pudiera escucharlo:

—Cierto que han salido muy bien estos juegos; pero vuestro señor padre ha hecho otros más bonitos...

—... y de mayor provecho—completó ella.

* * *

La sociedad, la que fué "alta sociedad", calificaba de "juegos" las hazañas de los Rothschild. Mucho habían cambiado los tiempos. La "usura" y también el comercio ilegal y legal—hasta donde puede serlo cualquier comercio—habían sido trabajos "viles" hasta muy pocos años antes. La aristocracia cimentaba y razonaba sus privilegios en su "monopolio" de morir por la causa común: tal era el "privilegio" del que nacían todos sus demás privilegios. Pero cuando, en la Revolución, por no saber ya morir, murieron, dejando los bastones de mariscal al "sansculote"... y el "monopolio de morir y matar" pasó a las masas, surgió la nueva aristocracia del dinero. Para que fuera posible, sim-

bólicamente, los nobles habían ya cambiado la espada por el espadín; su estilización, mejor, su caricatura... No les quedó virilidad para verter su sangre riñendo batalla con la nueva aristocracia de la usura; con esa a quien los satíricos llamaron "ladrocracia"...; prefirieron mezclarla con la suya. Y así fueron duques y marqueses los banqueros, sin más que agregar a su escudo, un cuartel más y en él pintar una talega. Tras la maraña de lises, águilas rampantes, leones, torres y espadas triunfadoras, pudo esconderse el reptante bicho de la usura..., y, ya ennoblecida, la llamaron "juego".

* * *

La biografía de los Rothschild, hasta nuestros días, ya sólo será eso: leve "juego". Si nos dijeran que ellos se elevaron hasta confundirse con las más altas alcurnias, diríamos que más cierto es que ellas descendieron identificándose con ellos. Es decir, que ocurrió lo mismo, sólo que perfectamente a la inversa.

No seguiremos más allá en la biografía. Para continuarla tendríamos que convertirla en historia general de lo social. Y esto estaría totalmente fuera de lugar.

* * *

Sólo unas consideraciones finales.

Un biógrafo grato a los Rothschild, su hermano de raza, Richard Lewinsohn, nos dice en el final de su biografía: "Sus grandes éxitos financieros no provienen tanto de su arte superior en el modo de combinar o de su talento especial de organización, como de su psicología y de su inteligencia. Sabían perfectamente manejar a los otros hombres y hasta, si se quiere, corromperlos".

Con testimonio tan poco sospechoso puede afirmarse que el origen de la fortuna y el principal medio de aumentarla fué *la corrupción.* No haremos aspavientos ante la enormidad de conclusión tan inaudita. Pero pasemos al aspecto principal de esa cuestión. Es indudable que el éxito permanente y sistemático del corruptor depende, más que de sus propias dotes, de la existencia en masa del *corruptible.* Se impone una previa quiebra de valores éticos y cívicos en muy amplios estadios universales. Y debe ser enorme y extensa, cuando vemos cabalgar la corrupción por todos los meridianos europeos. No en vano aquel "hombre nuevo", nacido de la Reforma y de la Revolución, se sentía libre de prejuicios religiosos, y la nueva "patria idea" ya estama superada por la idea de otras "superpatrias", como la masónica, servida y obedecida casi unánimemente por los gobernantes de todas las naciones.

Es decir, que, por finos psicólogos y hábiles cautivadores que fueran los Rothschild, fué necesaria una "predisposición" general para que triunfasen con sus artes corruptoras. Esto parece evidente.

Pero, por otro lado, coinciden todos los biógrafos, tanto favorables como adversos, en no presentar a ninguno de los cinco hermanos, y menos a sus descendientes, con ese tipo tan común en el corruptor. Nada tienen de simpáticos, blandos, insinuantes o halagadores; condiciones absolutamente necesarias para sobornar o cohechar. Muchos serán los que se han visto en el trance de sobornar o de ser sobornados; por su testimonio general sabremos qué dificultad tan enorme se debe superar, qué temor debe reprimirse ante la posibilidad de la repulsa y hasta del puntapié..., y qué maravillas de halago, insinuación y lisonja preceden siempre al momento crítico de la propuesta. No, evidentemente no; los caracteres de los Rothschild no tienen la

menor semejanza con el tipo. Los vemos altaneros, despectivos; más bien dominadores... Si fuera necesario identificarlos por su ademán y traza con algún espécimen de la delincuencia habitual, nosotros hallaríamos las características del "chantagista". Diríase que trataban a todos como si les conocieran "su secreto", como si su vida u honor estuviera en sus manos. Pero esto, en vías normales, parece rayar en el absurdo. Habría que suponerlos dueños de un enorme y extraño poder; un poder cuya existencia no se intuye fácilmente.

Es verdad que triunfan en una época verdaderamente extraordinaria. Es un momento poco estudiado en su subsuelo por la Historia; pero cuya constante agitación tiene en ella constancia. Las conspiraciones se suceden; los Estados cambian de régimen de la noche a la mañana; el emigrado y el conspirador que arrastraban su miseria hoy, mañana eran mariscales, ministros y hasta Emperadores. En una palabra, es la época en que tuvieron su apogeo las "sociedades secretas".

Sólo las sociedades secretas podían ofrecer un instrumento de poder adecuado para una empresa como la de los Rothschild. Precisamente ese tipo de poder ejercido por ellos: el "chantage". Cualquiera que se haya asomado, aun hoy en día, a ese ignorado mundo de las sectas, sabe muy bien que la fuente principal de su influencia y dominio se halla en el chantaje; un chantaje posible por tener siempre "confesión" de sus sectarios y, sobre todo, *información*... ¿Y no fué también *la información* arma poderosísima de los Rothschild...? —No cabe inducir que sus famosas informaciones no se limitarían únicamente a noticias financieras y que también las tendrían de orden político y personal...? Cuando se posee un "aparato" de información tan extenso y potente como aquel de que dispusieron los Rothschild no es fácil que puedan escapársele las historias más íntimas. Por

ser particulares, siempre se hallan menos guardadas que los "secretos de Estado", y ni éstos se les resistían. En las páginas anteriores se ha visto a los Rothschild de Londres superar en información al propio Gobierno inglés, a pesar de disponer éste de su famoso "Intelligence".

Se deberá confesar al menos que todo esto resulta demasiado extraño. A nadie puede alcanzársele que todo eso haya sido posible dentro de lo normal.

¿Fueron las "sociedades secretas" el instrumento de su poder? No podemos afirmarlo. Quede ahí la mera insinuación. Realmente merecería el problema un examen más a fondo.

En íntima conexión con el problema anterior—pues también se trata de un "problema de poder"—se nos plantea otro por el mismo Lewinsohn.

"Si los Rothschild pertenecen todavía hoy a la historia por su potencia financiera, es de reconocer también que han poseído esa preponderancia durante más de medio siglo, hecho sin precedente. No hay ninguna familia, desde hace quinientos años, que haya dominado la Bolsa y la Banca en Europa de modo más perfecto."

Y agrega:

"No es, por consiguiente, de extrañar que los Rothschild simbolicen a los ojos de todo el mundo el poder del capital."

No se muestra conforme Lewinsohn con esta opinión general. Y en apoyo de su tesis dice:

"Su influencia política es en el fondo mínima si se la compara con su formidable potencia financiera."

En realidad, esto que pretende ser un argumento resulta simplemente una contradicción en sí mismo. El señor Lewinsohn juega con un concepto ya caduco y sin vigencia en aquellos tiempos, aunque en los cerebros retardatarios haya sobrevivido

hasta hoy. Para tal autor el concepto político implica idea finalista. Ello fué cierto, precisamente, hasta la época del apogeo de los Rothschild, que es cuando lo político cede su primacía a lo económico. Podría sostenerse con pruebas y rigor histórico que los protagonistas de esta mutación de valores son los propios banqueros de Francfort.

"En efecto—agrega Lewinsohn—no persiguieron jamás en realidad ningún fin político, y siempre les guió el deseo de ganar dinero..."

Es decir, subordinaron lo político a lo económico. Y cuando, como ellos, lo subordinan totalmente en el área europea—aun la hegemónica en el mundo—realizan la más profunda revolución política. Porque se es autor por creación y también por negación.

Esto en teoría, ya que en la práctica está por contestar la pregunta de si es posible lograr tal "potencia financiera" sin poseer previa y simultáneamente la política. ¿Que no pretendieron ser ellos primeros ministros...? Es cosa evidente; pero que los primeros ministros les obedecieron... esto resulta mucho más evidente. Y si el no haber sido jefes de Gobierno es argumento para afirmar que no fueron políticos los Rothschild, el mandar en los jefes de Gobierno no es sólo político, sino "superpolítico". *Mandar sólo en quien manda* es el mando químicamente puro; algo así como el auténtico alcaloide de la política.

CONCLUSION

El autor pone su punto último aquí en su intento de biografiar a los Rothschild. Probablemente sus escasos lectores hallen prematuro este final. Acaso lleven razón; una razón cronológica, claro está. Saben tan bien como nosotros que aun existen numerosos vástagos de la célebre Casa de Francfort por esos mundos, y todos situados en el tercio superior de la escala social. Es decir, con jerarquía más que sobrada para merecer mención biográfica. Toma en cuenta el autor estas razones que adivina, y no pondrá "fin" sin alegar las suyas.

Estimamos como principal deber de toda biografía el captar y evidenciar el valor universalmente humano del biografiado, su calidad señera o arquetípica en relación a su contorno y su influencia sobre su época y las ulteriores. Si la penetración del escritor es tanta que puede perforar el muro del dintorno en el protagonista, descubriendo su intramundo, queda justificada y lograda plenamente su empresa.

No sabemos si en las páginas que anteceden habremos alcanzado tanto; seguramente no. Lo confesamos compungidos, pidiendo indulgencia. Pero declaramos que en cada línea tuvi-

mos presentes los fines que antes enunciamos como capitales en toda biografía.

Y queriendo seguir siendo fieles a ellos queremos terminar. Los actuales Rothschild carecen de calidad señera o arquetípica y su influencia no se advierte sobre su contorno inmediato ni mediato. Hasta tal punto es así, que recientes noticias nos han hecho saber que un Rothschild inglés—acaso un Barón—ha ingresado en el partido laborista.

Es posible que estos descendientes del famoso Lionel posean tan singular personalidad como él; es probable que todos y cada uno de ellos sientan en su entraña aquel soberano y genial impulso de amasar riquezas, saltando sobre éticas caducas; no dudamos que tengan un alma sin otro imán que el oro...; es decir. que sean idénticos a sus mayores. Pero estas aristas tan agudas en aquellas personalidades gigantescas, sin decrecer su filo y estatura, y hasta aumentando, no es posible captarlas en sus descendientes ahora. Se pierden, se ocultan, en la maraña humana del mundo actual. Igual, exactamente igual, que aquel árbol que pareció gigante a nuestros abuelos desaparece dentro del bosque crecido en su contorno, igualando multitud de árboles su altura y hasta superándola. Y si la imagen resultara insuficiente, diríamos que la familia Rothschild, fuente, arroyo y río durante más de un siglo, es ya el único mar que existe en el presente.

Hoy el mundo entero es más "rohtschilista que Rothschild".

Convendrán los lectores con este modesto autor que ni un lince podría distinguir en el día de hoy una empresa financiera de aquellas que inventaron los Rothschild. Igual puede ser obra suya que de cualquier Smith...

Si un vástago de Meyer es hoy Par, filatélico, laborista o banquero nada importa. Puede importar, y mucho, si Meyer,

Jacques o Lionel, o todos juntos, dieron a la sociedad contemporánea lo que para ella es hoy suprema ley: *el culto a la ganancia.*

Si ellos, Supremos Sacerdotes de la deidad "Crédito", deshumanizaron la riqueza, poniendo en lugar del Decálogo el "Libro de Caja".

Si sus Bancos y las Bolsas que les obedecieron fueron convertidos por ellos en un ciego instrumento de acumulación de la riqueza...

"¡Acumulación!"... ¿Pero no es esta la premisa que señaló Marx como necesaria para extraer su consecuencia...? "Acumulación, igual a triunfo del Comunismo".

No neguemos que, de los Rothschild acá, amasar, acumular riquezas es la agonía universal.

Solo esto justifica, no esta pobre biografía, sino muchos y más científicos libros. No las vidas de unas docenas de Rothschild más.

Venciendo la tentación de terminar precisamente aquí, el autor se deja arrastrar por sus propias palabras. Y, aunque en cuanto siga muestre su propia insuficiencia y la superficialidad de su obra, se lanzará al campo de la sugerencia.

En la misma época en que Meyer Amschel irrumpe humildemente en la Historia, toda Alemania, y principalmente las marcas y Ducados del Sur, y hasta el mismo reino de Baviera, se plagan de Logias y "tenidas". Aquella fiebre que acabaría en el delirio de la Revolución francesa tiene su auténtico origen conspirador en las mismas tierras que fueron cuna de la dinastía rothschiliana. La Masonería, "madre de la Revolución", celebró en Wilhemshad su famoso Congreso. Y no lejos de allí tenía su sede y reino secreto el llamado "Papa de Ingolstadt", el judío Weishaupt, fundador y jefe de la super-masonería iluminada. Al investigador brindamos la inquisición sobre si Meyer,

alguno o alguno de sus hijos fueron masones o acaso "iluminados", y también si Buderus, el secretario infiel del príncipe, era también masón, y si a "hermandad" de secta, y no sólo a corrupción, se debe su delincuente protección. ¿Procederían de las arcas de Rothschild aquellos tesoros que en su iniciación mostró Weishaupt a Cagliostro y a Mirabeau...?

Que algunos de sus nietos, tanto en Francia como en Inglaterra, se afiliaron a la Masonería, es cosa confesada y sabida. Pero se ignora si en el origen de la fortuna familiar jugó el poder de la Secta. Y es cosa demasiado importante para explicar más perfectamente tanta "suerte" original.

Otra cuestión tan digna o más de una profunda investigación es saber si aquella tan famosa "información" de los Rothschild, que empieza en tiempos de Napoleón, también era "casual" o hija de la "suerte" nada más. Evidente es que los antiguos bolsistas y banqueros londinenses no ignoraban que saber con antelación y con certeza una noticia era base segura para realizar y ganar una jugada. Con más medios que Nathan sus competidores de la City resultan impotentes a su lado para captar la noticia decisiva. Ya sabemos que se habla de palomas mensajeras al servicio de Nathan; pero este medio, que sepamos, no fué por él inventado. Además, la paloma es sólo un medio de locomoción para la nueva; ésta debe atársela alguien a su patita. ¿Quién y quiénes serían esos hombres tan bien "colocados" para conocer los primeros la noticia y enviársela al casi desconocido Nathan...? ¿Y por qué a él y no a otro...? Vuelve a surgir la posibilidad del servicio por razones de secta o raza.

Y llegamos a la primera gran operación: la compra, canje y transporte de los billetes portugueses de Wellington. Los billetes cruzan fronteras, líneas y naciones enemigas; montañas, playas y mares. La famosa policía de Savary y de Fouché es

ciega e impotente. Centenares de veces recorren la peligrosa ruta los millones, y no se sabe que nunca haya fracaso serio. La organización ha de ser muy amplia; los cómplices, numerosos y diestros, y ni una falla o traición... siendo tan tentador usurpar un dinero de contrabando, en lo que no hay delito ni posible reclamación legal, y hasta cabe alegar un mentido decomiso. Sorprendente, casi prodigio, es que Nathan lograse triunfar en esta su más difícil empresa. Carecía de poder material contra el inmenso poder napoleónico; no se pueden imaginar en él medios normales de intimidación para inmunizarlo contra el fraude. ¿Qué autoridad podía ejercer sobre aquel ejército invisible de contrabandistas que le servía en Portugal, en España y en Francia...? Vuelve a surgir la posibilidad del servicio de secta o raza. Ninguna otra posibilidad se nos alcanza.

Y otra jugada típica. La del mercurio. En páginas anteriores ha sido relatada. Ahora bien, falta decir que quien al Rothschild hizo la concesión en España fué el masón Mendizábal; el mismo a quien Disraeli le llama judío de raza.

Y llegamos al Rothschild más famoso, al Barón Lionel. Con el cual la Casa llega al máximo apogeo. Aquel que tiene por suyos ministros y Gobiernos en las principales capitales de Europa. El que entroniza a Disraeli, el que a través de él dicta la política mundial... Con el cual—un semidiós—se impone en el mundo la ley de la finanza y con ella la vertiginosa "concentración del capital": la *premisa...*

Y a su lado, allí mismo, en Londres, Carlos Marx, también judío, en su tierra paternal nacido, y de ella llegado. Y sobran los indicios, y hasta hay algún texto claramente alusivo, sobre el hecho de que aquel Marx, tan revolucionario, obedecía al Barón banquero. Sin duda, para hacer realidad de la "concentración" la *consecuencia:* el *comunismo.*

¿Absurdo...? Sea, si el absurdo se admite en la era de la bomba atómica...

¿Absurdo hallar identidad personal entre Capitalismo y Comunismo...? Bien; pero a condición de negar al hombre su supremo fin terrenal: su agonía de dominio absoluto.

En fin, terminemos, aunque haya quien disienta.

Convengamos al menos que en estas breves páginas finales se sugiere la existencia de un intramundo inédito. Fantástico o real, absurdo o lógico, según quieran; pero maravilloso, trágico, inaudito...

¿No es verdad...?

INDICE

Págs.

ESTE LIBRO SE TERMINO
DE IMPRIMIR EN GRAFICAS
UGUINA, MADRID, EN EL MES
DE ABRIL DE 1946